



UNA CANDIDATA INESPERADA
Romina Naranjo



UNA CANDIDATA INESPERADA

Romina Naranjo

Edición en Formato digital: diciembre 2014

Título Original: Una candidata inesperada

©Romina Naranjo, 2014

©Editorial Romantic Ediciones, 2014

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Irina Hramavataya.

Diseño de portada y maquetación, Olalla Pons.

ISBN: 978-84-943152-3-7

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epilogo

Capítulo 1

Kent, 1849.

Normalmente, el viaje desde la ruidosa Londres hasta el apacible pueblo de Canterbury, en Kent, donde había sido erigida la casa solariega de la familia Ferris resultaba para Andrew, actual conde de Holt y dueño de la propiedad, un acto relajado y apacible. No obstante, en esta ocasión, el conocido paraje rural no había logrado mitigar el estrés de la ciudad y los efectos sedantes del periodo vacacional, que se abría en su horizonte, apenas habían hecho mella en él.

Mientras intentaba dejarse llevar por el incesante traqueteo del carruaje, echaba vistazos distraídos a la lista que tenía entre sus manos, repasando y reconociendo nombres a medida que sus ojos los procesaban. Seguía pensando que eran demasiadas personas, pero imaginaba que de nada le valdría quejarse a esas alturas, cuando todo estaba hecho ya.

—No pongas esa cara, Andrew, después de todo, esto ha sido idea tuya, ¿no es así? En ningún momento me has oído presionarte.

Aunque esa afirmación fuera más que discutible, su impecable educación le impidió dar a su madre la respuesta mordaz que empezó a picarle en la lengua. Bajó el caro papel que confería la lista de invitados a la reunión primaveral en Kent y le dedicó una mirada a Joanna, condesa viuda de Holt.

Siempre había sido una mujer hermosa, con el pelo de un castaño oscuro profundo y los ojos azulados. El tiempo la había apreciado tanto como cualquiera de las personas que la conocían, por lo que había respetado sus facciones, apenas surcándolas de arrugas. El cabello se le había encanecido y mostraba ahora vetas plateadas entre los mechones oscuros. Joanna era una dama de la que Andrew se enorgullecía enormemente, educada, elegante y muy sofisticada, nunca había dejado que el hecho de llevar un vestido nuevo le impidiera abrazar a sus hijos. Era amable y cuidadosa en su trato con el servicio y nunca miraba por encima del hombro a nadie, ni siquiera a las personas que lo merecían.

La observó atentamente, viendo como su brazo delgado se sostenía con fuerza al arnés que colgaba de un lado del asiento donde iba acomodada. Las sacudidas del carruaje por el accidentado camino hacían moverse desordenadamente sus pendientes y los flecos del chal burdeos que se había echado sobre los hombros. Aquello le hizo sonreír.

—Únicamente iba a hacer notar, madre... que quizá la lista de invitados sea demasiado... extensa.

—Teniendo en cuenta la naturaleza de la reunión, me parece que el grosor de personas que acudirán a la propiedad es bastante aceptable.

Andrew frunció el ceño, mirando el papel otra vez.

—No tendré tiempo material para dedicar a todas estas personas —masculló.

—Tonterías, sabrás dividirme entre tus invitados, como he hecho yo en mis reuniones sociales hasta ahora.

Considerándose a sí mismo, tal como lo había sido su padre, un hombre razonable, Andrew estaba convencido de que en esta ocasión particular su madre se equivocaba. Del mismo modo en que en su

cuadra solo había unos pocos animales de montura, porque únicamente contaba con dos piernas y le era imposible disfrutarlos a todos, consideraba que tenían que haber ceñido las invitaciones solo a aquellas personas cuya presencia pudiera aportarles algo a la empresa que estaban a punto de iniciar.

Cierto era que él poco o nada sabía de esas cosas, puesto que había centrado su tiempo y energías en dedicarse a los negocios de la familia, dejando el resto para las mujeres, pero ahora que se veía en la posición de socializar... bien, no consideraba práctico perder tiempo con trivialidades. A la vuelta a Londres le esperaban duras negociaciones para entrar a formar parte de los socios de un nuevo barco a vapor que traería telas y especias de China, así que era lógico pensar que no querría entretenerse en Kent más de lo debido.

—Figuran hombres en esta lista, señora. —Le hizo notar, como si los nombres no estuvieran escritos de su puño y letra.

—Naturalmente que sí —respondió Joanna sin dejarse inmutar—. Nuestras reuniones en Kent son muy apreciadas, quizá porque rara vez venimos todos... muchas personas han querido asistir y he aprovechado la ocasión.

—¿Y no habría sido más sencillo invitar únicamente a las jóvenes casaderas?

—Eso habría sido tremendamente vulgar, Andrew. —Enfatizó sus palabras con un movimiento de su mano enguantada—. Quedaría evidente desde el primer momento cuál es el motivo de tu estancia aquí y eso provocaría que las jóvenes doncellas estuvieran insoportables durante todas las veladas.

Admitió que en ese punto, su madre estaba acertada. Solo imaginarse rodeado de damitas de piel pálida y ojos caídos persiguiéndole por cada rincón hacía que sintiera escalofríos. Quizá fuera buena idea después de todo el tener a otros hombres en la casa, así podría tener una buena charla sobre naviera, montar a caballo y distraerse un poco de la realidad en la que se había metido por voluntad propia.

Andrew tenía que casarse. No era algo que hubiera descubierto de la noche a la mañana, sino un camino que sabía que tarde o temprano debería tomar. El matrimonio era algo natural y necesario. Había pospuesto el momento el tiempo suficiente para hacerse valer como cabeza de familia, pero ahora que llevaba al día la contabilidad y propiedades de los Ferris, y que su posición como conde de Holt estaba afianzada, Andrew sabía que el tiempo de escoger una compañera había llegado.

En cuanto comunicó su decisión, su madre se mostró encantada de que por fin sus ruegos hubieran sido escuchados. Tan solo una semana tardó en disponerlo todo para viajar a Kent y abrir la casa solariega, por lo que las invitaciones pertinentes fueron enviadas en un abrir y cerrar de ojos. Dado que Joanna conocía a todo el mundo, porque nadie prescindía de ella en ningún acto social de la clase que fuera, elaborar la lista de invitados le resultó coser y cantar.

Andrew miró por la ventana del carruaje cuando enfilaron el camino allanado que llevaba hasta la entrada de la propiedad. Suspiró, sintiendo que el nudo en su estómago, ese que normalmente desaparecía en cuanto se alejaban de Londres, se intensificaba. Aquel lugar siempre había sido su refugio, su escondite, pero ahora estaría invadido de personas, a muchas de las cuales no conocía lo suficiente como para juzgar si sus personalidades eran o no aceptables con respecto a su forma de pensar.

–Debía haber retrasado el viaje unos días –murmuró para sí mismo, aunque no dudó de que su madre le oyera–. Podría haber venido con Claire.

–¿Y no recibir a los invitados? Andrew... no creí haberte criado tan descortés.

–Apuesto la casa a que la mayoría de esos caballeros desearían ser recibidos por usted antes de que por mí. –Le dedicó una sonrisa seductora–. El atractivo que yo pueda tener no es comparable con su legendaria belleza, señora.

Joanna negó con la cabeza, aunque sonrió encantada con el halago.

–Guarda esas sonrisas y esa palabrería para alguna de las damas a las que vamos a recibir. –Con un parpadeo inocente, Joanna fijó la vista en el papel que aún sostenían las manos de Andrew–. ¿Hay alguna por la que te sientas especialmente inclinado?

La mente de Andrew, que todavía seguía parada en lo afortunado del movimiento de su hermana Claire, quien no viajaría desde Londres hasta varios días después por haber aceptado algunos compromisos a los que no podía ahora negarse, trabajó a toda velocidad. Hojeó por décima vez el papel, buscando entre aquellos nombres alguno que le dijera algo.

Sabía quiénes eran algunas de las invitadas, por supuesto, había coincidido con ellas al acompañar a su madre a veladas musicales, cenas, bailes y un sinfín de cotillones interminables, pero otras le eran ajenas. Repasando los nombres situados más arriba (imaginó que por ser los más deseables en opinión de Joanna) se fijó en uno en particular, porque era habitual de todo evento social que se preciara.

–Adeline Aldrich –leyó, mostrando sus emociones comedidamente.

Joanna asintió, dejándole llegar a sus propias conclusiones. Andrew sabía de ella lo que casi todo el mundo, que era una joven de la aristocracia alta, con buena dote, joven y despampanante que buscaba esposo. Con sus ojos verdes y su cabello liso y castaño, Adeline encajaría a la perfección en el salón de los retratos de los condes de Holt, quienes tenían todos unos rasgos muy similares desde hacía generaciones.

No obstante, por deseables que fueran las cartas de presentación de la señorita Aldrich, tenía una gran tara a sus espaldas: su madre. Era mezquina, egoísta y en ocasiones incluso maleducada. Por supuesto, Andrew concedería a la bella joven la oportunidad de ser ella misma, la conocería y trataría dejando de lado todo prejuicio. Después de todo, parecía la más indicada para convertirse en su esposa en un futuro próximo.

El pensar en ello hizo que se le revolviere el estómago, pero no de emoción, sino de pesar. ¿Ese era el nombre de la mujer con la que iba a compartir su vida? ¿Con la que envejecería y tendría hijos? ¿Y era normal que no sintiera nada? Quizá cuando Adeline se pusiera ante él y sonriera... No es que esperara casarse rendido de amor, pero al menos sí veía necesario un afecto previo, sentir algo al mirar a la joven con la que conviviría.

–...Y por eso considero importante pedirte que intentes tratar de igual modo a todos los invitados.

Andrew sacudió la cabeza. Ni siquiera se había percatado de que su madre estaba hablándole. Apartó a Adeline Aldrich de sus pensamientos y le dedicó a Joanna toda su atención.

–Perdón, madre...

–Sí, estabas distraído. –Con un suspiro, soltó el arnés al que había estado sujeta y le miró directamente–. Te decía que no debes centrar tu atención únicamente en las potenciales novias... espero que seas cordial y afable con todos los invitados.

–¿Insinúa que debo sacar a bailar también a los jóvenes solteros?

El comentario socarrón no hizo mella en Joanna, demasiado acostumbrada a las salidas de tono de Andrew como para tomarse en serio sus palabras. Puso los ojos en blanco y le dedicó una mirada de advertencia.

–No, a menos que pienses en una unión a la francesa.

–¡Madre! –La carcajada de Andrew resonó en el interior del carruaje–. Jamás habría creído que oíría algo semejante viniendo de usted.

–He vivido lo bastante para oír toda clase de cosas... como sea, me refiero a que no solo he invitado a las damas que son... digamos, de un círculo cercano a ti, sino también a otras que por algún motivo he creído merecedoras de disfrutar de unas vacaciones con nosotros –Joanna carraspeó de forma tan elegante que apenas fue audible–. Como es el caso de la viuda Linton y su hija.

Aquello definitivamente dejó a Andrew bloqueado. Rápidamente, retomó su lectura de la lista de invitados y llegó por primera vez hasta el final. Era cierto. Ahí estaban, Eleanor y Victoria Linton. El hecho de saber que acudirían a su casa solariega le desconcertó sobremanera.

–Tengo entendido que no poseen una propiedad en Londres –comentó, sin poder apartar la mirada de los nombres grabados con la elegante tinta negra.

–Bueno... sí la tienen, pero tras la muerte de su esposo, Eleanor decidió alquilarla y tanto ella como su hija fijaron su residencia aquí, en Kent.

–Eso explica por qué no las recuerdo de ningún acto social de la ciudad...

Joanna se encogió de hombros, lo cual bastó a Andrew para hacer sus propias conjeturas. Por lo poco que sabía del apellido Linton, creía recordar que el finado, Charles, había sido un aristócrata de clase baja que había muerto algunos años antes. No había que ser muy avisado para deducir que si su esposa había decidido alquilar la casa de la ciudad y retirarse al campo, debía ser porque la viudedad le había traído deudas.

–De modo que no tienen un estilo de vida que pueda adecuarse al ritmo de Londres ¿no es así? –Inquirió Andrew, intentando hacer memoria y recordar la apariencia de alguna de las mujeres, sin éxito–. ¿No tuvo la hija de Eleanor Linton una puesta en sociedad?

–Hace algunos años, sí –concedió Joanna, sin entrar en detalles–. Victoria es una joven carismática y bien educada. Con una... peculiaridad adorable.

–Comprendo.

«No es atractiva» pensó Andrew de inmediato. Cuando su madre, que siempre era sincera, describía a una persona basándose en atributos meramente interiores, sin hacer comentario alguno a

su físico, normalmente era porque dicha persona no contaba con atractivo alguno. Tampoco se le pasó por alto el hecho de que la presentación en sociedad de Victoria hubiera sido hace algunos años, lo que le daba otra clara pista a tener en cuenta sobre ella. «*Es una solterona*», se dijo, puesto que no se había mencionado marido alguno en la conversación y sólo se había hablado de una puesta de largo.

Pobre muchacha. Sin duda iba a sentirse terriblemente perdida e incómoda en compañía de invitadas como Adeline Aldrich y su madre, por no hablar de lo fuera de lugar que muchas de las damas de alta alcurnia, para quienes el linaje lo era todo, iban a hacerla sentir.

—¿Las ha invitado para que pasar un tiempo en nuestra propiedad alivie en cierta manera sus... gastos económicos?

—¡Andrew! ¿Cómo puedes pensar que yo haría algo semejante? —Joanna parecía realmente ofendida—. La presencia de las Linton en nuestra reunión no tiene nada que ver con la caridad.

—Madre, no pretendo ser descortés... ni mucho menos maleducado, y puedes tener por seguro que no faltaré el respeto a las damas Linton si su compañía es tan agradable para ti. —Desde luego, le había educado para que fuera atento con todas las personas, independientemente de la holgura con la que vivieran.

—Puedo entender que te parezca extraño que las haya invitado. —Aceptó Joanna, aunque parecía incómoda ante tanta explicación—. Sé que pueden no tener el perfil del resto de asistentes, pero en el pasado, Charles Linton y tu padre tuvieron una amistad afectuosa y por ello quiero hacer algo por la joven Victoria, ahora que tengo ocasión.

—¿De qué se trata? —Se vio impulsado a preguntar Andrew, que no había conocido a Charles Linton en toda su vida y no recordaba haberlo oído mencionar a su padre.

—Ya lo sabrás. —Joanna sonrió, encantada con mostrar misterio.

—Sabe Dios que no me interesa entrar en tus maquinaciones, madre. Me siento más a salvo quedando fuera de ellas.

Joanna rió delicadamente al mismo tiempo que el cochero cruzaba las verjas forjadas que daban acceso a la propiedad de campo de los Holt en Kent. Andrew sonrió al ver la enorme H labrada que su padre se había empeñado en hacer colocar a la entrada de las rejas principales, asegurando que toda gran casa que se precie debía tener un emblema. Con un suspiro, la mirada del joven abarcó toda la extensión de tierra y cultivos que conformaba el hogar donde había crecido. La añoranza se abrió paso dentro de él, paralizándole unos segundos.

La casa Holt, situada a unos veinticinco o treinta kilómetros del amplísimo bosque en cuya dirección se encontraba Hampshire, estaba formada por dos pisos, con una planta inmensa, resultando más larga que alta en su construcción. Poseía un extenso porche sujeto por dos gruesas columnas y había sido conferida con más funcionalidad que ostentación. Al este, se erigía un invernadero acristalado con una parte expuesta al sol que formaba un coqueto parque redondeado donde crecían árboles frutales y plantas de todas las clases.

Al oeste se hallaba el cuidado establo, que daba a un cercado cubierto donde se podía entrenar y

liberar a los caballos para que se ejercitaran. Más allá del mismo, abarcando cuanto la vista alcanzaba, se extendían las zonas de cultivo y plantaciones, que conformaban parte del eje de los negocios agrarios del conde en Kent.

Cuando el carruaje quedó detenido a la sombra de la cochera, un lacayo se apresuró a abrir la puerta y hacer un gesto de reconocimiento a Andrew. El muchacho, cuya librea de color chocolate estaba impecable, se apresuró a peinarse los largos mechones de pelo azabache en una coleta y tomó una expresión tan seria que rayó en lo hostil.

–Bienvenido a la casa Holt, milord.

–Muchas gracias, Josh –respondió Andrew, apeándose de un salto–. Santo Dios, ¿al fin han conseguido imponerte la librea? Creí que siempre te había gustado más encargarte de los caballos.

–Y así es, milord. –El joven se encogió de hombros, manteniendo abierta la puerta del carruaje–. No me quedó más remedio que aceptar el puesto.

Joanna, que en ese momento se apeaba, sujeta de la mano de su hijo, le dedicó al joven empleado una sonrisa maternal de reconocimiento. No en vano, aquel muchacho había crecido al amparo de los Ferris desde mucho antes de que el condado recayera sobre los hombros de Andrew.

–Ascender es bueno –le dijo con cariño–. Y en tu caso, más que merecido.

–Bienvenida a casa, milady –expresó el joven con un leve rubor.

Respetuosamente (y agradecido de poder esconderse por ahí), Josh ayudó al otro lacayo a bajar las maletas mientras Joanna y Andrew salían al sol de la tarde y dejaban atrás la cochera. Llevando a su madre del brazo, el joven conde se dio cuenta de que la casa bullía en actividad. Recibían saludos distraídos a cada paso que daban, puesto que los sirvientes parecían recorrer la propiedad a toda velocidad. Barrían los caminos, cortaban las malas hierbas, recogían las flores marchitas que caían al suelo, preparaban los servicios de aseo para los carruajes, llenaban los abrevaderos para los caballos...

–Es extraño notar tanto movimiento aquí –susurró Andrew, acompañando a su madre a las escaleras del porche.

–Es normal, teniendo en cuenta que nuestros invitados empezaran a llegar al anochecer. –Le acarició el brazo para indicarle que ya podía soltarla–. Lo que me recuerda... que tengo que cambiarme y asegurar que todos los dormitorios estén a punto para nuestros huéspedes.

–Estoy convencido de que Josephine se habrá adelantado a todas tus posibles peticiones, madre, como siempre.

–Naturalmente, como ama de llaves no hay mujer en Inglaterra que sea más exigente que ella. –Le apuntó con un delicado dedo, arqueando la ceja en modo de advertencia–. Recuerda bien lo que te he dicho, Andrew... muestra respeto y cortesía para con todos mis invitados. No es un ruego.

–Es una orden, lo sé. –Le hizo a su madre un respetuoso gesto con la cabeza–. Prometo que seré el perfecto anfitrión, madre. Me mostraré cortés con todas las personas que se alojen bajo este techo, incluidas tus protegidas Linton.

Una sonrisa satisfecha enmarcó el rostro nacarado de Joanna, que le hizo a su hijo una leve reverencia y traspuso el umbral de la casa, dejando que sus pies resonaran en el mármol gris del hall. Mientras la veía alejarse rumbo a la escalera principal, seguramente para comprobar que el equipaje estuviera ya en su aposento, Andrew cayó en la cuenta de algo importante. ¿Cómo podría cumplir la promesa que acababa de hacer, si una gran parte de los invitados le eran desconocidos?

Había nombres que le sonaban pero a los que no podía poner cara, y las Linton eran un ejemplo de ello. Sin percatarse de que quizá estuviera dando más importancia a ese hecho del que tenía, siguió a su madre hasta llegar al primer escalón, haciéndola detenerse en plena subida.

—¿Cómo sabré quiénes son? —le preguntó, ceñudo—. Apenas recuerdo nada de la presentación en sociedad de la hija, y estoy seguro de que jamás conocí al padre para sacar algún parecido.

Por alguna razón, Joanna pareció divertida ante la preocupación de su hijo. Pudo calmarlo fácilmente diciendo que ella le presentaría a todos los huéspedes conforme fueran llegando, pero en lugar de eso, decidió proseguir con el aire enigmático que había caracterizado aquella conversación desde un comienzo.

—Oh, estoy segura de que las reconocerás enseguida. —Su delicada mano enguantada se colocó mejor sobre la reluciente barandilla de la escalera—. Al menos, a Victoria.

—¿Acaso tiene algo que la haga distintiva del resto?

Al ver que su madre se disponía a proseguir el ascenso al segundo piso, Andrew temió que no le dijera nada, ya que su silencio estaba lleno de grotescas posibilidades. ¿La reconocería por tener una nariz demasiado ganchuda? ¿Unas curvas excesivas? ¿Por ser baja o rolliza?

—Es pelirroja —culminó Joanna, perdiéndose de vista al llegar al rellano superior.

Capítulo 2

Todavía con el ceño fruncido después de la parquedad con que le había despachado su madre, Andrew decidió que lo más inteligente que podía hacer era dejar de lado todo pensamiento que recayera sobre los invitados y centrarse en asuntos más apremiantes.

Satisfecho con su actitud práctica, cruzó el vestíbulo haciendo resonar sus zapatos en los pulcros mármoles de tonos gris y pizarra y se encaminó hacia la puerta lateral que daba a la cocina y las habitaciones de los sirvientes que trabajaban dentro de la propiedad. Más de una vez, mientras recorría el pasillo bien iluminado tuvo que apartarse a uno y otro lado para esquivar doncellas que iban cargadas de manteles pulcramente planchados, cestos con reluciente cubertería o jarrones poblados de las más exquisitas flores.

Respondiendo con gestos de cabeza, Andrew devolvió todos los saludos que le fueron dados y prosiguió su marcha hasta cruzar el ancho portón que daba a la enorme cocina de la casa Holt. Aquel era, con diferencia, uno de sus sitios preferidos de toda la propiedad. Siempre olía a algo delicioso y los calderos que bullían al fuego jamás le desilusionaban cuando metía la nariz en ellos para inspeccionar su contenido. La enorme mesa de centro, ahora llena con tablas de cortar, verduras frescas, frutas y hogazas de pan estaba lustrosa y muy limpia, como si el tiempo, en su inexorable paso, hubiera dejado esa habitación de lado.

–Todo sigue como siempre –susurró, con un suspiro sosegado. La ansiada paz por fin parecía acomodarse dentro de su pecho.

Ya iba a colar disimuladamente la mano en una bandeja rebosante de galletas recién horneadas, cuando un ladrido resonó en la cocina haciendo temblar las paredes. Por extraño que pareciera, las doncellas que se encargaban de sus labores apenas se inmutaron, y una joven rubia que cargaba una montaña de servilletas de tela se limitó a hacerse a un lado y proseguir su camino cuando un perro de considerable tamaño pasó corriendo junto a ella.

–¡Harvey! –exclamó Andrew, sonriendo de oreja a oreja.

Se agachó y recibió gustoso los lametones del dálmata que había criado y al que tanto echaba en falta cuando no podía llevarlo con él a Londres. El animal, de un elegante color blanco, tenía el delgado cuerpo sembrado de manchas redondeadas del mismo negro azabache que el reverso de las orejas y la punta de la nariz. Ante las caricias hábiles de su dueño, el animal movía la cola y ladraba escandalosamente, sin dejar de prodigar lametones a Andrew, que reía como el chiquillo despreocupado que había sido antaño.

–Yo también te he echado de menos, amigo mío –le susurraba el joven conde, inspeccionándolo con ojo crítico–. Veo que te han alimentado bien, granuja, ¿has estado haciendo ejercicio también?

Harvey levantó las patas delanteras y las subió a los hombros de Andrew, haciéndole quedar sentado en el centro mismo de la cocina. En medio de su creciente buen humor, Andrew apenas se dio cuenta de que la puerta que unía la cocina con la salida al jardín trasero se abría y volvía a

cerrar, y que una mujer con el ceño fruncido y el delantal torcido le miraba como si estuviera a punto de darle unos azotes. Con un carraspeo, la señora, (cuya estatura era considerablemente menuda) alzó una correa en alto y apuntó con ella al dalmata.

—¿No podías esperar a que yo te trajera, condenado? —bramó, haciendo que el perro bajara las orejas—. Ah no, a mí no me vengas con esas.

Andrew se levantó, sacudiéndose las manos inapropiadamente en la parte trasera del pantalón. Tocó la cabeza del perro y este se sentó a su lado, inmóvil. Esbozó su sonrisa ladeada, pero imaginó que le valdría para tanto como a Harvey su maniobra de sumisión. Josephine, el ama de llaves, era muy dura con aquellos a los que más quería, y habiendo prácticamente visto crecer a Andrew, su cariño por él era directamente proporcional a lo estricta que se mostraba.

—Debí imaginar que tendría por aquí a su compinche —se lamentó la mujer, entregándole la correa—. Milord... ¡un conde tirado en el suelo de la cocina!

—Únicamente en ocasiones especiales. —Volvió a sonreírle—. Estás espléndida, si me permites el cumplido.

—Vieja y correosa sería más acertado. ¿Cuándo habéis llegado? ¿Está la señora ya en sus aposentos? —Antes de dejarle contestar, Josephine dio una fuerte palmada y las doncellas levantaron la cabeza—. El baño de la señora no va a calentarse solo, niñas. Que esto sirva de entrenamiento porque esta noche la casa se llenará de ladys, ¡vamos, vamos!

Con las manos en las caderas, el ama de llaves vio partir a dos de las muchachas a toda prisa rumbo a la habitación de Joanna. Después dedicó su ojo crítico a valorar el estado de Andrew. Dejando de lado el polvo que se le había pegado en la chaqueta y las marcas de las patas del perro que llevaba ahora en la camisa (Santo Dios, pensó espantada), se veía tan apuesto y saludable como siempre. Con su casi metro noventa, Andrew Ferris era un joven fuerte y ancho de espaldas, con caderas proporcionadas y piernas fibrosas. Llevaba el pelo castaño un poco más largo de lo acostumbrado, con un rebelde mechón que siempre le caía sobre la frente.

Josephine secretamente se alegraba de que su joven señor no usara esa crema fijadora en el cabello, pues aunque daba un aspecto más señorial y sofisticado, motivo por el que se había puesto tan de moda, era engorrosa y a menudo los caballeros tenían dificultades tanto para aplicarla como para retirarla después. Eran incontables las sábanas y fundas de almohada que había tenido que frotar a conciencia para eliminar los restos del dichoso mejunje.

En todo caso, el peinado de Andrew le hacía más joven, lo que recordaba que antes de haberse convertido en un conde, había sido un muchacho estudioso y despreocupado como el resto. Continuando su escrutinio, Josephine decidió que el atuendo del señor era pasable. No estaba de acuerdo con el ancho de las patillas que se había dejado, pero imaginaba que era así como se llevaban en Londres, y poco podía decir ella al respecto.

—¿Se le ofrece algo, joven? —le preguntó tras unos momentos de silencio—. ¿Falta algo en sus habitaciones?

Antes de que diera nuevamente su atronadora palmada, Andrew se apresuró a cogerle la fría mano entre las suyas. Con un gesto que ruborizó a la curtida mujer, se la llevó a los labios y la besó,

haciéndole un guiño cariñoso.

—No he pasado por la habitación, pero estoy convencido de que estará perfecta, como siempre. — Se guardó la correa de Harvey en el bolsillo—. Solamente quería echar un vistazo a la cocina y luego estirar un poco las piernas por el jardín.

—Y gorronear cualquier cosa que estuviera cociéndose, imagino. —Fingiendo irritabilidad, estiró la mano y le dio a Andrew una galleta de la fuente que tenía más cerca—. Está terriblemente pálido, joven, ¿qué hacen con usted en esa condenada ciudad?

—Mantenerme encerrado, me temo. —Se encogió de hombros—. Espero poder recuperarme en estos días.

—Algo me dice que otros menesteres lo mantendrán muy ocupado...

Con un mohín de fastidio, Andrew chasqueó la lengua y se dirigió a la puerta situada detrás de Josephine, que daba al invernadero y los jardines. Silbó suavemente y Harvey se puso a trotar con alegría tras él. El ama de llaves gruñó cuando vio a Andrew dar al perro la mitad de la galleta, pero como no podía hacer nada por cambiar el aprecio que el joven tenía por aquel can (como tampoco parecía posible que el mismo conde cambiara muchas de sus actitudes a pesar de su rango) decidió descargar su frustración en el trabajo.

—¡Esta plata no está suficientemente pulida, niñas! ¡Quiero verme las arrugas en ella!

La palmada resonó incluso cuando la puerta se cerró.

Dejando que el sol le diera en la nuca, Andrew caminó distraídamente por el jardín, conduciendo sus pasos a la estructura acristalada que conformaba el invernadero. Perdido en sus pensamientos, y con el reconfortante sonido de la respiración de Harvey a su lado, se permitió volver a la conversación que había tenido rato antes con su madre.

Victoria Linton era pelirroja. Y se suponía que con ese dato él tendría que poder reconocerla. Como si fuera la única mujer en la faz de la tierra que tuviera ese color de cabello. ¿A qué jugaba su madre? Se suponía que la única intención de Andrew al cuestionarla sobre sus invitadas personales era poder prodigarles un trato adecuado. La misma Joanna se lo había pedido. Y, dado que apenas sabía nada de esas misteriosas mujeres, dudaba mucho de que pudiera ser cortés con ellas, si no le daba alguna pauta a la que agarrarse.

Por supuesto, no es que pensara ignorar a ninguna de las personas que iban a hospedarse en su casa, puesto que jamás haría algo tan descortés; pero siendo honestos, él solo era un hombre y, dado que la razón principal de aquella recepción era la de encontrar a la candidata adecuada para que se convirtiera en su esposa, parecía lógico creer que Andrew se centraría en pasar tiempo con ciertas jóvenes casaderas en detrimento de otros invitados.

La señorita Linton acudía a la casa Holt no como posible dama casadera a tener en cuenta, sino (y en compañía de su madre) como una visitante considerada por Joanna. Era de esperarse, pues, que Andrew apenas reparara en ellas, a menos que se encontraran por casualidad o tuviera la oportunidad de ofrecer algunos minutos de charla cortés. De querer su madre que mostrara un poco más de interés en sus invitadas, diferenciándolas del resto de personas a las que Andrew tendría que

dejar de lado (por el bien de su futura empresa matrimonial), debía al menos señalarle quiénes eran.

—Y definitivamente —masculló, apretando el paso—, darme algún maldito dato más que un color de pelo tan común y corriente.

Se paró al llegar junto a la puerta del invernadero, que estaba flanqueada por dos grandes rosales. Harvey movió la cola, expectante, como preguntándose si entrarían a oler las flores o se quedarían fuera bajo el sol. Andrew se pasó la mano por la frente y respiró hondo. Todavía no había empezado la búsqueda de una esposa y ya estaba volviéndose loco. Le esperaban unos días agotadores, donde tendría que poner la mente únicamente en las jóvenes casaderas que fueran desfilando delante de él, intentando quitar las capas superfluas de personalidad que ellas mostraran para ver si escondían algo debajo en lo que pudiera sustentarse una vida en común.

Definitivamente, no tenía tiempo para pensar en el color del cabello de Victoria Linton, a la que ni siquiera podía poner rostro, cuando lo más probable era que tuviera que pasar entre una veintena de damas (y eso, siendo positivos) hasta llegar a una con la que pudiera tener afinidades y gustos comunes. Jamás pasaría el resto de su vida atado a una mujer que solo hablara cuando él le hiciera una pregunta. Si tuviera que envejecer oyendo monosílabos, se pegaría un tiro con la escopeta de caza.

—No aspiro a encontrar ese amor del que hablan las novelas, ¿sabes? —Se acuclilló, rascando las orejas de Harvey—. Ni siquiera la clase de amor que tenían mis padres, siempre con sus rencillas, manteniéndoles unidos en sus desacuerdos... pero desde luego tengo que apreciar a la mujer con la que me case. No suena muy descabellado, ¿verdad?

Aspiraba a poder querer a la joven que se convirtiera en la madre de sus hijos, poder mirarla y decir «*lo he hecho bien, pasaremos una vida tranquila juntos, apreciándonos y siendo respetuosos el uno con el otro*». Tenía tiempo, en todo caso, no había ninguna necesidad de apresurarse... pero tampoco quería invertir en la tarea de casarse una eternidad, no era ningún jovenzuelo enamorado, ni tampoco un aprendiz de poeta. Andrew era un hombre práctico y decidido, y por ello esperaba haber conseguido dar con la candidata deseada con la prontitud necesaria para poder volver a Londres y cerrar el trato del barco de vapor que viajaría a China.

—Un hombre sensato debe anteponer a las personas en sus prioridades —le dijo a Harvey, que pareció entenderle con su mente perruna—. Primero la familia, luego los negocios con el extranjero. No lo olvides, amigo.

Empezaba a incorporarse cuando el traqueteo de un carruaje por el caminito allanado de acceso a la propiedad le distrajo. En una posición inesperadamente buena entre los rosales, Andrew tenía una vista exquisita de la entrada a la casa Holt. Intrigado por conocer la identidad de los primeros visitantes, se levantó con cuidado de no ser visto y caminó unos pasos hasta apoyar un hombro contra la parte oeste del invernadero. Tan solo tuvo que alzar un poco la cabeza para tener una visión panorámica.

—Ven aquí, chico —susurró—. Abajo, Harv.

El dálmata se acomodó junto a Andrew, doblando las patas delanteras y bostezando copiosamente mientras se tumbaba bajo la sombra del rosal, ajeno a cualquier otro ser humano que pudiera estar a

punto de llegar. Dejó caer la cabeza sobre las patas y entrecerró los ojos, decidido a gandulear mientras su amo terminaba sus trabajos detectivescos.

El carruaje que se aproximó hasta detenerse ante las verjas de la entrada era sin duda propiedad de alguien de la aristocracia más acomodada, y aquello era evidente incluso desde la posición de Andrew. Lacado en negro, tenía los paneles relucientes. Una A dorada adornaba la puerta lateral, como era costumbre, y estaba rodeada por diminutas figuras, que debían ser los escudos o emblemas de la familia a la que pertenecía. Lamentablemente, desde la lejanía donde ese encontraba, Andrew no podía identificarlos.

Uno de los lacayos de la casa Holt, con su librea color chocolate, se apresuró a abrir la portezuela y bajar la escalinata. Tanto el interior del carruaje que podía verse como los escalones estaban forrados en damasco azul de un tono tan vibrante que Andrew pudo percibirlo sin dificultad. Dos mozos empezaron a bajar el equipaje enganchado a la parte posterior del carruaje, en tanto que el lacayo ya había ayudado a descender a una dama.

La mujer, alta y esbelta, llevaba una inmensa pamelita a juego con su vestido de paseo de un tono vainilla muy recargado. Andrew entrecerró los ojos, pero le fue muy difícil ver nada bajo el ala de aquel voluminoso tocado. No obstante, fue mucho más sencillo reconocer a la joven que descendió a continuación.

Una delicada mano enguantada tomó la del lacayo y una dama tan sofisticada como rígida se apeó del carruaje. Estaba tan estirada como un junco, y el único movimiento estrictamente fuera del protocolo que se permitió fue el de mover la cabeza a los lados, dejando que su mata de rizos castaño oscuros cayera más grácilmente sobre sus hombros. Llevaba un vestido de un rosa muy pálido a juego con el sombrerito y las botas, e inmediatamente después de pisar el suelo abrió el abanico para impedir que el sol irradiara directamente contra su tez marfileña.

Madre e hija se comportaban como si estuvieran siendo observadas por un experto en protocolo y daban instrucciones a los mozos de cómo y en qué orden debían transportar sus pertenencias. Incluso aunque hubiera estado a muchos más kilómetros de distancia, Andrew habría podido reconocer aquellas maneras tan extremadamente correctas en cualquier parte.

—Adeline Aldrich—dijo para sí—. Tenías que ser la primera en llegar, sin duda.

Sin querer moverse para no ser descubierto (habría tenido que dar muchas e incómodas explicaciones), Andrew vio a Adeline y a su madre caminar dignamente hacia el interior de la propiedad. Los mozos trabajaron sin descanso transportando los bultos de ambas mujeres, y el lacayo guió al conductor del carruaje para que lo llevara a la cochera, donde los cuatro caballos serían atendidos. En medio de la polvareda que se levantó, Andrew estuvo a punto de perderse otra llegada.

El vehículo en cuestión era, esta vez, bastante diferente al que había traído a las Aldrich. Quienes fueran sus propietarios también se habían dado prisa en acudir a la residencia Holt. Pero Andrew dedujo, cuando pudo ver bien el vehículo y apreció que solo llevaba dos caballos, que o bien la distancia a recorrer por los dueños del carruaje era corta y por ello contaban con tan pocos animales de tiro... o por el contrario, no podía permitirse tener más, motivo por el que habían decidido salir más pronto y así no hacer demasiado llamativa su tardanza.

Al ver cruzar al coche el último recodo y pararse con un bamboleo justo delante de la entrada, donde ya esperaban un lacayo y otros dos mozos, Andrew se dio cuenta de que su segunda hipótesis estaba más cercana a la realidad. A diferencia del carruaje donde había aparecido Adeline Aldrich, lustroso y bien lacado, este parecía desvaído. La pintura estaba opacada y deslucida, había una cantidad de polvo en el contorno y la tracción de las ruedas daba a entender el desuso, e incluso era visible que la marca de la familia, pintada en el lateral de la puerta, había sido borrada y sustituida por otra.

Andrew se rascó la barbilla, curioso. Había poca cantidad de maletas en la parte trasera del coche y el mozo no tardó en descargarlas por completo. Cuando la puertezuela se abrió, la escalerilla automática no llegaba del todo al suelo, sino que se quedaba a una distancia que implicaba bajar de un salto, algo poco recomendado cuando en el carruaje viajaban mujeres, dado que podían tropezar con sus faldas y caer.

Todas las pistas recogidas dejaban bastante claro que aquel coche era de segunda mano. Seguramente, la familia poseedora lo había vendido y los actuales propietarios habían decidido pintarlo y cambiar el símbolo de la puerta por otro, pero no parecía que hubieran hecho un trabajo demasiado vistoso. Incluso quedaba la posibilidad de que el coche fuera alquilado y por ello la altura de la escalerilla no hubiera sido regulada.

—Qué extraño... —musitó Andrew, inclinándose hasta apoyar las manos en el cristal del invernadero—. ¿Quién de nuestros invitados no puede permitirse su propio coche particular?

—Milord —siseó una voz a su espalda—. ¿Milord?

Con un carraspeo Andrew se dio la vuelta y sonrió a Josh como pudo, pretendiendo que no había sido hallado en ninguna posición comprometida. Harvey levantó la cabeza en cuanto su amo se movió.

—Le estaba buscando —dijo el muchacho, apresurándose a bajarse las mangas de la librea para mostrar un aspecto más adecuado—. Uno de los canales de riego se ha estropeado y ha ahogado dos tomateras del sector norte.

Andrew forzó su mente a concentrarse en lo que el recién ascendido lacayo le informaba. Alzó la vista hacia el otro lado de la propiedad, donde se encontraban los establos y los campos de cultivo. Eran unas tierras prósperas, donde se había sembrado una gran cantidad de frutas y hortalizas que alimentaban tanto a la casa principal, como a los arrendatarios que trabajaban en ellas.

—Se ha ahogado... ¿Y el encargado? ¿El señor Greyson? —preguntó de súbito, envarado—. ¿No se ocupa él del control de la cosecha?

—Está en cama, milord —explicó Josh, cuyas orejas estaban ya rojas—. Reúma.

Un gruñido bastante maleducado salió de la garganta de Andrew. Por supuesto, sabía que su comportamiento estaba siendo ridículo, pues era claro que cualquier cosa relacionada con el bienestar de la finca y todos los que allí vivían recaía directamente sobre sus hombros. Siempre le había gustado estar al tanto de lo que se hacía, de los planes y nuevas medidas que se tomaban para mejorar la producción y hacer más fáciles las vidas de todos. Pero en esta ocasión, sin embargo, su

ansiedad por conocer la identidad de esos visitantes que acudían a su hogar en un carruaje tan poco apropiado parecía eclipsar todo lo demás.

Asumiendo que su responsabilidad y deber debían estar por encima de cualquier inesperada obsesión, Andrew palmeó el hombro del azorado lacayo como disculpa por su actitud, dándose la vuelta para emprender el camino a la zona de los cultivos, decidido a tomar el mando de la situación cuanto antes y cumplir con su obligación.

–Busca a un par de mozos que no estén ocupados cargando con los equipajes de los huéspedes y llévalos al sector norte –ordenó, mientras empezaba a andar, quitándose la chaqueta–, arreglaremos esa fuga antes de que eche a perder todos los tomates.

–¡A la orden milord!

–Vamos, chico.

Harvey trotó junto a su amo alegremente, con las orejas levantadas, Andrew le dio la espalda al camino de entrada a la propiedad y se alejó, sin ver cómo Victoria Linton descendía del carruaje recién llegado y ponía los pies en la casa Holt por primera vez.

Capítulo 3

Victoria Linton se permitió unos minutos de admiración y alzó la cabeza para abarcar cuanto pudiera de la propiedad que tenía ante sí. Definitivamente la casa solariega del conde de Holt era, con diferencia, el lugar más impresionante que había tenido la oportunidad de ver. Dirigiera su mirada a la dirección que fuera, únicamente veía árboles bien podados, cercas cuidadas y recién pintadas, estructuras que armonizaban con el paraje natural y lo embellecían. Incluso oía el correr de un riachuelo por allí cerca, aunque no podía verlo.

Los sirvientes deambulaban de un lado para otro, siendo lo más invisibles posible. Un lacayo ya estaba guiando al cochero que las había acompañado hasta la zona apartada donde se guardaban los carruajes y su equipaje había desaparecido (ella ni siquiera había visto al mozo que debía haberlo recogido). Con un suspiro, Victoria sacó los guantes del bolsillo de su falda y procedió a ponérselos, como dictaba el buen gusto, mientras intentaba calcular mentalmente cuánto podría costar a los dueños mantener la propiedad en tales condiciones.

–Es impresionante, ¿verdad, hija?

Eleanor Linton, con su cara regordeta y su figura rolliza se abanicaba profusamente mientras seguía con sus propios ojos la dirección que ocupaba la atención de su hija. Se ajustó el corsé de su vestido amarillo y exhaló un quejido. Aunque habían salido pronto, el viaje se le había antojado demasiado largo, no obstante, le sonrió a Victoria cuando la vio hacer un mohín.

–Si no dejas de arrugar el ceño así... envejecerás pronto.

–Deberíamos darnos prisa en entrar, madre –respondió la joven, tomándola del brazo con decisión–. Este calor no te hará nada bien.

Con un asentimiento resignado, la mujer aceptó la petición de Victoria y dejó que empezara a guiarla por el camino que daba a la entrada de la elegante mansión. Conforme iban avanzando hacia la impresionante propiedad, la mirada de Victoria se iba trasladando con más frecuencia al invernadero, situado en el lateral de la casa. Era una estructura acristalada de belleza sin igual, bordeada con rosales y arbustos repletos de unas flores coloridas que no había visto en toda su vida. Con melancolía, se preguntó si, de haber sido las cosas diferentes, ella podría haber tenido un lugar así en el que poder sacar a relucir su pasión por la botánica.

Desde niña le había gustado mucho el mundo de la jardinería, e incluso tenía un pequeño huerto en la modesta casita que compartía con su madre, pero desde luego, nada podía compararse con la majestuosa superficie que ahora veía. Echando cálculos aproximados, se asombró al pensar que era muy posible que el invernadero de los Holt fuera casi tan grande como su hogar entero. La sola perspectiva le daba escalofríos.

Aferró la mano de su madre, que parloteaba más para sí misma que para ella y continuó andando, adecuando el paso al de Eleanor para evitar que se cansara. Todavía se mostraba inquieta ante esa repentina visita a los condes de Holt, y habría insistido más en sus cábalas de no ser porque su madre le había expresado que el aire puro de esa zona de Kent era justo lo que necesitaría para acabar de

superar su leve afección respiratoria.

–¿Estás segura de que este esfuerzo no será demasiado para ti, madre? –le preguntó en cuanto la idea de una recaída le llenó la mente.

–El médico lo recomendó, Vicky, y por mujeres instruidas que seamos, no podemos pretender saber más que él. –La mujer le sonrió, como si eso dejara zanjado el asunto.

–Solo digo que tal vez... este viaje esté algo fuera de nuestras posibilidades. –Y fue todo el tacto que pudo usar para referirse a un tema tan delicado—. Después de todo... es la casa de un conde, madre... y parece que se espera que la más alta alcurnia de la aristocracia esté aquí.

Eleanor asintió y palmeó la mano de Victoria con un ademán tranquilizador. Por supuesto, ella compartía las inquietudes de su hija y sabía bien que no podrían situarse al mismo nivel de muchas de las adineradas familias que habían acudido en tropel a la llamada de Joanna, pero también era cierto que había sido puesta sobre aviso, y si bien su necesidad de contar con tranquilidad y un clima más fresco eran parte del motivo que la había decidido a arrastrar a Victoria hacia Kent, no era el único.

–Piensa que no solo mejoraré mi salud –dijo, cuidando mucho el tono para no revelar demasiado–, sino que además estas semanas aquí supondrán un cese en nuestros gastos, querida.

Victoria ya había pensado en eso, por supuesto. Durante el tiempo que ellas estuvieran en la mansión Holt, no harían uso de ninguna de las cosas que tenían en su propia casa, incluyendo alimento, abrigo, cera de velas... y no es que se encontraran en la ignominia social (aunque bien podría parecerlo si se las comparaba con muchos de los otros asistentes), pero aquel receso económico sin duda las aliviaría más adelante.

–Tal vez tengas razón...

–Claro que la tengo. Ahora intenta relajarte y disfrutar de este bonito paisaje –Eleanor respiró hondo mientras se abanicaba—. Piensa que te cansarás de pasear bajo la brisa, rodeada de bonitos jardines donde podrás conversar con gente de tu edad.

La perspectiva animó inmediatamente a Victoria, que se vio escabulléndose al invernadero o acomodada a la sombra de un olmo con uno de sus libros en el regazo. Se anotó mentalmente el obligar a su madre a tomar un paseo corto diariamente, cuando el sol estuviera bajo, para que su espíritu se fortaleciera y sus pulmones se llenaran de aire puro. Cuando volvieran a su confortable hogar, ambas estarían en plena forma.

–Ha sido muy amable por parte de lady Joanna Holt invitarnos –decía Eleanor, levantando la cabeza para admirar el tejado a dos aguas de la zona principal de la casa—. Todo un acto de amabilidad.

–Por lo que he oído, las invitaciones a su reunión han sido la comidilla estas últimas semanas. Las páginas de sociedad no hablan de otra cosa.

–¿Y cómo no ser así, Vicky? Lady Joanna no abre la casa Holt a menudo, pasa toda la temporada en Londres y solo se la ve por el campo cuando su hijo puede contar con algunos días libres, lo que no sucede asiduamente.

–Imagino que ser un conde debe tratarse de un trabajo agotador –comentó Victoria, no sin cierto desdén.

–¿Ya estás prejuzgando al hijo de Joanna? –Eleanor soltó una risilla que hizo que le temblaran los hombros–. Querida mía, esta vez te has superado. Apenas has esperado a que pisemos su casa para tacharle de vago.

–¡No quería decir eso! –Con un mohín, Victoria se detuvo repentinamente–. Únicamente expreso que no me parece que heredar un condado le dé a uno muchas preocupaciones.

–Bueno, eso depende del tipo de persona que uno sea, querida. Y en este caso, tanto el hijo de Joanna como su difunto marido han demostrado ser hombres que se preocupan por quienes viven a su alrededor, que muestran interés y hacen algo más que limitarse a gastar el patrimonio que les ha sido concedido. –Esta vez, fue el turno de ella para suspirar–. El difunto conde era un gran hombre, o de lo contrario jamás habría tenido a tu padre en tanta consideración, ¿no te parece?

Victoria permaneció callada mientras asimilaba la información. Su padre, Charles Linton, siempre había sido un hombre intachable, de buen trato, afable y bonachón, jamás había tenido malas palabras para nadie, ni gestos groseros. Hijo de comerciantes, desde siempre había poseído un talento innato para vender cualquier cosa. Hacer negocios le venía en la sangre, y toda situación era propicia para intentar captar algún cliente.

Su esposa a menudo decía de él que jamás había amasado una profusa fortuna porque siempre había sido honrado, y la verdad era que Charles, con su pelo rubio ralo y sus ojos tristes, jamás había engañado a nadie, motivo por el que casi siempre era él quien caía en las tretas de los demás. Victoria recordaba oír a su padre hablar de sueños inalcanzables, planes de expandir su imperio comercial más allá de lo que la vista alcanzaba, al otro lado del mar... a países exóticos, extranjeros, donde los hombres y mujeres vestían de formas nunca vistas y hablaban en lenguas incomprensibles para Inglaterra.

Su afán por imponerse a los límites geográficos había sido su perdición, y Charles Linton había muerto dejando a su espalda deudas impagadas y pagarés por viajes a países lejanos en unos barcos que no habían zarpado. Su esposa nunca había criticado sus intentos, pues al menos podía decir que su marido no había sido un hombre conformista que se quedara sentado esperando el golpe de suerte. Este no había llegado nunca, pero al menos Charles lo había buscado incansablemente.

Ahora que estaban solas, Victoria y su madre vivían modestamente, solventando deudas a medida que contaban con un poco del excedente económico que ganaban gracias al alquiler de su casa en Londres. Únicamente la habían usado para que Victoria tuviera su temporada, y después, se habían retirado al campo, donde eran mucho más felices, manteniendo una vida relajada y fuera del furor de la ciudad. Vivían sin riesgos, dentro de unos límites que Charles siempre había querido traspasar.

–Cualquier persona habría tenido en consideración a papá –dijo por fin, retomando el paso–. Era un hombre maravilloso.

Eleanor sonrió y asintió fervorosamente con la cabeza, mostrándose completamente de acuerdo.

–Sí que lo era, cielo... sí que lo era.

Aunque Victoria deseaba entrar en detalles sobre cómo un hombre como el difunto conde de Holt había terminado teniendo algún tipo de amistad con su padre, decidió que podría dejar esa charla para cuando Eleanor hubiera descansado. Recorrer el trecho que las había llevado desde la entrada de carruajes hasta la escalinata de la casa, que daba al porche inferior, parecía haber acabado con el poco resuello que le quedaba a su madre tras las horas de viaje.

En ese momento, al verla secarse el sudor del cuello con un pañuelito bordado, agradeció en silencio que la condesa viuda aún mantuviera trato con ellas. La perspectiva de alojar a su madre en una cómoda cama adosada donde unas doncellas se ocuparían de que descansara tranquilizaba todas sus preocupaciones. Dándole un pequeño tirón de ánimo, Victoria le sonrió.

—Subamos, madre, estoy segura de que podremos escabullirnos a tu habitación para que puedas descansar.

—¡Tonterías! —Eleanor se recompuso en un instante—. De ninguna manera voy a cometer la grosería de retirarme sin antes haber saludado a Joanna. Muchos invitados están llegando, sin duda debe estar recibéndolos, como se acostumbra.

Victoria estaba dispuesta a replicar, pero fue Eleanor quien tomó la iniciativa esta vez, tirando de ella escaleras arriba hasta que ambas llegaron a las enormes puertas principales, que estaban abiertas de par en par. El impresionante recibidor, con sus suelos de mármol y sus altas columnas interiores contaba ya con unos pocos invitados, que habían ido llegando más o menos al mismo tiempo que ellas.

Sin duda, nadie quería ser el último en aparecer, y parecía claro que llegar pronto granjeaba una importante oportunidad de pasar unos minutos en compañía de lady Holt. Ligeramente incómoda, Victoria permitió que un lacayo tomara sus sombreros y las informara educadamente de que Joanna las recibiría en unos instantes, en cuanto acabara de hacer lo propio con las personas que las precedían.

—Dios bendito —murmuró Eleanor cerca de su oído—. ¿Has visto cuántos criados? Es abrumador... ¿crees que nos acostumbraremos a tanto servicio, Vicky?

Ella se encogió de hombros, temiendo haber perdido la capacidad para hablar. Distraídamente, se alisó los pliegues de la falda de viaje que llevaba puesta, espionando por el rabillo del ojo los atuendos del resto de damas que se congregaban en la entrada, esperando su momento junto a la anfitriona. Resopló de forma muy poco elegante, deseando con todas sus fuerzas que su madre hubiera aceptado su sugerencia de escapar directamente a las habitaciones.

Acababan de llegar y ya se sentía terriblemente insegura. Irguiendo los hombros, Victoria decidió que era imposible que lograra ser partícipe de todo aquel festejo. Solo esperaba que nadie se diera cuenta de cuán fuera de lugar estaba. O al menos, que tardaran en descubrirlo.

Mientras tanto, y con las botas cubiertas de suciedad, Andrew se remangaba las mangas de la camisa de lino, antaño impoluta, dejando marcas del barro que cubría sus manos en la superficie blanca. Con un resoplido, abandonó el sector norte, dejando tras de sí los cultivos. Afortunadamente, con la ayuda de los mozos había podido reparar la fuga del canal de riego antes de que se encharcara toda la plantación. Habría sido catastrófico perder la cosecha de verduras cuando faltaba tan poco

tiempo para la recolección.

Al final, únicamente una tomatera había quedado insalvable. Ahora tendrían que arrancarla y volver a preparar la tierra antes de que la parcela estuviera lista nuevamente para ser útil. Los arrendatarios se habían apresurado a traerle las herramientas a medida que se habían enterado de lo ocurrido, pero para entonces Andrew ya se había metido en la tierra hasta las rodillas.

Lo primero había sido desviar el cauce del canal estropeado a través de una zanja, para que el agua que se seguía vertiendo no contaminara más los cultivos mientras encontraban dónde estaba la fuga. Una vez hallado el lugar, habían tenido que cambiar dos piezas del canalón y volver a montarlas con un refuerzo. Les había llevado más tiempo que poner un simple parche, pero Andrew había sido tajante y así se lo había dicho a sus mozos.

—Sé que no es agradable hacer este trabajo bajo el sol... pero sería mucho peor arriesgarnos a una nueva crecida del riego —explicó, apoyado en la pala con la que había cavado la zanja—. Hemos conseguido actuar rápido, y de que rematemos bien ahora depende que esta cosecha nos alimente en las próximas semanas.

Todos se habían puesto a ello y el resultado había sido inmejorable. Era gratificante para los trabajadores ver a su conde tan sucio como ellos, preocupándose de mantener en óptimas condiciones la tierra de la que todos comían. Satisfecho tras una sesión de trabajo físico, Andrew había estrechado la mano a sus arrendatarios a medida que estos se iban despidiendo para volver a sus otras ocupaciones. Josh se había quedado para hacer unas últimas comprobaciones, lo que le valía de excusa para verse libre de usar la librea.

Deseoso de poder asearse y con Harvey pisándole los talones (el muy truhán no podía estar más contento después de haberse revolcado por el barro a placer), Andrew pensó que tendría mucha suerte si no era visto por nadie en las condiciones en que se encontraba. De ningún modo podría entrar a la casa por la cocina, puesto que Josephine le golpearía con la cazuela más pesada si su suciedad amenazara por una milésima de segundo a la pulcritud que reinaba en su templo culinario. Así pues, solo le quedaba una opción: la puerta principal.

Durante el tiempo en que había estado trabajando, había visto llegar algunos carruajes más por el camino de acceso a la propiedad. Aunque todavía mantenía vivo en un rincón de su mente ese momento de curiosa ansiedad, en el que había querido descubrir quiénes venían en el coche de segunda mano, Andrew decidió dejar sus cavilaciones para cuando estuviera presentablemente vestido. El hecho de que hubieran llegado más invitados dificultaba mucho su entrada a la casa, pero lo único que podía hacer era confiar en que su madre estuviera recibéndolos en el entoldado del desayuno, situado en el porche trasero.

Poniendo todas sus esperanzas en este hecho, Andrew subió los escalones de la entrada de dos en dos y entró a grandes zancadas, esperando que sus botas embarradas no dejaran huellas delatoras sobre el mármol. Bajó la mano hasta el hocico de Harvey, indicándole con un roce suave que mantuviera el paso lento, por si tuvieran que detenerse abruptamente. Lo cual, por supuesto, sucedió.

Andrew no había llegado aún al centro del recibidor cuando escuchó la voz de su madre. Intentando por todos los medios no ser visto, trató de desviarse para llegar a la gran escalera de

caracol que le llevaría arriba, a salvo en sus aposentos. Pero por desgracia, Joanna había elegido precisamente ese lugar, por estar situado frente a la entrada, como punto exacto en el que recibir a sus invitados. De modo que mientras él entraba a hurtadillas, cubierto de suciedad y con el perro a la zaga, intentando no hacer el menor ruido, tanto su madre como las dos damas que tenía delante le habían visto en todo momento.

Levantó la vista, dispuesto a presentar sus más sinceras excusas, pero cuando sus ojos hicieron contacto con las figuras que tenía ante sí, se quedó mudo. Una de las mujeres desconocidas, una señora de edad, de estatura media tirando a baja y proporciones redondeadas, llevaba un vestido amarillo pálido y no paraba de abanicarse con ahínco. Sus ojos, pequeños pero vivarachos, le miraban con curiosidad. Andrew pudo notar que tenía el cabello envuelto en canas pero con algunos elegantes mechones rojizos, recogido con unos sencillos pasadores. Pensó que la dama iba a gritar escandalizada, pero en lugar de eso, usó su abanico para esconder una mueca simpática.

En cuanto a la otra mujer... Se trataba de una joven esbelta y quizá, un poco demasiado alta para lo que era deseable en la sociedad. Tenía la piel de un tono superior al manido cremoso que tan de moda estaba, y sus coloreadas mejillas le daban un aspecto muy saludable. Llevaba puesta una falda larga en corte simple de color azul que le caía con gracia desde sus estrechas caderas; y una blusa con mangas ligeramente abullonadas, rematada en un ligero bordado que le enmarcaba el cuello y las muñecas. No obstante, lo que llamó la atención de Andrew no fue su vestimenta, lo que le dejó parcialmente sin aliento, estático, fue su cabello.

La muchacha poseía un pelo que podría rivalizar en tono y fuerza con las llamas del infierno. Se trataba de una mata de profusos cabellos rojos que iban desde el centro mismo de su cabeza hasta posarse sobre su hombro, cayendo hasta casi la cadera. Lo llevaba recogido en una gruesa trenza, de la que sobresalían unos pequeños rizos que le tocaban graciosamente las orejas y la frente. La recorrió con la mirada, admirando cada ensortijado mechón encarnado hasta llegar al final.

Un hombre podría dar todo lo que tenía por enredar sus dedos en aquella honda final de la trenza, se dijo, incoherentemente.

Su madre se aclaró la garganta, recuperando aparentemente el control del momento. Andrew no sabía si había estado callado, mirando a las invitadas durante un instante o por varios minutos, pero le quedaba absolutamente claro, especialmente por la expresión confusa en los ojos almendrados de la joven, que su aspecto no había pasado desapercibido para ellas. Joanna se dispuso a hacer las presentaciones, girando el cuerpo parcialmente hacia él para incluirle en la conversación. Y de algún modo, antes incluso de que empezara a hablar, Andrew lo supo, tuvo la certeza clara, precisa, de quiénes eran.

—Hijo, te presento a la señora Eleanor Linton, una dama cuya presencia aquí siempre ha sido muy apreciada tanto para mí como para tu padre. —Le sonrió a la mujer, que se ruborizó—. Y a su hija, la señorita Victoria. Señoras, este es mi hijo, Andrew Ferris, vigésimo conde de Holt.

Tres pares de ojos se posaron sobre él, incluso Harvey parecía expectante. Las dos mujeres Linton hicieron la debida venia y luego aguardaron a que él correspondiera el saludo tal como era apropiado. Probablemente debería quitar hierro al asunto y comentar cualquier tipo de tontería que rompiera el incómodo momento y disculpara su atuendo, pero el caso es que, cuando volvió a mirar a

Victoria, con su tez resplandeciente coronada por aquella cabellera de fuego, solo pudo decir una cosa.

–Se ha ahogado una tomatera.

Capítulo 4

El silencio reinó durante unos incómodos minutos en que Andrew fue radiografiado por las Linton, que desviaban la mirada paulatinamente de él a Harvey, intentando decidir quizá cuál de los dos necesitaba con más urgencia un baño con carácter inmediato. Cuando la situación amenazaba con hacerse insostenible, Joanna se aclaró la garganta y, con una sonrisa, señaló a su hijo, extendiendo una mano, delgada y elegante, en su dirección.

—Sin duda esa debe ser la explicación de la apariencia de Andrew —dijo, como si hiciera falta entrar en detalles—. ¿Ha habido algún problema grave en la cosecha?

—Una fuga. Un canal se estropeó. En el sector norte.

Maldición, ¿por qué no podía hilar una frase con sentido? Estaba allí parado, en el centro de su propio recibidor, manchando el impoluto suelo de mármol con el barro que se le escurría de las botas. Ni aunque lo intentara con todas sus fuerzas, podría sentirse más humillado.

—Confío en que todo esté solucionado. —Continuó Joanna, sin duda pretendiendo que la insólita situación tuviera algo de sentido—. Sería una verdadera lástima perder la cosecha cuando la recogida está tan cerca.

—Solo se ha perdido una planta, madre —masculló Andrew—. Josh me avisó y enseguida nos pusimos manos a la obra.

No fue consciente de cuándo terminó la conversación, pues su mente estaba demasiado confusa y molesta como para prestar atención. Su madre repitió las presentaciones y por fin, Andrew obsequió a las señoras Linton con la debida reverencia. Después se disculpó y subió a su dormitorio. El único sonido que emitió fue un ligero siseo de labios para que Harvey lo siguiera.

—No cabe duda de que será un conde tan centrado en sus obligaciones como su padre —comentó con alabanza Eleanor Linton, empezando nuevamente a abanicarse—. No cualquier noble se interesa en tales labores, tomando parte de ellas.

Le dedicó una mirada significativa a Victoria, que se limitó a asentir. Joanna sonrió, reiterándoles la bienvenida, y las dejó continuar hacia sus aposentos, dispuesta a recibir a la siguiente tanda de invitados. Mientras cruzaban el pasillo y entraban a la habitación que les había sido asignada, Victoria cesó de morderse el interior de la mejilla y dejó escapar la sonora carcajada que llevaba minutos tragándose con esfuerzo.

—¡Vicky! —Eleanor la miró con curiosidad, acercándose a ella—, ¿qué pasa, hija?

—Incluso el perro se veía más limpio que él —exclamó la joven, jugueteando con la punta de su trenza roja entre risitas espasmódicas—. Puede que tengas razón, madre, me equivoqué al pensar en el nuevo conde como un vago... al parecer está muy ocupado, sí... revolcándose en el lodazal.

Eleanor cerró el abanico y golpeó sin fuerza en el brazo de la joven, reprendiéndola. No obstante,

cuando ambas estuvieron a salvo de miradas indiscretas, en el interior del aposento, cedió a su impulso y rió también.

Se había creado mucha expectación a lo largo de la tarde sobre cómo sería la primera velada en la mansión Holt, y no era para menos. Conforme pasaban las horas, el número de invitados aumentó considerablemente y los camareros, doncellas y criadas de planta se apresuraron preparando el salón grande para dar cobijo a tan selecto grupo de comensales. Debido a que aún no se encontraban en la propiedad todas las personas que habían sido invitadas, Joanna había decidido posponer el baile y la cena oficial, de modo que en esa ocasión se serviría un ágape en forma de bufet en el que los asistentes podrían probar algunos de los deliciosos platos que eran especialidad de Josephine.

Los laterales de la sala quedaron cubiertos de ingeniosas mesas cuyo mecanismo inferior mantenía candente la parte de acero sobre la que iban colocados los platos. Un pequeño brasero debidamente protegido y oculto a la vista de los invitados proveía de calor, de forma que la comida servida no se quedaba fría. Entre las viandas se encontraba la trucha en escabeche, el pastel de carne, las patatas gratinadas con verduras, la sopa de vieiras y la codorniz al ron.

La selección de postres, llamativa para todo el que entrara al salón, se había dispuesto en la pared sur, y constaba de pastel de pera confitada, de bizcochos rellenos de arándanos y de crema de chocolate servida sobre una masa redondeada de harina y centeno.

Entretanto los invitados iban entrando al salón, maravillados por la impresionante lámpara de araña que iluminaba la estancia y daba al fresco del techo una luminosidad etérea. Andrew, todavía retocándose el corbatín, se sentía muy dispuesto a cometer una grosería en toda regla y fingir cualquier tipo de malestar para evitar bajar.

El espejo de cuerpo entero le devolvió su impecable imagen. El esmoquin negro le sentaba como un guante, estaba hecho a medida y caía con gracia remarcando su espalda ancha y sus piernas esbeltas. La camisa almidonada, de un blanco cegador, se le pegaba al pecho como una segunda piel. Con manos expertas, se estiró el chaleco y abrochó los botones de la chaqueta con pulcritud. Volvió a retocar la pajarita blanca, acomodando el cuello alto de la camisa para hacerla invisible por los laterales.

Este era el momento en el que debía ser presentado a los invitados, se dijo, echándose el pelo hacia atrás con las manos antes de cubrirlas con los guantes. Era ahora, y no antes, cubierto de suciedad y oliendo como un mozo, cuando Victoria Linton tendría que haberle visto. Y no es que le importara demasiado la opinión de esa... singular señorita, porque no tenía sentido dedicarle más tiempo a darle vueltas al asunto del que ya le había otorgado, pero le irritaba sobremanera no haber sido capaz de mostrarse seguro y encantador ante ella, algo que antaño le salía tan natural.

Sin duda se debía a lo abrupto de su encuentro, no cabía duda. Estaba en clara desventaja y por ese motivo no podía sentirse cómodo ante ella, como tampoco lo habría estado ante nadie. No obstante... se puso un guante mientras su ceño se fruncía aún más. ¿Y si la dama con la que hubiera tenido que hablar en tales circunstancias hubiera sido cualquier otra? No siempre el momento y la apariencia eran propicios, y se suponía que toda esa festividad con reuniones y cenas tenía como fin que él encontrara una esposa, ¿cómo esperaba hacerlo si apenas algo se torcía se quedaba estático y era incapaz de pronunciar palabra?

La señorita Linton no era una de las candidatas deseables, por supuesto, pero como invitada destacada de su madre (por expresar de algún modo un hecho que todavía tenía a Andrew lleno de confusión), bien le valdría como ejemplo y práctica a la hora de comportarse de forma que atrajera la atención de alguna de las novias potenciales. Lo único que le faltaba es que se hubiera corrido la voz del incidente. Quedar como un bobo balbuceante delante de todas esas jóvenes no le granjearía puntos a la hora de encontrar a la esposa idónea para él.

Aún más irritado que antes, Andrew se puso el otro guante y luego pasó las manos cubiertas por las mangas de la chaqueta para quitar cualquier resquicio de suciedad que pudiera haber. Se alegraba de haber despachado a su ayuda de cámara, pues con su malhumor probablemente el pobre hombre habría terminado por ahogarle con la pajarita. Con un resoplido, se irguió, mirando su reflejo desafiante. Tenía treinta años y era un hombre instruido, capaz de defenderse en diversos terrenos sin perder el control de la situación.

Si ahí abajo estaba la dama bajo cuya superficie se encontraba algo a lo que él pudiera aferrarse, la encontraría. Y no erraría a la hora de cortejarla.

Bajó la gran escalera mostrando su sonrisa más radiante, dando apretones a los caballeros con que se cruzaba, besando las manos de las damas que le salían al paso y mostrando interés y caballerosidad para con todas las señoritas. Pareció aumentar el bullicio en cuanto Andrew puso un pie en el salón de recepciones, incluso el quinteto musical se vio obligado a subir ligeramente el tono de su interpretación. Atisbando lo que le permitía su saludable altura, calculó que debía haber unas sesenta personas en la sala. Tal vez noventa, si faltaban aún por bajar de las habitaciones.

Era una cifra relativamente cómoda de gente con la que poder relacionarse. No cabía duda de que le era muy provechoso poder contar con esa noche, cuando aún no habían llegado todos los asistentes, para poder hacer una primera valoración de lo que tenía ante sí. Dejando de lado inmediatamente como descartadas a algunas de las doncellas a las que ya conocía (aunque no por ello las desalentaría con brusquedad, por supuesto), quedaban un buen número de señoritas con las que podría hablar, dedicándoles a cada una momentos individuales para tratarlas en una charla más privada.

Solo pensar en unirse a una mujer que no tuviera conversación, que no supiera de qué hablar... una cosa es que el matrimonio fuera deseable y necesario, y otra, que estuviera desesperado. No escogería a la ligera.

Buscaba con la mirada a su madre cuando, de repente, un fregonazo vestido de verde musgo se le paró justo ante el campo de visión. Con una sonrisa supremamente encantadora y una venia exagerada cuyo objetivo principal era mostrar los escandalosos centímetros de más que lucía su escote, Adeline Aldrich captó su atención de inmediato, obligándole, por decoro, a saludarla como correspondía a una joven de su clase.

Su cabello castaño estaba perfectamente peinado en un recogido y adornado con unas vistosas perlas del mismo tono verde que el profuso vestido, abullonado en las mangas y con unas faldas tan amplias, que iba abriendo espacio alrededor de Adeline cada vez que se movía. A Andrew no dejó de pasarle desapercibido el hecho de que ella hubiera escogido ese tono en particular... pues era el que lucía el blasón de los Holt desde hacía generaciones. Estaba claro que la joven Aldrich estaba

dispuesta a presentar batalla.

Le agradó su seguridad en sí misma, su confianza y su notable don de mostrarse recatada solo lo justo. Era una joven hermosa, con mirada luminosa y curvas perfectas, sin duda, una elección sobradamente acertada. Y sin embargo... sin embargo...

—Buenas noches, milord —saludó Adeline, con su voz dulce como la misma miel—. Debo decirle lo extremadamente honradas que nos sentimos mi madre y yo por haber sido consideradas para recibir una invitación a su maravilloso hogar.

Andrew le besó la mano enguantada y le dedicó una sonrisa apropiada. Ella no perdió la compostura, cada movimiento exacto, ensayado hasta tal punto que lograba salir natural. Parecía estar iluminada por los cuatro costados y todo en ella reflejaba su constante deseo de atención «*mírame, soy perfecta*», parecía decir. Y sin duda, era claro que tenía razón.

—No se me ocurre nadie más merecedora de ese honor que usted, señorita Aldrich, ¿no las acompaña su padre en esta ocasión?

La joven negó, haciendo que un mechón castaño le rozara delicadamente el hombro marfileño y se quedara sumisamente posado allí.

—Me temo que padre está muy ocupado, pero lamenta muchísimo no haber podido asistir... sin duda esta puede ser una experiencia inolvidable para todos.

—No me cabe duda de que lo será... —En ese instante vio a su madre, fue un segundo, pero la reconoció inmediatamente—. Si me disculpa, debo...

Y entonces se dio cuenta de que Joanna no estaba sola. En un ligero apartadero situado entre una de las mesas de refrigerios y la zona reservada para los músicos, su madre charlaba alegremente con Eleanor Linton, vestida con metros de muselina violeta que hacían de su regordeta figura algo gracioso de contemplar. Junto a ellos, y también con una anchura a considerar, Andrew reconoció a un joven al que le extrañó mucho ver en su casa.

Bernard Chamber, cuyo nombre en la lista de invitados Andrew había pasado por alto, era el segundo hijo del barón Ilhan Chamber. Se trataba de un joven rollizo, de cabello rubio ensortijado cuya barbilla y papada se confundían en cuanto abría la boca. El joven, apodado desdeñosamente por toda la aristocracia como “el honorable segundo”, una sátira que mezclaba su orden de nacimiento con la forma apropiada en que se debía uno referir a un barón por su rango, no solía ser tenido en cuenta para ciertos actos sociales.

Aunque Andrew sabía que en aras del buen gusto su madre había añadido a los invitados nombres de jóvenes solteros para equilibrar la balanza, no veía caso ni motivo por el que hubiera convidado a Bernard Chamber II, un muchacho cuya fortuna, respetable pero escasa, distaba mucho de ser suficiente atractivo como para que alguna de las casaderas allí presentes le tomara en serio como posible marido. Tenía título, pero era uno de escaso abolengo y como hijo segundo era poco probable que su herencia resultara destacable. Además, era notable y sabido por todos que Bernard apreciaba más el placer de una buena comida que la posibilidad de compartir su tiempo con alguna candidata a esposa. Su padre había perdido la esperanza y él no parecía lamentarse ante el hecho de quedarse soltero.

Imaginaba que su madre había actuado por mera cortesía.

Andrew estaba a punto de dar por finalizado su interés en tan extraño trío, cuando una cuarta persona se les unió. Le bastó una única mirada para que el estatismo volviera a apoderarse de sus miembros. El potente brillo rojo eclipsó todo cuanto había en la sala a medida que se acercaba. Fue como si el resto de personas, con sus vestidos brillantes y joyas recargadas pasaran a convertirse en tristes seres en blanco y negro.

Victoria Linton llevaba un sencillo vestido color amarillo crema con el escote cubierto por una gasa translúcida. Su cabello volvía a estar trenzado, solo que ahora el grueso mechón se había convertido en un rodete sujeto a la parte baja de su cabeza con unas pinzas en forma de mariposas doradas.

El contraste era, por su sencillez, impecable.

Joanna abrió el círculo con una sonrisa y presentó a Victoria con Bernard Chamber, que en ese momento dejó a medio comer el canapé que estaba a punto de devorar para prestar su atención a la muchacha. Desde la distancia, Andrew les vio intercambiar las acostumbradas palabras de cortesía y, en ese instante, de forma delicada pero eficiente, Eleanor y Joanna giraron sus cuerpos la una hacia la otra, de modo que, si bien seguían presentes y los jóvenes no estaban solos, se les había conferido una cierta intimidad.

Entonces Andrew llegó a una alarmante conclusión que le agrió el rictus de la boca. Su magnánima madre... de modo que había algo más oculto tras la amabilidad y amistad que la unía con la matriarca de las Linton. Pretendía echar mano de su posición para buscar un marido a la joven Victoria que estuviera acorde a su situación. ¿Era ese el papel de Bernard Chamber en aquello? Por Dios... ¿tan terrible era la vida de las Linton como para llegar a eso? ¿Cómo de mala era la posición en que se encontraban?

–Señorita Aldrich... –masculló, aclarándose la garganta. Había olvidado que la joven Adeline seguía a su lado, pendiente de él, que no lo estaba en absoluto de ella–. Si me disculpa... le ruego mil perdones, pero debo saludar a unas personas...

–Oh, milord, ¡me encantará acompañarle!

A punto estuvo Andrew de rehusarse, su precaria paciencia le pedía que se deshiciera de la perfecta y absolutamente adorable señorita Aldrich y echara a andar hacia su madre inmediatamente, sin que importaran demasiado los motivos que impulsaran su arranque. Era el anfitrión de esa condenada velada, después de todo, si de repente le apetecía charlar con Bernard Chamber “el honorable segundo”, por sus ancestros que nadie se lo impediría, ni siquiera él mismo. Sin embargo, tuvo que morderse la lengua y ofrecer a Adeline su brazo, como dictaba la respetabilidad.

Mientras andaban cruzando el salón, a un paso extremadamente lento, ella se pavoneó, saludando a personas que quizá ni siquiera conocía, para que quedara bien claro que el conde de Holt y ella estaban compartiendo un momento especial. A Andrew nada de aquello le importaba lo más mínimo, su única meta en la vida, en esos momentos, era alcanzar el lugar apartado donde aquel cuarteto conspirador había hecho planes a sus espaldas.

El cielo estaba despejado, negro y cubierto de brillantes estrellas que dotaban de claridad a aquella noche de mediados de verano. Con el airecillo que removía las hojas de las plantas y enviaba un agradable frescor al interior del establo, Josh se sentía más que agradecido con la vida que tenía.

Acodado en uno de los pilares de madera de la parte alta de las caballerizas, donde se guardaban los aperos, algunas alforjas, las herramientas para el arreglo de herraduras, tridentes y hoces, Joshua McKan miraba a la inmensidad mientras sostenía entre sus dedos de la mano derecha un cigarrillo de liar, al cual daba caladas perezosas, perdido en sus pensamientos. En noches como aquella, donde el barullo de la casa principal era casi audible a pesar de los metros de distancia, se sentía más satisfecho aún con su idea de trasladarse al altillo en lugar de ocupar la habitación que los señores le habían entregado dentro de la propiedad.

Ahí era a donde él pertenecía, se dijo, un lugar donde el aire nocturno le movía el cabello negro como el carbón, agitándole los mechones rebeldes que habían escapado de la pequeña coleta que se hacía para trabajar. Sin demasiadas complicaciones, Josh había trasladado el jergón y poco a poco había creado un confortable escondite donde dormía por las noches y se relajaba en sus escasos ratos libres. Con un candil sobre una caja vuelta del revés, una mesa y una silla para controlar papeleo y documentos relacionados con los caballos, tenía más que suficiente.

Echando la vista atrás, comprendió que su amor por los animales le venía de nacimiento. Cuando era niño, sus padres y él vivían en el Londres poco señorial, un distrito situado tan al sur, que la mayoría de los habitantes de Mayfair ni siquiera sabían de su existencia. Allí habían abierto una humilde posada para equinos, en la cual los cepillaban y alimentaban mientras sus dueños hacían recados y transacciones. Desde muy pequeño Josh aprendió a tratar a los caballos casi mejor de lo que se trataba a sí mismo, aseándolos y atendiendo las grietas de sus cascos con pulcritud.

Pese a que el negocio no daba para mucho, porque pocos comerciantes con dinero para tener un caballo se arriesgaban a dejarlo tan lejos de las elegantes caballerizas de lugares más prósperos, lo poco que ganaban se iba en medicinas para su madre enferma y en el alcohol que consumía su padre para soportarlo. Más de una vez, Josh se vio trabajando solo, con apenas catorce años, intentando en vano mantener a flote un establo que estaba condenado a hundirse.

Cuando la tisis se llevó a la tumba a su madre, McKan padre aseguró que nada quedaba en Londres para ellos, de modo que lo envió a Kent con su abuela, que estaba bien posicionada como ama de llaves de una respetable familia, y se marchó a buscar fortuna, prometiendo volver por él en cuanto la suerte le fuera más propicia.

A estas alturas, siete años después, Josh a menudo pensaba que... o bien su padre aparecía de repente montado en un caballo andaluz, cubierto de oro y con una carreta de alabastro a sus espaldas, o por el contrario, no volvería nunca. Siendo la segunda opción la más plausible, dejó de esperarlo, haciéndose a la idea de que era muy posible que el hombre hubiera muerto víctima de sus propios deseos de grandeza.

Joshua tenía veintidós años, aunque posiblemente aparentara unos cuantos más. Era alto y su cuerpo estaba fibroso y marcado por el duro trabajo, sus brazos eran largos y fuertes, sus manos callosas y hábiles. Tenía la nariz recta, la boca carnosa y la piel morena por su afán de trabajar con

la menos ropa posible. Su abuela, Josephine, se había encargado con todo su cariño y mano dura de hacer de él un hombre de bien. Con más de un coscorrón merecido, aprendió a leer y escribir, aunque lo que de verdad se le daban bien eran las cuentas. Era capaz de calcular a ojo y sin muchas vueltas la cantidad de grano que necesitaba un caballo en semanas y meses, las proporciones de las plantas medicinales para hacer cataplasmas, los espacios que debían dejarse entre vallas para crear cercados... y un sinfín de útiles tareas que le habían valido el tan merecido ascenso a lacayo.

Aunque Josephine estaba encantada, no solo por el reconocimiento a su nieto, sino también por el trato afable y cercano que ambos habían recibido siempre de la familia Ferris, Josh era mucho más comedido. Por amigable que fuera Andrew, no olvidaba que se trataba de un conde y, a pesar de que estaba bien visto entre los miembros de la casa, nunca olvidaba cuál era su lugar.

Conforme la madurez iba haciendo mella en él, Josh pasaba las noches echado boca arriba en el jergón, pensando en todo y en nada al mismo tiempo, recordando su llegada a la casa solariega Holt, lo divertido que se volvía vivir en ella cuando el joven Andrew venía de vacaciones... ahora las cosas habían cambiado.

Solía pensar que tal vez era momento de buscar futuro en otro lugar, escoger una bonita chica del pueblo y pretender que era capaz de formar una familia y tener alguien de quien recibir ese cariño tan especial que los muchachos parecían buscar incansablemente. Con un suspiro, Josh siempre acababa desechando la idea, con razones cada vez de menos peso a las que se aferraba con fuerza.

La verdad era que hacía mucho que había entregado su corazón a alguien, aunque hacerlo había constituido la mayor de sus maldiciones. Enterrando la colilla apagada, rememoró la primera vez que conoció a la señorita Claire Ferris, muy niña ella, a pesar de tener solo cuatro años menos que él. Andrew era ya un jovencito cuando llegó su hermana, de modo que le había dejado claro que ambos debían protegerla de todo mal cuando se encontrara cerca de los peligrosos bosques de Kent. Como Andrew tenía mucho que estudiar para preparar su futuro, recayó en Josh la tarea de permanecer junto a Claire, y de algún estúpido modo...

Ahora ella tenía dieciocho años, y cada día que pasaba sin verla resultaba para Josh un alivio y un dolor agónico a partes iguales.

Arrastró los pies cansados por la escalerilla de madera que le conducía al alto del establo y se dejó caer sobre el jergón, restregándose la cara y notando la incipiente y dura barba oscura que ya le raspaba en el mentón y las mejillas. Había aguantado despierto por si le hacían llamar desde la casa, pero al parecer las criadas y doncellas habían podido desenvolverse bien con todos los ruidosos invitados. Echó la cabeza hacia atrás y tocó con dedos distraídos sobre el pilar maestro que sujetaba la techumbre, contando las marcas que él mismo había sellado con uno de los punzones de las herraduras, aunque sabía bien la cantidad exacta que había de ellas, el equivalente a siete meses y veinticuatro días, veinticinco en cuanto dieran las doce.

Ese era el tiempo exacto en que Claire Ferris no viajaba a Kent.

Sintiendo los brazos pesados, Josh decidió que ya estaba bien de flagelarse, al menos por aquella noche. De nada le valía perderse en pensamientos que no le iban a conducir a ninguna parte. Se bajó los tirantes y sacó la camisa por su cabeza sin desabrocharla. Con poca pulcritud, la dejó colgando

de uno de los barandales donde también yacía la opresora librea color chocolate. Se tumbó y dobló un brazo sobre sus ojos. Quizá el viernes sería un buen momento para bajar al pueblo, pensó, ya adormilado.

Apenas gastaba nada de sus ganancias, que habían aumentado en varias monedas ahora que su rango era el de lacayo (aunque no por eso se desvinculaba de los animales), restando la parte que entregaba a su abuela para que ella lo administrara en sabía Dios qué, para un futuro que no se podía imaginar, le quedaba suficiente para darse algún capricho banal de vez en cuando... y su edad y cuerpo tenían bastante claras las necesidades que empezaban a roerle las entrañas, como culebras vivas que se le retorcían y le llenaban la mente de sueños que le avergonzaban con el alba.

Con la determinación de no cuestionarse los instintos propios de un joven de su edad, Josh se dispuso a soplar la vela del candil para dar descanso a sus músculos doloridos, pero entonces... se incorporó de un salto, aguzando el oído. Aún con la música que provenía de la casa, el camino de acceso pasaba primero delante del establo y las tierras de cultivo antes de llegar a las verjas de entrada. Si no estaba equivocado, le parecía que algo se acercaba.

Presuroso, se levantó de un salto, agarrando la camisa y metiéndose en ella con torpeza. Sin bajar, se asomó a la baranda que hacía las veces de improvisado mirador y forzó los ojos en la espesa negrura de la noche. La nube de polvo todavía era poco visible, pero eso no quería decir que él no pudiera percibirla, y el eco de los cascos le sería reconocible incluso a más distancia que aquella. Aguardó unos instantes, hasta que la figura difusa del recortado carruaje fue apenas apreciable. No era lo bastante grande como para transportar a una familia, y solo había una persona en el mundo, que él conociera, capaz de viajar a solas y en plena noche a tal velocidad.

Se le encogieron las tripas y su subconsciente se llenó de ideas pesarasas. ¿Sería posible que la hubiera traído con el pensamiento? ¿Por qué tenía que venir ahora, cuando casi había aprendido a sobrevivir sin su rostro y la mirada que ponía en esos momentos que él no debería recordar, pero jamás olvidaba?

Aquella muchacha había nacido para torturar su existencia con una cruel dulzura y disfrutaba mucho haciéndolo. Josh, que se había dejado caer contra la baranda sin poder apartar la vista de la polvorienta figura cada vez más próxima, se preparó, quizá más ansioso de lo que debía, para recibir el tormento al que ella decidiera someterlo.

Capítulo 5

El incómodo nerviosismo de Victoria aumentaba conforme veía acercarse, lenta pero inexorablemente, al conde de Holt. Sintiendo las palmas de las manos húmedas de transpiración aún a través de los guantes que la cubrían hasta los codos, se obligó a mover la cabeza y sonreír en deferencia a su interlocutor. Bernard Chamber hablaba casi tan rápido como alzaba el rollizo brazo a la caza de algún canapé, siempre ojo avizor de cualquier camarero que llevara la bandeja cerca de donde ellos se encontraban.

Mientras trataba en vano de centrarse en la conversación, Victoria no podía evitar preguntarse por qué Andrew Holt se aproximaba a ellas. Ciertamente era que su madre se encontraba en aquellos momentos junto a la condesa viuda, pero era bien sabido que como anfitriona de la casa estaba moralmente obligada a no hacer distinción alguna entre sus invitados. Él, por el contrario... no parecía tener sentido que perdiera tiempo en ellas, teniendo en cuenta la naturaleza de sus ambiciones.

—Está claro que toda esta... inesperada reunión tiene como objeto encontrar una esposa adecuada para el joven conde —había dicho Eleanor horas antes, en la confianza de su aposento, cuando ambas se arreglaban para la cena.

—También hay hombres entre los huéspedes —señaló Victoria, que se había mostrado tensa durante todo el tiempo que una de las doncellas asignadas para atenderlas había revoloteado a su alrededor con unas tenacillas calientes, amenazando con llenar su pelo con bucles indeseados—, y familias que no cuentan con jóvenes casaderas.

—Bueno... Joanna es una dama de tradición y desde luego sabe que sería de terrible mal gusto hacer venir exclusivamente a jovencitas solteras. Eso daría que hablar y dejaría en evidencia las intenciones de su hijo.

Sentada en el tocador, trezándose la gruesa mata de pelo después de haber despachado a la doncella con la mayor educación, Victoria seguía sin asumir del todo qué hacían ellas allí, incluso teniendo en cuenta las necesidades de salud de Eleanor, había algo en la invitación de la condesa viuda que no terminaba de encajar, simplemente no tenía ninguna razón de ser.

—De modo que somos una especie de relleno que pasará desapercibido —ironizó, con una mueca de disgusto mientras contemplaba su reflejo en el espejo—, un grupo selecto de personas que no está a la altura de las expectativas del conde, pero que usará para que no se sepa a las claras lo que pretende.

—Míralo de este modo, querida. —Eleanor se asomó tras su hombro, acariciándole la cabeza con mimo. Los dos pares de ojos castaños mirándose a través del espejo—. Vamos a pasarlo muy bien viendo a todas esas pequeñas con las cabezas llenas de serrín corretear alrededor del conde, esperando ser las elegidas.

Aunque Victoria se había reído, una parte de ella seguía sintiéndose terriblemente ofendida. Tenía muy claro que el escalón que ocupaban su madre y ella en la alta sociedad era bajo, pero no veía necesidad de que les enviaran una invitación para un evento donde no cumplían prácticamente ninguna de las normas relativas a la etiqueta que tan importantes eran para los Holt. Andrew Ferris siempre había vivido en una familia acomodada, siendo su sangre, decían los entendidos en aristocracia, más valiosa que algunos de los vinos más selectos, pero aún así ella no consideraba que mereciera el derecho a mirar a nadie por encima del hombro.

No es que Victoria aspirara a ser objeto de cortejo, aunque una punzada de decepción se adueñara de su pecho cada vez que lo pensaba, pero saber que estaba allí solo como decoración, mientras el resto de jóvenes casaderas eran tratadas de forma exquisita solo por tener unas mayores fortunas... la hacía sentirse insegura y mediocre, exactamente igual que en su primera y única temporada en Londres. No pudo tener los vestidos a la moda, ni tampoco fue invitada a los eventos más recomendables. Jamás tuvo oportunidad de ver o conocer a caballeros respetables a los que podría haber considerado como compañeros potenciales. En otras palabras, se le negó toda ocasión de suerte debido a su situación económica y social. Y volvía a vivirlo.

De modo que ahora, rodeada de personas influyentes e importantes, no podía evitar pensar cómo habrían resultado las cosas si su padre no hubiera aspirado tan alto. Quizá, de no haber persistido en ampliar sus negocios hasta más allá del vasto océano, ella podría ser un partido a tener en cuenta, en vez de tener la seguridad, a los veinticinco años, de que se quedaría soltera para siempre.

La idea de poder vivir relajadamente y sin tomar en cuenta las estrictas normas sociales, o bien sola o junto a su madre, olvidando todo compromiso, la atraía. Pero por Dios, habría querido tener al menos la ocasión de plantearse cómo sería ser escogida como esposa de alguien.

Ajeno a tales pensamientos y casi arrastrando el brazo menudo pero férreo de Adeline Aldrich, Andrew se abrió paso entre el gentío y avanzó, captando la atención de su madre, que le miraba de hito en hito, como si no pudiera comprender a qué se debía su repentina necesidad de aproximarse a ellos.

—Buenas noches —dijo por fin, adoptando su voz más formal en cuanto tuvo enfrente al estrafalario cuarteto—. Señora Linton, permítame ofrecerle mi más sincera bienvenida nuevamente, ahora que me encuentro en mejores condiciones que la primera vez que nos vimos.

Eleanor abrió los ojos y parpadeó como un búho soñoliento mientras Andrew le hacía una venia impecable. La redonda mujer, que se abanicaba distraídamente, respondió con el mismo gesto, añadiendo a su rostro de facciones bonachonas una sonrisa casta que ocultaba una malicia muy inocente.

—Milord... es un placer verle. Esta es una velada encantadora.

—Espero que la disfrute. Permítanme presentarles a la señorita Aldrich, que ha tenido la gentileza de no abandonarme cuando me dirigía hacia aquí.

Adeline sacó a flote sus poses más ensayadas y selectivas, ganándose la atención de los allí presentes con su derroche de perfección. Cuando alzó la vista y clavó en Victoria sus ojos malévolos, levantó unos centímetros el mentón, resistiéndose a soltar el brazo de Andrew. Con un

parpadeo coqueto, le sonrió antes de dirigirse a ella con mordacidad.

–Disculpe... ¿nos conocemos? Su rostro me es apenas familiar...

Joanna escogió ese preciso momento para efectuar las presentaciones oficiales, recomponiéndose por fin de la súbita aparición de su hijo. La mirada de Victoria, puesta sobre la adorable y esponjosa Adeline no dejaba lugar a la duda. Claro que la conocía, pues incluso viviendo ellas más próximas a Surrey que a Kent, les llegaban los cotilleos de la ciudad. La señorita Aldrich era una de las doncellas más aclamadas y deseadas por los caballeros londinenses. Con su liso cabello castaño y sus ojos color verde resultaba tan perfecta, que solo mirarla le creaba a uno todo tipo de complejos.

Desde luego ella no sabía nada de Victoria, pues sus círculos no podían ser más distantes, tal como se reflejaba en aquella precisa situación. Una, junto al conde de Holt, y la otra... tratando de mantener la atención de Bernard Chamber el tiempo suficiente como para que él respondiera una pregunta antes de seguir comiendo todo cuanto caía en sus hábiles manazas.

–Eleanor y Victoria, esta es Adeline Aldrich, su padre es un importante inversor que posee participaciones en dos ferrocarriles que con frecuencia cruzan nuestro país y nos traen progreso y nuevas oportunidades.

–Tres ferrocarriles. –Sonrió ella, quitándole importancia a su propia explicación con un gesto de la mano–. Acaba de iniciar una nueva participación, motivo por el que no ha podido acompañarnos en esta ocasión.

–Su ausencia se hará notar, sin duda. –Joanna no se dejó amilanar por la interrupción–. Querida, estas son las damas Linton. Eleanor y yo somos cercanas desde hace mucho tiempo. Y este joven caballero, es Bernard Chamber.

El joven hizo una torpe reverencia, haciendo que su pelo ralo se despeinara ligeramente sobre la frente. La voz le salió ronca cuando la saludó, y ella mostró una expresión de desagrado que fue casi imposible de disimular.

–Es hijo del barón Ilhan Chamber, ¿no es así? El segundo hijo. –La sonrisa mezquina de Adeline se reflejó en el semblante del joven–. Un placer.

Victoria respiró hondo, estirando el cuello para comprobar si los músicos seguían tocando, pues todo movimiento y sonido parecía haberse esfumado del pequeño rincón que ocupaban en el salón. No podía reprimir la creciente oleada de disgusto que estaba apoderándose de ella en aquellos momentos al comprender lo que estaba pasando a su alrededor. Andrew se había acercado llevando del brazo a la encantadoramente deseable Adeline Aldrich, la dama idónea, mostrándose ambos como un alarde de perfección. Sin duda serían una pareja hecha a medida, en caso de que él escogiera centrar sus intenciones de cortejo en ella. Claro que, ¿por qué no iba a hacerlo? Parecía claro que esa mujer había sido puesta en el mundo para él.

Entonces, ¿por qué perdía tiempo con ellas? ¿Acaso pretendía dejar claro, acudiendo junto a la reluciente señorita vestida de verde musgo, que únicamente tendría para dedicarles unos segundos de obligada cortesía? Y desde luego, no pensaba mantener una conversación estando solo, seguramente por miedo a que le retuvieran.

Andrew la miraba con atención, preguntándose por qué parecía tan incómoda con todo lo que la rodeaba, cuando debería estar agradecida de que la hubiera rescatado de la penosa compañía en que se encontraba. El brazo de Adeline cada vez le aferraba con más fuerza, como si pretendiera exigirle sin palabras que se apartaran cuanto antes de ahí y volvieran a dedicarse únicamente el uno al otro, algo que a él no le apetecía en absoluto en esos momentos. En un alarde poco común de descortesía, Andrew ignoró sus intentos y giró el rostro hacia Victoria, llamando su atención con un débil carraspeo que hizo que tanto ella, como las madres de ambos, le miraran con inquietud. Se le puso un nudo en la garganta. Maldita sea... ¿es que no podía mantener una conversación con una de sus huéspedes sin tener espías?

–Señorita Linton... –Obligó a su temperamento a sosegarse–. Le ofrezco excusas por mi repentina aparición de esta mañana. Fue todo un infortunio que tuviera que presentarme en tal atuendo.

Victoria no mostró ningún balbuceo, ni tampoco sus ojos se movieron con rapidez, dejando ver desconcierto o inquietud. Simplemente se quedó como estaba, sosegada e imperturbable, mostrando un grado de desdén tan ligero que le pasó casi desapercibido incluso a su madre, que era el ser humano que más y mejor la conocía.

–No se disculpe, milord –le respondió, sin emoción alguna–. No tuvo ninguna importancia. A decir verdad... ni siquiera recordaba lo sucedido.

–Me temo que yo no podría olvidarlo –atajó Andrew, dando un paso más al frente sin darse cuenta–. No suelo pasar por alto a las personas que conozco por primera vez. Sin excepción.

–Eso es una suerte, teniendo en cuenta todas las que le serán presentadas en estos días.

–Bien... aunque así es, señorita Linton. –Curvó una sonrisa, tocándose informalmente la sien con la mano libre–. Detestaría haberle dado una primera impresión negativa.

–No tema, milord. –Victoria inclinó levemente la cabeza, dejándole ver el brillo dorado de una de las mariposas que sujetaban sus rojos mechones con gracia–. Estoy convencida de que las impresiones positivas que obtenga del resto de invitados le harán olvidar cualquier otra cosa.

Andrew no sabía si sentirse fascinado por su osadía y descarada muestra de aversión hacia él u ofendido porque para la joven hubiera resultado tan poco importante conocerle. Él nunca había pretendido resultar llamativo para ella, pero ya que se había dado el caso que habían empezado de forma tan poco adecuada... solventarlo le parecía lo más adecuado, de obligado cumplimiento, incluso. Y ahora aquella muchacha le arrojaba a la cara que debería bañarse en los halagos que pronto empezaría a recibir para poder digerir el hecho de que para ella no era más importante que Bernard Chamber, o (que Dios le diera paciencia para soportarlo) quizá incluso menos importante que él.

–Confío en que estos días en mi propiedad la hagan formarse una opinión un tanto más halagüeña de mí. –Le hizo otra reverencia–. Deseo que disfrute de la velada.

–Lo hacía, milord. –Victoria concedió a Bernard una sonrisa que le hizo enarcar las cejas con curiosidad–. Mantenía una fascinante conversación con el señor Chamber.

No dijo que esperaba retomarla, pero el aguijón fue interceptado por Andrew de todos modos.

Vaya con Victoria Linton. Había demostrado que el dicho popular que circulaba sobre las pelirrojas parecía ser cierto en lo que a ella respectaba. No cabía duda de que era todo un demonio, allí plantada con su sencillo vestido color crema y su boca en un mohín de desagrado por tener que prestarle atención a él.

¿Tanto la había ofendido por aparecer sucio tras hacer estado encargándose de sus deberes para con sus arrendatarios? Por lo que tenía entendido, tanto la señorita Linton como su madre vivían de modo simple y mundano en una pequeña casita en el campo, alejadas del barullo y los convencionalismos de Londres, ¿cómo, pues, podía ser tan rígida en cuanto a él, que no solo era un aristócrata de la más alta posición, sino además, poseedor actual de un condado? El creciente mal humor se apoderó de Andrew, que sentía las sienes a punto de estallar mientras intentaba dilucidar el motivo por el que Victoria Linton parecía aborrecerle, y por qué la opinión de esa jovencita larguirucha y malhumorada le afectaba tanto.

Percibiendo la tensión que se adueñaba del ambiente, Joanna abrió la boca para decir algo que desviara la atención y abriera la conversación al resto de los allí presentes, sin éxito. Eleanor, sabedora de la inquietud de la condesa viuda, golpeó rítmicamente el abanico contra su hombro y se dirigió a Andrew con gracia natural.

—Dígame, milord... ¿de qué color es en realidad su perro? —Sonrió satisfecha cuando el aludido, y los demás, la miraron—. Me temo que con todo aquel barro no pude distinguir raza alguna.

—Es un dálmata. —Correspondió Andrew, aceptando el guante que la señora Linton le lanzaba—. Lleva cinco años conmigo. Lo encontré por casualidad pocos días después de la muerte de mi padre, agazapado entre las ruedas de mi carruaje. —Sonrió al recordarlo—. No era más que un cachorro desnutrido, pero desde entonces me ha sido fiel y leal.

—Pocos animales hay como ese perro —concedió Joanna, con un mohín que pretendía mostrarse exasperado—. Vive y se pasea por la casa libremente, para mi eterno horror.

—Sus modales son mucho más refinados que los de cualquiera, madre. —Andrew sonrió—. Es un compañero muy apreciado, llegó a mi vida en un momento de cambios y tristeza. Su compañía me es muy grata.

—A mí también me gustan los animales. —Tomó partido Adeline, temiendo verse apartada de la conversación repentinamente. Sonrió con elegancia—. He tenido gatos de concurso y las yeguas que cría mi padre, traídas del este, son excepcionales.

—Tal vez le guste ver los ejemplares del establo, señorita Aldrich. —Andrew le hizo un gesto con la cabeza, que ella aceptó llena de rubor—. ¿Qué me dice de usted, señorita Linton? ¿Le gustan los animales?

—Más que algunas personas —contestó la joven, con los hombros erguidos y la mirada clavada en él. Gracias a que era un poco más alta de lo debido, casi podía mirar a Andrew de igual a igual—. Un animal nunca te hace sentir menos que él por convencionalismos o abolengo social.

—Victoria... —suspiró Eleanor, abanicándose tan fuerte que se daba golpecitos en el pecho.

—No... estoy totalmente de acuerdo con usted, señorita Linton. De un animal cabe esperar que

siempre se muestre como es, y que actúe como piensa.

Harta de sentirse desplazada en medio de una conversación que consideraba tonta, Adeline carraspeó del modo menos elegante que pudiera existir. Aferró el brazo de Andrew como con una garra y le dedicó una caída de pestañas más que evidente cuando él desvió su mirada hacia ella. La vio allí, como una cervatilla indefensa, con aquel cabello castaño perfectamente peinado en bucles, el vestido verde musgo y las mejillas con el rubor exacto para mostrarse adorable y cohibida al mismo tiempo. Era maravillosa, radiante y absolutamente acorde a todo cuanto él pudiera esperar, no obstante... algo, un poder desconocido, le hacía imposible apartarse de donde estaba, en ese rincón apartado de toda acción en la primera velada, intercambiando frases dolientes con Victoria Linton.

—Milord... me temo que tanta conversación me ha dejado sedienta —murmuró Adeline, como si quisiera hablar solo para él—. ¿Tendría la bondad de acompañarme a tomar un refrigerio?

—Yo la acompañaré —graznó Bernard Chamber, haciendo su primera aportación al diálogo. Presuroso, ofreció el brazo a Adeline, que lo miró con espanto—. No es sano pasar tanto tiempo con el estómago vacío.

Durante unos instantes todos se miraron entre sí. Adeline a Andrew, esperanzada, Bernard a Adeline, exasperado por su tardanza, Joanna a todos a la vez, preguntándose a sí misma como era posible que algo que debía resultar tan sencillo, como presentar a dos jóvenes y permitir que iniciaran una charla podría haber dado aquel vuelco. Prestó atención a Andrew, que no se movía del sitio, ignorando por completo no solo a la huésped que llevaba del brazo, sino a todas las demás. Eleanor clavó su mirada en Victoria, quien tenía la vista posada en algún lugar indeterminado, sin observar a nadie en particular.

—Querida, ¿por qué no vas con ellos a tomar un ponche? —Rompió el silencio la señora Linton, con una mirada que dejaba pocas dudas—. Te hará bien refrescarte, y estoy segura de que el joven Chamber no tendrá inconveniente.

—No lo tengo —ronroneó Bernard, alzando el brazo opuesto con una sonrisilla porcina—. La llevaré a tomar ese ponche con mucho gusto, y a usted también, señorita Aldrich.

Bernard parecía sentirse extrañamente extasiado, pero no más que Adeline, que sonrió ladina cuando Victoria tomó el orondo brazo que se le ofrecía, y con una negativa consternada declinó el ofrecimiento con toda elegancia. Se mostraba tan perdida en su propia satisfacción que no percibió la inquietud de Andrew al ver a la pelirroja muchacha aceptar el gesto caballeroso de aquel muchacho que, a buen seguro, jamás se habría visto en semejante compañía antes.

—No quisiera interrumpir. —Se jactó, sin apartar la mirada de los ojos castaños de Victoria—. Dejemos que estos dos... jóvenes tan afines tomen ese refrigerio a solas.

Eleanor se mostró entusiasmada con la idea, y fue en ese momento cuando reflejó demasiado sus emociones, dejando que su hija sacara por fin las conclusiones necesarias para comprender los motivos exactos por los que se encontraban en la mansión Holt. Con una mirada airada y el semblante cargado de traición, Victoria se despidió con toda la calma que pudo de los presentes y dejó que Bernard Chamber la llevara a la gran mesa de bebidas que estaba al otro lado del salón.

Andrew observó como se le bajaban los hombros a medida que se alejaba, y se preguntó si quizá

ella no estaría tan de acuerdo como parecía con los planes de la señora Linton y Joanna.

Entretanto, cubriendo a grandes zancadas el pasillo que comunicaba una de las puertas de la cocina con las habitaciones de servicio, Josh, que no se arrepentía de su repentino cambio de planes, sentía la molesta consciencia de que actuaba con la mayor de las cobardías. Con manos trémulas, se arregló las mangas de la camisa blanca, llevando apoyada en el hombro la librea color chocolate que aún no se había puesto. Bajó los escalones de piedra del final del pasillo y traspuso hacia el lado derecho, donde estaban los aposentos de los empleados varones, contó tres puertas y asió el tirador de la cuarta, entrando a un dormitorio que ya estaba en penumbra. Con un suspiro, tanteó y levantó el candil apoyado sobre una repisa de madera, abriendo la mecha para crear una tenue iluminación.

Había dos lacayos durmiendo en ese cuarto, lo que le extrañó profundamente, pues uno de ellos debía ser él, aunque era sabido por todos los que trabajaban en la casa Holt que Josh se sentía más cómodo en el establo que confinado en las mazmorras, como solía llamar con sorna a las habitaciones subterráneas.

Inclinándose sobre el joven dormido a la izquierda, Josh le apartó las mantas, riendo un poco al verle roncar con la boca abierta. Le caía una ligera baba por la comisura y tenía el pelo rubio de punta por haberse ido a la cama sin secarlo antes. Con su manaza morena, le zarandó, haciendo que el joven gruñera algo que sonó como una amenaza velada.

—Gilly, ¡vamos Gilly, arriba. No rezongues!

—Maldición... —El aludido bostezó, abriendo un ojo para mirar a Josh—. ¿Qué pasa?

—Tienes que levantarte, ha llegado un huésped y debes atenderlo.

—¿No puedes hacerlo tú? Ya estás levantado.

Gilly tiró de la sábana para cubrirse la cabeza, pero Josh fue más rápido y se la arrebató de las manos, zarandeándolo otra vez. El lacayo que dormía en la otra cama emitió un ronquido y se dio la vuelta mostrándoles la espalda, mientras balbuceaba algunas palabras que enrojecieron las puntas de las orejas de Josh.

—¿Quién demonios es ese tipejo? —le susurró a Gilly, sin quitar la vista del bulto durmiente—. ¿Y por qué está en mi cama?

—Es el... lacayo personal de madame Aldrich y su hija. Se llama Rogers *nosequé*... y sí, es un cerdo. No estoy nada contento con compartir el cuarto con él, la verdad —respondió el aludido, restregándose un ojo—, pero esa era la única cama libre.

—Le tendré puesto un ojo encima —murmuró Josh. Hizo memoria y no recordó que otros invitados trajeran sus lacayos propios. Doncellas, conductores de carro y damas de compañía sí, pero lacayos, en aquel momento... sacudió la cabeza, volviendo a lo que le apremiaba—. Arriba Gilly, ya. Y vístete apropiadamente, tienes que recibir a la señorita Ferris.

—¿La señorita...? ¡Por los calzones remendados de mi abuelo! ¿Por qué no lo habías dicho?

De un salto, Gilly se puso en pie, echándose el agua fría de la jofaina apresuradamente por la cara mientras el propio Josh le pasaba la librea, que estaba perfectamente planchada dentro del armario

de dos hojas. Mientras Gilly se ataba las botas y se peinaba prácticamente a la vez, Josh abrió la puerta, dispuesto a perderse nuevamente por el oscuro corredor.

–Ocúpate de que lady Claire llegue sana y salva a los escalones del porche principal, no la dejes sola antes, casi es medianoche y aún queda gente en el salón, que no te vean.

–Si tan bien sabes hacer el trabajo, McKan, ¿por qué no la recibes tú mismo? –masculló Gilly, poniéndose en pie.

–Tengo menos experiencia como lacayo. –Era verdad, pero le humillaba tener que usarlo como excusa–. Además, esos caballos han recorrido una larga distancia, debo prepararme para abrevarlos.

Su interlocutor asintió, conforme, y salió de la habitación entre bostezos. Los dos hombres se separaron tras cruzar el pasillo y salir por la puerta trasera de la cocina, Gilly rumbo a la entrada enrejada, donde el carruaje negro estaba a punto de detenerse, y Josh hacia las caballerizas, donde llenaría de agua fresca el abrevadero y prepararía dos cubículos con heno para los caballos, a los que habría que cepillar y revisar los herrajes en cuanto llegaran hacia él.

Con un suspiro, se permitió mirar unos segundos en dirección a la entrada. Gilly empezaba a abrir el enrejado y, en unos minutos, la portezuela del carruaje quedaría abierta de par en par, Claire descendería por los escalones de mano y toda su vida, su tranquilidad, se esfumarían como el humo de un cigarrillo contra el aire nocturno. Josh apretó los puños y se dio la vuelta, entrando al establo y poniéndose en marcha antes de siquiera poder atisbar su sombra en la lejanía.

–Ya no somos niños, Claire –masculló para sí mismo, con la voz cansada y el corazón martilleándole dolorosamente en el pecho–. No puedo permitir que sigas jugando conmigo.

Colgó la librea de un travesaño de madera y cogió la horca para reunir el heno, decidido a retrasar el terrible y anhelado momento de volver a verla cuando le fuera posible.

Capítulo 6

Claire Ferris había llegado a la propiedad de su familia, en Kent, pasada la medianoche, con la única compañía de un cochero y en un carruaje tirado por dos bayos. Aunque su malévola idea inicial había sido entrar a hurtadillas sin ser vista y retirarse a sus habitaciones hasta el día siguiente, debió haber supuesto que estaba emprendiendo una empresa demasiado arriesgada como para que pudiera llegar a buen término.

Gilly, el lacayo que la había acompañado desde la entrada de rejas hasta la puerta principal, había tenido la osadía de quedarse con ella hasta que el mayordomo disponible (en épocas de grandes celebraciones o reuniones hasta altas horas, como era el caso, solían contratar un segundo mayordomo para que hubiera un reparto equitativo de las tareas) se hiciera cargo de ella y su equipaje. De modo que su madre la había cazado.

En esos momentos se encontraba sumisamente sentada en la mesa de la sala de desayuno, con la mente todavía adormilada y tratando de mostrar en vano una expresión de sumo arrepentimiento.

–¡No solo es el peligro que corrías viajando sola a semejantes horas de la noche, por rutas que ya son difíciles de transitar durante el día, es que además debías tener en cuenta a los forajidos y salteadores de caminos que albergan oportunidades como las que tú les has puesto en bandeja!

La condesa viuda echaba chispas por sus ojos azules, mirando a su hija como si quisiera dar gracias de que estuviera sana y salva al mismo tiempo que deseaba estrangularla ella misma. Apenas lo había creído cuando el señor Bolton la había informado de que la joven Claire aguardaba tras la puerta. Se había quedado estática, incrédula. Aún no sabía de dónde había sacado el aplomo para pedir disculpas a sus invitados y salir de forma sigilosa para recibir a su hija, que se mostró ante ella con equipaje y atuendo de viaje y sin el menor rubor en las mejillas.

–Al menos podrías haber dejado que me quedara a la cena –masculló Claire, levantando débilmente la cabeza.

–¡Oh, desde luego que sí, querida! –ironizó Joanna, golpeándose la falda con las manos abiertas–. Ya que habíamos despertado al servicio para que se encargara de disponer tu aposento, bien podríamos haberles hecho trabajar más ordenándoles tu baño de burbujas y el planchado de uno de tus vestidos ¿no es así?

La cabeza de Claire volvió a caer, esta vez, hasta que su barbilla le rozó el inicio del pecho. De nada había valido decirle a su madre que su única intención había sido reunirse con ellos cuanto antes, y que la deshora y la intempestiva llegada que había protagonizado no había sido planeada de antemano. De hecho, se trataba de todo lo opuesto. Su mejor amiga, Betina Hildegard, que tenía previsto organizar una soirée ese fin de semana había caído enferma de gripe de la noche a la mañana, con lo que el evento había sido inmediatamente cancelado. Los padres de la joven incluso habían escrito una carta de disculpa destinada a la condesa viuda por los inconvenientes ocasionados.

Aunque lamentaba la pérdida de salud de Betina, Claire se había mostrado irascible al enterarse de que los planes habían sido cancelados. No le había resultado fácil convencer a su madre de que partiera a Kent dejándola en Londres con la única compañía de los empleados de la casa, por muy de confianza y respetables que estos fueran. Joanna se había visto impulsada tanto por el enorme deseo de su hija de participar de las diversiones de la ciudad, como por los años de amistad que la unían al matrimonio Hildegar, con el que mantenía una muy estrecha relación.

Sin embargo, y por mucha misiva de excusas que estos hubieran presentado... la furia por la manera en que su hija había llegado a Kent estaba más que justificada en su razonable opinión.

–Ha sido terriblemente descortés de tu parte no avisar antes, Claire –prosiguió.

–Madre, no tuve tiempo de hacerlo. Ayer mismo por la mañana, cuando visité a Betina, me informaron de que había enfermado durante la noche y que la soirée estaba anulada. Pensé que actuaba bien viniendo cuanto antes. –Tanteó, no demasiado convencida–. ¿O habrías preferido que me quedara sola en Londres más tiempo del estrictamente necesario?

–Lo que no quería, desde luego, era que se armara un jaleo a esas horas de la madrugada. Un lacayo que tuvo que volver al trabajo, dos doncellas arreglando el dormitorio y Josephine encargándose de la cena.

Claire hizo un mohín, pensando para sí misma, otra vez, que si la hubieran dejado quedarse en el comedor al llegar la señora McKan no habría tenido que volver a sus labores para prepararle otra bandeja. Al pensar en todas las personas a las que había molestado cuando ya habían acabado sus horarios de trabajo, se le hizo un nudo de vergüenza en el estómago y comprendió mejor a su madre. Nadie le había puesto mala cara e incluso habían parecido contentos con su llegada, pero aún así... eran personas y merecían su respeto.

Arrugó el entrecejo *«bueno, no parece que todos se hayan alegrado... si Gilly ya se había retirado, sin duda otro lacayo debía estar de guardia durante la cena»*. Un lacayo que debía haber sido el responsable del trato inmediato recibido por sus bayos... y que se había esforzado mucho en no darle la cara todavía. *«No vas a poder esconderte de mí siempre, eso te lo aseguro»*.

–Lo que importa es que logró llegar sana y salva –comentó una voz masculina a espaldas de Claire y Joanna, sacándola de sus cavilaciones–. Desde luego, su aparición resultó la comidilla durante el resto de la cena.

Andrew, que llevaba un rato hojeando el periódico mientras tomaba su café de la mañana, decidió intervenir en ese momento. Aunque admitía estar divirtiéndose profundamente con los intentos de su hermana por parecer merecedora de piedad, no quería que su madre exagerara con su riña desde una hora tan temprana. Además, los olores a bacón, huevos gratinados y gachas procedentes de las bandejas que Josephine había depositado sobre las repisas calientes le recordaban el hecho de que no podría disfrutar de comida sólida hasta que ambas damas ocuparan sus lugares en la mesa.

Y ya empezaban a temblarle las manos por causa de las dos tazas de café que había tomado para intentar aquietar el apetito de su estómago, que rugía de forma poco caballerosa.

–Deberíamos disfrutar de nuestro último desayuno a solas y en familia –comentó, echándose hacia

atrás el rebelde mechón castaño que siempre le caía sobre la frente—. Los huéspedes terminarían de llegar hoy, con lo que mañana tendremos que abrir el salón para hacer las comidas acompañados.

—¿Todas las comidas? —Se alarmó Claire que expresó su descontento con un bufido muy poco femenino—. Perderemos totalmente nuestra intimidad.

—Imagino que de eso se trata. —Andrew dobló el periódico, encogiéndose de hombros—. Al tener invitados, se supone que queremos pasar con ellos el mayor tiempo posible.

Joanna se giró hacia él, mirándole con un mohín de claro disgusto y haciéndole cerrar la boca de improviso. Maldita sea, pensó Andrew, ¿por qué se habría metido, con lo a salvo que estaba leyendo y pasando desapercibido? Ahora le tocaría recibir su parte de chaparrón.

—Es curioso que defiendas tanto los derechos de los invitados, cuando anoche te comportaste de esa forma tan poco decorosa con prácticamente todos los asistentes al buffet.

—Madre... me pediste que interactuara con todos en igualdad de condiciones. —Haciendo caso omiso al temblor de sus dedos, se sirvió otro café—. Y eso fue exactamente lo que hice al acercarme para hablar con las Linton.

—Andrew, acudiste a una zona apartada del salón con la señorita Aldrich del brazo, haciendo completamente a un lado al resto de invitados. —Joanna lanzó un exasperado suspiro, llevándose la mano a la sien—. Afortunadamente logré convencer a Adeline de que me acompañara a saludar a su madre para que se apartara de ti.

—Dudo mucho de que nadie haya calculado el tiempo que la señorita Aldrich estuvo en mi compañía como para encontrarlo indebido. —Aquella situación empezaba a mermar la capacidad de contención de Andrew—. Y aunque hubiese excedido los límites, no estábamos a solas.

—Adeline Aldrich es capaz de sentir que tiene derecho a una proposición de matrimonio incluso si le deseas salud después de estornudar —apostilló Claire, levantando graciosamente la nariz—. Ha sido educada para ello.

—Aunque no estoy de acuerdo en absoluto con la forma en que lo ha expresado tu hermana... tiene razón. —Joanna se aproximó a la mesa y su hijo se puso respetablemente en pie mientras ella se sentaba—. Si aún no estás seguro de a qué dama cortejar... y ciertamente no debes estarlo cuando no has prestado atención a otras, harías bien en no alentar posibilidades que luego no quisieras satisfacer.

—¡Vamos, por Dios santo! Yo no he alentado a la señorita Aldrich. —Se quedó de pie, dejándose llevar por la incomodidad del momento—. Me limité a saludarla y luego no pude verme libre de ella.

—Educada para ello —repitió Claire, sirviéndose un bollo de la fuente central de la mesa—. ¿Y quiénes son esas Linton? No hacéis más que nombrarlas.

—Además, madre... si me acerqué con tanta prontitud hacia ese condenado rincón de la sala fue para reiterar mis disculpas a la señora Linton y su hija por haberme presentado ante ellas con las ropas de un jornalero.

Claire dejó el bollo a medias y levantó los ojos, con la malicia y la curiosidad bailando en sus

pupilas. Abrió la boca para interrogar a su hermano sobre los inescrutables caminos que podrían haberle llevado a lucir atuendo semejante, pero se vio interrumpida por Joanna, que alzó la mano en su dirección, rogándole que se mantuviera al margen. La muchacha arrugó el entrecejo, decidiendo que se centraría en calmar el apetito, habida cuenta de que nadie parecía prestar atención a sus preguntas.

—Andrew... intenta abrir más el abanico de tus expectativas, ¿de acuerdo? —Joanna procedió a untar una tostada con la olorosa jalea que llenaba un cuenco de porcelana china—. Déjate ver por todas las invitadas y comparte agradables momentos puntuales con todas ellas. —Dio un mordisco, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta de hilo—. Pero eso sí... siempre de forma apropiada y decorosa.

El aludido hizo una leve inclinación como muestra de aprobación, y por fin se acercó a la mesa caliente para servirse una buena ración de comida, aunque lo cierto era que su frustración había llenado gran parte del espacio destinado a comer. Rememoró las palabras de su madre, comparándolas con el estrepitoso fracaso de la noche anterior. ¿Cómo iba a tener agradables conversaciones si sus interlocutoras eran, por ejemplo, como Victoria Linton? No había podido olvidar los desplantes que la joven de cabello encendido le había hecho, ignorando prácticamente sus disculpas y quitándole toda importancia.

Se había retirado a la mesa de refrigerios con Bernard Chamber sin pararse a pensar si él, el anfitrión de la velada, había terminado la conversación. ¿Acaso le costaba mucho mostrarse educada? ¿Le era tan desagradable su compañía que apenas le era posible mirarlo? Había advertido claramente que la joven tenía la vista perdida durante prácticamente todo el interludio que habían compartido. Su osadía en las respuestas, en los gestos, le había tenido enervado durante toda la noche. «*Un animal nunca te hace sentir menos que él por convencionalismos o posesiones materiales*» ¿y ella lo decía? ¿Ella, que había rechazado las excusas de un conde? ¿Que había dejado muestras claras de que la opinión que tenía de él no podía ser más deplorable sin motivo alguno?

Se había pasado la noche dando vueltas, tratando de dilucidar qué pecado podría haber cometido para que Victoria Linton se asqueara tanto en su presencia. Los únicos momentos de sueño con que había contado habían estado llenos de pesadillas donde los brazos de Adeline Aldrich se transformaban en serpientes que envolvían su cuerpo sin dejarle escapatoria.

—Creo que he terminado de desayunar por esta mañana —exclamó, levantándose de súbito—. Con permiso, daré un paseo por el jardín antes de que se llene del frufrú de las faldas de las invitadas.

—Ten presente ser cordial con todo el mundo, Andrew —insistió Joanna—. Dedicar tiempo y respeto por igual a todos los huéspedes. Los condes de Holt siempre hemos podido presumir de nuestra hospitalidad, no lo olvides.

Con un asentimiento, Andrew emitió un silbido bajo y Harvey salió de debajo de la mesa, trotando a su lado ajeno a las miradas asombradas de Claire y Joanna que, hasta ese momento, no se habían percatado de su presencia.

—Creo que yo tampoco voy a tomar nada más. —Claire sonrió, apoyando los brazos en los respaldos de la silla con claro ademán de levantarse—. Con permiso madre, voy a...

–Ni se te ocurra. –Un ademán bastó para que volviera a dejarse caer en el asiento—. Todavía no hemos terminado de aclarar los motivos que te indujeron a cruzar medio Londres de madrugada y a solas en un carruaje sin vigilancia.

Claire suspiró y bajó nuevamente la cabeza, mientras su madre proseguía su diatriba sobre el decoro, el orden y la moral de una señorita decente cuyo comportamiento dejaba claramente que desear. Perdiéndose en sus pensamientos para no volverse loca dando excusas que ya había expuesto, pensó en Josh, y en su repentino afán por esconderse de ella. Sus ganas de verle aumentaron y decidió, mientras era protagonista de una reprimenda épica, que iba a arrancarle de cuajo toda la cobardía a la que había decidido agarrarse.

Capítulo 7

Victoria se apresuró durante la mañana para llevar a cabo todas sus tareas acostumbradas, así como vestirse y arreglarse el pelo sin dar pie a que nadie tuviera tiempo de acudir en su ayuda. Tuvo mucho tiento en ser cuidadosa y actuar con sigilo durante el tiempo que duró su aseo matutino, y desde luego, no se demoró a la hora de tomar el té con tortitas y miel que había conformado su desayuno.

Ahora, ataviada con un vestido color melocotón y usando su desgastado y único par de botas de campo, estaba convencida de que su madre todavía no había acabado de salir si quiera de la cama, cuando ella ya se encontraba a una distancia respetable del centro neurálgico de la mansión Holt. Con un suspiro, soltó los puños y extendió los dedos, que le hormigueaban debido al esfuerzo de mantenerse durante mucho tiempo en una posición rígida.

Nunca había estado tan enfadada con su madre como para tomarse tantas molestias por evitarla, pero claro, Eleanor nunca había hecho nada que despertara tales sentimientos en ella. Hasta ese momento.

Pisando con cuidado para evitar ramas o piedrecitas sueltas, Victoria recorrió el camino que circundaba la propiedad y se abrió en varias direcciones, tomando la opuesta al bosquecillo y decidiéndose por el atajo a través del cual veía la superficie acristalada del invernadero que tanto había capturado su atención el día de su llegada. Mirando bien donde pisaba para no cuartear aún más las suelas de las botas, dejó vagar su mente, repasando otra vez todo lo acontecido la noche anterior, cuando había comenzado su descenso a los infiernos de la falta de inteligencia.

Bufó exasperada, ¡qué fastidio!, pensó, apretando nuevamente el puño de la mano derecha sobre la arrugada muselina. Ella, que siempre se había tenido por una mujer perspicaz, había caído de lleno en un ardid de lo más absurdo. Levantó la cara al sol, disfrutando vagamente de los escasos rayos que el astro rey podía colar a través de su pamelita de paseo, la cual llevaba atada bajo el mentón con un par de cintas blancas. Ahora que lo pensaba con perspectiva (y había tenido toda la noche para darle vueltas al asunto), Victoria estaba convencida de que su madre había utilizado la debilidad de sus pulmones para embarcarla en aquel absurdo plan.

Y lo que era aún peor, la condesa viuda de Holt parecía estar de acuerdo.

¿Había acaso algo en el mundo que pudiera ser más mortificante que despertar compasión y lástima en personas que ya de por sí se supieran superiores? Como si ya no fuera bastante humillante para ella estar ahí, rodeada de personas como Adeline Aldrich, con sus lustrosos vestidos y sus zapatos de satén forrados con perlititas que destellaban a su paso. Su incomodidad había sido palpable y cuando ambas fueron presentadas y ella tuvo el descaro de preguntarle si se conocían... ¿era necesario ratificar que no se movían en los mismos círculos? ¿De verdad hacía falta traer a la luz la notoria diferencia que había entre ambas?

Como si una muchacha como Victoria pudiera tener relación alguna con una damita procedente del

famoso cuadrilátero de Mayfair. Adeline Aldrich vivía su día a día paseándose con gracia entre Park Lane, Piccadilly Street y Regent Street, y tenía su residencia principal de Londres en el cuarto vértice más solicitado y pomposo de la ciudad, Oxford Street. Victoria, por su parte, residía en una pequeña casita de campo situada a las afueras de Surrey, a unos considerables kilómetros de Kent, con lo que ni siquiera podía decirse que tuviera un hogar de campo en el lugar más de moda de la aristocracia.

No obstante, y a pesar de la evidente inquietud que había sentido, Victoria había sido capaz de salir del paso frente a las burlas sesgadas de Adeline, pero entonces había tenido lugar el momento de la mesa de los refrigerios, y era ahí donde por fin había comprendido de qué trataba toda aquella charada. El verdadero motivo de que Joanna, viuda de Holt, se estuviera comportando de modo tan solícito con ellas, abriéndoles las puertas de su casa y esforzándose por hacerlas sentir integradas, no era otro que el hecho de abrir los lazos a una posible unión matrimonial entre ella y Bernard Chamber.

Con un jadeo de agotamiento, Victoria se enjugó el sudor de las sienes, admirando la magnificencia de los acabados en cristal del invernadero y fijándose en los rosales que lo bordeaban. Su mirada se perdió en la profusa abundancia de plantas exóticas y árboles frutales. A su izquierda un enorme limonero parecía rivalizar con la altura del sol, en tanto que a sus pies, unos graciosos nomeolvides alzaban sus pétalos de colores, bañándose en la luminosa luz solar. Miraba aquella belleza sin casi ser capaz de disfrutarla, sintiendo su corazón plagado de desesperanza y desilusión al entender con toda claridad la visión que los demás tenían de ella.

No cabía duda de que su madre no había sido sincera del todo cuando le había asegurado que no le importaba demasiado si se casaba o no. Mantenerse soltera y vivir una vida relajada y que la satisficiera era su elección, decía Eleanor, pero a sus espaldas se había aliado con una mujer poderosa e influyente para que usara sus contactos y favores pendientes a modo de conseguirle un compañero que la aceptara. Pobre Victoria Linton, pensó con ironía, al parecer era considerada tan poca cosa en el mercado matrimonial que debía aceptar la caridad de nada menos que de una condesa viuda para lograr que algún hombre se mostrara interesado en ella.

Semejante descubrimiento la colocaba en una posición irrisoria y muy delicada. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía actuar ahora, especialmente cuando volviera a encontrarse con Bernard Chamber? Por un momento se imaginó que el orondo muchacho se atrevía a pedirle la mano y ella aceptaba, el resto de su vida transcurriría entre almuerzos y cenas, disculpando siempre a un esposo que estaría más interesado en engullir cuanto se le pusiera por delante que en mantener una conversación con ella. Tal vez podría haber pasado por alto el evidente desinterés que tenía para el joven Chamber la vida social, y hasta era posible que encontrara divertida su pasión por la gastronomía, si hubiera salido de él el acercarse a ella.

Pero después de todo, ¿qué podía esperar? Victoria era más que consciente de su situación social y económica, carecía de dote, no tenía propiedades, ganado o sementales, sus reliquias familiares apenas tenían valor y en cuanto a los elementos de orfebrería que podría utilizar como canje... bueno, dudaba de que el servicio de plata con que tomaban el té en su casita de Surrey sufragara los extravagantes gustos alimenticios de un barón, aunque fuera segundo hijo.

Así pues, si Bernard Chamber se había acercado a ella para entablar cualquier tipo de relación

debía ser únicamente porque la condesa viuda de Holt había engordado el acuerdo de algún modo, seguramente por el aprecio que le tenía a Eleanor y con toda la buena intención de una madre que quiere proveer a la hija de su amiga de un futuro más próspero. Pero a pesar del favor que ellas creyeran que le hacían, Victoria se sentía ofendida y dolida en lo más profundo de su corazón, porque por muy práctica y realista que fuera, en el fondo, no dejaba de ser una mujer joven, y el agujón de la ensoñación todavía no se había desprendido del todo de su piel.

Jamás había pensado en casarse, especialmente tras el desastre de su primera temporada, pero de considerarlo... ¿no merecía acaso un cortejo sincero? ¿La cercanía de un hombre cuyo interés en ella radicara precisamente en ella? Que la mirara como si la considerara un complemento para él, una joya en sí misma, sin que le importaran subterfugios materiales. No se imaginaba a Bernard Chamber susurrándole palabras al oído o cogiéndola de la mano, a pesar de lo amigable que se había mostrado durante el buffet de la noche anterior. A la luz de sus recientes descubrimientos, Victoria le imaginaba ahora con una expresión arisca y egoísta, exigiendo a Joanna de Holt propiedades a cambio de cometer el tremendo sacrificio de tomar a una paria como Victoria bajo la protección del buen nombre del barón Chamber.

Nunca había permitido que la desesperanza se adueñara de ella, y no se consentía a sí misma el sentirse inferior a los demás, aunque lo fuera en algunos aspectos. Pero en ese momento, allí parada entre los rosales del invernadero, mirando hacia los cuidados jardines donde ya empezaban a reunirse algunos de los selectos huéspedes ataviados con sus mejores ropas de paseo, Victoria comprendió que era muy posible que nunca tuviera la atención de un caballero tal como Adeline Aldrich había tenido durante toda su vida adulta.

Con un sudor frío recorriéndole la espalda, asumió que quizá la única oportunidad que jamás tendría para poder sentirse arropada por una familia propia, iba a ser aceptar como esposo a un hombre al que habían comprado para que la tomara. La perspectiva no podía ser más funesta.

—Nos han invitado para humillarnos —le dijo a las nomeolvides, arrugando el entrecejo—. Lo disfrazan ante madre, pero la verdad es que solo quieren mostrar lo caritativos que son, cuando estoy segura de que se burlan a nuestras espaldas...

Oh, cómo debía haber disfrutado ese presumido de Andrew Holt al verla alejarse siendo prácticamente arrastrada por Bernard Chamber hacia la mesa de la comida, mientras él permanecía allí, estoico, llevando del brazo a la belleza que levantaba suspiros y admiraciones en Londres.

—Son tal para cual —musitó, cabizbaja.

Estaba convenciéndose de que Adeline sería la elegida y de que pronto tendría que sufrir su arrogante cortejo, cuando unos pasos ligeros se aproximaron a ella. Temerosa de ser descubierta en un lugar de la casa que no estaba abierto a los visitantes, Victoria aprovechó el grosor del tronco del limonero para ocultarse.

Desde su escondrijo pudo ver como una muchacha menuda pero de figura muy armónica se aproximaba por el camino empedrado que ella misma había tomado al salir de la casa. Escudriñó, entrecerrando los ojos para salvaguardarlos de la brillante luz del sol, fijándose en ella y tratando de reconocerla. Sin duda, era una joven de alta posición, pues su vestido aguamarina de paseo estaba

confeccionado en una exquisita profusión de delicado lino que ondeaba a sus pies conforme caminaba. A pesar de que era sencillo, el corte resultaba impecable y el color vivo, con lo que no debía estar demasiado usado. El cabello era castaño y estaba recogido en una sucesión de bucles que lo subían unos centímetros, unidos todos a la parte baja de la cabeza con una cinta a juego. Los botines de paseo, de una elegante piel teñida de beige claro se fueron perdiendo en la bifurcación contraria a la que Victoria había tomado, dirigiéndose al otro lado de la propiedad, que se abría al bosquecillo y la zona del establo y la plantación.

Antes de que la muchacha le diera por completo la espalda, a Victoria le pareció reconocer algo en el perfil claramente aristocrático. Aquellos ojos, cuyo color le fue imposible identificar parecían llamarla desde los confines de su memoria, pero por más que intentó, no logró saber de quién podría tratarse. Una cosa era segura, la joven no le había sido presentada durante la noche anterior o, de lo contrario, la recordaría sin problemas.

Convencida de que ya había corrido riesgo más que suficiente, Victoria se sacudió el vestido melocotón, apartando algunas ramitas desdeñosas que se le habían adherido a la tela y decidió regresar al interior de la propiedad. Ahora que estaba algo más calmada, le parecía que era el momento para confrontar a Eleanor. Aún sin saber lo que decidiría al respecto, quería escuchar la explicación que su madre tenía que darle sobre sus maquinaciones matrimoniales. Si lograban reconciliarse, quizá ella estuviera en disposición de decidirse.

Desanduvo el camino hecho y se dio prisa en subir las escaleras del poche, tratando de evitar en la medida de lo posible el tropezar con los huéspedes que empezaban a dejarse ver. Las doncellas trabajaban sin descanso, preparando la terraza para los desayunos al aire libre y los lacayos, ataviados con sus libreas, se apresuraban en mantener a los caballos en perfecto estado por si sus amos gustaran de una cabalgada matutina.

Para no tropezar con nadie, y evitando la escalera principal por la que deambulaban las camareras de planta portando vestidos que planchar o remendar, jarrones con agua, paños para aseo y un sinfín de elementos con los que atender a sus exigentes patronas, Victoria tomó un desvío en el interior del pasillo, cruzando una serie de elegantes vestíbulos que pronto descubrió que jamás había visto. Giró a la derecha, convencida de que saldría al recibidor de mármol y, una vez allí, podría subir por la escalera tan pronto se quedara libre, pero el eco de sus pasos, a medida que avanzaba por el iluminado corredor, le dejó claro que no había nadie más por las cercanías.

Cuanto más andaba, con más silencio se encontraba, de modo que no tardó en percatarse de que estaba perdida en algún lugar de la primera planta de la mansión.

Se mantuvo quieta unos instantes, llevándose la mano al pecho. Con la que tenía libre, se retiró el molesto sombrero de paseo de la cabeza, dejando que su desordenado moño pelirrojo quedara al descubierto. Varios mechones de pelo se le soltaron, pegándosele a las sienes sudadas, y los rizos que enmarcaban su frente le taparon parcialmente la visión. Apartándolos con un movimiento de cabeza, miró a su alrededor, esperando que parte de la decoración de aquel lugar le resultara familiar. ¿No había visto ese conjunto de jarrones Ming la noche anterior, mientras se dirigía a la sala de la lámpara de araña donde habían cenado? Piensa, piensa... pero era inútil.

Bajó la vista al suelo, pero la alfombra Aubusson que pisaban sus deplorables botas le era tan

desconocida como todo lo demás. Con desespero, volvió a lanzarse a caminar sin rumbo, asomando la cabeza por cada corredor que se encontraba a su paso, tratando de atisbar el camino a alguna sala desde la que pudiera orientarse. La biblioteca, la salita de música, el cuarto de fumadores... desde cualquiera de ellas podría acceder al vestíbulo y una vez ahí, encontrarse con cualquier miembro del servicio que supiera orientarla. Por un momento pensó en la vergüenza que pasaría, reconociendo haberse perdido por no haber mostrado más interés cuando la condesa viuda se ofreció a enseñarles las disposiciones de la casa, pero lo ignoró en aras de comportarse como una dama práctica. Tenía que salir de ahí, eso era lo primordial.

Estaba a punto de compadecerse de su mala suerte cuando al fin encontró una puerta entornada. La madera era gruesa y estaba bien pulida. Trató de empujarla con una mano, pero el roble con el que estaba hecha la entrada no cedió hasta que aplicó toda la fuerza de su cuerpo, en un empujón que la mandó de bruces al interior de la estancia.

Echada en el suelo de cualquier manera, Victoria sopló en dirección a su cara para apartarse el pelo y trató de recuperar la dignidad, aunque le fue imposible enviar la orden a sus piernas de que se levantaran cuando alzó la vista y comprobó dónde se encontraba. La sala era rectangular y estaba compuesta por dos interminables hileras de inmensos cuadros que colgaban de los dos lados más largos de la pared. Al fondo, un ventanal cubría prácticamente toda la piedra natural con que estaba revestida la sala, y las pesadas cortinas, abiertas solo hasta la mitad, dejaban entrar contenidos rayos de sol, cubiertos de motas de polvo que danzaban en el aire invisible.

Con asombro, Victoria se fijó en aquellos retratos en penumbra, tratando de distinguirlos. La luz procedente de la ventana daba de lleno sobre dos de las pinturas, mostrando a un hombre y una mujer de impecable posición, ataviados con sus mejores ropas de gala y luciendo ambos idénticos blasones. El hombre, que se veía mayor, tenía un grueso bigote y una cabellera de un castaño desvaído peinado hacia atrás, la mujer, delgada y estilizada, tenía el caballo de un castaño profundo, recogido en bucles que caían graciosamente sobre sus hombros. Ella llevaba el símbolo de la familia en un elegante alfiler, cogido de la pechera, y el caballero, prendido de la chaqueta que cubría su traje de ceremonia.

No hacía falta fijarse demasiado para darse cuenta de que eran parientes, dedujo Victoria, todavía sentada en el suelo. Idéntica forma de ojos, el mismo color característico de pelo, el blasón de la familia. Al prestar más atención, Victoria se percató de que ambos personajes llevaban en sus atuendos algo de un color verde musgo muy característico. En el caso de la dama, el fular que cubría sus hombros y en cuya superficie llevaba el símbolo de su legado; y en cuanto al caballero, los puños de su elegante chaqueta.

Llevada por un impulso, levantó la vista al ventanal y comprobó que los cortinajes eran exactamente de la misma tonalidad de verde y que en ellos, grabado en hilo de oro, se encontraba el mismo blasón que lucían las personas representadas en los cuadros. No pudo reconocer el dibujo en la penumbra de la estancia, ni tampoco apreciar el resto de cuadros que la rodeaban en aquellos momentos, mirándola desde la altura fría de las paredes revestidas con piedra, pero lo que había visto le valía para saber con exactitud que se encontraba en la sala de pinturas de los Holt.

No le cabía duda de que en ese momento, los condes y condesas que habían habitado aquella

ancestral propiedad estaban rodeándola, mientras ella permanecía inmóvil, subyugada ante la impresionante solemnidad que parecía reinar en aquel lugar. Tragó saliva y cedió al impulso que la instaba a salir de ahí cuanto antes. Nunca en toda su vida se había sentido más intrusa que en esos momentos, donde el color de su propio cabello parecía un insulto proferido a gritos a una estancia donde importantes aristócratas castaños la juzgaban por haberse atrevido a mancillar su santuario eterno.

Apoyó las palmas en el suelo alfombrado para darse impulso y ponerse en pie cuando unos pasos rítmicos y sinuosos empezaron a acercarse. La gruesa puerta de roble macizo chirrió apenas y una curiosa respiración se hizo audible en el interior de la estancia. A Victoria le corrió una gota de sudor por la frente, alisando un rizo rojo que le cayó sobre el ojo derecho, haciendo que su visión, ya de por sí precaria debido a la poca luz de la sala, se viera aún más limitada. Intentó alzarse sobre las piernas, decidida a enfrentar al intruso (aunque ella misma lo era en aquellos momentos) con la mayor elegancia posible, pero un extraño sonido que retumbó en la sala vacía, la hizo perder todas las fuerzas.

En la penumbra, el gruñido bajo sonó aún más atemorizante, y la sombra proyectada la dejó casi sin aliento al comprobar que un ser de cuatro patas se dirigía directamente en su dirección. Inmóvil, escuchando la respiración del animal cada vez más próxima a la suya y temiendo lo peor, Victoria fue vagamente consciente de que otro par de pasos se unía al primero, dejándola totalmente sin escapatoria. Tras unos segundos en los que apenas pudo respirar, el hocico del perro fue visible a la claridad dejada por la cortina cuando estuvo lo bastante cerca para olfatearla. Permaneciendo inmóvil, la desventurada joven apenas pudo alzar la cabeza cuando una voz grave y reconocible habló entre las sombras.

–Harvey, chico, ¿a quién tenemos aquí?

Capítulo 8

Volviendo a los pensamientos que la habían ocupado inicialmente, Victoria descubrió que sí podía sentirse más humillada de lo que ya había estado en las horas previas. Levantó la vista y arrugó el entrecejo al ver la mirada socarrona de Andrew Holt, que la miraba desde las alturas con tal indolencia que la joven sintió deseos de golpearle con cualquier cosa que tuviera a mano.

El simpático perro que la había descubierto había tenido la osadía de sentarse a su lado, moviendo el rabo y clavando en ella sus ojos negros con expectación, como si la retara a hacer algún movimiento brusco que le obligara a atacar. Conocedora de la importancia que incurría en tener la primera palabra ante una situación incómoda (y Dios sabía que pocas debían existir que fueran peor que la que estaba viviendo), carraspeó y cruzó los brazos sobre el pecho en pose ofendida.

–Permítame decirle, milord –comenzó, con voz clara y serena–, que es de terrible mal gusto entrar a una estancia de esa manera. Me ha provocado un susto de muerte.

–No estoy seguro de si está peor considerado que la osadía de encontrar a una dama sentada en el suelo de una sala privada. ¿Qué opina usted?

–Opino –Victoria recrudenció el tono de voz– que es el culmen de la falta de educación el entablar una conversación en lugar de ofrecer ayuda a la dama en apuros.

–Oh, disculpe. –Sonrió él, enarcando la ceja–. No me había percatado de que se encontraba en dificultades.

Conteniendo una risa, le tendió caballerosamente la mano a la joven, que parecía querer asesinarlo con el poder de sus ojos. Andrew deseó poder jactarse de su posición dominante, pero el momento era demasiado circense como para correr el riesgo de perderse algo. Aunque la señorita Linton debía mostrarse avergonzada por la forma en que había sido hallada, tenía el tremendo descaro de mostrarse ofendida con su aparición. Qué mujer esa, pensó con sorna, debía tener un talento innato para salirse con la suya si era capaz de dar la vuelta a una situación de clara desventaja para ella.

Dedicándole un mohín de orgullo, rechazó su gesto y procedió a ponerse en pie por su propia cuenta, dejándole la mano estirada como si fuera un tonto haciendo el ridículo. Con un suspiro, Andrew se vio obligado a ofrecerle un claro reconocimiento a su pelirroja invitada, pues no demasiadas mujeres eran capaces de hacer sentir absurdo a un conde que actuaba con perfecta gallardía frente a una damisela que estaba echada de cualquier manera en el suelo. Apoyando manos y piernas, Victoria levantó graciosamente el trasero (una visión absolutamente adorable, decidió él) y se irguió, sacudiéndose las manos con desdén.

–Una actuación digna de elogio, desde luego –le dijo Andrew, incapaz de permanecer callado.

–Bueno... si usted no hubiera tenido la grosería de entrar de esa forma yo habría sido perfectamente capaz de...

–Espere un momento, señorita Linton. –Y la impresión de ser interrumpida ciertamente la hizo callar–. No puedo tolerar que se me acuse de grosero cuando era usted quien estaba deambulando a hurtadillas por una casa que no es la suya.

Las mejillas de Victoria se encendieron, haciendo juego con su pelo. Estaba despeinada y su vestido color melocotón se había arrugado considerablemente, pero aún así no estaba dispuesta a ceder ni un centímetro ante ese pomposo de Andrew Holt, por mucho que la razón estuviera de su parte.

–Si llamamos a la verdad... usted también estaba deambulando a hurtadillas. –Satisfecha con su ataque, alzó el mentón y señaló a su lado con la mano–. ¡Y acompañado de un animal salvaje, nada menos!

Harvey pareció entender la referencia, pues de inmediato bajó las orejas y miró a su amo en busca de apoyo. Andrew le hizo una seña y el dálmata anduvo lentamente unos pasos hasta sentarse a su lado, donde recibió gustoso unas caricias en la base de la cabeza.

–Señorita Linton, mi perro es, con toda seguridad, mucho más manso que usted.

–¿Pero cómo se atreve...?

–Y nuevamente, no puede acusarme de nada –volvió a interrumpirla, gozando malignamente de su expresión de profundo desagrado–. Esta es mi propiedad, por lo tanto, puedo escabullirme a mi antojo por ella.

Avergonzada hasta más allá de toda lógica, Victoria decidió que una potente retirada sería la mejor defensa posible contra ese aristócrata engreído. Por supuesto, él tenía razón en todo cuanto le había dicho, y eso no hacía sino enervarla más. Levantó la cabeza y recogió torpemente el sombrero del suelo, dispuesta a salir de la estancia sin dedicarle un solo comentario más. No obstante, apenas había dado dos pasos, y ni siquiera le daba la espalda del todo a Andrew cuando su voz bobalicona volvió a resonar entre las altas paredes de piedra.

–¿Sabe acaso adónde va, señorita?

–No, no lo sé. –Se vio obligada a responder, aunque con la mandíbula apretada–. Llegué aquí por casualidad... me... extravié al tomar un atajo.

–Sin duda fue un mal atajo.

Mirándole por encima del hombro, Victoria recibió a disgusto la pulla, diciéndose que seguramente se lo merecía. Daba igual la animadversión que sintiera contra ese hombre, la realidad era que él tenía la posición y el prestigio que ser el conde de Holt le brindaba, aquella era su propiedad y ella había sido cazada infraganti merodeando sin permiso por un lugar privado. No contribuiría en nada que se comportara como una niña malcriada ante él, por mucho que le apeteciera.

Como decidiendo dejarla con sus tribulaciones unos minutos más, Andrew recorrió la estancia hasta llegar al fondo y tiró del grueso cordón dorado rematado con borlas que sujetaba el cortinaje de un denso color verde. Sin apenas esfuerzo, las cortinas se descorrieron y la potente luz de la mañana irrumpió, llenando la habitación de una calidez que le arrebató toda la frialdad que parecía

haber tenido. Incapaz de perderse algo tan hermoso, Victoria aparcó su enfado y giró sobre sí misma, admirando las filas de cuadros, forrados en elegantes marcos de diversos materiales que habían sido profusamente tallados.

Sosteniendo aún el cordón de las cortinas, Andrew alzó levemente la comisura del labio, en una invitación pacífica en forma de media sonrisa. Cuando liberó su mano, la alzó hasta Victoria, invitándola a aproximarse.

—El que haya llegado aquí por casualidad no significa que no pueda echar un vistazo —le dijo, sin atisbo de ironía en su voz—. Algunos de estos retratos tienen más de un siglo de antigüedad.

Victoria se dejó cautivar por la curiosidad y caminó hasta situarse frente a la parte derecha de la sala, caminando de lado lentamente para ver los diferentes retratos. Hombres y mujeres, en ocasiones posando juntos, se mostraban ante ella en regia posición. Todos llevaban el blasón propio de la familia Holt, consistente en dos pequeñas flores, que a ella le parecieron rosas, atravesadas por un pequeño puñal. La forma final era una estilizada hache. La buscó en las pinturas, encontrándola sin ninguna dificultad, pues siempre parecía bien visible. En las damas, en forma de camafeo o prendedor, y en los caballeros, adherida a las chaquetas de vestir, en las empuñaduras de las espadas decorativas o en los respaldos de los sillones donde habían sido retratados.

Flores y armas, pensó con confusión, y casi estuvo tentada de preguntar su significado, hasta que una de las pinturas llamó su atención. Joanna Ferris, la condesa viuda actual, se mostraba cálida y encantadora en su pintura, con un bonito vestido color musgo y guantes beige hasta el codo. Los pendientes de esmeraldas casi parecían tintinear y sus ojos, de un azul oscuro, se veían vivos y chispeantes. Era evidente que el retrato había sido confeccionado en su juventud, pero aún eran reconocibles en ella todos los rasgos que mostraba. La dignidad, la absoluta belleza y el porte aristocrático que no se podía aprender.

A su lado, un cuadro en cuya placa se leía:

“Anthony Ferris. Decimonoveno conde de Holt.”

Una sola mirada bastó para que los ojos almendrados de Victoria se quedaran presos en los del hombre, que tenían un tono grisáceo que hacía que su cabello castaño, peinado con rebeldes mechones que caían sobre sus sienes, fuera aún más llamativo. Se perdió en la mirada del hombre, que posaba apoyado en una columna de un blanco impoluto, con una pierna curvada y los brazos yacentes a los lados de su cuerpo. Con toda claridad, no era un retrato serio, como el resto de los que poblaban la estancia, sino uno tomado con más calidez y cercanía. Mostraba al hombre, no el título.

—Es mi padre —le dijo desde su espalda la voz de Andrew—. Ese es el primer retrato que le pintaron cuando heredó el condado. A mi madre siempre le gustó más que todos los demás, por eso lo escogió para esta sala.

Victoria asintió, comprendiendo de inmediato el deseo de Joanna de conservar una imagen cercana y hogareña de su difunto marido, en lugar de una fría y distante que no despertara bellos recuerdos en su corazón. Aprovechó su altura para atisbar alrededor, pero no encontró ningún otro rostro conocido en el resto de la pared. Al darse la vuelta para mirar al otro lado, se topó de bruces con Andrew, que se había acercado a ella sigilosamente.

–¿No está el suyo, milord?

Aunque no le tuteó y empleó el modo adecuado para dirigirse a él, hubo una notable cercanía en su pregunta y el notarlo agradó a Andrew, que se encogió de hombros para responder con la mayor naturalidad.

–No perteneces a la sala de los condes y condesas hasta que no accedes al título –explicó con una sonrisa–. El mío es muy reciente todavía y la verdad es que decidí priorizar mi aprendizaje sobre el cuidado de las fincas y las inversiones antes que contratar a un pintor.

–Pero imagino que proseguirá con la tradición.

–Así lo haré –confirmó el joven, mirando a su padre por encima de la cabeza pelirroja–. Supongo que en cuanto me case. De ese modo mi condesa tendrá su lugar a mi lado.

Victoria miró de soslayo todas aquellas cabezas castañas, de ojos grisáceos o azulados y por un momento, imaginó el petulante rostro sonriente de Adeline Aldrich colgado de la pared, siendo admirado y venerado generaciones después de haber desaparecido de la tierra. Recordó vagamente su fastuoso vestido color verde de la noche del buffet y notó una punzada de dolor al percatarse de que estaba mostrándose con los colores propios de los Holt a propósito, para ser más llamativa ante Andrew.

¿Se habría dado cuenta él de lo perfectamente indicada que era Adeline para el puesto de condesa? El musgo le realzaba el tono de piel y sus cabellos castaños eran prácticamente del mismo tono que los de Joanna. En conjunto, no podía resultar más armónica y deseable. Los protagonistas de esas pinturas aplaudirían encantados de poder hacerlo el día que la imagen de Adeline Aldrich les acompañara para la posteridad. Qué maravillosa sensación debía ser la de encajar tan sencillamente en un lugar, pensó.

En cuanto a ella... se miró el hombro, donde un mechón rojo fuego se había desprendido del precario moño y se le rizaba cayéndole por el brazo. Ahogando un suspiro, recordó que su color de pelo era irreconciliable con muchas cosas, entre ellas, con todos los tonos de verde.

–¿Señorita Linton? –La voz de Andrew le hizo alzar la mirada. Él la observaba con curiosidad, como si hubiera estado perdida en sus pensamientos durante horas, en lugar de minutos–. ¿Se encuentra bien?

–Perfectamente. –Desvió los ojos, contando las manchas del lomo del perro, que yacía tumbado junto a su amo, para obligar a su voz a retomar la calma–. Quisiera subir a mis habitaciones, si no le molesta.

–Desde luego. –Andrew se irguió, recobrando la compostura–. Solo debe salir y andar todo hacia la izquierda, sin desviarse. Encontrará el recibidor principal en un instante. Si me permite, puedo...

–No, gracias. Estoy segura de que seré capaz de llegar sola.

Y salió haciendo retumbar las gastadas suelas de las botas, dejando atrás las burlas de todos los condes castaños y manteniendo intacta su irracional furia contra Andrew Holt.

Capítulo 9

Ignorante de todo lo que sucedía en el interior de la casa, Claire avanzaba a grandes zancadas por el camino que comunicaba la propiedad con la zona de los establos. Embutida en un favorecedor vestido color aguamarina y castigando con dureza las punteras de sus finas botas de paseo, imaginaba improperios y maldiciones que lanzar contra Josh, con el fin de dejarle perplejo e incapacitado para toda réplica.

Después de recorrer lo que le parecieron kilómetros, atisbó por fin el amplio tejado a dos aguas del establo. Se trataba de una superficie grande y comfortable, tanto para los animales como para los empleados que allí pasaban gran cantidad de horas al día. La zona más próxima a la entrada, que constaba de varios cubículos amplios para los caballos, daba directamente a un gran cercado redondo donde se liberaba a los equinos para que pudieran correr y desfogarse. Junto a la puerta de la entrada, un abrevadero ovalado había sido llenado de agua fresca y las horcas de apilar el heno estaban colgadas de sus ganchos, en el exterior.

En el interior, el establo contaba con dos alturas, siendo la inferior propiedad total de los caballos, con salas delimitadas para la alimentación, el orden de los aparejos y enseres propios para el cuidado y la monta de los animales. En la pared del fondo se alineaban las sillas, siempre pulcramente ordenadas, con las cinchas bien pulidas y sujetas para evitar que se retorcieran. A los lados, las fustas, bocados, linimentos, mantas y riendas aguardaban para ser usados. Existía otra habitación, recubierta de piedra, donde yacían el yunque y la fragua en la que se reparaban herraduras. La casa Holt, a diferencia de muchas otras grandes haciendas con propiedad campestre, contaba con un herrero que se encargaba de la revisión de los animales con frecuencia.

En la parte superior se erigía un pequeño despacho donde se llevaban anotaciones sobre los periodos de celo de las yeguas, se apuntaba cuándo estaban preñadas, el peso y la talla de los potros, posibles enfermedades, dolencias o cualquier tipo de asunto de importancia para llevar un control.

No obstante, y mientras andaba dificultosamente por el empedrado camino rumbo al cercado, a Claire no le importó demasiado si el establo estaba en las óptimas condiciones que debiera o no.

Su único objetivo en ese momento era alcanzar la alta y morena figura que atisbaba desde la distancia, y que parecía totalmente perdido en su quehacer, sin escuchar las zancadas que se le aproximaban y el rechinar furioso de dientes que precedía los pasos. Josh McKan estaba completamente embebido en su tarea, dándole ronza a una bonita yegua color caramelo que daba vueltas a su alrededor, recorriendo el cercado a buen ritmo y con gracia. Tenía las cuatro patas marcadas con pelaje blanco, lo que le daba la impresión de llevar medias hasta la rodilla. Las crines estaban sueltas y relumbraban tanto con el sol que parecían los mechones de una dama rubia.

Claire la reconoció enseguida. Era Windy, la yegua que ella misma solía montar cuando estaba en la propiedad y cuyo nombre le había sido dado en referencia al estado del tiempo que hacía la noche de su nacimiento. Era mansa y no demasiado alta, de modo que para una amazona ocasional y menuda

como ella resultaba perfecta. El animal tenía once años, con lo que estaba en la edad perfecta de la madurez. Su piel brillaba y había recuperado toda la fuerza perdida durante la última preñez. Recordaba que su hermano le había contado sobre el nacimiento del potro cuando lo recibió por carta, y estuvo muy emocionada durante días con la perspectiva de dedicarle mimos hasta que tuviera el tamaño suficiente como para poder montarlo.

No obstante, le resultó muy fácil apartar al bello potrillo de su mente en cuanto sus ojos se posaron en el hombre que se ocupaba de la yegua. Se le secó la garganta y todas las frases ofensivas que había ido ensayando por el camino se le esfumaron. Josh guiaba a la yegua con pulcritud y eficiencia, haciéndola girar a su alrededor en un círculo que iba de amplio a tan estrecho que los flancos del animal rozaban contra él. Llevaba el pantalón oscuro metido por dentro de las sucias botas y la camisola abierta prácticamente hasta el ombligo, dejando ver parte de una musculatura que se había desarrollado a fuerza de tesón y duro trabajo. Los mechones de cabello negro azabache escapaban de la coleta, revoloteando alrededor de su cara de cuando en cuando.

Claire se fijó en sus facciones, aunque solo podía verle parcialmente de perfil. Boca ancha, nariz recta y pómulos marcados. Notó la fuerza de sus manos, cubiertas por guantes de trabajo para evitarse las rozaduras de la cuerda del ronzal, y su boca se movía apenas, dedicando a Windy palabras tranquilizadoras que aumentarían su confianza y buen hacer. Cuando se puso de espaldas para acortar más la soga, Claire tragó saliva. La anchura de sus muslos y la amplitud de la espalda, cuya humedad se impregnaba en la camisa, la paralizó momentáneamente.

Y quizá hizo algún ruido de más, porque las orejas de Windy se alzaron y cambió el paso súbitamente, hecho que provocó que Josh bajara la mano de la cuerda y se quedara quieto. El sudor frío le nació en la nuca, bajo el pelo, y los latidos de su corazón se redoblaron. Alzó los ojos al cielo, como implorando que un mal rayo le partiese en ese momento a modo de salvación. Pero no pasó nada, de modo que solo le quedó la opción de darse la vuelta y esperar con todas sus fuerzas que su presentimiento hubiera sido fallido.

No fue así.

Claire cruzó los brazos sobre el pecho en el mismo momento en que Josh la miraba, completamente arrebolado. Levantó una perfecta ceja castaña y le vio casi tropezar con sus propias botas mientras ataba el cabo de la soga de Windy al mismo saliente del cercado donde tenía colgada la librea color chocolate. Con excesiva torpeza y usando los dientes, Josh se despojó de los guantes y empezó a abrocharse la camisola, dándose tiempo de pensar qué decir en esa situación. Le era muy fácil comunicarse con los animales, especialmente con los caballos, pero las personas eran otra cosa. Normalmente sonaba hosco y brusco a pesar de que esa no era su intención, no le gustaba perder el tiempo y explicar por qué hacía o no tal cosa a alguien que no tenía ni idea de su trabajo. Esto solía exasperarle.

Ante la señorita Ferris, sin embargo, siempre parecía más tonto que un canto rodado, y había sido así desde que la había conocido.

Se echó la librea por encima y limpió las punteras de las botas en la parte trasera de sus propios pantalones. Cuando se creyó presentable, saltó fuera de la cerca y carraspeó tan fuerte que a punto estuvo de lastimarse la garganta. Ella seguía allí, inmóvil, como esperando que él dijera cualquier

cosa. Claire le miró a la cara, absorbiendo los cambios que se habían operado en él. Tenía las cejas negras y rectas, un poco alzadas por las esquinas y una sombra de vello oscuro le teñía la parte inferior del rostro, lo que le dio a entender que no había tomado tiempo para rasurarse esa mañana. En cuanto a los ojos... escondió un suspiro en lo más hondo de su alma. Los ojos de Josh siempre la habían maravillado, pues eran de negro tan profundo, tan limpio, que incluso rivalizaba con el del cielo nocturno. Eran dos pozos oscuros, infinitos... en los que deseaba hundirse.

A menudo, cuando eran niños, Josh y Andrew solían pretender ser hermanos, aunque no aguardaban el más mínimo parecido en ninguna de las facetas de sus vidas. Por supuesto, la madurez puso fin a ese juego, aunque la cordialidad entre los muchachos, ahora hombres, proseguía pese a la diferencia de edad y rango social. Andrew había protegido al joven Joshua porque su compañía había sido una distracción saludable a sus futuros deberes y, ahora, se había ganado su respeto por el buen hacer que demostraba en su trabajo.

En cuanto a ella... era mucho más pequeña y apenas disfrutó de juegos en compañía del que entonces era el aprendiz de mozo de cuadras. Ahora las cosas eran diferentes, y él parecía empeñado en demostrarlo. Por su parte, no podía alegrarse más de que la pretendida hermandad entre ambos hombres no existiera en realidad.

—Señorita Ferris... —graznó Josh, con una voz ronca que entró a los oídos de Claire como si fuera miel caliente deslizándose por una cuchara—, ¿se le ofrece algo?

—Oh... —Ella descruzó las manos, llevándolas a su cintura—. De modo que recuerdas mi nombre y sabes quién soy.

Parpadeó, rascándose la sien mientras arremetía con las botas que acababa de limpiar contra la tierra suelta. Estaba a menos de dos metros de ella, pero ni bajo la amenaza de ser molido a palos podría reunir el coraje para acercarse más. Ella estaba muy bonita, claro que eso no era una novedad. Su piel era cremosa, enmarcada por aquellos rizos castaños y la nariz fruncida. Reconocía todos los rasgos de enfado que Claire era capaz de mostrar, pues eran muchas las ocasiones en que los había visto.

—Por supuesto que lo sé, señorita —respondió, con una leve inclinación—. Nunca olvido a las personas.

—¿Ah no? Pues sin duda pareciste olvidarme la noche de mi llegada. —Atacó ella por fin, avanzando tres pasos y viéndose obligada a ir levantando la cara para poder seguirle mirando directamente—. ¿Por qué no fuiste a recibirme entonces?

—¿Acaso Gilly no la condujo de la manera apropiada? —Cerró las manos en dos grandes puños—. Señorita, dígame si la ofendió, porque de ser así...

—¡Oh, no seas ridículo, Joshua! —El aspaviento de Claire hizo que toda su falda color aguamarina se arremolinara, enmarcándole las piernas—. Gilly sabe perfectamente hacer su trabajo. Quiero saber por qué no acudiste tú.

Él tragó saliva, haciendo que su nuez de Adán se moviera arriba y abajo. Le sacaba a la señorita como tres cabezas de alto, y al menos medio cuerpo de ancho, pero allí estaba, temeroso de su ira como si ella pudiera lanzar contra él una maldición de Dios. ¿Qué podía decirle que aplacara su

ofendido temperamento? No era fácil contentarla cuando no se podía ser sincero, y tampoco era simple ignorar aquel sentimiento dulce y tibio que se apoderaba de él al ser consciente de que ella, su encantadora señorita Claire, le prefería antes que a cualquier otro. Aunque fuera como lacayo, puntualizó para sí.

–Yo... estaba ya retirado, señorita –mintió–. Gilly estaba en pie por si hiciera falta a alguien durante la noche... por haber jaleo en la casa principal.

–Dime una cosa, Josh.

–Le... diré lo que usted quiera, señorita.

Claire le dedicó una sonrisa que podría haber iluminado el día más tenebroso, pero solo duró el instante previo a que acabara con la distancia que había entre ambos. Cuando le tuvo delante, le golpeó en el bíceps con su diminuto puño, frunciendo los labios con fuerza como si estuviera muy concentrada. Josh, perplejo, se llevó la mano a la zona, no porque le hubiera dolido (había resultado más bien una caricia), sino porque ni en un millón de años se habría esperado aquello.

–Me ha pegado, señorita. –Al instante se sintió estúpido por haberlo puntualizado.

–¡Agradece que no llego más alto! –bramó ella, señalándole con el dedo–. ¿Por qué me has mentido? Dime, ¿Cómo has sido capaz?

Él abrió la boca, pero no tenía nada en absoluto que decir. Miró de soslayo hacia la puerta del establo y rezó como jamás en su vida para que nadie estuviera presenciando la escena. Acababa de ser agredido por una jovencita que apenas le pasaba de la cintura y allí estaba, encogido como si sangrara en abundancia. Claire se removía, con su cuerpo esbelto repleto de una ira que era exclusiva para él. Pensó en ofrecerle una disculpa por lo que fuera que hubiera descubierto, pero otra vez, las palabras se le atragantaron.

–Mis caballos fueron abrevados inmediatamente después de mi llegada. –Siguió ella–. Gilly todavía no me había dejado en la entrada cuando ya habían sido atendidos, ¿cómo es posible si, según tú, él era el único que estaba despierto?

–Me levanté en cuanto oí que llegaba alguien –intentó en vano, sabiendo que ella ya no lo escuchaba–, para echarle una mano.

–No te creo, pero eso ya no importa. –Claire se recompuso, estirando los hombros con mucha más dignidad de la que él mostraba en ese momento–. No vuelvas a mentirme, Josh.

Él se apresuró a negar, porque no había llegado el día en que pudiera ser contrario a cualquiera de los deseos de ella, por mucho que estos le llevaran directo a un infierno del que no podría escapar. Satisfecha, Claire cambió de semblante y se movió a un lado para mirar a Windy, que trotaba animadamente la distancia que le permitía el ronzal, como si no quisiera saber nada sobre la discusión que mantenían los dos bípedos. Volviendo su atención a Josh, que aún se sujetaba innecesariamente el brazo golpeado, le dedicó una sonrisa inocente que le retorció el estómago.

–No vas a escaparte de mí –le advirtió, dándose la vuelta para retomar el camino que la llevaría a la casa principal–. ¡Volveré a ver al potro!

El eco de su voz se perdió en la lejanía a medida que se fue, dejándole allí, desmadejado y débil como si una gripe le hubiera asolado. Con un suspiro agonizante, Josh obligó a sus piernas a moverse y realizó mecánicamente la tarea de preparar a Windy para que volviera a su cubículo. La liberó del arnés, cepilló su piel para eliminar el sudor y recogió todos los aparejos que había empleado para trabajar con ella, después, y todavía sin poder pronunciar palabra, sumergió la cabeza en el abrevadero hasta que empezó a faltarle el aire en los pulmones.

Con las mangas de la librea húmedas y el malhumor creciente en su interior, a Josh le rugían las tripas con tal fiereza, pues se había saltado el desayuno para poder dedicarse a trabajar con la yegua, que se obligó a vencer sus escrúpulos y decidió no esperar a la hora de la comida para calmarse el estómago con algo. Sabiendo que estaba todo lo presentable posible, se encaminó a la casa por la entrada que daba a la cocina, esperando que su abuela hubiera guardado algo en la despensa para él.

No solía sentirse cómodo compartiendo mesa con el resto de lacayos y criados, al igual que le ocurría para dormir. Pero a diferencia de llevar un jergón a otro lugar, la zona para alimentarse era única y exclusivamente la cocina, de forma que no le quedaba más remedio que aguantar las charlas insidiosas y las palabras absurdas de algunos de los empleados. No solían escuchar quejas ni críticas, pues su abuela reinaba en sus dominios con mano de hierro, además de que los Ferris siempre habían sido buenos patrones y trataban a quienes les servían con respeto.

Aunque intentaba saltarse las horas punta para no coincidir con nadie, a veces era inevitable; aunque para su fortuna, aquella no era una de esas ocasiones. Entró a la cocina y encontró a Josephine atareada en los fogones, hirviendo una enorme cantidad de verduras mientras revisaba de cuando en cuando dos gordas piernas de cordero que tenía sobre el horno de leña. Sin apenas mirarle, cogió un plato de sobre la repisa caliente y se lo dejó en la mesa.

Josh se sentó sin ceremonias, remangándose la librea y atacando los dos huevos con tocino y pan sin masticar más que lo preciso. Su abuela le dio el tiempo justo para que llenara el buche con un par de bocados antes de acercarse, secándose las manos en el delantal impoluto.

—¿Te encontró la señorita Claire? Vino por aquí preguntando por ti.

El aludido tragó con fuerza, dándose un golpe en el pecho para ayudarse a evitar un atragantamiento. Quiso renegar, pero ya había tenido suficiente con el puñetazo de la señorita, como para encima añadirle el coscorrón que su abuela le daría al oírle. Ya se imaginaba él que Josephine había tenido que ver con que Claire le hubiera encontrado... ¿pero qué más podía haber hecho? Si una de las patronas exigía razones de un empleado, había que dárselas, sin excepción. Troceó más pan para rebozarlo con la grasa del tocino y asintió, pretendiendo mostrarse distraído. Ni loco contaría a su abuela lo ocurrido.

—Quería ver al potro de Windy —gruñó sin más—. Como estaba entrenándola, quedó en venir en otro momento.

Josephine se mostró de acuerdo con la respuesta y no hizo ningún comentario más. Abrió la lazada que cerraba un pequeño bolsillo en la parte interna de su delantal y sacó de él un sobre marrón, dejándolo ante su nieto mientras vencía la tentación de coger las tijeras que tuviera más cerca (posiblemente las de cortar la piel de las piernas de cordero) y hacerle un sano corte de pelo.

–El joven Andrew ha repartido los jornales –explicó–, me ha dado el tuyo para que no tengas que ir al despacho más tarde.

–Qué cumplido –masculló Josh, abriendo el sobre y revisando el contenido–. Pensé que se retrasaría esta quincena con eso de los huéspedes.

–El joven siempre ha sido responsable con las necesidades de quienes le sirven, igual que su padre antes que él.

Con un encogimiento de hombros, Josh se guardó unos pocos billetes en el bolsillo y le dio el resto del sobre a su abuela. Siempre lo había hecho así, desde sus primeras ganancias como mozo. Ahora que era lacayo, la paga era mejor, pero él apenas necesitaba nada, y si bien su abuela nunca tomaba para ella un centavo de lo que su nieto ganaba, se lo entregaba igualmente para que se encargara del dinero como mejor considerara.

–¿Nunca vas a preguntarme en qué invierno tu jornal? –cuestionó la mujer, guardándose nuevamente el sobre y atando la lazada con pulcritud.

–Lo que hagas bien hecho está, mientras quede algo para cuando no haya trabajo.

–Oh, quedará. –Josephine sonrió, dándose golpecitos en la sien–. Puede que sea vieja, pero no tengo una sola cana de tonta. Si las cosas salen como deben... bien, bien, ¿quién sabe?

Josh había dejado de oírla, incapaz de mostrar interés en nada que no fuera su primer encuentro con Claire. Ninguna importancia tenían las posibles inversiones de su abuela, cuando la señorita de sus desvelos le había mirado, con esa preciosa cara que merecía estar tallada en un camafeo y le había hecho la advertencia más dulce y terrible «*no vas a escaparte de mí*». Con un suspiro, se acabó la última tira de tocino y, mientras se limpiaba la boca con la servilleta, con la mirada perdida en algún punto del horizonte, supo que no habría nada en el mundo que pudiera impulsarle a querer huir de cualquier lugar donde estuviera Claire.

Capítulo 10

Conforme bajaba los escalones con dirección a la sala de baile, Victoria se sentía más inquieta e incómoda. La casa Holt se había llenado de gente en las últimas horas, todas las familias influyentes de Londres habían trasladado a Kent a sus hijas o sobrinas casaderas en compañía de una madre o tía de renombre para que pudiera pasearse ante los ojos del conde en busca de esposa. A pesar de que tales palabras no habían sido pronunciadas de momento, nadie ponía en duda de que las intenciones de Joanna, la condesa viuda, al abrir la casa solariega eran precisamente esas.

En cuanto a ella, su inquietud no se había disipado en todo el día. Con el semblante tenso y tan pálido que ni siquiera unos intensos pellizcos en las mejillas habían podido disiparlo, Victoria seguía viéndose tan fuera de lugar como en la sala de retratos. A cada paso se sentía juzgada por miradas insidiosas que no disimulaban el hecho de considerarla inferior para estar ahí.

—Esta noche estás muy hermosa, hija —le susurró Eleanor, escondiéndose tras el abanico y dedicándole una sonrisa—. Ese color te favorece maravillosamente.

Victoria asintió, porque tenía el estómago demasiado revuelto para responder. Llevaba un vestido color burdeos ribeteado con encajes blancos en las mangas y el escote. Era un tono que armonizaba con su cabello mejor que ningún otro, pero al ponérselo daba la impresión de haberse convertido en una gran llama en movimiento. Y desde luego, era imposible que lograra pasar desapercibida. Su madre malinterpretó el silencio y le tocó el hombro, deteniéndola al final de la amplia escalinata.

—Vicky... creí que ya habíamos hecho las paces —le susurró, cohibida—. Desde luego no pensaba forzarte a aceptar ningún matrimonio, únicamente se presentó la posibilidad de que optaras a las atenciones de un caballero apropiado y pensé...

—Siempre dijiste que no te importaba si me desposaba o no, madre.

—¡Y así es! —Eleanor acompañó sus palabras con asentimientos—. Siempre he afirmado que esa decisión solo te corresponde a ti, pero la condesa viuda conoce a personas influyentes, muchas de las cuales iban a estar aquí. Tanto ella como yo te consideramos merecedora de tener la ocasión de tratarlas... como todas las demás jóvenes.

Aquello agradó mucho a Victoria e hizo que las náuseas desaparecieran parcialmente del fondo de su vientre. Su madre la consideraba tan apropiada como cualquier otra muchacha para ganar el afecto de un hombre y, al parecer, la señora Holt opinaba lo mismo. Había discutido largo y tendido con Eleanor en cuanto volvió al dormitorio, aprovechando la ira que latía en ella tras el encontronazo con Andrew. Su madre le había explicado que su única intención era ponerla en el camino de los nobles caballeros que iban a acudir a la casa, con vistas a que alguno de ellos se fijara en sus muchas cualidades.

Por supuesto, no la había creído del todo, a pesar de que Eleanor había asegurado que jamás habían ofrecido nada (ni ella, ni desde luego, la condesa viuda) a cambio de que Bernard Chamber, o

algún otro, le prestara atención.

–Nuestro único acuerdo consistía en presentarte a los caballeros que pudieran considerarse adecuados para ti –siguió susurrando, a toda velocidad–, facilitar la conversación para que pudieras conocerlos. Nada más.

–Está bien, madre. –Suspiró, demasiado insegura de sí misma como para ahondar en el asunto de haber sido víctima de un complot nacido de la lástima–. Si alguno de ellos despierta mi curiosidad, te lo haré saber.

–Es lo único que pido. –Eleanor enderezó los hombros, a todas luces más tranquila–. Sonríe, querida, esta noche tu belleza no tiene comparación.

Precisamente eso mismo era lo que pensaba Andrew Holt conforme se acercaba a ambas acompañado de su madre y hermana. Aunque se había jurado que únicamente se aproximaba a ellas con el fin de intercambiar unas palabras de cortesía previas a la cena oficial, el caso es que no podía apartar sus ojos de Victoria. Con aquel vestido rojizo y la mata de cabello recogida de forma sinuosa, su aspecto era absolutamente delicioso. Se veía tan tentadora como la manzana que había llevado a Adán a sufrir las penurias del trabajo duro por desafiar a Dios.

Se obligó a carraspear y flexionar levemente las rodillas para escuchar los susurros de su hermana, que le interrogaba sobre la identidad de ambas mujeres, pero su corazón era muy consciente de la presencia de esa conflictiva dama con la que, al parecer, estaba destinado a encontrarse en las situaciones más inverosímiles.

–Eleanor, Victoria. –En cuanto llegó junto a ellas, Joanna extendió su mano enguantada para saludarlas a ambas, con una dulce sonrisa que remarcó las arrugas que ya surcaban su rostro suave–. Quisiera presentarles a mi hija menor, Claire. Acaba de llegar de Londres para reunirse con nosotros. Querida, estas son la señora y señorita Linton, unas apreciadas amigas.

–Por fin tengo la oportunidad de ponerles rostro. –Claire sonrió y realizó una venia ante ambas mujeres.

–Es un honor conocerla –masculló Victoria, con seria dificultad.

–¡Oh, por favor! No me trates con tanta cortesía. –Claire sonrió–. Después de todo, estos últimos días mi familia ha hablado mucho de ustedes.

Andrew se vio tentado de darle un codazo a su hermana por su indiscreción, pero no le pasó inadvertida la palidez de Victoria, cuyas mejillas coloradas en contraste con el rostro blanco le daban un aire de enferma bastante preocupante. Al parecer, conocer a Claire la había inquietado por algún motivo que él desconocía, puesto que nada sabía del momento en que Victoria había visto a la joven, escondida a hurtadillas junto al invernadero.

Entretanto, la joven Linton se fijó en todos los detalles de Claire, aquella hermosa muchacha menuda que lucía el vestido de muselina color topacio de una forma adorablemente encantadora. Sus ojos, con matices azules y trasfondo oscuro le daban a su rostro viveza y una inteligencia sutil pero palpable pese a su juventud. Y desde luego, coronando el bello conjunto, el cabello castaño que tan orgullosamente lucían todos los Ferris, desde el inicio mismo del linaje Holt. A pesar de la

indudable distancia social que había entre ellas, cuando Claire le sonrió y le cogió la mano fría con fuerza pero sin rigidez, Victoria adujo que, de tener ocasión, podrían convertirse en buenas amigas.

—¿De qué conoces a la señora Linton, madre? —preguntó la muchacha, en una cortés forma de sacar conversación.

—Verá señorita... su padre y mi esposo, Charles Linton, que Dios le tenga en su gloria, fueron conocidos durante mucho tiempo, hasta que, debido a un suceso del destino, la amistad surgió...

El aviso de los camareros interrumpió la explicación de Eleanor, que profirió en risitas y comenzó a abanicarse al darse cuenta de que había divagado. Las puertas que daban al gran comedor principal se abrieron, y la tradición mandaba que Andrew, como anfitrión y representante aristocrático de mayor rango, abriera la comitiva. Dedicó una sonrisa de disculpa en dirección a Victoria, algo que ella interpretó como una educada manera de restar importancia al hecho de que ella entraría de las últimas por su falta de título.

—Espero que disfruten ampliamente de la cena —expresó Joanna, toda amabilidad—, quisiera que volviéramos a hablar en cuanto los hombres se retiraran a fumar a la salita.

—Desde luego, sería todo un placer. —Coincidió Eleanor.

Andrew tomó el brazo de su madre y exhibió todo el porte para el que había sido educado durante años. Claire, por ser soltera, debía entrar con algún pariente o amigo común de la familia que no supusiera una posible deshonra para su virtud, pero dado el caso de que era hermana del anfitrión y aquella era su casa, se le permitió relajar levemente su postura protocolaria, de modo que cruzó las puertas dobles de roble tras su madre, en compañía de un caballero rubio que le susurró algo que la hizo sonreír.

—Es Arnold Calvin —le explicó Eleanor a Victoria, aunque esta no había preguntado—. Tengo entendido que es vizconde... o está a punto de serlo, en todo caso.

—Parece apropiado para la señorita Ferris —respondió, más por cortesía que por interés en la conversación. Se sorprendió levantando la cabeza, tratando de atisbar la alta figura de Andrew a través del pasillo.

—Bueno... ella no heredará el condado a no ser que el actual conde muera sin herederos... de modo que podría permitírsele apuntar a un vizconde —se colocaron en la fila conforme se acercaba su turno para entrar al comedor—, de todos modos, cabe la posibilidad de que intenten tirar más alto para ella, por si acaso. Posee una gran dote y es una damita de la más alta alcurnia.

Eleanor devolvió el saludo a Bernard Chamber cuando este les dedicó una venia desde algunos puestos por delante. Por un momento, Victoria temió que insistiera en entrar al salón con ella, pero pronto recordó que en su posición de barón (aunque fuera hijo segundo), y dado que no existía nada entre ellos, no cabía opción de saltarse el protocolo.

—Qué consideraciones tan románticas para crear un matrimonio.

—Afortunadamente es algo de lo que tú no deberás preocuparte, querida. —Le sonrió—. En caso de que decidas casarte, podrás escoger basándote únicamente en el afecto. Eres afortunada.

Traspusieron las puertas del comedor, donde una inmensa mesa estaba dispuesta ocupando parte de la ancha sala. Los candelabros estaban encendidos y los racimos de frutas frescas se alternaban con los jarrones de flores silvestres que servían como decoración. Cada servicio, compuesto por platos y copas ribeteados con oro y cubiertos de plata pulida estaba coronado con una servilleta de hilo con forma de cisne. Media docena de camareros y doncellas aguardaban, con sus mejores uniformes de gala, para comenzar a servir. Conforme los invitados fueron tomando asiento y el ruido de sillas arrastradas se hacía más audible, las copas empezaron a llenarse y la charla aumentó de tono.

Sentada junto a su madre, Victoria vio pasar fuentes soperas del tamaño de lechones pequeños, dos piernas de cordero que habrían podido abastecer de alimento a una aldea completa, una bandeja de plata cubierta de budín de patata aderezado con especias cuyo aroma inundaba todo el comedor, todo tipo de verduras al vapor, y un sinfín de botellas acristaladas con vino traído de distintas partes del país y sorbete de champán. Sosteniendo inquietamente el tenedor, miró su ración, meditando considerablemente la posibilidad de que alguien pudiera sentirse lleno con tan solo apreciar tal despliegue.

De algún modo hizo un gran esfuerzo para recorrer la mesa con la mirada. La familia Ferris estaba situada en la cabecera, como dictaba el protocolo, con Andrew presidiendo y su madre a la derecha, por ostentar el título en carácter de viuda. Su hermana Claire estaba unos puestos más adelante, manteniendo una animada conversación con el vizconde Calvin. Bernard Chamber empezaba a hacer señas a las criadas para que rellenaran su plato con alubias pintas y un segundo pedazo de cordero cuando el resto de caballeros todavía no había siquiera trinchado el suyo. Victoria estiró el cuello y apreció la tez marfileña y el perfecto cabello castaño de Adeline Aldrich, que vestía un níveo vestido blanco rematado con un sinfín de piedrecitas de un verde oscuro muy peculiar.

—Es detestable que se empeñe en obligarnos a presenciar lo bien que le sienta ese color —masculló por lo bajo, clavando el tenedor en el budín de patatas.

—¿Um? ¿Qué dices, querida? —Eleanor abrió hacia ella sus ojos de búho adormilado.

Victoria negó en dirección a su madre, porque simplemente se sentiría aún más tonta si repetía en voz más alta lo mucho que la ofendía que Adeline hiciera ostentación del color más representativo de los condes de Holt, cuando ella no era una de ellos, por muy segura que pareciera. Las sillas se corrieron hacia atrás cuando Andrew se puso en pie con la copa en alto, una sonrisa franca adornó sus labios, y aunque no hubo nada demasiado elocuente en sus palabras de agradecimiento y deseos de una buena comida, algo en su tono de voz, y en su mirada, captó inmediatamente la de Victoria, que se quedó mirándole desde la lejanía de su lugar en la mesa. Así era como correspondían las cosas, se dijo, esa era la distancia máxima a la que alguna vez estaría de personas como Andrew. No obstante, la conciencia de un hecho no lo hacía más soportable.

Pronto la charla empezó a disiparse en algunas partes de la mesa. Era costumbre que el anfitrión recibiera preguntas y abriera la conversación con sus invitados, especialmente los varones, y Andrew Holt no defraudó en ese caso. Si todos pensaban que la estancia en la mansión se debía a la búsqueda de una esposa, nadie hizo mención alguna a ello, aprovechando la ocasión de tener cerca al conde para interesarse por temas que consideraban más importantes. Victoria se preguntó si nadie se

daba cuenta de que mientras se esforzaba por agradar a todos, Andrew no podía comer, ni disfrutar en paz de la velada.

—Y dígame, milord —preguntó repentinamente un caballero de poblado bigote al que Victoria no conocía, pero que encabezaba la mesa—, ¿se encuentra más a gusto en Kent, alejado de las tareas propias de la ciudad?

—Una buena pregunta, duque de Ozma. —Andrew alzó la copa hacia él, usando el título a propósito para agradar al caballero—. Ciertamente es un alivio a los deberes políticos alejarse de Londres... pero estamos casi en época de cosecha, de modo que, aunque no me ataran empresas aquí, habría tenido que trasladarme para encargarme de la producción.

Hubo risitas mal disimuladas ante el hecho de que el conde se refiriera a su necesidad de crear un matrimonio con la palabra «empresa», de modo que los huéspedes estaban al tanto... eso explicaba que ninguno hubiera declinado la invitación. De ningún modo iban a perder la ocasión de emparentar con una familia como la Ferris.

—¿Cómo de importante es la cosecha de la zona norte de la propiedad?

Esta vez, la pregunta vino del vizconde Arnold Calvin, que había dejado de lado su tertulia con Claire para probar suerte con su hermano. Quizá por la cercanía evidente entre ambos, Andrew le observó unos instantes antes de responder. Le dedicó una diatriba apasionada sobre los cultivos que iban desde el establo hasta prácticamente la linde de la propiedad, y que, a juzgar por la forma en que Andrew hablaba de ellos, eran un orgullo destacable del que no le importaba presumir.

—Nuestra cosecha de legumbres abastece a gran parte de Kent —explicó, gesticulando—. Hemos sido pioneros en establecer un riego por goteo que no solo aligera el trabajo de campo, sino que favorece a la humedad de la tierra, de modo que los nutrientes propios del agua la impregnan, haciéndola más fértil.

—¿Y no se plantea algún otro tipo de uso para ese extenso terreno? —El duque Ozma, que masticaba de forma ruidosa, clavó en Andrew sus ojos acuosos—. Digamos... algo más beneficioso económicamente.

Andrew tomó un bocado de cordero y lo bajó con un sorbo de vino, después, se limpió las comisuras de la boca y dejó los cubiertos, entrelazando los dedos con gracia antes de mirar al duque, con respecto, pero también con una desaprobación que fue muy obvia. A pesar de que su rango era superior, Andrew trató de no mostrarse como un joven impertinente a la hora de replicar.

—La plantación no solo alimenta a la casa, señor duque, sino también a todos los jornaleros y arrendatarios que en ella trabajan, y cobran parte de sus mesadas en alimentos que han crecido de sus propias manos. —Sonrió, satisfecho con aquella idea que su padre había implantado y él había abrazado como suya.

—Siempre puede darles la totalidad de las mesadas. —Insistió el duque—. Apuesto a que aceptarían con alegría más jornal en lugar de tantos... tomates y lechugas.

Algunos hombres rieron, incluyendo a Adeline Aldrich, que comentó, si bien no lo bastante alto para ser tomada en cuenta en la conversación (puesto que era mujer y no estaba bien visto que lo

hiciera), sí lo suficiente como para ser oída por quienes tenía relativamente cerca, incluido Victoria, *«podría tirarlo todo y construir algo más útil, un cenador con celosías, por ejemplo»*.

—Vamos, milord. —Insistió Ozma, inquieto al ver que Andrew volvía a trocear la carne, poco dado a seguir participando de una discusión que el viejo duque veía ganada—. No irá a negar que un trabajador se esfuerza más si la recompensa económica resulta mayor.

—En mi opinión —se pronunció por fin Andrew, con una sonrisa—, si nuestra cosecha es tan fructífera se debe a que los jornaleros que en ella vierten su sudor perciben una parte de dicho beneficio. El saber que van a poseer lo que crece como fruto de su trabajo hace que el empeño sea doblemente grande.

—¿Más que un jornal abultado?

Los ojos azul topacio del conde barrieron la mesa, sonriendo a todos los rostros que aguardaban, con los cubiertos estáticos en el aire o clavados en el plato, su réplica al belicoso Ozma, que no parecía querer cejar en su empeño de mostrar más sabiduría que Andrew, al que casi triplicaba en edad. El bigote del duque se movía profusamente, casi queriendo anticiparse a la próxima estocada, pero Andrew hizo algo inaudito en una situación como esa, donde la discusión estaba claramente centrada en dos únicos hombres. La abrió a una persona más.

Y su elección fue todavía más inaudita.

—Este es un asunto muy interesante —comentó, rascándose el mentón—. ¿Qué despierta más el esfuerzo de un hombre, la ganancia económica, o la posibilidad de obtener parte de lo que ayuda a crecer para sí? —Alzó la vista, y sus ojos fueron raudos como aves rapaces al encontrar los de ella—. ¿Qué cree usted, señorita Linton?

Los murmullos no tardaron en hacerse notar, pues era prácticamente imposible que se permitiera a una mujer tomar partido en una conversación de una cena protocolaria. Si bien aquella reunión podía tener matices, como el hecho de que se relajaran algunos aspectos distintivos, como el no sentar juntos a personas con título nobiliario y a otros que no lo poseían, desde luego no dejaba de ser inaudito que el mismo anfitrión de la velada abriera el tema de discusión preguntando directamente a una mujer, cuando era bien sabido que ellas no gustaban de participar en asuntos que no las concernían.

Los ojos de Adeline se clavaron en Victoria, al igual que los de todos los integrantes de la mesa, y los de Joanna y Claire lo hicieron con curiosidad y un mal disimulado gusto por la actitud abierta y poco machista de Andrew. Eleanor no parecía sorprendida, acostumbrada como estaba a que su hija se comportara libremente y diera sus opiniones en la mesa. El resto aguardaba con indulgencia lo que seguramente sería una tontería nacida de unos femeninos labios que, seguramente, no estaban diseñados para tratar temas de hombres.

Con extraña confianza, Victoria dejó su cubierto y miró a Andrew, estirando los hombros para que la vieran erguida, mostrando que no la apocaba en lo absoluto poder decir lo que llevaba rato pensando. No miró a nadie más que a él antes de pronunciarse y, a medida que hablaba, la curva ascendente que conformaba la sonrisa en los labios del conde la hizo sentirse más segura.

—Yo creo —comenzó, con voz suave pero firme, acallando los murmullos—, que ninguna mesada,

por generosa que esta fuera, podría alentar tanto a un hombre a trabajar como el hecho de optar a la mejor calidad de alimento posible para calmar el hambre de su familia.

Absolutamente fascinado, Andrew alzó la copa hacia ella, bajando la cabeza apenas en una reverencia parcial que indicaba no solo aceptación a sus palabras, sino también un profundo respeto por quien las había pronunciado. Y de repente, Victoria Linton, allí sentada, casi al final de la larga mesa de invitados, relegada al fondo donde no existían títulos y los ocupantes de las sillas comían en silencio porque poco más podían hacer, refulgió más aún que su vestido burdeos y sus cabellos rojo fuego juntos.

–He aquí –pronunció Andrew con voz clara–, la presencia de una dama sagaz e inteligente.

Ella sonrió y él devolvió la sonrisa, intercambiando miradas de mutuo acuerdo sin percatarse en ningún momento de que Adeline Aldrich, que había presenciado la escena con estoicismo, no apartaba los ojos de Victoria, dedicándole una peligrosa mirada que intercalaba la venganza con la más profunda repulsión.

Capítulo 11

Tiempo después de que los restos de la cena hubieran sido retirados, y antes de que los caballeros abandonaran la consabida charla informal con el resto de invitados para enfrascarse en asuntos más propios de su intelecto en la sala de fumadores, Adeline Aldrich fue abordada por su madre, que la tomó lo más discretamente posible del codo y se acercó a su oído. Se aproximó sin ser percibida, arrastrándose como una víbora con su delgado cuerpo estirado como un junco, casi desaparecida entre las sombras. Una sonrisa fingida asomaba en sus labios apretados, pareciendo más una mueca que un acto de cordialidad.

–Ten mucho cuidado –le siseó, con la advertencia pintada en el rostro–. No seas tan estúpida como para no tomar en serio a toda la competencia. Incluida la de más baja calaña.

Siguiendo la dirección de las palabras de su madre, Adeline estiró el cuello hacia donde Joanna conversaba animadamente con Eleanor Linton. Victoria estaba allí, por supuesto, con aquel vestido burdeos pasado de moda y la cabellera encendida llevándose más miradas de las que merecía. Tras su intervención en la cena, muchos eran los caballeros que se habían aproximado a mostrarle sus respetos, exclusivamente porque en ese momento gozaba del favor de Andrew. Aunque Adeline no podía estar más furiosa, se obligó a sí misma a demudar el gesto para no mostrar inseguridad alguna.

–Por favor, madre... considerar a esa como una rival sí que sería estúpido. –Sonrió al ver pasar a una joven conocida de los bailes de Londres, cambiando la expresión inmediatamente cuando esta le dio la espalda–. Al igual que al resto de inútiles que han sido invitadas solo para rellenar espacio en la sala.

–No te confíes –respondió la áspera voz, sin aflojar la presión del codo–. Recuerda que cuentan con la simpatía de la condesa.

–No me importa nada la preferencia que pueda tener esa viuda decrepita.

–¡Es la madre del conde, tonta! –El gruñido la hizo callar de súbito. Airada, su madre apretó aún más la presión con sus dedos como garras–. Hasta que no esté casado, Andrew es una títere de los deseos de Joanna. No lo olvides.

Adeline giró la mirada lo suficiente para ver el rostro huesudo de su madre totalmente centrado en ella. Gertrude de Aldrich tenía los objetivos casi más claros que ella, solo que a diferencia de su hija, no gozaba de perder el tiempo en trivialidades tales como disimular sus verdaderas intenciones. Había exigido resultados y, por el momento, el no obtener ninguno estaba exasperándola. Era evidente que, para ella, el disfrutar de la hospitalidad de la condesa viuda no contaba en lo absoluto.

Con un movimiento contenido, Adeline soltó la mano helada de su madre con la suya, apartándose a un lado sin esconder una sonrisa petulante que había aprendido de ella. La preocupación que sentía, al recorrer la sala con una mirada y localizar a todos sus objetivos, se barrió tan súbitamente como había llegado. Jamás se había sentido inferior a nadie, y no pensaba empezar ahora, cuando estaba a

punto de obtener lo que tanto había deseado.

Había demostrado previamente carecer de escrúpulos para manipular a su antojo a institutrices, amistades e incluso a su propio padre. Hacerlo con Andrew, del que únicamente esperaba conveniencia, no le supondría ningún problema. Nadie iba a interponerse en su camino, y mucho menos, una doña nadie como Victoria Linton, cuyo apellido daba tanta vergüenza ajena como el color vulgar de su cabello.

—La única razón de que la condesa viuda tenga tan en cuenta a esas campesinas... es que por algún motivo el difunto conde y el padre de esa Linton fueron amigos. —Su sonrisa sardónica dejó entrever que creía que los motivos de esa amistad aparentemente imposible debían ser, cuanto menos, sospechosos—. Es claro que la condesa solo intenta hacer un favor a esa muchacha sin gracia ni dote y ayudarla a conseguir un esposo tolerable.

Su sonrisa aumentó al ver la expresión de asombro de su madre. Aquel tanto apuntado por Adeline la había sorprendido. La joven había estado ocupada observando todos los acontecimientos de su alrededor, y descubrir como intentaban abrir a Victoria Linton ante un catálogo de patéticos hombres caídos en desgracia había sido toda una revelación.

—Deja de actuar con tanto candor y empieza a mover ficha —ordenó Gertrude, exasperada—. Lo ocurrido durante la comida no puede volver a repetirse. Es intolerable que el conde muestre semejante inclinación por...

—Solo intenta congraciarse con su madre —cortó Adeline, cuyas mejillas empezaban a teñirse de rubor. Alzó los hombros y movió la cabeza, haciendo que los mechones castaños cayeran sobre sus hombros—. Ninguna de las personas que están en esta casa es digna de compararse conmigo. Soy la candidata perfecta para convertirme en condesa, y así es como será.

—No cantes tu triunfo hasta que no estés entre las sábanas del conde —graznó Gertrude antes de apartarse—, y procura que sea pronto.

Cuando su madre se apartó, Adeline apretó los puños y respiró varias veces, infundiéndose calma. Por supuesto, el caer desprevenidamente entre las garras del conde y forzarlo de ese modo a una petición de matrimonio siempre era una opción abierta... pero no le haría falta que su reputación estuviera en boca de todos durante el resto de su vida para conseguir lo que, tarde o temprano, iba a ser inevitable. Sonrió con mordacidad. Resultaba mucho más conveniente que fuera otra quien viera raída la poca moralidad que quedaba en su vida, con el fin de ser apartada del camino de una vez por todas.

Componiendo su pose más carismática, Adeline recorrió el salón con pasos gráciles, mostrando la esbeltez de su cintura a todo el que estuviera dispuesto a mirarla, haciendo refulgir el blanco puro de su vestido cubierto de pedrería en tono musgo. Al encontrar a Bernard Chamber, su sonrisa depredadora se ensanchó. Le dedicó una venia que dejó al joven completamente bloqueado y colocó su mano en el rechoncho brazo, aturdiéndole aún más con un ensayado parpadeo de sus ojos.

—Señor Chamber, ¿ha disfrutado de una cena a su medida? —Se interesó, teniendo cuidado de no perder de vista a Victoria en ningún momento—. En mi opinión, ha sido espléndida, ¿está de acuerdo?

—Espléndida, sin duda, sí —balbuceó torpemente el aludido, con la cortinilla de cabello claro

cayendo sobre su frente perlada de sudor.

—¿Sabe? Me temo que su compañía está terriblemente desaprovechaba. —Haciendo un abanico con el brazo libre, Adeline señaló—. ¿Por qué no invita a tomar el aire fuera a la señorita Linton? Seguro que agradecerá que un noble caballero como usted la salve de este calor sofocante.

Resollando a causa del esfuerzo que le suponía mantenerse erguido dentro de sus apretados ropajes, Bernard encontró a la pelirroja muchacha entre el gentío, conversando con su madre y la condesa viuda de Holt. Detuvo en ella su mirada un momento y luego la volvió a Adeline, que le animó con un gesto elocuente de las cejas, dándole un leve empujoncito con la mano que le sostenía el brazo.

—Vamos, no sea tímido. Estoy segura de que ella estará encantada de librarse de la compañía de esas dos... matronas. —Rió adorablemente—. Dicho con todo respeto, por supuesto.

La boca de Bernard se abrió y cerró imperceptiblemente, hasta que al final cedió a la petición. Quizá lo hiciera por deseo propio, o porque estaba educado para no contradecir los deseos de una dama en el raro caso en que alguna le pidiera algo, pero el hecho fue que dedicó una reverencia a Adeline y partió hacia donde se encontraba Victoria, dando tumbos entre la gente, que le abría paso para evitar que les arrollara la enormidad de sus formas. Inconcebiblemente satisfecha, la protagonista del ardid vio como Bernard abordaba a Victoria con la torpe petición, dejándola tan perpleja como él mismo había estado momento antes.

Al principio, la muy simplona había intentado resistirse, aludiendo sin duda a la conversación que estaba manteniendo, pero al final, se vio azuzada por las dos mujeres que la acompañaban y que, gustosamente, la animaron a relacionarse con un joven de una edad más adecuada a ella. Por el tiempo que tardaron en empezar a alejarse hacia las puertas abiertas que daban a la terraza, y cuyas vistas mostraban las estrellas del cielo reflejadas en la cristalera del invernadero, Adeline supuso que estaban dando instrucciones claras de dónde y cuánto tiempo podrían mantenerse aislados, en aras del decoro.

—Espero que te deshonre, campesina. —Pensó para sí misma, siguiéndolos con la mirada—. Ojalá nunca puedas verte libre de ese monstruoso marido que te has ganado.

Mientras Victoria aceptaba el brazo de Bernard y se mentalizaba para unos minutos de inocente conversación sin sustancia, Andrew captó el momento exacto en que ambos pusieron un pie fuera del salón. Cruzaron la zona iluminada visible desde el interior... y prosiguieron hasta la barandilla exterior, refugio nada conveniente para una joven soltera y un caballero respetable. En un principio pensó que se trataba de un despiste evidente, y no de una clara desobediencia a los consejos que Victoria debía haber recibido de su madre, pero cuando lo pensó más detenidamente... un molesto sudor frío le recorrió la espina dorsal, poniendo todos sus instintos alerta en un solo segundo.

Si los planes de Eleanor Linton y de su propia madre eran del conocimiento de Bernard Chamber, no le cabía duda de que este, en algún momento, debía mover ficha para hacerle saber a Victoria de sus intenciones de cortejo y posterior matrimonio. Al mismo tiempo, si lo que se decía de Bernard era cierto (y todo parecía indicar que lo era) y el joven no era dado ni hábil en el juego del romanticismo... ¿sería capaz de usar como estrategia el comprometer a Victoria para que se viera

forzada a aceptarle como marido?

La ira se apoderó de él, y no se dio cuenta de que había empezado a caminar hacia la salida hasta que algo le detuvo en medio de un paso.

—¡Milord! —casi gritó Adeline, salida de la nada y colgándose de su brazo con admirable presteza—. Qué agradable que me haya encontrado, ¿podría dedicarme unos minutos de sana conversación?

—Señorita Aldrich, siempre es un placer. —Andrew le besó la mano, con la mirada fija en las puertas abiertas de par en par que daban a la terraza, preguntándose si alguien más estaría fuera, impidiendo la soledad de la insólita pareja que acababa de huir del salón—. Disfrutaría enormemente conversando con usted pero... me temo que estoy algo... acalorado ahora mismo.

—Oh... lo comprendo perfectamente. —Y sus dedos se colaron más por la manga de la chaqueta de Andrew, exhibiendo los brillos de su vestido con perfecta sincronía—. No me cabe duda de que el clima húmedo de Kent debe resultarle incómodo por la falta de costumbre.

—En realidad... es más limpio que el de Londres. Si me disculpa...

—¡Naturalmente que es más saludable! —Y rió, como si no se percatara de la incipiente incomodidad que provocaba en él en ese momento—. Sobre todo teniendo en cuenta la cercanía del Támesis... ¿cómo puede vivir con esa peste repulsiva tan próxima? Aunque claro... es muy útil cuando uno quiere ocultar algo, ¿no le parece? ¡Oh, pero qué disparates digo!

Rió su propia broma grotesca, y sus comedidas carcajadas terminaron de sacar de quicio a Andrew, que soltó los dedos de la chica de su brazo, provocándole el silencio por lo insólito de su comportamiento brusco. Con exasperación, la miró un instante, disculpándose sin apenas utilizar palabras, pues el tiempo apremiaba y no podía perderlo en charlas triviales que en ese momento no se encontraba con ánimos de mantener.

—Con su permiso, señorita Aldrich —declaró, con voz ronca—, prometo compensarla por esta descortesía en otro momento... pero ahora...

Le dio la espalda, haciendo resonar sus pulidas botas sobre el suelo de mármol. Su espalda ancha se abrió paso entre los invitados, ignorando con sutiles gestos y movimientos elocuentes de cabeza los intentos que hacían por retenerle en medio de innumerables conversaciones. Con una blasfemia que se quedó en su mente, Andrew lamentó la ausencia de Harvey en la cena, pues sin duda sus ladridos y correrías habrían creado un extenso pasillo por el que él tardaría apenas unos segundos en trasponer. Lamentablemente, el fiel amigo se encontraba en sus aposentos, a buen seguro dormitando en su cama redonda de plumón, ajeno a las tribulaciones que mantenían al amo preso en un comportamiento que no podía entender.

Se cruzó con la familia Calvin, a la que no había tenido oportunidad de saludar por haber sido la última en arribar a la propiedad. Entre ellos reconoció a Arnold y a su propia hermana, Claire, que como dictaba el decoro no se mantenía a solas con él mientras participaba de la velada. La muchacha le saludó, pero Andrew estaba demasiado apresurado para ser cortés con alguien de su propia sangre. Negó con la cabeza en dirección a la joven, que frunció el ceño con molestia, y prosiguió hasta dar por fin con las puertas de la terraza.

Al salir, notó que el aire nocturno y el sonido de las hojas del limonero, mecidas por el viento y cuya altura casi rozaba la barandilla superior, antaño balsámicos, no pudieron aplacar sus instintos. Radiografió la superficie de piedra, iluminada vagamente con faroles de exterior, con el corazón martilleándole en el pecho mientras buscaba a Victoria y Bernard, temeroso de haber llegado tarde al hecho inevitable que sospechaba iba a tener lugar.

No permitiría que se comprometiera a una dama bajo su mismo techo, sin importar las circunstancias que el infractor tuviera en mente, y a Victoria Linton, menos que a ninguna otra. Después de todo, se dijo a modo de explicación racional para su explosivo temperamento, era un huésped personal de su madre y ello exigía un comportamiento intachable por parte de la díscola joven.

Cuando al fin dio con ellos, charlando desapasionadamente en un lateral de la terraza, se apresuró a interrumpirles sin la menor compasión. Solo cuando estuvo lo bastante cerca para incomodarlos, se dio cuenta de que Bernard tenía el pie apoyado en el alféizar bajo del ventanal de cristal y de que su hombro era totalmente visible desde el interior, pero aquello poco importaba a la luz del hecho de los acontecimientos que, sin dudar, él mismo había provocado.

—Señor Chamber, disculpe que no le salude más apropiadamente pero creo que conoce de sobra el porqué de mi repentina aparición—le bramó con toda sequedad.

—Se...milord. —Bernard le hizo una reverencia torpe, irguiéndose en su escasa estatura—. La señorita Linton y yo...

—Sí, ya veo. —Le dedicó a Victoria una mirada desdeñosa para después volver a Bernard—. Creo que esta conversación privada ha durado demasiado. Si no le importa, yo escoltaré a la señorita junto a su madre.

—¿Qué? —Victoria se envaró, completamente furiosa y con las mejillas haciendo juego con su pelo—. ¿Cómo se atreve a interponerse de ese modo? ¡Y a hablar haciéndome a un lado como si no estuviera presente!

—Lo hago, señorita Linton. —Esta vez se giró hacia ella, tratando de apocarla con su altura, sin éxito—. Porque es evidente que su juicio no es lo bastante claro como para tenerla en cuenta en esta ocasión.

—¿Cómo se atreve? ¡Usted, pomposo...!

—Señor Chamber, le rogaría que volviera a la sala con carácter inmediato. —La mirada de Andrew habría hecho sentir inferior al mismo duque de Ozma, de estar dirigida a él—. Confío en que en el futuro sea más cabal en cuanto a su trato con las damas que se encuentren bajo la protección de mi techo.

Con un ademán avergonzado, Bernard Chamber huyó de la terraza sin dedicarle a Victoria el menor de los gestos de disculpa o despedida. En cuanto sus pasos fueron inaudibles, la muchacha encaró a Andrew, que estaba esperando el estallido de furia, encontrándose más que dispuesto a presentar réplica si la muy pícara era capaz de pretender quedarse con la última palabra. Antes de dedicarse por completo a observarla, con los brazos en jarras y las mejillas hinchadas por el aire

que contenía con todas sus fuerzas para no irrumpir en gritos, Andrew se percató de que apenas había tres o cuatro personas más en la terraza, y que se encontraban a una distancia más que amplia de ellos.

La idea le agradó casi tanto como haber despachado tan limpiamente a Bernard Chamber, de lo que no sentía el menor arrepentimiento.

–¿Cómo se atreve a actuar con semejante arbitrariedad? –acusó Victoria, completamente fuera de sí–. Se ha portado como un dictador.

–¿Y usted cómo se ha portado, señorita? –Levantó la barbilla, reprobándola–. Le recuerdo, por si lo ha olvidado, que es una invitada personal de mi madre, por lo que se espera que tenga unas formas mucho más delicadas de las que hasta ahora ha demostrado.

–¿Intenta acusarme de mostrar un comportamiento indebido? ¿Usted, a mí?

–Oh, no, señorita Linton, no lo intento. La acuso. Directamente.

El aire nocturno movió un mechón rojo de Victoria, haciéndolo ondular frente a su rostro. Andrew lo siguió con la mirada, viéndolo revolotear hasta posarse sensualmente sobre el escote del vestido burdeos, que, si bien apenas dejaba ver el inicio del pecho de la joven, era atrayente a su mirada por la fuerza con que su respiración lo hacía agitarse arriba y abajo, de forma hipnótica.

–Es el colmo que se atreva a sembrar acusaciones ante mí cuando usted, señor conde. –Casi le hizo sonreír el notable desdén con que ella pronunció su título–. Ha entrado aquí comportándose como un grosero maleducado, arremetiendo contra un caballero e interponiéndose en una conversación privada.

–Conversación que usted nunca debió permitir, en primer lugar –puntualizó Andrew, dando un paso hacia ella–. Y en segundo lugar, he actuado como dictan las normas, lo que no puede decirse de ese supuesto caballero que, de haberlo sido, jamás habría intentado comprometerla de este modo.

Los ojos almendrados de Victoria se abrieron tanto que amenazaron con abandonar las cuencas. Parpadeó y abrió la boca. Después negó con la cabeza y apuntó a Andrew con el dedo índice, dándole toquecitos en el pecho insistentemente.

–¿Cómo osa suponer que el señor Chamber intentaba conducirse de forma amoral conmigo? –A cada palabra, los golpecitos se intensificaron–. ¿Acaso cree que de haber sido esa la intención yo lo habría consentido? ¡No pienso permitir...!

–Soy yo quien no permitirá esta falta de respeto hacia el decoro en mi casa. –La cortó, con los ojos chispeantes, brillando como topacios–. ¿Y sabe qué, señorita Linton? Creo que sí, que usted misma, con todo uso de sus demostradas capacidades, ha tolerado el ser deshonrada públicamente.

Dominada por una vergüenza y una rabia que jamás había experimentado, Victoria cerró el puño y lo alzó con todas sus fuerzas, dispuesta a estrellarlo contra el socarrón rostro de Andrew Holt, el hombre que hacía nacer en ella los peores y más siniestros sentimientos, esos que nunca hubiera imaginado poder experimentar. No obstante, él fue mucho más hábil y la sujetó por la muñeca antes de que pudiera efectuar el golpe. Con un tirón, la hizo estrellarse contra su pecho, provocando que varios de sus mechones se desprendieran de las pinzas que los mantenían constreñidos. Con un

gruñido de impotencia, Victoria intentó apartarse, pero el pétreo pecho de Andrew, en combinación con su fuerte brazo derecho, la mantenía cautiva en una presión de puro músculo y testosterona del que no se veía capaz de escapar.

–Ya que soy el anfitrión de esta velada, y mi principal deber es mantener satisfechos a todos mis invitados –jadeó él, esforzándose por mantenerla quieta mientras ella trataba en vano de retorcerse–, detestaría no complacer sus ansias de ser comprometida, Victoria Linton.

Con la mano zurda, Andrew tomó entre los dedos el mentón de la joven, haciéndola alzar la cabeza, y sin molestarse si quiera en echar un vistazo a las otras personas que los acompañaban en la terraza momentos antes, capturó los femeninos labios en un beso ardiente que paralizó inmediatamente toda protesta.

Capítulo 12

Victoria recordaba haber mantenido los ojos abiertos como platos durante unos segundos, hasta que la boca de Andrew, invasiva y tan exigente como él mismo, la forzó a separar los labios, a permitirle romper con sus defensas. Poco a poco la fuerza del agarre al que la sometía se transformó en una especie de cárcel pasional, con brazos que sujetaban la nuca y manos que presionaban la parte baja de la espalda.

Notó el frufú de sus faldas al moverse Andrew unos pasos, provocando que Victoria se viera atrapada entre su férreo cuerpo y la pared de piedra. Sin ser consciente, su cabeza iba meciéndose según aquella boca, malvada y deliciosa a la vez, le dictaba los pasos de un baile hasta entonces desconocido para ella y, cuando la calidez húmeda de la lengua de Andrew le rozó los labios, presionando ligeramente la hilera de sus dientes, pidiéndole sin palabras que se abriera, que le diera espacio, el aire contenido en su cuerpo entró en ebullición.

Él exhaló un gruñido gutural y ciertas zonas del cuerpo de ella reaccionaron de un modo muy femenino. Victoria extendió los brazos, posó tímidamente una de sus palmas, húmeda de transpiración, en el hombro de Andrew, y entonces... Una bandeja con copas se hizo añicos en el salón de baile, y el estrépito de los cristales rompió la magia del momento.

De algún modo se las habían arreglado para no ser descubiertos. No obstante, aquello no era lo que había mantenido a Andrew insomne durante toda la noche; por el contrario, el recuerdo del sabor tierno y ácido de los labios de Victoria Linton, con su fuerza incontenible, sus intentos por llevar el control incluso cuando sus dulces sentimientos femeninos la habían instado a ceder... simplemente no había estado preparado para sentirse tan terriblemente abordado, tan absolutamente borracho, lleno de unas sensaciones que le habían devastado.

Ni esforzándose con todo su ímpetu podría ella ser menos adecuada para él; respondona, con mal genio y una capacidad prácticamente innata para rechazar de forma automática todo lo que Andrew dijera. Incluso si uno no tomara en cuenta su apellido y que pertenecía casi al subsuelo de la aristocracia, jamás consideraría a una fierecilla salvaje como Victoria como candidata posible para ser escogida, ni siquiera, de compañera de croquet.

Y a pesar de todo, las pocas horas de sueño de que Andrew había gozado esa noche las había pasado revolviéndose entre sábanas húmedas de sudor, viendo imágenes difusas de cabellos rojizos que se alargaban y envolvían su cuerpo, atándole de una manera que le hacía imposible escapar. Lo más terrible del caso era que en el sueño, él no hacía el menor esfuerzo por liberarse, muy por el contrario, pues se aferraba a la roja criatura misteriosa, rogándole que le llevara con ella a cualquier

precio.

Sacudió la cabeza, soltando los ojales del chaleco para volver a empezar a abotonarlos de forma correcta por segunda vez. Mirando su imagen en el espejo de cuerpo entero, Andrew se lamentó del aspecto horrible que presentaba esa mañana y que difícilmente lograría explicar. La perspectiva de tener que relacionarse con los invitados en actividades propias, tales como paseos, tertulias o visitas a las caballerizas, se le antojaba tan poco atractiva que a punto estuvo de mandar al diablo sus ropas y refugiarse nuevamente en el inquietante mundo del sueño.

—Muchas gracias por tu comprensión, chuchito egoísta —rezongó con la voz ronca—. Sigue dándote la vida de rey mientras yo me consumo en mi propia confusión.

Harvey, que estaba recostado en su cama perruna con las esbeltas patas delanteras cruzadas bajo la cabeza, levantó las orejas negras en dirección a su amo, para luego dejarlas caer otra vez. Bostezó ampliamente, con un leve gemido que indicaba que los trasiegos nocturnos también habían afectado a su descanso. A pesar del mal humor del hombre, permaneció allí echado, manteniéndose cerca para ser la diana de sus improperios como haría la más fiel de las mascotas. O quizá, simplemente esperando a que se fuera para poder volver a dormirse plácidamente.

Andrew suspiró y se pasó la mano por la cara. Lo único que podía hacer para enmendar su tremendo sentimiento de desasosiego era ofrecer una disculpa a Victoria Linton de forma inmediata. No le cabía duda de que la explicación para sus sueños y su inquietante sensación de vacío en el pecho se debían a que había actuado de forma totalmente inapropiada con una joven que, si bien no era inocente del todo, tampoco merecía ser tratada de forma tan brusca. Irónicamente, había salido a la terraza dispuesto a frustrar los planes de Bernard Chamber en cuanto a comprometer a la muchacha, siendo él finalmente quien había estado a punto de hacerlo.

¿Y si alguien los hubiera visto? ¿Y si la madre de alguno de ellos, o incluso esas misteriosas personas que había visto al salir, les hubieran sorprendido en semejante actitud? El buen nombre de Victoria habría quedado por el suelo, el acontecimiento habría corrido como la pólvora por toda la casa, donde se amontonaban gran parte de las mayores chismosas de todo Londres. La situación se habría salido de control de forma automática, el escándalo habría sido imparable en cuestión de segundos. ¿Y entonces, qué?

—Habría tenido que casarme con ella —se respondió a sí mismo, sentándose en una silla Hepplewhite, con reposabrazos cuadrados y tapizada en color café. Tiró de los cordones de sus botas de paseo de cuero, sintiendo los dedos torpes y temblorosos—. De ninguna manera podría haber parado los comentarios, la única salida habría sido... bien... escogerla como mía... como mi esposa.

Inclinado sobre sus rodillas, Andrew ató con pulcritud los lazos de ambas botas, alzándose luego y mirando de reojo el reflejo levemente sonrojado que le devolvía el espejo. Tomó el peine de la repisa del aguamanil y trató en vano de arreglarse los despeinados mechones castaños. Afortunadamente, nadie había sido testigo del tremendo error de cálculo que había protagonizado. Su falla de comportamiento no había sido advertida por ningún invitado. Ninguna, de las cientos de personas que llenaban su casa se habían dignado a salir a tomar el aire en aquel preciso momento, no. En lugar de eso, habían seguido satisfaciéndose con su comida, acabando con su bebida, sin

interesarse por las vistas, por la arquitectura de toque románico de su terraza...

—Está claro que debo discúlpame —dijo, dándose la vuelta y mirando a Harvey, que ya dormitaba—. Lo que me mantiene tan inquieto y nervioso es el saber que no he actuado como debía, por eso soy apenas capaz de hilar pensamientos. No es por el beso, ¡condenación! Eso ni siquiera me importa. Lo que de verdad es relevante... es poner punto final a esta ridícula situación. Ofrecer una disculpa a la señorita Linton y cerrar para siempre este nefasto capítulo cuya importancia... solo radica en el hecho de haber ocurrido sin tener que ocurrir.

El perro entornó los ojos en una mueca muy humana que terminó por acabar con el ligero atisbo de calma que Andrew había podido atesorar. Con movimientos torpes, se puso la chaqueta corta color pizarra y trajo a su mente planes sobre cómo eludir al mayor número de personas con las que se cruzara en los próximos minutos hasta poder alcanzar un lugar seguro donde acechar... esperar, a la llegada de la señorita Victoria. Aunque el café de la mañana se le había quedado irremediadamente frío desde que lo había pedido, lo tomó de la superficie de su buró y lo apuró en unos cuantos tragos, obligando a su estómago a esperar por algo más consistente. En cuanto cumpliera con su deber, todo volvería a tener sentido y podría actuar y relacionarse con las señoras Linton con la misma cordialidad impersonal que dedicaba al resto de invitados no susceptibles a ser sus posibles esposas.

—Solo quiero evitar tener que pasar demasiado tiempo cerca de esa terca marisabidilla intratable —masculló, dejando la taza y viendo como Harvey subía de un salto a su cama, tumbándose hecho una esfera sin prestarle la más mínima atención—. Recuérdame que jamás vuelva a pedirte consejo, perro.

Mientras Andrew salía de sus habitaciones tratando de hacer el menor ruido posible, Victoria ya había superado varios escollos hasta llegar al exterior de la propiedad Holt. En su caso era mucho más simple pasar desapercibida, pues nadie salvo su madre giraría el rostro para detenerla en aras de una charla mañanera. Sin embargo, aguzó el oído y puso mucho cuidado en procurar tropezarse con el menor número de personas posible.

Todavía con los dedos arrugados por la más de media hora que había pasado metida en la bañera, Victoria daba vueltas a la cabeza, rememorando todos y cada uno de los instantes de la noche anterior en la libertad que le daba la soledad. Durante el tiempo que había durado su baño, Eleanor, que paseaba de aquí para allá encargándose de su propio aseo diurno, no había cesado en hacerle preguntas inquietantes, revoloteando a su alrededor como un cuervo esperando oír las palabras prohibidas.

Había huido del dormitorio a la mayor brevedad, poniéndose un sencillo vestido de paseo celeste y sus gastadas botas de campo sin dedicar apenas tiempo a atarse la trenza en un rodete con un único pasador de color azul en forma de hoja, que se movía a cada paso que daba. Pese a sus intentos, su madre había sido lo bastante rápida para dejar claro que había muchos hechos sospechosos de la velada anterior que no casaban con las explicaciones que Victoria había dado al volver al salón.

—El joven Chamber ni siquiera te acompañó, Vicky, ni se acercó a nosotras para dejarte adecuadamente en nuestra compañía con algunas palabras de decoro —había dicho Eleanor, observando a su hija hundirse en la bañera—. Y ese sonrojo de tus mejillas... ¡parecías haber visto al ánima maldita materializarse ante ti!

Ella simplemente había mantenido su versión inicial, con la voz parca y temblorosa que se le pone a una muchacha que miente a su madre por vergüenza a la verdad.

—Resultó hacer más calor fuera que dentro, madre, por imposible que pueda parecer. —Y salió de la bañera, envolviéndose en la amplia toalla con el fin tener una razón para darle la espalda—. El señor Chamber insistió en acompañarme, y lo hizo, hasta la entrada. Luego se vio obligado a saludar a unos conocidos de su padre.

—Bueno... es comprensible que no ignorara a personas reconocidas por el barón... pero aun así... —Eleanor chasqueó la lengua, poco conforme con aquellas palabras que ya había oído la noche anterior—. Estuviste el resto de la velada muy callada, querida. Totalmente ausente.

—El sopor me produjo una terrible jaqueca. No estoy segura de haberla superado del todo, ¿podrías por favor pedirme un té dulce?

Eleanor estaba aún en camisón, de forma que ella se apresuró a vestirse y aquella fue su excusa para escapar del interrogatorio. Por culpable que pudiera sentirse debido a sus mentiras, jamás sería capaz de contar a su madre lo que de verdad había ocurrido en la terraza. La brusca aparición de Andrew, así como la manera tan grosera en que había apartado a Bernard de escena (al que tendría que dar la cara en cualquier momento, aunque con ello muriera de humillación), habían hecho que la funesta opinión que ya tenía de él no hiciera sino intensificarse aún más.

«*Y no contento con eso... te besó. No finjas haberlo olvidado*». Apretó los labios, como si buscara algún resto físico que evidenciara lo ocurrido. Lo cierto es que su boca aún ardía y la notaba hinchada, claro que bien podía deberse al hecho de que no había hecho más que abrirla y cerrarla, pasándose la lengua tontamente desde la noche anterior, como si saboreara un dulce que dudaba tener la ocasión de volver a probar.

¡Cómo si ella quisiera! ¡Cómo si hubiera buscado aquel momento! Oh, cómo disfrutaría pudiendo escupirle a la cara al pomposo conde de Holt, con aquellos mismos labios que él había asediado, que de ninguna manera pensaba aceptar unas atenciones impuestas tan sumamente desagradables. El corazón le palpitó en el pecho a toda velocidad, la ira, mezclada con algo que no acertaba a reconocer, le corría por las venas como un caballo en salvaje galope. ¿Cómo había osado él insinuar que ella buscaba ser corrompida? ¿Acaso creía que su linaje y su impoluto título le daban el derecho divino de poder juzgar a las personas sin pararse a pensar en sus sentimientos?

Había querido ofenderla y, desde luego, demostrar que su gallardía y moral estaban en más alta proporción que la de ella. Por supuesto, por eso había tenido lugar ese aberrante beso, y por eso ella no podía quitárselo de la cabeza ni aún con todo su esfuerzo. Andrew solo lo había hecho para hacerla quedar inferior a él, para demostrar que podía tomar lo que quería y, para más gravedad, para dar fe a sus palabras de que ella, Victoria, era una ladina que buscaba las atenciones impúdicas de cualquier hombre a la menor oportunidad.

—Solo intentaba ofenderme —mascullaba, pisando con furia las baldosas de piedra del camino del jardín—, su único objetivo era faltarme al respeto con su comportamiento inadecuado y cruel.

Andrew creía que ella no era digna de ser tenida en cuenta, ¿acaso no había quedado claro? Su pretensión era ridiculizarla, mofarse de ella... besándola como un campesino que vuelve a casa tras

horas de cosecha, apretándola contra su cuerpo rígido, exigiendo con la boca movimientos y atenciones que Victoria jamás...

–¡Señorita Linton! –Oyó que gritaban a su espalda–, ¡Señorita Linton, aguarde!

Se paró en seco, notando como el pasador se aflojaba unos escasos centímetros, haciendo más flexible el rodete de su nuca, que amenazaba con soltarse y dejar caer la gruesa trenza pelirroja sobre su espalda. Giró la cara lo justo para ver a Andrew acercarse a grandes zancadas por el mismo camino del invernadero que ella había tomado, con la esperanza de perderse por el bosquecillo de secuoyas que, si bien formaba parte de la propiedad, estaba lo suficientemente alejado de la casa principal como para poder gozar de privacidad. Apretando los puños, los ojos castaños de Victoria lanzaron chispas de pura furia al reconocerle, lo que sucedió en apenas un instante.

Era inconcebible que ese hombre tuviera la desfachatez de dirigirse a ella después de las mortificaciones a las que la había sometido. Su falta de respeto no parecía tener límites. Con gesto frustrado, se recogió las faldas y apretó el paso para alejarse de él. Que el Diablo se la llevara si permitía que ese hombre volviera a ponerle las manos encima, pensó mientras la garganta se le cerraba y la mente se le agolpaba de recuerdos que calentaron su piel como si llevara horas expuesta al sol.

Con un jadeo de incredulidad, Andrew se dio cuenta de que Victoria le había visto y oído, decidiendo deliberadamente ignorar su presencia como si no fuera más que un insecto del campo. ¡Diantres, mil y una veces! ¿Acaso esa muchachita no era consciente de lo indebido de su comportamiento? Ya no solo era que el conde propietario de la casa en la cual ella era huésped estuviera solicitando un instante de su tiempo, ¡es que además, la había llamado directamente, sin que hubiera nadie más alrededor! ¿Cómo era posible que tuviera los redaños de darse la vuelta y seguir su camino?

–A esto podemos jugar dos –masculló, con la mandíbula apretada–. Ninguna mocosa engreída va a dejarme por tonto, Victoria Linton, eso te lo aseguro.

Olvidando repentinamente que su intención era la de disculparse, Andrew se lanzó a la persecución como un perro que hubiera olisqueado un zorro. Con sus largos pasos, no tardó en acercarse a ella, aunque debía admitir que la mujercita era rápida y muy ágil a pesar de su vestido.

Victoria era algo más alta que las mujeres de su edad, y el hecho de que sus ropas carecieran de algunas capas de tela de más, usadas normalmente para dar volumen y de ese modo una mayor notoriedad a su portadora, le facilitaba el recorrer el vasto camino empedrado que abría la zona ajardinada al bosquecillo de secuoyas. Ayudándose de los movimientos atléticos de sus brazos, Andrew se inclinó ligeramente hacia adelante, tomando la posición de un corredor dispuesto a lanzarse a la maratón. El revuelo de las faldas femeninas era tal que casi podía atisbar los tobillos de Victoria en su afán por poner distancia entre ellos.

–¡Por si no lo ha notado! –Le gritó, sintiendo los cabellos pegados a su frente húmeda–. ¡Intento mantener una conversación racional con usted!

–¡Ja! –espetó ella, sin siquiera tener la deferencia de girar el rostro–. ¡Ignoraba que pudiera ser usted racional, señor conde!

En cualquier otra circunstancia, Andrew se habría reído, pero la situación pasaba de castaño a oscuro y por su orgullo masculino que no permitiría que esa mujer le ridiculizara. Enlazó dos zancadas, trotando ligeramente y estirando el brazo hasta casi rozarla, pero Victoria advirtió que no podría ganarle en velocidad, por lo que optó por usar su estrategia y desvió los pasos, saliéndose del camino y adentrándose en la zona intransitable de arbustos y árboles, apartando ramas con las manos mientras andaba sin perder un solo minuto a pesar de las inclemencias del terreno.

—¡Deténgase inmediatamente! —La urgió él, colérico—. ¡Ni siquiera sabe adónde rayos va!

—¡Naturalmente que lo sé! —le espetó Victoria, resollando por el esfuerzo de esquivar ramas y piedras sueltas—. ¡Voy lo más lejos posible de usted!

Andrew sabía que no podría perderse, pues esa parte del bosquecillo estaba bien delimitada por altas vallas que ponían fin a los terrenos de los Holt, antes de que empezara el terreno salvaje que se mantenía durante kilómetros hasta llegar a Hampshire. No obstante, existían metros de dificultosa caminata desde donde ellos estaban hasta el final de la propiedad, y no tenía ningunos deseos de recorrerlos a pie, en persecución de una niña caprichosa.

Saltó fuera del camino y sin más, echó a correr, acabando con toda la ventaja que ella había reunido. Estiró el brazo y apresó la manga abullonada del vestido celeste de Victoria, tirando de ella lo suficiente para hacerla parar en seco. Sin embargo, no contó con que ella utilizaría como defensa el girar sobre sí misma, dándole manotazos para soltarse. Andrew tiró más de la manga y ella alzó los brazos en un aspaviento que les hizo perder el equilibrio a ambos. En cuestión de segundos, las ramas traicioneras del suelo, resbaladizo por las hojas caídas y la tierra seca que se arremolinaba como polvo a los pies de los árboles, trabaron sus pies, precipitándoles sin remedio contra el duro suelo del bosque.

En un último intento por salvaguardar sus pellejos lo mejor posible, Andrew aferró la manga entre los dedos y volvió a tirar, hasta sentir que se pegaba al pecho de Victoria en el momento de caer. Acertó a colocar su mano tras la nuca de la muchacha, protegiéndola de un posible golpe y tragó un gruñido de dolor cuando su hombro dio contra el suelo al estrellarse ambos en un enredo de faldas y piernas.

Recibió el latigazo de la trenza suelta de ella contra el rostro y el sonido de algo que se rasgaba llenó el ambiente silencioso. Segundos después, sintió a Victoria removerse hasta alzarse parcialmente y la vio abrir la boca. Cuando pensó que ella iba a agradecerle la caballerosidad demostrada por haber antepuesto su seguridad a la propia al recibir el golpe de la dura superficie del bosque, la airada muchacha, con el rostro sudoroso manchado de tierra, aprovechó la posición privilegiada y le enterró el puño en el pecho.

—¡Ay! —exclamó el conde, perdida ya toda su dignidad—. ¿Pero qué demonios cree que hace?

—¡Ha roto mi bota! —le gruñó, mostrándosela con consternación.

Capítulo 13

Victoria se consideraba a sí misma una mujer con una muy buena memoria. Rara vez olvidaba algo que fuera serio, e incluso tendía a recordar cosas triviales que no tenían demasiada importancia. Pero si había dos cosas que, con toda seguridad, nunca olvidaría, eran el dolor que había sentido en su tobillo derecho al intentar incorporarse en el bosque, tras haberse caído tropezando con Andrew, y la profunda vergüenza que experimentó cuando él la alzó en brazos sin aparente esfuerzo y cruzó el jardín y el vestíbulo de la casa Holt cargándola ante la vista de todos.

Sabía que resultaría imposible eliminar de su mente el intenso rubor que se había apoderado de sus mejillas, así como la mortificación sentida mientras era transportada como una inválida por los pasillos de la casa, con el vestido manchado de tierra del bosque, la trenza suelta y la suela desprendida de sus botas de paseo firmemente sujeta entre las manos, como un estandarte de un objeto querido y largamente conservado que ahora era inútil. Las miradas sorprendentes de los miembros del servicio con quienes se habían tropezado (que eran muchos, ya que habían vuelto justo a la hora de empezar a servir los desayunos) la acompañarían durante días.

Ahora llevaba un camisón limpio y estaba acomodada en su cama, en el dormitorio alto donde se alojaba con su madre. El médico había sido inmediatamente avisado y su tobillo, que estaba hinchado como una berenjena madura, yacía envuelto en una venda impregnada de un tónico apestoso pero efectivo que le había ido calmando paulatinamente el dolor. Viéndose el pie inmovilizado y apoyado en un almohadón, Victoria se pasó los dedos por el puente de la nariz, rechazando el té que Eleanor insistía en servirle para que calmara los nervios. ¡Cómo si algo pudiera lograr que se sosegara en semejantes circunstancias!

Aunque no le había preguntado a su madre, pues carecía de valor para escuchar la respuesta, estaba convencida de que el incidente debía estar ya en boca de todos. ¿Cómo se suponía que iba a dar la cara ahora? Estaba segura de haber descendido al menos media docena de escalones más en su estatus social, si es que aún era posible.

—Desde luego, el conde ha sido extremadamente gentil en su trato contigo, Vicky—decía Eleanor, a pesar de que ella profería en mohines de disgusto ante la sola mención del nombre de Andrew—. Su médico personal ha accedido a examinarte.

—Está hospedado en la casa, madre, no es como si hubiera tenido que ir a buscarlo a la India.

—Bueno, no negarás que la prontitud con que han actuado ha resultado decisiva. —Eleanor arqueó las cejas—. Sin duda, más de lo que merecías, teniendo en cuenta tu comportamiento.

—¡Él me persiguió por el bosque! —Victoria levantó la espalda del respaldo de la cama, cubierto de cojines, y apretó los puños, frustrada—, ¡nunca habría caído si él no me hubiera empujado!

—¡Vicky! —Echando mano a su abanico, Eleanor negó con la cabeza—, ¿por qué razón sientes esa terrible aversión por Andrew Holt? No ha tenido más que buenas maneras contigo, se ha mostrado

cercano, atento, intensamente tolerable...

—¿Tolerable? Madre, por favor... —Puso los ojos en blanco, aún sabiendo cuánto disgustaba eso a Eleanor—. Todo eso lo hace para quedar como un caballero ante la condesa viuda, porque ella siente aprecio hacia ti. Si por él fuera...

Se mordió el labio inferior, obligándose a callar. ¿Qué ganaría diciéndole a su madre que Andrew actuaba fingiendo cortesía para disimular su desprecio? No podía explicar por qué estaba tan convencida de que la consideraba inferior, indigna... pero era cierto. Aquella conversación en la terraza y todo lo sucedido después lo dejaba más que claro. Ignoraba por qué la había seguido por el bosquecillo de secuoyas esa mañana, pero sin duda no debía tratarse de nada bueno. ¿Volvería a intentar ofenderla sobre sus supuestos ardides para ser comprometida? O peor aún... ¿insinuaría que ella huía entre los arbustos para encontrarse furtivamente con Bernard Chamber?

Entre toda la maraña de sentimientos negativos que estaba experimentando, una parte considerable iba dirigida hacia ella misma, porque por más que trataba, la sensación de verse apretada contra el cuerpo de Andrew, sujeta por sus brazos en el momento de caer, parecía grabada a fuego en su piel. Él había colocado la mano en su cabeza y la había protegido de chocar contra el suelo cubierto de piedras y raíces. Se había hecho algunas magulladuras, las había visto mientras la cargaba en dirección a la casa.

Aun cuando ella no había cesado de protestar y ordenarle de muy malas formas que la soltara, y a pesar de sus quejas, no había detenido sus pasos hasta dejarla sana y a salvo en una cama mullida, y su comportamiento en el bosque, cuando las cosas se habían puesto feas, había sido caballeroso. Incluso gentil.

Victoria habría abierto hueco en su corazón para sentirse arrebolada, agradecida y hasta un poquito sorprendida agradablemente con aquel descubrimiento, de no ser que no tenía sentido. Andrew no podía mostrarse amable con ella, porque había dejado claro que la tenía en muy baja estima. Por Dios, ¡la había acusado directamente de buscar su propio infortunio! Y después... después la había besado. Un beso maravillosamente electrizante que solo había servido para demostrar su teoría, que Victoria era una joven díscola y pronta a dejarse enamorar por cualquiera.

Pero eso no coincidía con su actitud de las últimas horas. Suspiró, echándose sobre las almohadas con agotamiento. ¿Cuál era la verdadera cara de Andrew Holt? ¿Quién era de verdad ese hombre que la despreciaba con la más férrea convicción y luego la acunaba como si fuera un pajarillo con el ala rota? Actuaba como si ella le importara, pero entonces ¿por qué no había acudido a ver como se encontraba? Y no es que quisiera que eso ocurriera... ¿Intentaba burlarse de ella? Tenía que ser eso... debía serlo... porque **sino...**

—Deberías descansar, querida. —Eleanor le subió las mantas—. Ha sido un día muy duro para ti, incluso parece que tengas la vista perdida. Anda, tómate el té.

Con un asentimiento nacido desde lo más profundo de su corazón, Victoria aceptó las palabras de su madre, rezando en su interior para que el sueño viniera a ella tras dar unos pocos sorbos al cálido té de poleo y menta. Se acurrucó con cuidado de no mover su tobillo y cerró con fuerza los ojos, mas todo lo que vio en la oscuridad interior de sus párpados fue a Andrew llevándola en sus brazos como

si fuera una bandera movida por el viento, una proclamación de intenciones... o una novia dulcemente sonrojada en su primera noche de amor.

Entretanto, en el rellano del segundo piso y a varios metros de distancia de la puerta cerrada procedente del dormitorio de las Linton, tenía lugar otra batalla de considerables dimensiones. Joanna de Holt, con el rictus contraído por la preocupación que siempre generaba en ella el que ocurriera algo bajo el techo de su casa, sufría en silencio los reproches infantiles de Gertrude Aldrich, que la increpaba a voz en grito, con las venas hinchadas de su delgado cuello a punto de explotar, sin que le importara en lo absoluto que una de las invitadas hubiera resultado lesionada.

—...una auténtica descortesía, una absoluta falta de decoro —decía, incansable, en su cansino tono de voz repetitivo—. Los hechos acometidos por tu hijo no se justifican, ni siquiera amparándose en su título y posición.

—Trudy... —Joanna se mordió la lengua al ver el fruncimiento de ceño de la mujer, que parecía congelada en su propia ira—. Gertrude, lamento profundamente que haya parecido que Andrew mostraba poco respeto hacia tu hija, estoy segura de que no era su intención, pero debes comprender que le es imposible aceptar las demandas de todas las jóvenes que requieren su atención al mismo tiempo —sonrió, condescendiente—. Como bien has dicho, con todo y teniendo en cuenta su título... es solo un hombre.

—Estaba manteniendo una conversación con Adeline y, sin más, de forma repentina y arto grosera, la dejó en medio del salón, a vista de cualquiera y en boca de todos. —Cerró los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Mi esposo es uno de los hombres más influyentes dentro de la industria del ferrocarril, Adeline es la dama más cotizada de los ambientes más selectos de Londres, ¿no es merecedora... ni consentiremos, que se la trate con menos...!

—Tienes muchísima razón, Gertrude, y estoy desolada por el disgusto que tu hija ha debido de padecer. —Joanna le tocó el hombro un instante, debatiéndose entre actuar como se esperaba de ella, solucionando pulcramente el problema para dejarlo atrás, o gritar a esa caprichosa señora que se alejara con sus nimiedades a otra parte. Suspiró, obligándose a optar por la primera opción—. Te aseguro que me encargaré personalmente de que Andrew repare su descortesía para con Adeline de forma inminente y personal. Tienes mi palabra.

Satisfecha pero sin mostrarlo en absoluto, Gertrude Aldrich se alejó por el pasillo más tiesa que un palo de escoba. Pasó junto a Claire, que se aproximaba en ese momento y apenas si le dirigió una venia de cortesía. La muchacha, que había oído lo suficiente mientras acudía desde su propio dormitorio, acarició la mano de su madre para infundirle ánimos, mientras Joanna se tocaba el pelo y alzaba los ojos al cielo, superada.

—Ni siquiera ha preguntado por la salud de la señorita Linton —susurró Claire, chasqueando la lengua—. Lo único que le importa a ese viejo buitres es que su hija tenga el tiempo suficiente con Andrew para poder atraparlo.

—Sean cuales sean sus intenciones de fondo, lo cierto es que tu hermano no pudo haber escogido peor persona con la que mostrarse grosero. —La condesa viuda suspiró—. Ahora está obligado por el honor, y por la palabra que yo acabo de empeñar, a reparar esa humillación.

—¿Y qué vas a ordenarle hacer? —Se encogió de hombros ante la escrutadora mirada de su madre—. Conozco a Andrew y dudo que esté dispuesto a tener alguna idea por su cuenta. Ya ha dejado claro que no le interesa lo más mínimo esa... la señorita Aldrich, ¿no crees?

Joanna no sabía si su hijo tenía puestas sus miras en otra joven, o si simplemente había sido una cuestión de desafortunada coincidencia el hecho de que dejara de lado a Adeline para ausentarse, sin tener la menor intención de hacerle un feo a la muchacha a carácter personal. Lo único que tenía claro en esos momentos, cuando una de sus huéspedes había resultado lesionada en extrañas y alarmantes circunstancias, otra se sentía humillada por el anfitrión de la casa y la madre de esta última clamaba por una satisfacción, era que iba a tener que imponerse ante Andrew con el fin de que las aguas volvieran a su cauce.

Jamás en toda su historia como condesa (y que ella supiera, muy raras veces en el pasado de la familia Ferris desde que el primer conde se hizo con el título) había habido escándalos en la casa solariega, siempre abierta para recibir amistades, alianzas políticas, huéspedes para fiestas o cacerías. Un sinfín de personas más o menos allegadas a la familia había pernoctado en el hogar de los condes de Holt sin el menor contratiempo. Y no osaba consentir que estos se hicieran presentes ahora.

—No sé dónde tiene puestos tu hermano sus afectos, en el caso de que los tenga —respondió por fin, alzando los hombros y mostrando una seguridad digna de toda una condesa—, pero de una cosa puedes estar segura, repondrá la ofensa contra Adeline Aldrich, aunque solo sea por librarme a mí de tener otra conversación con su madre.

—Espero que tenga cuidado en lo que haga —estipuló sabiamente Claire—. Ya os he dicho que he coincidido con Adeline en algunos eventos de Londres, y Betina me ha contado muchas cosas. No dudo de que aproveche la mínima ocasión para lanzarse sobre Andrew.

—Tu hermano no es tonto —dijo Joanna, aunque se mostró pensativa—. He prometido que el daño sería reparado... pero no que abriría las puertas a una conducta inadecuada por parte de esa niña.

—¿Qué vas a...?

—Ya lo sabrás. —Claire mostró su disgusto por verse apartada del jugoso cotilleo, pero no osó en contradecir a su madre, por su propio bien—. Voy a hablar con tu hermano, quédate aquí por si la señorita Linton necesitara algo. Cuando vuelva, quiero que pidas que preparen para mañana a las cinco el coche grande de paseo.

La mente de la muchacha ató todos los estribos necesarios para aducir lo que pretendía su madre, sin embargo, todo quedó opacado ante las posibilidades que tenía aquella petición. Joanna no había dado órdenes de quién debía preparar el coche, de modo que ella podía decidir por sí misma a quién pedirle que ejecutara dicha tarea. Lo que por fin le daría la excusa que tanto había estado esperando para encararse con Josh. La sola idea de contar con un motivo que le impidiera alejarse de ella (o usar a otro para que se ocupara, como ya había hecho antes el muy cobarde) provocó aleteos en su corazón.

—Con todo gusto, madre. —Sonrió.

Joanna echó un último vistazo al dormitorio de las Linton, antes de trasponer por el pasillo hacia los aposentos del conde. Sus pasos apenas fueron audibles sobre la alfombra Aubusson, de modo que Andrew no tuvo conocimiento de su visita hasta que notó los nudillos en la puerta. Todavía con la cara a medio secar después de haberse lavado a conciencia para eliminar los restos de tierra y sudor que se habían adherido a su cuerpo tras la caída, le sonrió a su imagen, que le mostraba un hombre despeinado y con una rozadura en la mejilla izquierda. Ahora que todo había pasado, podía regodearse en lo insólito de la situación. Pensó en como un intento de disculpa había acabado con él llevando en brazos a una mujer con una torcedura en el tobillo a causa de que esta había huido de él como de la peste.

—Menuda mujer es esa Victoria Linton —le dijo a nadie en particular, aunque Harvey estaba sentado a su lado, sobre los cuartos traseros, moviendo el rabo y mirándole concentradamente—. Jamás había sido castigado de forma semejante por la pérdida de la suela de una bota.

Casi estuvo tentado de solar una carcajada. Quizá fueran los nervios de todo lo vivido, pero el caso es que momentos antes, mientras esperaba a que el doctor Corentin (que era un antiguo amigo de la familia y médico personal de los Holt desde tiempos de su padre) asegurara que la afección de Victoria no era nada grave, no había estado nada presto al buen humor. Ahora que sabía que en unos pocos días ella podría volver a correr alejándose de él sin ningún problema, podía permitirse una sana burla contra sí mismo por el inmenso ridículo que había hecho.

Suspiró, cogiendo una camisa limpia que colgaba de su galán de noche y cubriendo con ella su pecho, todavía parcialmente húmedo en la zona velluda de los pectorales. Mientras se abotonaba, recordó lo muy intensa que había sido su necesidad de disculparse esa mañana, cómo se había sentido impulsado a encontrarla y luego a perseguirla para conseguir su objetivo. Al final no lo había hecho, y el recuerdo del beso se mezclaba ahora en su mente con el de haberla llevado en brazos desde el bosque hasta la casa, sintiendo su peso cálido contra el pecho y el tacto sedoso de sus rizos, rojos como la cola del diablo, aleteándole por el rostro. ¿Qué le pasaba con esa mujer? ¿Qué era lo que tenía, que le hacía actuar como un completo desquiciado, besándola para ofenderla después?

Pocos hombres se disculparían de haber irrespetado a una joven lanzándola al suelo para luego estrecharla contra sí, se dijo. Analizándolo con la cabeza fría, Andrew se dio cuenta de que no es que diera palos de ciego, es que sus acciones en lo que a Victoria Linton concernían, simplemente, no tenían razón de ser.

—Debe pensar que soy un lunático —le dijo al perro, que levantó las orejas, expectante—, un absoluto y completo demente, seguro. No me extrañaría que se marchara en cuanto pudiera hacer uso de sus dos pies.

De repente, la idea se le antojó desagradable.

Fue entonces cuando su madre llamó a la puerta y entró a la habitación sin que él hubiera tenido apenas tiempo de responder. Por la expresión que vio en su rostro, Andrew adivinó parcialmente lo que ella podía querer decirle. Con presteza, se giró para encararla, arreglándose los faldones de la camisa por dentro de los pantalones y peinando los mechones húmedos de su cabello lo mejor que pudo.

–Aseguro que el accidente de la señorita Linton tiene una explicación de lo más simple. –Comenzó, abrochándose los puños con la habilidad que da prescindir con frecuencia de un ayuda de cámara–. Yo intentaba evitar que la dama se perdiera por la zona intransitable del bosque, ella tropezó, intenté sujetarla y, de forma desafortunada...

–Vas a ofrecer un paseo en carruaje por las tierras colindantes de Kent a la señorita Aldrich, en adecuada compañía de su madre y tu hermana. –Fueron las palabras de Joanna–. He mandado que todo esté arreglado para mañana a las cinco en punto. Lamento que os perdáis el té.

Andrew dejó un puño sin abrochar, mirando a su madre como si le hubieran salido dos cabezas y estas se estuvieran devorando entre sí. Sabía que iba a exigirle cuentas de lo ocurrido, y por eso había preparado durante mucho rato una excusa apropiada que explicara por qué había estado a solas con Victoria en una parte del jardín no abierta a los invitados, y cómo ella había terminado herida y ambos cubiertos de tierra. Pero jamás habría imaginado, en todo su extenso conocimiento de las artimañas que su madre solía usar para castigarle cuando hacía algo indebido, que ella saldría por semejante tangente.

–Perdón madre pero... ¿qué...?

–Me niego a seguir escuchando un solo minuto más los reproches de Gertrude Aldrich sobre lo descortés que fuiste anoche al dejar a su hija plantada en mitad de una conversación en el salón.

–Yo no... ¡me disculpé claramente con ella porque surgió un imprevisto que...!

–Ignoro por qué necesitabas salir con tanta urgencia a la terraza en ese momento –y afortunadamente para él, quien no había preparado excusa para eso, no preguntó–, pero el caso es que en efecto, mostraste poca delicadeza para con Adeline. Por eso vas a redimirla con un paseo en coche.

Andrew bufó, echándose el chaleco sobre la camisa con movimientos excesivamente fuertes. Harvey agachó las orejas, aparentemente consciente de que el ambiente empezaba a ponerse algo tenso, por lo que huyó con el rabo bajo y se perdió de vista, sabiamente, echándose sobre su cama perruna de plumón y escondiendo la cabeza entre las patas.

–¿Y ese hecho, que tan bien ha calculado, no la pondrá en una situación que la haga creer que tiene ciertos... derechos sobre mi persona?

–He pensado en eso. –Joanna se acercó, colocando el cuello de la camisa de su hijo adecuadamente, en gesto conciliador, pero sin ceder–. Una cosa es que esté de acuerdo en que debes reparar tu falla de comportamiento, y otra que te arroje deliberadamente a las garras de cualquier dama sin que esa haya sido tu elección.

–Qué considerada eres, madre –ironizó él, tozudo como un niño.

–He pedido que preparen el coche grande. Iréis con Gertrude y Claire, dos carabinas. En ningún momento estaréis a solas –explicó, satisfecha con su propio arreglo–. Limítate a prestarle la atención que tan desesperadamente requiere, conversa con ella y vuelve tras un corto paseo de duración extremadamente correcta. ¿Estamos de acuerdo?

–¿Acaso tengo otra opción?

Joanna negó con la cabeza, dejando que un asomo de sonrisa adornara su bello rostro, surcado de arrugas que dulcificaban su expresión. Andrew terminó por asentir, rendido. Poco más podía hacer, y aunque en el fondo sabía que aquella era la solución más rápida y eficaz para limar con la aspereza de una situación muy desafortunada que él mismo había creado, no estaba dispuesto a anotarle ese tanto a su madre. Al menos, no todavía. Después de todo, iba a ser él quien tuviera que sufrir el tormento de soportar la exasperante compañía de Gertrude Aldrich en un espacio reducido. Buen Dios, era posible que no saliera vivo de aquella «reparación».

–Algo más.

–Oh, ¿exige alguna otra cosa la gentil dictadora? –Le hizo una reverencia.

–En realidad dos. –Joanna se aproximó a la puerta, sosteniendo el tirador y dedicándole una mirada de soslayo—. Acaba de arreglarte con propiedad, e interésate por la salud de la señorita Linton. –Sonrió, aunque quedó claro que no era lo que pretendía—. Después de todo, es lo mínimo que puedes hacer tras el despliegue de galantería del que has hecho gala, y con el que has entretenido al servicio esta mañana.

Andrew tragó saliva, imaginándose los comentarios de los criados al recordar la forma en que se había paseado cargando a la dama en cuestión.

Inquieto, vio marchar a su madre antes de poder asentir a sus órdenes, aunque indudablemente, esa tarea era mucho más fácil de cumplir para él que la anterior. Presuroso, tomó el peine y se giró hacia el espejo, dispuesto a complacerla palabra por palabra.

Capítulo 14

Cualquier cosa podría haber esperado Victoria, mientras se ocupaba bordando de forma precaria un pañuelo como entretenimiento para no mantenerse ociosa, salvo que recibiría una de las visitas más desagradables con que puede contar una persona que se encuentra en convalecencia. Confiada al creer que se trataba de su madre, quien había bajado al saloncito con el fin de aguardar la hora del té con algunos de los huéspedes que llenaban la mansión Holt, y poder socializar con ellos, dio permiso al oír que llamaban a la puerta, y a punto estuvo de pincharse con la aguja en la yema del dedo al descubrir la identidad de su visitante.

–Señorita Aldrich –musitó, irguiéndose en las almohadas y lamentando profundamente el estado de su tobillo, que le impedía levantarse o mostrar una visión de sí misma más digna–, qué... sorpresa tan inesperada.

Fue cuestión de unos minutos, lo que tardó Adeline en recorrer el aposento de las Linton con la mirada y enumerar la enormidad de puntos en los que eran claramente inferiores a ella. Empezando por el hedor del unguento que envolvía el pie de Victoria, así como el desorden de sus cabellos rojos, apenas sujetos con una cinta. Desde el camisón hasta la desgastada manta personal con que se cubría gritaban a los cuatro vientos la baja ralea de la que provenía. Y eso, pensó con insólito placer, sin contar el par de botas andrajoso que permanecían medio visibles en una esquina del dormitorio.

Mostrándose aún más orgullosa, Adeline enderezó los hombros y dio unos pasos adelante dentro de la estancia, alejándose de la puerta y dejando que el frufrú de su exquisito vestido de seda y muselina color paja deslumbrara con la luz que irradiaba a través de la ventana, cuyo cortinaje estaba corrido para dejar pasar la claridad. El cabello castaño, pulcramente peinado y recogido en un moño hecho de ondas estaba centrado a la perfección a unos diez centímetros de su nuca y cuando sonrió, moviendo ligeramente la cabeza, las gemas verdosas que llevaba prendidas de las orejas se removieron a la par.

–No veo dónde pueda estar la sorpresa, señorita Linton –comentó con un tono tan excesivamente dulce que Victoria temió por su salud–. Me encontraba consternada al saber que una de las invitadas había tenido un percance, y dada la preocupación mostrada por milord, el conde, no cabía en mí otra opción que venir a asegurarme de que se encontraba en buenas condiciones, dadas las circunstancias.

El repentino discurso dejó a Victoria boqueando como un pez fuera del agua. Jamás había cruzado palabra con Adeline Aldrich, si acaso alguna venía de saludo, puesto que era bien conocido por todos que no pertenecían al mismo círculo social y, por ello, sus encuentros rara vez tenían lugar. Victoria había oído hablar de ella lo que todo el mundo, hechos que no hacían que esa joven despertara precisamente sus simpatías. No obstante, se encontraba allí ante ella, y por amables que sonaran sus lisonjas, la mirada de una persona era el espejo de su alma y dejaba muy claras sus verdaderas opiniones y deseos.

Lo que había en los ojos de Adeline era funesto y la conciencia de ello puso a Victoria sobre aviso.

—Agradezco la preocupación, pero no ha sido ningún accidente de cuidado —se obligó a responder, en vista de que su visitante no parecía dispuesta a retirarse—, un leve despiste por mi parte... me alejé de la zona transitable para pasear y casualmente el conde de Holt se encontraba lo bastante cerca para evitar que me perdiera.

—Extremadamente noble de su parte, sin duda —comentó Adeline, apoyando la mano en el pie de madera de la cama, mirando a Victoria fijamente—. Pero no puedo evitar preguntarme, señorita Linton... ¿cómo puede ser posible que acabara con el tobillo dañado si solo estaba... lejos de la zona transitable de paseo?

Su sonrisa dejó claro que era consciente de que había algo oculto que no se le estaba contando. Victoria no estaba segura de si Andrew había dado una versión oficial a los hechos (esperaba de todo corazón que sí, especialmente algo que explicara el modo tan inusual en que la había transportado), por lo que a ella concernía se limitaba a contar una parte ligeramente adulterada de la verdad. Era cierto que la zona colindante al bosque de secuoyas salía fuera del perímetro al que podían acceder los huéspedes. No lo era tanto el hecho de que ella hubiera llegado a ese lugar por un error de percepción. Huía del conde y él la perseguía, para ser totalmente precisos.

—Resbalé —dijo con simpleza, encogiéndose de hombros—. El lugar es muy escarpado y perdí un paso.

—Y el conde estaba precisamente ahí para salvarla, cual gallardo caballero. —Adeline dio otro paso más, los nudillos blancos sosteniendo el pie de la cama—. Entrándola en brazos al caserío, a la vista de sirvientes y señores.

La miró, perdida ya toda capacidad de fingir. Incluso ahí echada sobre la cama, en ropa de dormir y apenas peinada, Victoria Linton parecía seguir siendo inconsciente de su propia bajeza. Para empezar, se había atrevido a responder, relatando lo sucedido como si estuviera muy orgullosa de los hechos acontecidos, lo que sin duda debía ser. ¿Cómo no iba a estarlo, cuando su vulgar nombre estaba en boca de todos? Después del espectáculo dado en la cena, delante de algunos de los hombres más poderosos de la región, ahora tenía la desfachatez de ofrecer una escena rocambolesca a plena luz del día.

En brazos de Andrew, nada menos.

—Imagino que no será tan tonta como para empezar a bordar las iniciales del conde en sus pañuelos, señorita Linton —le dijo con mordacidad, señalando la labor que Victoria aún tenía en las manos—. No conviene malinterpretar lo que ha sido, a todas luces, un acto de simple humanidad, con algo más.

Adeline podía haber dicho a su madre que ninguna de las mujeres que moraban en aquella casa era rival para ella, pero no era tan confiada como para no cercenar cualquier posible atisbo de ilusión en cualquiera que osara tenerlo. Especialmente en Victoria Linton, cuyas apariciones empezaban a ser cada vez más molestas. Sabiendo lo que se jugaba, estaba más que dispuesta a romper inmediatamente con todo intento de insurrección, aunque para ello hubiera tenido que cometer

la humillación de acudir a los aposentos de la pobre desgraciada.

Le dedicó una sonrisa de suficiencia al ver que había enmudecido tras sus palabras. Perfecto. El mensaje siempre calaba más profundo cuando era dado de forma clara y directa por alguien de linaje infinitamente superior. No le cabía duda de que Victoria ni siquiera iba a ser capaz de replicar, después de todo, ¿con qué fin lo haría? Era claro que solo podía humillarse a sí misma si reconocía públicamente que en algún momento había albergado esperanzas de que un hombre como el conde... ¡Era impensable si quiera decirlo!

–¿Y con qué algo más, según usted, podría malinterpretar lo que ha sucedido? –inquirió Victoria, con las mejillas sonrojadas de enojo.

Adeline tardó unos instantes en disimular la sorpresa que sintió al oírla contraatacar. No se había esperado eso.

–La prevengo, señorita Linton –respondió, cada vez más crecida, pero también más nerviosa–. Milord habría cargado en brazos a la hija del molinero si esta hubiera sufrido percance alguno en sus tierras. No por aprecio hacia la persona, sino por honor a su condición. Después de todo... es un conde.

–Sé perfectamente cuál es el rango del hijo de la condesa viuda de Holt, señorita Aldrich –repuso Victoria, alzándose con las manos apoyadas en el colchón–. Puede ahorrarse sus explicaciones.

Con dificultad, pero sin mostrar el menor atisbo de dolor, la joven alzó la espalda del cabezal de la cama, aprovechándose de las almohadas apiladas para sostenerse y encaró a Adeline Aldrich, dedicándole la misma mirada ponzoñosa que recibía de ella. Desde el momento en que la había visto entrar a su aposento había sabido que no traía buenos deseos de pronta recuperación, y aunque las palabras que salían de su boca tenían el fin de cortarla como cuchillas afiladas, no permitiría que viera en ella el menor signo de arañazo.

Poca importancia tenía que fueran dolorosas verdades, después de todo, eran hechos que no resultaban secretos. Nadie mejor que ella conocía sus propias limitaciones. Pero que la partiera un rayo en esa misma cama si permitía que una persona como Adeline Aldrich se las escupiera a la cara.

–Mi única pretensión es librarla de un ridículo mayor del que ya ha cometido. Aunque sonreía, pretendió que su gesto fuera sumiso, casi delicado–. Lo ocurrido en el bosque no debe significar para usted otra cosa que...

–Con todo respeto –Victoria alzó la voz, porque estaba dolorida, había tenido un accidente, se encontraba cansada y, ¡qué demonios!, detestaba la presencia de esa mujer–. No era usted quien estaba en ese bosque con el conde. No pretenda saber mejor que yo misma lo que allí ocurrió.

El rictus de Adeline se cuarteó, y su siempre perfecta expresión fue empalideciendo poco a poco. Se negaba en rotundo a interpretar la pulla de Victoria como una posible insinuación, porque simplemente era imposible. Sin embargo, la conciencia del hecho de que había sido Victoria y no ella, quien había vivido un momento a solas e íntimo con el conde, no dejaba de agujonearla. Afortunadamente, recordó, alisándose unas arrugas invisibles de la falda, que ese era un hecho que muy pronto iba a verse solventado. Recuperado el autodomínio, decidió dar el golpe de gracia.

–Como fuere, señorita Linton, le deseo la más agradable recuperación, no quiera la mala suerte de que ese pie no cure del todo y debamos prescindir de su compañía. –Le sonrió y se apartó de la cama con pasos lentos–. Ha sido un placer conversar con usted... ahora debo retirarme, pues el conde me espera para un paseo privado en carruaje por su propiedad. –Le sonrió, con toda la suficiencia de la que era capaz–. Buenas tardes.

Victoria notó el placer con que Adeline le daba la noticia, girándose luego de espaldas y abandonando el dormitorio como un ramillete de flores frescas demasiado bonito para un lugar tan lúgubre. Ella se quedó ahí sentada, rumiando lo que acababa de oír, preguntándose si sería cierto que Andrew pensaba agasajar a esa mujer con una deferencia tan clara frente a las demás huéspedes... mostrando de esa forma un interés tan evidente en su persona. Debía serlo, si Adeline se lo había dicho con tanta seguridad, después de todo, ¿qué ganaría con mentir? Era un embuste que la habría avergonzado en el momento exacto en que se hubiera descubierto.

Un estremeciendo recorrió a Victoria de la cabeza a los pies, instalándole un frío en la boca del estómago que le produjo náuseas. La expresión de Andrew, la fuerza de sus brazos, sus irónicas bromas y la forma tan delicada y a la vez poderosa en que se había encargado de ella, estando ambos a solas en aquel bosque, empezó a perder nitidez en sus recuerdos. Él iba a llevar de paseo a Adeline Aldrich, ¿y a quién sorprendía eso? Su madre y ella incluso habían bromeado con la idea de reír a costa de los intentos de cortejo del conde con las arreboladas debutantes que iban a perseguirle. Era evidente que el motivo de aquellas invitaciones a su casa era precisamente el de encontrar una esposa aceptable para Andrew, cabía esperar que empezara a hacer movimientos al respecto.

Pero Adeline Aldrich... ¿iba ella a ser su opción? ¿La más evidente y simple? ¿No pensaba acaso pararse a mirar a su alrededor, a permitirse conocer el trasfondo de otras posibles candidatas, por menos perfectas que pudieran parecer en apariencia? Por lo visto, no. Parecía que Andrew no deseaba empeñarse demasiado en una empresa tan banal como hallar a la persona con que habría de compartir su vida, su casa y a su familia. Una fachada aceptable resultaba suficiente para él. No buscaba una compañera en la que depositar confianza, intereses comunes, respeto o sentimientos. El amor no sería la bandera que ondeara en esa unión, que sería fría y sinsentido por ambas partes.

Sin duda, Victoria no se había equivocado al juzgarle tal como lo había hecho. Andrew no era más que un noble calculador y frío que otorgaba importancia a las personas según sus posesiones y apariencias, en lugar de por quiénes eran y los méritos que habían logrado por sí mismos. No era un hombre profundo, nada se escondía tras aquellos ojos. Estaba vacío y ese era el tipo de matrimonio que buscaba, con una igual.

Ella había tenido razón. Y un profundo dolor se instaló en su pecho, oprimiéndole casi los pulmones y sesgándole el aire para respirar. Descubrió, para su sorpresa, que estaba decepcionada.

Si había algo que Claire disfrutaba especialmente era estar al aire libre, sintiendo el airecillo

mecerle los cabellos y colarse de forma juguetona bajo su falda. Si a eso se le añadía la compañía de una yegua dócil y querida como era Windy, que comía encantada algunas chucherías ofrecidas por ella, la estampa era todavía mejor.

Acariciando el suave pelaje color caramelo de la yegua, Claire echó una mirada de reojo hacia Josh, que se ocupaba de preparar el coche de paseo en el más absoluto silencio. Ya había puesto los bocados y riendas a los dos caballos de tiro (siendo un paseo formal de distancia corta, eran innecesarios cuatro), y ahora se centraba en que las cinchas y cuerdas que ataban a los animales al coche estuvieran derechas y bien fijadas. Incluso se agachó para revisar uno por uno todos los rieles de las ruedas, herramienta en mano para fortalecer las sujeciones y evitar cualquier posible percance.

—¡Eh, tú! —gritó alguien acercándose y sobresaltando tanto a Claire como a Windy—, ¿qué caballos son esos?

La muchacha se dio la vuelta, dejando a su espalda el cercado donde había estado dando manzanas a la yegua con el fin de engolosinarla para que le permitiera jugar con el potrillo castaño. Durante una escasa media hora, Claire había ido y venido del establo a la cerca, entretenida como una niña con ambos animales. La confianza que Windy y ella se tenían permitía que la joven se acercara con confianza tanto a la madre como a la cría, sin embargo, en cuanto ambas percibieron el sonido de la voz ronca, la yegua piafó y guio al pequeño potro al lado opuesto del cercado, poniendo distancia.

Claire observó que Josh se erguía para mirar al recién llegado con recelo. Vestía una librea en tonos malva que evidentemente no pertenecía a la casa Holt y, aunque era ancho y muy robusto, su estatura era más baja de forma considerable.

—De tiro —respondió McKan sin entrar en detalles obvios.

Quiso acuclillare para revisar la rueda que le quedaba, pero el lacayo desconocido no parecía demasiado convencido. Giró alrededor del coche, mirando sin mostrar aprobación alguna a los animales que ya estaban listos para salir. Alzando levemente la cabeza, oteó hacia el cercado, donde la piel caramelizada y las crines doradas de Windy eran prácticamente más visibles que Claire, a quien no mostró signos de reconocer en absoluto.

—¿Por qué no enganchas a esa? Es más vistosa. A mis patronas les complacerá más —siseó, obligando a Josh a volver a dejar su trabajo.

—La yegua es de paseo —volvió a cortar—. Va a utilizarla la señorita Ferris.

Joshua no hablaba mucho, especialmente con quienes no le agradaban, por lo tanto, sus palabras siempre eran directas y certeras. El desconocido se vio obligado a efectuar una forzada reverencia ante Claire, tal como Josh había esperado que hiciera. Se había cuidado mucho de pronunciar el apellido con la mayor dicción posible, evitando así que ese estúpido siguiera pasando por alto su existencia. Ya había tenido un encontronazo con aquel tipo días atrás, cuando lo pilló dormido en su cama, la noche de la llegada de Claire.

Le había prometido a su amigo y compañero, Gilly, que le tendría un ojo puesto, especialmente por tratarse de un empleado de las Aldrich, que eran especialmente conocidas dentro de los

empleados por ser bastante ariscas con quienes las servían. Levantó la cabeza al percibir el silencio que reinaba, y no le gustó en absoluto ver que ese lacayo seguía mirando a Claire.

–Estoy trabajando –masculló, irguiendo toda su altura y tapándole por completo la visión del cercado. Le miró con los ojos negros, echándose el pelo hacia atrás para no perder detalles–. No me gusta hacerlo con compañía.

El hombrecillo tuvo que levantar la barbilla para poder mirarle directamente a la cara, con un mohín de desagrado pintado en la boca. Su expresión dejaba claro que le molestaba hablar con un empleado al que consideraba inferior a él, aunque tuvieran el mismo rango.

–Mi deber es supervisar que todo esté correcto para el paseo de mis patronas. –Echó una ojeada al coche, buscando algo que estuviera fuera de lugar para poder desquitarse–. Asegúrate de que esos travesaños están bien cogidos a las bestias. Si hubiera cualquier accidente la culpa recaería en ti, mozo.

–Sé cómo hacer mi trabajo.

Claire, que escuchaba la conversación desde unos pasos de distancia, sintió la imperiosa necesidad de aclararle a ese sujeto que Josh era un lacayo, por mucho que no vistiera la librea en ese momento. El hecho de que decidiera hacer tareas propias de un ayudante o mozo de cuadras no suponía que fuera de más bajo nivel, todo lo contrario. Joshua McKan era tan perfeccionista en las cosas que dominaba que, de haber podido, él mismo se habría encargado de moler el grano y realizar la mezcla con la que comían los caballos.

A pesar de que las palabras del otro joven iban directamente dirigidas a él para ofenderle, no cayó en el juego. Alzando sus fuertes bíceps, se soltó la coleta de pelo azabache y la volvió a recoger, dejándola caer sobre su nuca antes de darle la espalda y revisar los bocados de los caballos, consciente de que si estuvieran demasiado flojos o excesivamente apretados, resultarían heridos una vez se tirara de las riendas.

–No me agrada que me den la espalda, ¿Acaso sabes quién soy yo? –Azuzó el muchacho, al parecer incapaz de permanecer callado–. ¿No reconoces la librea?

–Solo conozco los colores del conde –respondió Josh, que en ese momento abría el coche para recoger las herramientas que había dejado dentro para reforzar los asientos y revisar las ventanas. Ordenó el interior meticulosamente, sacó su propia librea y se la sacudió contra el muslo antes de cerrar la portezuela–. El resto me importa poco.

El lacayo de las Aldrich calló de súbito, pues aunque la antipatía era evidente, no era tan estúpido como para meterse en problemas con un criado personal del dueño de la propiedad donde se alojaban sus señoras. Alzó las comisuras y le dedicó otro vistazo al coche, fingiendo que revisaba el estado de todos los elementos que Josh había preparado. Con poco más que hacer, se limitó a darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás, agitando su librea malva ante todo aquel mozo que estuviera dispuesto a verla.

–Asno imbécil –gruñó Josh, dando una palmada suave en los cuartos traseros de Juniper, uno de los castrados que llevaba el coche–. Si no llevaras también a la señorita y al conde... con gusto te

azuzaría más de la cuenta.

–Tal vez debas dejárselo para que lo monte –susurró Claire a sus espaldas–, así el objetivo sería más certero.

Toda la espalda de Josh se puso tensa y el vello de la nuca se le erizó. No sabía cómo se había acercado, pues apenas la había oído, pero el caso es que la tenía justo detrás. Demonios... desde que ella había llegado al establo para darle la orden de preparar el coche y aprovechar el momento para jugar con el potro, él había estado morando en el infierno. Le era imposible concentrarse, ni hacer nada, cuando Claire Ferris estaba cerca. Era simplemente un hecho tácito, él no era él, apenas se convertía en humano cuando la sentía a su alrededor.

Con un carraspeo, se arregló la camisola y metió los brazos por la librea lo más deprisa que pudo, antes de girarse para mirarla cuando le respondiera, como dictaba el respeto que debía tenerle.

–Para provocarle una caída sería mejor Troquel. –Señaló al otro caballo con un movimiento de la cabeza–. Tiene malas pulgas con los desconocidos.

–¿Quién era ese lacayo? –preguntó Claire tras sonreír, intentando en vano estirar el cuello para verle, aunque ya hacía mucho que se había perdido de vista–. Imagino que alguno de los huéspedes lo habrá traído para su servicio personal.

–Las señoras Aldrich –confirmó Josh.

Él ya sabía que Claire iría de carabina en un paseo que el conde iba a otorgar a la señorita Adeline y su madre, cuyo motivo desconocía, aunque ella había estado bien dispuesta a contárselo, pero se lo podía imaginar. O bien Andrew iba a iniciar un cortejo (lo que Josh esperaba de todo corazón que no ocurriera) o tal vez quería reparar alguna falta de atención sobre la señorita Aldrich, y por ese motivo llevaba a dos escoltas que impidieran las habladurías. Esa última opción parecía tener más sentido, aunque como casi siempre le sucedía con las cosas de la aristocracia, toda esa parafernalia y formalismos no iban con él. A pesar de eso, cumplía con lo que le concernía a rajatabla.

–El coche está listo para cuando gusten salir, señorita Ferris. Gilly lo conducirá por donde el conde solicite.

Claire se dio cuenta de que volvía a ocurrir, Josh se refugiaba otra vez en esa fría cordialidad para dejarle claro que no era bienvenida a acercarse ni entablar conversación. La había estado evitando deliberadamente desde que ella había llegado. Prácticamente había lanzado a Windy dentro del cercado para pasar cerca de ella el menor tiempo posible, y después se había enfrascado en la tarea de los preparativos para el paseo, haciéndola totalmente a un lado.

–Te agradezco que me presentaras ante ese hombre –le dijo, con la voz dulce como el terciopelo–, fue todo un detalle, teniendo en cuenta que él parecía dispuesto a ignorar mi presencia.

–Era mi deber hacerle valer respeto, señorita Ferris.

–Por supuesto –respondió Claire, airada–, ese es tu deber, ¡no quiera Dios que piense que lo has hecho por afecto!

–Yo... tanto el conde como toda su familia tienen mi aprecio, señorita.

Aquello encolerizó a Claire hasta límites inigualables. ¿De modo que eso era ella ahora? ¿La «familia del conde»? era inaudito, impensable. La capacidad de Josh para aislarse de todos y arrancarle a toda persona las ganas de aproximarse a él con pocas palabras era casi digna de admirar. Tal vez en otra circunstancia se hubiera reído, o incluso habría inventado una pulla con la que desarmarle, pero esta vez, simplemente se dejó llevar por el agujijón que se le había clavado al escuchar sus palabras.

–¿Por qué te comportas así? –le espetó, acercándose un solo paso, que él se ocupó de desandar–. ¡No entiendo tu manera de actuar!

–¿La de mantener mi lugar, señorita?

Los ojos de Claire, con un matiz azul oscuro, le miraron y, por un instante, él sintió hormiguitar las palmas de sus manos. Era tan bonita, tan dulce... tan rabiosa cuando se enfadaba. Aquella mirada tierna podría rivalizar con la del potro más suave e inocente. Pero también con la de la bestia más peligrosa.

–Avisa a Gilly de que partiremos en unos minutos –dijo ella, serena y fría.

–A sus órdenes, señorita.

Claire bajó la cabeza y salió de la zona del establo mostrándose mucho más apesadumbrada de lo que había querido. El cielo se tiñó de oscuro y algunos nubarrones taparon la vista del sol. Casi pareció providencial, se dijo, pues su ánimo también se había nublado repentinamente al comprobar que cada vez le era más difícil acceder a los sentimientos de Josh. ¿Cómo podía haber cambiado tanto en tan poco tiempo? Los años transcurridos desde que ambos hubieran sido cómplices de juegos no estaban tan atrás...

O quizá era así solo para ella. Aunque se negaba a creer que había resultado un fastidio para Josh jugar con una niña más pequeña, la posibilidad existía, y le hacía un daño especialmente lacerante cuando él actuaba como si ella no fuese para él otra cosa que... «la familia del conde». Se mordió el labio y exhaló un suspiro, consciente de que su semblante iba a parecer más bien el de una plañidera que el de una joven que estaba a punto de dar un paseo en coche. Al recordar el motivo del mismo y la compañía que tendría que padecer, sus hombros se hundieron todavía más.

–Josh... ¿qué voy a hacer contigo? –musitó mientras subía los escalones que daban al porche, a la espera de su hermano y las Aldrich.

Ignoraba que él pensaba exactamente lo mismo mientras devolvía a Windy y a su potro al cubículo doble donde les había hospedado. Cuando cerró la puertecilla y acarició la cabeza de la yegua, dejó salir todo el aire que había estado conteniendo desde que ella se había ido dándole la espalda. Su miseria se acrecentaba cada vez que la veía y se le añadía otra grieta a su corazón. Pero, ¡ay de él!, pues sabía que moriría el día en que la dejara de ver.

Capítulo 15

Diciéndose que cumplía tácitamente los deseos de su madre, Andrew recorrió el camino que separaba su dormitorio del que ocupaba Victoria Linton, una planta más abajo, recolocándose los puños de la chaqueta escrupulosamente. Bajó la cara para comprobar que iba lo más decentemente posible y consultó con nerviosismo el reloj de bolsillo. Pasaban de las cinco en punto, lo que explicaba el bullicio que le llegaba de la planta baja. Sin duda las señoras habrían comenzado ya su hora del té y parloteaban animadamente, entretenidas mientras devoraban los pastelitos y galletas caseras.

Y él debería estar subiendo al coche que habían preparado para el paseo con la señorita Aldrich y su madre, al cual ya iba con varios minutos de retraso.

La ilusión que sentía ante la perspectiva era equiparable a la que solía mostrar cuando el doctor Corentin insistía en revisarle las muelas. Nunca había tenido que sacarse ninguna, pero tal vez en ese momento lo preferiría antes que verse encerrado en un cubículo tan estrecho con dos mujeres que sin duda intentarían sacar provecho de la situación.

Andrew tenía muy claro que jamás podría casarse con alguien que hubiera caído en ardides para poder atraparlo. De verse obligado a ofrecer matrimonio, este sería sin duda muy frío y carente de sentimientos. Apenas había tenido tiempo de conocer a las huéspedes casaderas de la lista de su madre, y no tenía tanta prisa, a pesar de los negocios con China que le aguardaban al volver a Londres, como para cometer una torpeza con la que tendría que amanecer cada mañana de su vida. Desconocía si Adeline había solicitado una compensación porque realmente se había sentido tratada con poca cordialidad por su parte, o si por el contrario, era una trampa urdida en complicidad con su madre para poder estar a solas con él y forzarlo a una decisión con respecto a ella.

Lo descubriría pronto, pensó mientras sus pies apenas eran audibles a través del pasillo alfombrado con piezas de Aubusson en tonos ocres y verdes. Sea como fuere, no le había prometido nada a ninguna señorita, Adeline incluida, de modo que cumpliría con su deber, con todo el respeto y la cordialidad que le fuera posible y, desde luego, acompañado de dos carabinas que darían buena cuenta de que nada indecoroso sucedía en ese coche. Le gustaba tener abiertas sus opciones.

Así las cosas, Andrew se cuadró de hombros ante la puerta del aposento de las Linton y llamó enérgicamente. Aquella disculpa se había dilatado demasiado en el tiempo y ya era momento de ofrecerla. Necesitaba hablar con Victoria, saber cómo se encontraba tras el incidente y asegurarse de que la joven había abandonado sus instintos de profundo odio contra él. ¿Estaba tan ofendida por la brusca manera en que la había tomado en la terraza para besarla? ¿O era porque se había interpuesto entre ella y cualesquiera fueran las intenciones de Bernard Chamber?

Una cosa era segura, se dijo frunciendo el ceño, puede que fuera a pedir disculpas por un hecho desafortunado provocado por él, pero sus ideas sobre lo que era moralmente indebido bajo su techo seguían estando intactas. En otras palabras, no permitiría un solo acercamiento indecoroso por parte

de nadie.

Resoplando, volvió a llamar, preguntándose si Victoria habría pedido ayuda para acudir al salón de té a pesar de que el médico le había aconsejado explícitamente que reposara. Estaba a punto de bajar para averiguarlo (e incluso se encontraba dispuesto a volver a armar un espectáculo al subirla de vuelta a su dormitorio), cuando los pasos al otro lado de la estancia le alertaron. Compuso su mejor sonrisa afable para Eleanor Linton, que se mostró repentinamente acalorada y visiblemente impresionada al verle.

—Mi... milord, señor conde —balbució, en un tono de voz ligeramente alzado y dándose aire con su sempiterno abanico—, qué sorpresa más agradable, ¿en qué puedo servirle?

—Buenas tardes, señora Linton. —Le dedicó una reverencia cortés y educada—. El placer es mío. Me preguntaba si podría ver a Victoria, con su compañía, por supuesto. Quisiera comprobar cómo evoluciona su salud.

—Está indispuesta en estos momentos —respondió Eleanor—, dormida. Se ha tomado una tisana para el dolor del pie.

Andrew se sintió miserable al escuchar esas palabras. A pesar de cómo se habían dado las cosas, la culpabilidad se cernía sobre él al pensar que, quizá, de no haber perseguido a Victoria con tanta vehemencia, todo aquel asunto habría podido evitarse. Por no hablar de los incesantes cuchicheos que revoloteaban por la casa conforme se iba sabiendo que Andrew la había llevado en brazos desde el bosquecillo hasta el aposento. Ese hecho parecía mantener más en vilo a todo el mundo que el incidente físico en sí.

—Dígale por favor que he venido a presentarle mis mejores deseos. Volveré en cuanto me sea posible.

—Será un placer recibirle, milord. Buenas tardes.

Eleanor cerró la puerta sin apenas hacer ruido, y algo en su expresión y en la velocidad de sus palabras alertó a Andrew. Si a eso añadía la tardanza en abrirle y el hecho de que hubiera mencionado su nombre varias octavas más fuertes de lo que correspondía... buen Dios, ¿sería posible?

Molesto, apretó los puños mientras desandaba el camino realizado para bajar al hall de la entrada principal. Se sentía de un humor de perros, prácticamente humillado. Toda empatía y piedad se apartaron de su mente cuando comprendió, sorprendido por la audacia, que Victoria probablemente debía haber dado órdenes expresas a su madre para evitar darle la cara. ¡Qué excusa tan barata y manida! Señalarse indispuesta porque era incapaz de mirarle a los ojos y escuchar lo que él tenía que decir. Había huido otra vez, y sin salir del dormitorio donde estaba postrada, nada menos.

El talento de aquella mujer para exasperarle era digno de recibir una mención de honor, por Dios santo, ¡alguien debería colgarle una medalla!

Malhumorado, Andrew decidió cumplir cuanto antes su obligación para con las Aldrich, aunque su expresión hosca dejaba evidencia de que no era en esos momentos la persona más apropiada con la que pasar un rato de divertimento. Al llegar junto a la puerta de entrada, vio a Claire esperándole

mientras miraba desganada hacia afuera, donde algunas gotas de lluvia empezaban a mojar los verdes prados como sobre aviso de la tormenta que las nubes negras amenazaban con lanzar sobre ellos. Al mirarse, ambos hermanos Ferris se percataron de que el tiempo atmosférico era un perfecto reflejo de los ánimos que los dos compartían en esos momentos.

–Llegas tarde –le soltó en cuanto estuvieron a la misma altura–. Las Aldrich esperan en el saloncito rosa.

–Sé qué hora es –le espetó, con la mandíbula apretada–. Voy a avisarlas. Partiremos enseguida.

Presuroso por cumplir su obligación, Andrew no se paró a pensar en lo poco común del hecho de que Adeline y Gertrude hubieran sido acomodadas para esperarle en el saloncito rosa, que era un lugar bastante privado y de uso prácticamente exclusivo para los miembros femeninos de la familia Ferris. Más especialmente, para las condesas, pues había sido su bisabuela quien había arreglado la sala a su entero gusto, con muebles, alfombras y cortinajes tapizados en distintos tonos de damasco, rosa, burdeos suave y pastel. La decoración y elementos de fruslería, tales como cojines (todos ellos bordados con intrincados diseños que cada condesa había ido añadiendo a la estancia), ramos florales, marcos de plata con fotografías, etc., daban al lugar un claro ambiente poco orientado hacia los gustos masculinos.

Estaba situada en un lateral del primer piso, con unos enormes ventanales en forma de triángulo que daban hacia el bosque y dejaban entrar una agradable brisa. Allí se dirigió Andrew, que fue recibido por dos ansiosas mujeres que se pusieron en pie nada más verle. Tragó saliva e intentó que la sonrisa de Adeline, quien lucía un vestido beige plisado con un echarpe verde prado, no le cegara. Les dedicó una reverencia y ofreció el brazo a la señora de más edad, quien lo tomó por mero respeto a la cortesía. La nariz ganchuda y los pliegues delgados del cuello de Gertrude le daban la misma apariencia que tendría un ave de rapiña.

–Señoras, ruego disculpen la tardanza. Al parecer, las tareas propias de un conde no entienden de compromisos.

–No se disculpe, milord. –Adeline tomó su otro brazo, sacudiendo los rizos castaños con coquetería–. Por usted, podríamos haber esperado toda la tarde, ¿no es cierto madre?

La mujer asintió con obvedad y algo en su expresión casi hizo sonreír a Andrew. Desde luego que le esperarían, se dijo, su rango hacía que cosas como llegar tarde perdieran importancia, por eso lo había usado como excusa ante ellas. Con un ademán, les indicó que le acompañaran y los tres recorrieron la salita rosa hasta el vestíbulo principal. Una vez ahí, subieron al porche para reunirse con Claire, que ya había subido al carruaje. Las puertas lacadas en negro estaban abiertas y Gilly, el lacayo que les conduciría por el paseo, revisaba por mera costumbre las cinchas y ataduras de Juniper y Troquel, que esperaban mansamente a que se les indicara qué paso seguir. El joven se puso tieso, repeinándose el pelo rubio al verlos venir.

–Buenas tardes, Gilly –saludó Andrew, sujetando con una mano el tirador de la puertecilla y ofreciendo la otra a Gertrude, que ya se recogía el vestido–, ¿qué recorrido vas a hacernos?

–Si el señor no dispone otra cosa, pensaba bordear el jardín, llegar al bosque para salir de la propiedad y hacer el camino de vuelta desde fuera, hasta la puerta principal –explicó el lacayo, bien

orgullosa de haber tenido la respuesta preparada.

—¿El bosque de secuoyas?

Gilly asintió, en tanto que Andrew salió de su ensimismamiento para ofrecer su mano a Adeline, que subió al coche con la misma expresión y pose que si fuera en un carruaje abierto rumbo a la iglesia para ser desposada. Gertrude le indicó que se sentara a su lado, frente a Claire, a la que saludaron apenas, y únicamente otorgándole tal deferencia por ser quien era. Resultaba evidente que consideraban que una carabina era suficiente, especialmente si provenía de su lado de la familia.

—Excelente decisión, Gilly. —Andrew le palmeó la espalda—. Partimos.

En cuanto el conde estuvo acomodado junto a su hermana, Gilly subió al travesaño que conformaba su asiento y tomó las riendas de los castrados. El sonido de la portezuela al cerrarse fue su señal, de modo que emitió un silbido con los labios entreabiertos y los animales se pusieron en movimiento. Dentro del vehículo, Andrew no conseguía explicar la repentina emoción que había sentido al ser consciente de que la zona a la que se dirigían era la misma donde había estado con Victoria. Resultaba tonto que ahora el bosque le pareciera nuevo, o sintiera aquella extraña conexión; después de todo, se encontraba en su propiedad y lo había visitado innumerables veces, pero de algún modo, ahora lo sentía diferente.

—Quiero aprovechar la ocasión para agradecerle este gesto, milord —dijo de repente Adeline, sacándole de sus pensamientos—. Sin duda es una muestra clara de su caballerosidad.

—Bueno, el placer de la compañía es todo mío, señorita. —Le sonrió vagamente—. Según parece, mi... caballerosidad había quedado en entredicho, de modo que esta me pareció una buena forma de presentarle mis respetos. A ambas —añadió, mirando a Gertrude.

Claire le dedicó un atisbo de mirada por el rabillo del ojo, pero permaneció callada. Bien sabía ella que la idea del paseo como retribución había sido de Joanna, y Andrew solo había callado y otorgado, pero no iba a dejarlo en mal lugar cuando el asunto se trataba justamente de todo lo contrario.

Conforme el coche avanzaba por los terrenos de la propiedad, alejándose de la casa principal, las conversaciones triviales no se hicieron esperar. Se habló del tiempo, de la temporada de cosecha, de las actividades que se había decidido organizar para que los hombres asistentes a la reunión no se vieran desplazados, y de un sinfín de asuntos que iban desesperando más y más a los hermanos Ferris conforme el tiempo pasaba, con lentitud. El inexorable traqueteo de las ruedas dejó de ser lo único audible cuando gruesos goterones de agua comenzaron a mojar los cristales, discurriendo como rías hasta empañarlos casi por completo. Afortunadamente habían tomado el carruaje grande, el que era usualmente empleado para recorrer largas distancias (por ser más amplio y cómodo, cualidades que aprovechaban en esta ocasión por tratarse de cuatro integrantes), de modo que Gilly iba bien protegido de las inclemencias del tiempo bajo el toldo que se había incorporado al coche con ese mismo fin.

Ambos hermanos lucían exactamente la misma expresión desazonada, con las mentes puestas en personas y momentos que nada tenían que ver con lo que vivían en la actualidad. Los semblantes de los dos hacían buen conjunto con la negrura de las nubes de lluvia, que avisaba de la próxima

descarga de tormenta.

–Imagino que este tiempo le recuerda a su añorado Londres, milord.

Andrew levantó la cabeza hacia Adeline, que no se rendía a la hora de forzarle a mantener sus cinco sentidos puestos en ella. Era una mujer capaz de sacar conversación de la punta deshilachada de los cordones de sus zapatos. No había quien se le escapara, dedujo él. Y tampoco se debía perder cuidado de lo que decía, pues todo parecía relacionarse extrañamente y albergar segundas intenciones.

–¿Tiene prisa por retomar sus ocupaciones en la ciudad? –inquirió Gertrude esta vez.

–Algunas empresas requieren de mi atención, sí. –Se forzó a sonreír, restando importancia–. Tengo compromisos y proyectos a los que deseo dedicarme.

–Naturalmente, un hombre de su posición nunca debe contentarse con lo que se le ha dado por herencia.

–Está en el deber del conde ampliar su fortuna y propiedades durante su vida –corroboró Andrew a las palabras de Gertrude–. Le aseguro que soy absolutamente consciente de mis obligaciones, señora.

–¿Son muy importantes esos proyectos que desea emprender? –Adeline sonrió ampliamente, mostrando un interés absoluto en todo cuanto él dijera.

–Nada con lo que desee aburrirla, créame.

–Oh, nada de lo que usted me contara podría aburrirme. –Y dejó salir aquella risilla medio infantil medio seductora que empleaba con tanto talento–. ¿Debemos asumir entonces que no permanecerá demasiado tiempo aquí, en Kent?

–Andrew no podrá volver a Londres hasta que no haya acabado lo que ha venido a hacer aquí –respondió Claire, cansada de acertijos.

Los ojos verdosos de ambas Aldrich centellearon, esperando como coyotes a que la presa cayera en las redes. Andrew le dedicó a su hermana una media mirada mordaz, aunque se guardó para sí lo que habría querido decirle. Las dos mujeres continuaban aguardando, sin duda a que la palabra «*matrimonio*» fuera pronunciada en la intimidad de aquel coche donde solo estaban ellos cuatro. Pese a ser un secreto a voces cuál debía ser el motivo por el que se hubiera abierto la casa de campo de los Holt, lo cierto es que estaba considerado de mal gusto hacer apología de los deseos de un hombre de la posición del conde. Aunque se supusiera el motivo por el que quería conocer a damas casaderas de buena posición, nadie soñaría con preguntarle abiertamente si estaba buscando esposa.

El asunto era radicalmente distinto si era él quien expresaba sus deseos a alguna posible candidata. Lo que sin duda seguiría en un cortejo que culminaría en las ansiadas nupcias.

–¿Diría usted que está cerca de llegar a buen término en lo que se refiere a... las acciones que ha venido a llevar a cabo en Kent, milord?

Adeline parpadeó y Gertrude contuvo la respiración por un instante. Andrew oyó una extraña tosecita y miró a Claire, que se tapaba la boca con la mano y observaba la ventana mojada con

demasiado interés, casi como si forzara a todo su cuerpo a no mirar a las otras tres personas por temor a prorrumpir en carcajadas.

—No sabría decirles, señoras —respondió con un encogimiento de hombros—. Soy un hombre que gusta de tener tiempo para tomar todas las decisiones.

—Hay cosas en la vida que no pueden demorarse. —Gertrude entrelazó sus huesudas manos sobre la falda plisada que llevaba—. Deben llevarse a cabo con la mayor prontitud y determinación.

—Indudablemente. —Andrew le ofreció una leve reverencia con la cabeza—. Pero aun así... me tomaré la libertad de ser reflexivo para con mis asuntos.

Estuvo claro que su respuesta no gustó a las Aldrich, porque compartieron una mirada de desagrado y desilusión que muy difícilmente habrían podido disimular. El silencio volvió a reinar, solo roto por el sonido de la lluvia, cada vez más encrudecida, que castigaba los costados del coche, salpicando a su paso. Conforme se aproximaban al bosque de secuoyas, el corazón de Andrew empezó a latir con fuerza, galopando a más velocidad que los caballos que los llevaban. Si bien la zona no era apropiada para el paso humano, las fuertes ruedas del coche podían atravesar sin problemas el lateral empedrado, pasando de largo de todas aquellas ramas que Victoria había ido apartando mientras se metía entre la ligera espesura de árboles y arbustos para escapar de él.

Las hojas verdes lucían brillantes por el efecto renovador del agua y la tierra suelta con la que habían resbalado estaba ahora convertida en barro, rebozando las piedrecitas y creando un lodazal que se iría extendiendo campo adentro. La mirada de Andrew se perdió en ese paisaje, evocando lo sucedido, tratando de reconocer cada callado y recodo del camino para que su mente atesorara los momentos de soledad que había pasado allí con Victoria, como si se tratase de un episodio notable en lugar del escenario donde había tenido lugar un accidente.

Tan concentrado estaba en su observación que, de repente, sus ojos se percataron de algo, justo ahí, en el lugar todavía fresco en sus recuerdos donde había sucedido todo. Atisbó un reflejo, un destello dorado y azul que relampagueaba como efecto de la escasa claridad que incidía sobre el terreno en combinación con el agua de la lluvia. No tenía idea de cómo podía ser posible que lo hubiera visto desde esa distancia, ni entendía el fulgor, que parecía llamarle con su brillo, como queriendo que se acercara. Ni siquiera parecía tener sentido que nadie lo hubiera encontrado antes. No obstante, nada de eso pesó en su mente cuando golpeó con el puño cerrado la pared del carruaje que daba al asiento de Gilly, indicándole que se detuviera.

—¿Andrew? —Claire se irguió en su asiento—. ¿Qué sucede?

—¡Para el coche, Gilly! —gritó en respuesta, volviendo a golpear—, ¡detenlo en este instante!

—¿And...?

—¡Milord! ¿Milord qué ocurre? ¿Hemos perdido una rueda?

Ajeno totalmente a las preguntas que se sucedían, sin prestar si quiera atención a quién fuera que las estuviera formulando, Andrew siguió golpeando la pared del coche hasta que los caballos quedaron detenidos en el suelo enfangado, a medio giro del camino que les llevaría fuera de la zona acotada que conformaba su propiedad. Sin pararse a pensar en nada, con la mente únicamente puesta

en el reflejo azulado y brillante que le había llamado la atención, Andrew abrió la portezuela de su lado y se precipitó fuera de un salto, echando a andar a zancadas largas mientras la lluvia empapaba su ropa y le pegaba el pelo a la frente.

—¡Andrew! ¡Andrew! Dios mío, se ha vuelto loco —Claire se asomó, mirando a su hermano alejarse sin obtener respuesta. Al volver a su asiento, vio dos pares de ojos empalidecidos mirándola con angustia—. Tal... tal vez ha visto a un ladrón. O un animal que se ha colado por la propiedad —explicó con torpeza, únicamente por decir algo—. Eso ha debido de ser...

Mientras las tres mujeres aguardaban una explicación, el mojado conde embarraba sus botas de paseo conforme avanzaba por el bosque de secuoyas, apartando las ramas de los árboles jóvenes y moviendo piedras con los pies mientras buscaba, aterido de frío y nerviosismo. Trató de seguir el mismo recorrido que Victoria había hecho en su huida, pero la lluvia había borrado las huellas y la tierra estaba ahora anegada de agua. Casi estaba dispuesto a detenerse, obligándose a creer que lo había imaginado, cuando lo encontró.

Trémulo, se agachó procurando no apoyar las rodillas en el suelo y tomó entre las manos una delicada pieza de orfebrería. Se trataba de un pasador azul con forma de hoja, el mismo con que Victoria Linton había recogido en un rodete su trenza, y que debía haber perdido al caer al suelo junto a él. En sus prisas por llevarla a la casa tras ver que se había lastimado, Andrew no había tenido tiempo de revisar el terreno, y la chica únicamente había recogido la suela rota de su bota, con gran indignación. Tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que había perdido aquel prendedor.

Andrew se lo llevó al rostro, buscando inútilmente restos del calor o el aroma de la muchacha, pero el inclemente cambio en el tiempo se lo había robado. Alzándose, acarició con la yema del pulgar la delicada pieza, sintiendo un peso cálido que le llenaba el pecho. Sabía que era absurdo, pero la certeza, allí, en aquel momento preciso, calado hasta los huesos mientras el agua castigaba su ser, de que poseía algo que tenía que ver con Victoria le sacudió como si un rayo le hubiera partido el cerebro por la mitad.

Acunó el pasador en la mano, como si la pequeña pieza de adorno femenino pudiera tener frío o miedo de su soledad y una sonrisa tonta se le dibujó en los labios al comprender dos cosas. Una, que Victoria Linton ya no podría seguir jugando al gato y al ratón con él, al menos no si quería recuperar su pasador (y teniendo en cuenta lo territorial que era con sus posesiones materiales, estaba seguro de que así sería). El otro descubrimiento radicaba en el hecho incuestionable de que se sentía absoluta y poderosamente atraído por ella, lo cual era mucho más complejo y, sin duda, le traería infinitos dolores de cabeza.

Capítulo 16

La vuelta de Andrew al coche fue todavía más extraña que su repentina huida. Empapado y con el puño cerrado, su rostro lucía perplejo y perdido en algún lugar interno de sí mismo que no parecía dispuesto a compartir. Adeline Aldrich y su madre, dejando la pose orgullosa en pos de sacar algo provechoso de aquel funesto paseo, no tardaron en lanzarse a hacer preguntas, solo que Andrew apenas podía oírlas. Se sentía como si el agua de lluvia siguiera cayendo hasta empaparle los oídos, haciéndole perderse en algún lugar donde nadie más tenía cabida.

Claire decidió salir en su ayuda, en parte porque se sentía verdaderamente preocupada por lo que fuera que le hubiera sucedido a su hermano y, por otro lado, porque las miradas incesantes de las Aldrich estaban empezando a molestarla. Aferrando la manga húmeda de Andrew, tiró de él con la fuerza suficiente para lograr que la mirara. Los ojos grandes de la muchacha, ligeramente rasgados hacia arriba conectaron con los de él, en una súplica silenciosa que le rogaba que prestara atención.

–¿Viste algo entre los árboles, verdad? –afirmó más que preguntó–. ¿Algún animal? ¿Por eso saliste corriendo así?

–Me pareció... –Dándose cuenta repentinamente de la inquieta situación donde se había metido, Andrew se irguió y expresó gravedad con su expresión–. Me pareció ver un zorro suelto por nuestras tierras.

–¡Dios mío! –Adeline se llevó exageradamente la mano a la garganta, presentando un interés que no sentía–. ¿Cómo es posible? ¡Qué horror! Esos detestables y peligrosos animales...

–Tengo entendido que no es temporada de zorros –graznó Gertrude Aldrich, posando la mirada en Andrew y el puño cerrado que este trataba de guiar disimuladamente hacia su bolsillo–. No entiendo cómo puede ser...

–Seguramente se habrá escapado de Stony Cross –adujo Claire, golpeándose la frente como si acabara de recordar–. Hemos ido a fiestas y reuniones allí y me parece que los crían en las propias tierras de la mansión para la temporada de caza.

–Debe haberse escapado. Lo notificaré en cuanto regresemos a la casa. –Una mirada de Andrew bastó para zanjar el tema–, ahora disfrutemos de la vuelta lo más apaciblemente posible.

Golpeó el lateral del coche y Gilly puso al paso a los caballos, retomando así el camino bajo la lluvia inclemente. Aunque Claire no sabía nada sobre las tribulaciones que mantenían distraído a su empapado hermano, su ayuda resultó crucial para Andrew, quien tocaba de cuando en cuando su bolsillo, sintiendo la calidez del recién recuperado pasador de Victoria. Los descubrimientos sobre sus sentimientos hacia ella hacían bombear su corazón con tal fuerza que le impresionó que las Aldrich no pudieran escucharlo.

Obligándose a actuar de la forma más adecuada posible (como si no hubiera cometido ya una lista interminable de errores) se apeó del coche en cuanto este se detuvo ante la entrada principal de la

mansión Holt y ayudó a las tres damas a bajar, ofreciéndoles su mano. La mirada de Claire se fue tras Gilly, quien condujo a los caballos al establo para allí retirarles las bridas y aparejos que habían usado durante el paseo. No obstante, permaneció donde estaba, aunque su mente también había abandonado su cuerpo.

—Ha sido muy agradable compartir este momento con ustedes, señoras. —Andrew hizo una reverencia, sintiendo la prisa perlándole de sudor la frente—. Lamento profundamente la interrupción que sufrimos.

—Estoy segura de que cumplía con su deber, milord. —Adeline parpadeó, sonriendo delicadamente con sus labios llenos en dirección a él—. Un hombre de su categoría, lanzándose a la lluvia para asegurar nuestro bienestar...

—No podía actuar de otro forma, señorita.

Aunque no deseaba llevarse un mérito por algo que no había hecho, ni mucho menos dar alas a una muchacha que ya parecía a punto de alzar el vuelo, poco más podía hacer Andrew para salir del atolladero. Sentía unas ganas inmensas de correr hacia Victoria y encararla, pero no podría hacerlo con libertad si volvía a mostrar un comportamiento poco respetuoso. Por no hablar de que las represalias de su madre podrían ser esta vez mucho peores que un simple paseo en coche.

—Ha sido una tarde... encantadora —Gertrude arrugó la nariz en un gesto que contradecía sus palabras—. Aunque quizá hemos tenido poco tiempo para conversar... ¿no hay nada que se le haya quedado en el tintero, milord Holt?

—Pues... ahora que me lo recuerda, señora Aldrich, estoy seguro de que mi madre estará encantada de recibir su compañía para tomar un refrigerio a salvo de esta lluvia. —Sonrió, paladeando la venganza—. Por favor, no duden en unirse a ella.

—¿Usted nos acompañará? —inquirió Adeline, ansiosa.

Incluso Claire, quien apenas apartaba la vista del camino emprendido por Gilly para llegar a los establos, con la esperanza de ver emerger la imponente figura de Josh, tuvo que prestar atención a la conversación. Era de absoluto mal gusto que Gertrude Aldrich hubiera presionado a Andrew para tocar el tema del matrimonio, pero la insistencia demostrada por Adeline resultaba aún más penosa. ¿Tan desesperada estaba que recaía en tales comportamientos por lograr pescar un marido? Claire tenía la sospecha de que no era así pues, de lo contrario, no presumirían como lo hacían de todas sus posesiones y negocios familiares.

Así las cosas, solo quedaba una explicación: deseaban comprometer a Andrew a cualquier precio. El paseo con doble carabina no había arrojado luz sobre las intenciones del joven conde hacia las Aldrich, ¿creían acaso que un refrigerio con Joanna, la condesa viuda, sería más útil?

—Me temo que no es posible, debo cambiarme de ropa y atender otros asuntos. —Les dedicó una venia—. Ruego me disculpen. Mi hermana Claire las acompañara a la sala con mi madre si gustan.

Andrew huyó antes de que la ira de Claire le alcanzara. La muchacha se vio obligada a sonreír y asentir hacia las dos decepcionadas mujeres, mientras por dentro maldecía a su hermano, que tan egoístamente correspondía al salvamento que ella le había proporcionado momentos antes.

Perdiéndose de vista escaleras arriba, Andrew entró a su habitación como una exhalación, lanzando la chaqueta empapada sobre el galán de noche y sacándose las botas a saltos. Harvey, que todavía dormitaba, emitió un gruñido hacia su amo, como preguntándole a qué venía tanta prisa. El conde, con la camisa ya a medio desabrochar, se pasó la toalla del aguamanil por el pelo para eliminar el exceso de agua, sin perder un segundo.

—Esta vez no me valdrá ninguna excusa, Victoria Linton—dijo en voz alta, aunque hablaba consigo mismo—. Vas a recibirme aunque no quieras.

Despojándose de las ropas húmedas, Andrew se posicionó ante el espejo de cuerpo entero para volver a vestirse. Era tanta su premura que apenas podía sostener los botones de la camisa, los puños casi se le resistieron, y las botas apenas subían por las pantorrillas mojadas. De no haber temido caer en una fuerte pulmonía, ni siquiera se habría molestado en perder el tiempo en cambiarse, y habría ido directo al aposento de las Linton. Con manos trémulas, se echó el pelo hacia atrás, aunque un rebelde mechón castaño seguía cayéndole en la frente.

Una vez estuvo listo, se agachó a revolver entre la ropa desechada hasta dar con el bolsillo de la chaqueta, del que sacó con cuidado el pasador en forma de hoja que había logrado recuperar del bosque. Aprovechando que estaba acuclillado, acarició las orejas negras de Harvey, que le miraba lleno de curiosidad. Andrew suspiró, calibrando el peso de la joya en su mano.

—Es curiosa la sensación de cercanía que te produce poseer algo de la persona por la que sientes...—Sonrió, negando con la cabeza—. Cristo, ¿qué es lo que siento por esa malcriada?

Dejando escapar una risa ronca y franca que subió directamente por su garganta, Andrew se irguió, presionándose el puente de la nariz y dejando ir todos los nervios y prisas que había acumulado casi desde su vuelta al coche. Ni siquiera sabía lo que iba a decirle a Victoria, pero si algo tenía claro era que no permitiría que ella volviera a llevar las riendas de aquel encuentro. Esta vez no le daría ocasión de echar a correr en dirección opuesta, al menos hasta que escuchara lo que fuera que él tenía que decirle.

—Nunca antes una disculpa dio tantos problemas.—Sonrió, metiendo el pasador en su bolsillo y mirando a Harvey como quien consulta a su mejor amigo—. Y nunca un beso robado le costó tan caro a un hombre. ¿Sabes qué pienso, socio? Que fue demasiado corto para lo mucho que he pagado por él.

Quizá era tiempo de equilibrar un poco esa deuda, se dijo Andrew, poniéndose la chaqueta. Esa mujer, con su cabello surgido de las llamas del infierno, había tenido la sartén por el mango demasiado tiempo, y si quería jugar el papel de damisela ofendida, él estaba más que dispuesto a cooperar para complacerla.

Ajena a lo que estaba a punto de venírsele encima, Victoria se entretenía fingiendo leer una aburrida novela sobre caballería que su madre le había subido de la biblioteca. Aunque la temática

no podía ser más predecible ni resultarle menos interesante, nunca se le ocurriría expresar a Eleanor Linton su poca capacidad para escoger libros, especialmente cuando había tenido que mentirle sobre por qué se había negado a recibir a Andrew esa mañana.

Para no ser faltos a la verdad, Victoria había pedido a su madre que dijera a cualquier persona que llamara a la puerta que se encontraba indispuesta, dormida o incluso desmayada por el dolor. No le apetecía ver a nadie después de haber tenido que soportar los aires de gran condesa con que ya se paseaba Adeline Aldrich. Apretó con fuerza las solapas del libro, molesta. De ninguna manera habría podido soportar enfrentarse a Andrew con lo que había sabido. ¿Y qué sentido tendría, después de todo? Ya sabía que había hecho planes, no necesitaba que fuera él mismo quien se los dijera.

Detestaba ocultarle cosas a su madre, que no merecía de ella otra cosa más que sinceridad y confianza, pero Eleanor apenas había protestado cuando Victoria había expresado la suma vergüenza que sentía tras su incidente, dándolo como motivo para no querer recibir visitas. En cuanto se sintiera mejor, daría la cara para todos los huéspedes de la casa Holt, incluyendo sus dueños. Y para ella, «*cuando se sintiera mejor*» significaba cuando tuviera una réplica mordaz lo suficientemente aguda como para demostrar que no le importaba lo más mínimo que Andrew y Adeline compartieran paseos en coche.

Así pues, esa tarde había tomado el té en la habitación y únicamente el doctor Corentin había sido invitado a pasar cuando insistió en revisar su tobillo. Afortunadamente la torcedura no había sido nada grave, de modo que Victoria se libró del maloliente unguento y solo fue necesario vendarlo parcialmente para mantenerlo rígido. Incluso pudo cambiar la cama por un sofá. Suspirando, apoyó la cara en la ventana y se acomodó mejor en el asiento, preguntándose si desde ahí volvería a ver el carruaje. ¿Sería testigo accidental de un beso de despedida, una caricia en la mejilla o una sonrisa cómplice?

«*Accidental es mucho decir, teniendo en cuenta que te has sentado aquí justamente para espiar el camino*», le susurró una molesta vocecilla en su mente.

Con una mueca de desagrado, dejó el libro sobre la mesita auxiliar que su madre le había acercado y cerró los ojos unos instantes. Cuánto echaba en falta su casita, con esos saludables kilómetros de distancia entre ellas y los Holt. A pesar de que la salud de Eleanor parecía haberse estabilizado, Victoria no podía dejar de lamentar haber aceptado aquella invitación. Siempre había sabido que existían personas en el mundo que no perdonaban hechos irremediables como una crianza fuera del matrimonio, un apellido desconocido o las relaciones entre parejas de distintos escalones sociales. No obstante, era la primera vez que se veía totalmente envuelta en esa clase de rechazo sesgado, jamás había tenido que lidiar con comportamientos como los de Adeline Aldrich u otras personas como las que se encontraban en la casa y, francamente, dudaba estar hecha para poder soportarlo.

Lo que más le molestaba de que hubiera testigos del momento en que Andrew la había llevado en brazos a la casa no era que el momento se hubiera descubierto, pues no había ocurrido nada ilícito entre ambos (al menos, no entonces); lo que de verdad la irritaba era que todos se creían con derecho a dar su opinión. Casi temía el momento en que tuviera que enterarse de cuál era la versión que circulaba por los pasillos, porque si coincidía con la de Adeline...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando unos nudillos llamaron a la puerta. Victoria levantó la cabeza y abrió los ojos, descubriendo sorprendida que estaba quedándose traspuesta. Su madre había bajado a mantener una conversación con algunas conocidas que la condesa (bendita fuera por su trato amable para con todos) quería presentarle. ¿La habrían tratado mal, dejándola de lado por sus circunstancias económicas? Quizá Eleanor había tenido su propia taza de rechazo, sin ella para estar a su lado.

Apretando los puños, Victoria estiró la espalda separándola de los cojines en que estaba apoyada, temerosa de encontrarse a su madre bañada en llanto y decepción, pero dispuesta a recogerla en sus brazos y dejarle claro que no tenía nada de qué avergonzarse. Con voz firme, indicó que pasara, y su semblante seguro se agrietó como una figura de porcelana al caer al suelo ante la imponente presencia del conde, que se cuadró en el vano de la puerta, cerrándola con la espalda y la miró casi con... ¿burla? Los dientes de Victoria chirriaron.

—Celebro que se encuentre lo bastante recuperada como para abandonar su grosero comportamiento e invitarme a pasar.

Andrew tuvo la desfachatez de esbozar una sonrisa ladeada que, si bien habría derretido a cualquier dama, a Victoria la hizo ponerse todavía de peor humor. Vio los intentos de la joven de incorporarse, sujetándose de la mesa auxiliar y metiendo los pies con dificultad en las zapatillas de descanso. El hecho de que quisiera encararle de igual a igual, sin parecer débil pese a que lo estaba, aumentó el respeto que sentía por ella. Y también su preocupación.

—Iba a preguntarle si estaba mejor, pero veo que sí.

—En efecto, el doctor Corentin dice que en pocas horas la inflamación habrá remitido por completo —se obligó a responder Victoria, alzándose lo más erguida que pudo y echándose la trenza para atrás—. Si ese es el motivo de su visita, ya puede...

—En realidad hay algo más que me trae aquí. —Se acercó, barriéndola con la mirada. Iba ataviada con una falda plisada en tono damasco y una blusa blanca. Ni demasiado elegante, ni demasiado sobria, correcta para estar en sus aposentos. Sencilla. Hermosa—. ¿No ha echado en falta algo después del incidente que sufrimos?

—¿Sufrimos? —Una ceja roja se arqueó—. No recuerdo que a milord le ocurriera nada.

—Repetiré la pregunta, señorita Linton, pasando por alto su sarcasmo. ¿No echa en falta nada?

Victoria hizo memoria y Andrew se percató del momento exacto en que ella se dio cuenta de que su pasador en forma de pez había desaparecido. El gesto de disgusto que remarcó las bellas formas de la chica le enterneció. No cabía duda de que ella era una mujer práctica y cuidadosa para con los objetos materiales que costaría dinero reemplazar. No había más que recordar lo ofuscada que se había mostrado al ver rotas sus botas, aunque era evidente que habían vivido tiempos mejores.

Queriendo acabar su turbación, Andrew abrió la mano ante ella, mostrando el pasador brillante en su palma. Lo había limpiado a consciencia (y toqueteado hasta dejarle grabadas sus huellas a fuego). Victoria pasó la vista entre él y la pieza, titubeante.

—¿Cuándo lo encontró?

–Hace un momento, paseaba por el bosque y la lluvia incidió sobre la tierra. Debí salir a la superficie entonces y relumbró llamando mi atención.

Sin duda él debía haber interrumpido su paseo en coche con Adeline Aldrich para pararse a tomar el pasador y poder llevárselo a ella. Aunque lo intentó, Victoria no pudo esconder el infinito placer que ese hecho le produjo. Tan complacida se sentía que incluso sonrió, aunque brevemente.

–Le agradezco que me lo haya traído. Es un regalo de mi padre y habría lamentado mucho perderlo. –Extendió la mano, y él negó–. ¿Acaso no va a dármelo?

–No de una forma tan fácil.

El muy truhán volvió a guardar el pasador en su bolsillo y, llevándose las manos a la espalda, caminó pasos lentos hasta acercarse más a Victoria, que continuaba en clara desventaja sujeta a la mesa auxiliar. Por un momento quiso soltarse y poner más distancia entre ambos, pero el temor a que el tobillo no la sostuviera se lo impidió. Manteniendo una mano a la espalda, Andrew se tocó el mentón con la otra, pensativo, haciendo ver que casi no le prestaba atención.

–He tratado de entenderla, señorita Linton, pero me sigue resultando un completo misterio. –La miró por fin, encogiéndose de hombros–. He intentado hasta el cansancio disculparme con usted por un suceso claramente desafortunado, pero no me lo ha permitido.

–¿Disculparse? –Estaba tan airada que golpeó la mesa, aunque el efecto apenas fue notable–. ¿Por interrumpir una conversación privada y expulsar al señor Chamber de la terraza de malos modos? ¿O por hablarme como si buscara mi propia ruina? No, déjeme pensar... ¿trataba de disculparse por haberme besado como medio para acrecentar la verdad en sus palabras?

–Oh, de modo que eso es lo que cree, ¿verdad? –Andrew sonrió, complacido–. No es el beso lo que la ha ofendido, sino el motivo que cree que oculta.

–Me ofende todo acercamiento que haya tenido conmigo –rebatí Victoria, con las mejillas tan sonrojadas que pronto toda su cabeza parecería envuelta en llamas–. Incluyendo ese beso.

–No, no, Victoria Linton, no intente volver a engañarme. –El dedo índice de Andrew se movió ante el semblante atónito de la joven–. Usted se mostraba tan enfadada porque creyó que había intenciones ofensivas ocultas tras el beso, no por el beso en sí. Es más... me atrevería a decir que incluso ha albergado esperanzas...

–¡Ni se le ocurra terminar esa frase!

Tambaleante, Victoria se soltó de la mesita y dio dos temblorosos pasos hacia él, presentando batalla como una fiera. Antes muerta que reconocer que ese dichoso momento en la terraza del salón de baile se había fijado a su memoria y nunca la abandonaba. Jamás caería en la vergüenza de reconocer que había deseado algo que él había usado como mecanismo para humillarla.

La sonrisa de Andrew se volvió mucho más suave. ¡Qué mujer esa! Ni siquiera impedida y sufriendo una pasajera cojera le iba a permitir ganar con holgura aquella discusión. No obstante, había ido sobradamente preparado para soportar cualesquiera fueran los estoques que ella decidiera lanzarle, pues la seguridad de sus descubrimientos le había conferido confianza. Con movimientos suaves, dejó el pasador en forma de pez azul sobre la mesita, haciéndola girar la vista para seguir la

dirección de sus manos.

–No la besé esa noche para demostrar que quisiera que alguien la comprometiera –susurró con la voz ronca. Dio un paso hacia ella apenas perceptible, como si se acercara a una bella y salvaje criatura–. Tenía otros motivos.

Victoria sentía la respiración agitada bajo sus costillas. Le molestaba el pecho alzándose y bajando a través de los prensados botones de la camisa. La certeza de la cercanía de Andrew era más fuerte y dolorosa a cada minuto que pasaba. Su olor, ese tan característico que mezclaba diferentes elementos masculinos, llenaba la habitación, incluso se diría que notaba la diferencia entre las bocanadas de aire que exhalaba ella de las de él. Los ojos azules del hombre la miraron, despojándola de toda fuerza cínica que ella hubiera podido reunir. Se sintió desarmada y los hombros se le bajaron en sumisión.

–¿Qué motivos eran esos? –La voz le salió rasgada y débil, pero aun así él la oyó con toda claridad.

–Tal vez debamos concedernos una segunda ocasión de descubrirlo juntos.

Los brazos del hombre se cernieron sobre sus caderas, alzándola apenas del suelo y dándole de ese modo reposo al tobillo herido. Solo la miró un instante, pero no hizo falta más. Los párpados de Victoria cayeron y los labios de Andrew tomaron los suyos con premura. A diferencia de la primera vez en que se habían besado, de forma accidentada e inesperada, ahora ambos eran dolorosamente conscientes de lo que hacían, y no pretendieron evitarlo.

Esta vez no hubo titubeos, las manos de Andrew cernieron el femenino cuerpo a consciencia y ella separó los labios sin que él hubiera siquiera expresado intención de penetrar entre ellos. Cuando la lengua masculina la arrolló a consciencia, Victoria Linton, desnuda de toda voluntad, se dejó llevar por la pasión.

Capítulo 17

La iluminación era lúgubre por la escalinata de piedra que llevaba a los aposentos de los criados, ocultos en el lado derecho del pasillo después de cruzar la puerta trasera de la cocina. Los pasos resonaban en el suelo carente de alfombras o adornos, y aunque colgaban lámparas de pequeñas repisas en la pared, estaban apagadas con el fin de ahorrar candiles hasta que fuera necesario.

A pesar de ser la primera vez que acudía a las habitaciones de los varones empleados de la casa Holt, Adeline Aldrich había sido muy cuidadosa en aprender el camino para no tener que preguntar a nadie en caso de perderse. También había procurado no ser vista, aunque no se molestaba demasiado en disimular sus pasos enervados conforme avanzaba, pues su estado de nervios no daba para tanto.

Después del horroroso paseo compartido con Andrew horas antes, y tras pasar por una velada de té con la condesa viuda absolutamente insufrible, a Adeline le quedaba claro que iba a tener que recurrir a una persuasión nada elegante si quería obtener de él una promesa firme de matrimonio. El conde había sido esquivo a la hora de mencionar el tema ante ella, no había fleco al que pudiera agarrarse para hacerle ver que la había ilusionado con propuestas que se dilataban. Era momento de pasar a la acción, pues no estaba dispuesta a seguir perdiendo el tiempo y, mucho menos, a continuar escuchando los reproches severos de Gertrude, quien le advertía de que quería un compromiso de forma inmediata o ella escogería al próximo candidato.

Ambas estaban de acuerdo en la conveniencia de que fuera un conde, joven, manejable... pero de tener que optar por otro, a Gertrude poco o nada le importaba si se llevaban a su hija a Escocia o Pernambuco con tal de que su familia emparentara con la aristocracia de más alto nivel. Su esposo necesitaba aliados poderosos para acrecentar aún más sus empresas y ella, estar considerada por encima de algunas de las damas que todavía le hacían mal gesto en las reuniones sociales.

Adeline no estaba dispuesta a tomar un esposo anciano o poco agraciado por poderoso que fuera. No estaba enamorada de Andrew y jamás lo estaría, pero tenía el tipo de carácter con el que ella podría lidiar. En cuanto le diera un hijo, solo uno, lo tendría para siempre en la palma de su mano, obediente. Obtendría su dinero, su posición social y la libertad para vivir como quisiera.

Pero para eso, antes tenía que lograr apartar a las malditas alimañas de él.

Ignoraba qué había hecho Andrew al dejarlas tan groseramente después del paseo, pero estaba segura de que no se había ocupado de asuntos relacionados con la finca. Algunas criadas tontas habían comentado que había subido a los aposentos y allí había permanecido, con lo que sacar conclusiones no era demasiado complicado. Sin duda habría ido a comprobar el estado de salud de esa imbécil de Victoria Linton, cuya presencia y molestia eran ya insurrectas.

Durante los breves minutos que Adeline y Gertrude se vieron obligadas a tomar un refrigerio con Joanna de Holt y Claire, la joven Aldrich no perdió tiempo en fraguar un plan que eliminara su mayor preocupación de un plumazo. Después, cuando estuviera cómodamente instalada en la cama del conde, enviar a su odiosa hermanita a una academia para señoritas hasta los veinticinco años.

Casarla con un hombre apropiado que poseyera una residencia remota sería solo cuestión de tiempo. En cuanto a Joanna... sonrió con desdén, se aseguraría de que no pudiera ser considerada como condesa nunca más.

Detestaba las familias felices, especialmente si la miraban a una con esa disimulada incomodidad. Los parientes eran un problema para la persona recién llegada y ella quería a Andrew para sí sola. La presencia de su hermana y su madre complicaría el juego y no pensaba consentir más interrupciones en los planes que llevaba haciendo toda la vida.

Bajó los últimos escalones y contó tres puertas por la derecha, hallando por fin la que había ido a buscar. Estaba a punto de llamar cuando esta se abrió, dejando pasar por ella a un joven rubio y delgado, con la camisa a medio meter por los calzones y apariencia de haber disfrutado de una saludable siesta. Nada más verla, Gilly se puso tan tenso como un caballo ante una serpiente y se apresuró a componerse lo mejor que pudo en tiempo récord.

–Señorita... Aldrich –balbuceó torpemente, mirando alrededor para comprobar si ella acudía sola–, no esperaba... los invitados nunca...

–Busco a mi lacayo.

–Oh, claro... ¿necesita cualquier cosa? Yo bien podría...

–¡He dicho que busco a mi lacayo! Fuera de mi camino. ¡Fuera!

La mujer avanzó como una exhalación, haciendo que las faldas de su vestido revolotearan. Gilly se mostró tan sorprendido que no tuvo más opción que hacerse a un lado con premura para evitar ser arrollado. Se rascó la cabeza, confuso, y decidió seguir su camino. Lo menos que necesitaba en ese momento era crearse problemas con una de las huéspedes y perder su trabajo.

Maldiciendo para sí, Adeline no se movió del vano de la puerta de madera hasta que el empleado de los Holt se perdió por el mismo pasillo que ella había recorrido. ¡Demonios!, pensó, escupiendo palabras para sí misma que habrían escandalizado a los marineros más curtidos, no estaba en sus planes ser descubierta, y mucho menos confesar a quién buscaba en ese lugar donde los invitados no tenían cabida. Sin embargo, habría sido sospechoso ponerse a tartamudear o inventar excusas repentinas. Ella era una Aldrich y no tenía por qué agachar la cabeza ante nadie. Mucho menos, un empleado.

Abrió la puerta empujando el tirador y la volvió a cerrar tan pronto como cruzó al interior. Sentado en la cama, cabizbajo, estaba el lacayo que su madre y ella habían llevado desde Mayfair para que las atendiera en caso de ser necesario. Evidentemente, había resultado una idea altamente provechosa, puesto que de ninguna manera podría haber llevado a cabo la tarea que ahora se disponía a hacer, contando con un empleado de los Holt. Carraspeó y el hombre levantó los ojos hacia ella. Se puso respetuosamente en pie, con la cara marcada por una fea mueca de disgusto que nunca lo abandonaba. Sin perder tiempo, Adeline sacó del bolsillo interior de su vestido marfil un papel doblado y se lo entregó.

–Consigue una caja de chocolates del pueblo. Que sean finos –graznó, repentinamente nerviosa.

–Serán caros, señora.

—¡Te los pagaré! —le gruñó, perdiendo la paciencia—. Concéntrate solo en obtener unos que parezcan ser dignos de un regalo por parte de un hombre respetable, ¿entendido? Y luego consigue lo que pone en ese papel.

Rogers abrió la hoja y leyó su escaso contenido. Ató cabos en pocos instantes y supo de inmediato lo que se proponía su patrona. Volvió a doblar la hoja, se agachó y la escondió entre los rieles del somier de su cama, decidiendo que más tarde se desharía de ella. Se rascó la barbilla, cubierta de vello hirsuto, preguntándose quién sería el pobre diablo que tanto molestaba con su presencia a la señorita Aldrich.

Afortunadamente para él, sacaría una buena tajada cuando el problema hubiera sido solucionado, tal como estaba diciéndole ella en ese momento. Le pagaría una parte cuando la caja de dulces y el resto estuvieran en su poder, y lo demás cuando el trabajo hubiera concluido.

—Una vez lo tengas todo —continuó Adeline—, házmelo saber. Con discreción. Que nadie te vea. Yo me encargaré del resto.

—¿Puedo preguntar... quién tendrá el privilegio de recibir estas atenciones, señora?

Adeline ya se estaba arreglando las faldas, dispuesta a desaparecer de ese lóbrego lugar cuanto antes. Ahora tendría que fingir un paseo en su coche familiar o una tonta visita a la plaza del pueblo para que su coartada quedara bien sujeta y nadie pusiera en entredicho el por qué había visitado a su lacayo. Sujetando ya la puerta, volvió a mirar a Rogers, con las cejas alzadas y expresión de clara superioridad. Tenía muy en cuenta que él era tres veces más grande y pesado que ella, pero bailaba al son que marcaba el dinero que le pagaban, de modo que sentía que tenía el control.

—Eso no es asunto tuyo. Límitate a cumplir las órdenes y se te recompensará. —Sonrió con malicia, todo estaba en marcha, se dijo, y sería cuestión de pocos días que acabara para bien—. Solo has de saber que... muy pronto, alguien disfrutará de sus últimos chocolates en este mundo.

Mientras Adeline volvía a perderse en las sombras y se alejaba a pasos veloces de las habitaciones de los criados, Gilly seguía confuso y desconcertado cuando entró a la cocina. Tropezó con una doncella que iba cargada con la mantelería que iba a colocar en el salón grande para la cena y a punto estuvo de hacer caer a Josephine, que cortaba rodajas de limón con pulcritud suiza para colocarlas sobre los gordos lomos de unos lenguados que pronto se dorarían al fuego del horno de leña para alimentar a todos los comensales de la casa.

La mujer, secándose las manos en su impoluto delantal, le miró con una riña pintada en la cara, pero el joven lacayo apenas se dio cuenta. Todavía sumido en sus pensamientos, tomó una silla libre, la volvió del revés y se sentó en ella, sirviéndose un poco de café de la cafetera metálica que siempre estaba dispuesta y humeante sobre un ladrillo caliente para que los empleados pudieran espabilarse en las diferentes horas de sus turnos.

Joshua, que se encontraba en un rincón limando de astillas el mango de madera de un martillo para ablandar la carne, levantó la cabeza de su oficio y miró al amigo con gesto interrogante. Dejando la lima a un lado se acercó a él, palmeándole la espalda.

—¿Qué pasa Gilly? —le preguntó en voz ronca—. Pareciera que has visto a tus muertos levantarse de la tumba.

–Ánimas del purgatorio. –Se persignó Josephine, dándole a Josh con el trapo de cocina en la cabeza–. No blasfemes en mi cocina, muchacho.

El joven sonrió y agachó la cabeza en gesto de sumisión para no ganarse esta vez un coscorrón con toda la mano de su abuela. Con gesto imperativo, volvió a cuestionar a Gilly, que se calentaba las manos con la taza de latón y miraba el café como esperando que este le diera la respuesta a todas sus cuestiones. ¿Qué podía hacer? Había visto a la señorita Aldrich en el pasillo de los empleados, pero eso no significaba nada, ella misma había dicho que buscaba a su lacayo para ordenarle cualquier cosa y, a fin de cuentas, él no era nadie para andar con las cosas de los señores en la boca.

¿Qué pasaría si llegara a oídos de esa mujer que Gilly había hecho correr su paradero por entre los criados? Podría ganarse una buena o, peor aún, perder el trabajo que tanto necesitaba. Cuando uno llevaba tantos años sirviendo a personas adineradas aprendía a diferenciarlas, unas eran confiables y cercanas, y a otras valía más tenerlas lejos y tropezar con ellas lo menos posible. Ese era el caso de las Aldrich. Fuera lo que fuese que se traía entre manos con ese pelagatos de Rogers, que roncaba como un gorrino y actuaba con la superioridad de un semental en un establo de castrados, no era asunto suyo.

–Me toca echar una mano a Greyson en los cultivos de la zona norte –comentó el lacayo, esperando que sonara lo suficiente creíble para que nadie indagara de más–. El problema del riego está solucionado y la tierra vuelve a estar lista para arar.

Josh se pasó la mano por el pelo, echándose los mechones azabaches hacia atrás. Si no recordaba mal, Gilly había tenido turno en el establo la noche anterior, y lo sabía porque él dormía allí. Era un trabajo duro, pasando la noche en vela y ocupándose de asuntos de última hora y atenciones a los caballos enfermos y las yeguas preñadas, que no entendían de horas de descanso.

Por otro lado, el trabajo en la plantación era pesado y bastante arduo. Greyson, el encargado, era un hombre de sesenta años con reuma que, si bien lo sabía todo sobre el modo y la manera de hacer brotar frutos de la tierra, no estaba en condiciones para prácticamente nada más que expresar su sabiduría en órdenes. Ahora que el asunto del riego estropeado había quedado solventado y la tierra estaba seca y nutrida para volver a dar cabida a plantaciones, habría que abrirla y sembrar, por no hablar de encargarse de ir recogiendo el resto de suministros, mantener el riego ajustado en cada parcela según las necesidades de lo que allí estuviera creciendo, tener a raya las plagas y asegurar el mejor rendimiento por parte de los empleados.

Todos trabajaban con ganas, si bien había alguien que les guiaba y les mantenía alejados de peleas, como las que surgían inevitablemente en un trabajo cansado, bajo el sol y donde se pasaban horas pegados unos de otros.

–Ve a descansar –dijo de pronto, cavilando todos sus pensamientos–. Yo me encargaré de ayudar a Greyson.

–¿Estás seguro? –Gilly abrió los ojos como platos.

–No tengo nada que hacer ahora mismo, y anoche te tocó establo. Por tu cara no parece que fueran horas apacibles.

Gilly gruñó, apurando el café y dejando ya de lado todas sus preocupaciones en referencia a Adeline Aldrich y sus cercanías con el lacayo Rogers. La promesa de poder dormir más que unas horas le llenó la mente.

—No es nada fácil arreglar los goznes de una puerta mientras el condenado Troquel la pateaba —gruñó—, si esa mala bestia no fuera tan buen caballo de tiro yo mismo le partiría dos patas.

Ambos se rieron y así quedó zanjada la discusión. Joshua se encargaría de dedicar unas buenas horas a partirse la espalda en el campo, lo que le vendría bien para vencer la ansiedad que llevaba todo el día royéndole el estómago como consecuencia de no saber nada de Claire desde el día anterior.

La ausencia de noticias era, por una parte, un bálsamo para su alma, porque verla, saber de ella y el mismo hecho simple de oír su nombre hacía de su vida un continuo infierno. Pero por otro lado, no tener razones de la muchacha le hacía andar taciturno, perdido, como si le faltara algo. La pesada tristeza que sufría era a la vez maldición y medicina para su vida.

—Ya que estáis tan bien avenidos —surgió Josephine repentinamente—, y como parece que Gilly se ha quedado sin ocupación... necesito que vayas al pueblo a por un encargo que me ha hecho el conde —volvió a cortar rodajas de limón con pulcritud—, lo tengo todo anotado y no tardarás en volver.

La mujer le entregó un papelito con la mano libre mientras que con la otra dejaba el cítrico sobre el lomo del lenguado. Tanto Gilly como Josh leyeron el contenido, cabeza contra cabeza, y se miraron con curiosidad.

—Al zapatero. —Quiso asegurarse el joven rubio. Josephine asintió—. ¿Y qué encargo tiene el conde ahí?

—Seguro que no son puros, majadero. —La mujer le apuntó con el cuchillo—. Limitate a cumplir con el pedido y traerlo aquí. Buenos estamos si ahora vamos a cuestionarnos las órdenes del señor de la casa.

Con un asentimiento, Gilly se guardó el papel en el bolsillo, dejó la taza vacía en el lavadero y partió raudo por el pasillo que daba a las habitaciones, a todas luces para asearse y ponerse su librea con el fin de ser reconocido como un empleado de la casa Holt por el dueño de la zapatería a quien debía dirigirse. Mientras, Josh acabó de limar el mango del martillo y lo entregó a una de las ayudantes de su abuela, que se apresuró a dar buen uso de él con un gran filete de vaca que sangraba copiosamente sobre la tabla de madera que usaban para cortar. Se vio tentado de preguntarle a su abuela cuándo le había dado el conde el recado, teniendo en cuenta que ella apenas salía de la cocina, pero no era tan tonto como para esperar explicaciones por parte de la anciana mujer.

Se despidió de ella y volvió al establo, donde se puso su camisa de faena remangada hasta los codos y se subió los tirantes grises de los pantalones, dispuesto a meterse en faena hasta los hombros, si con eso dejaba de darle vueltas a la cabeza y conseguía apartar a Claire, mirándole con aquella expresión desconsolada, de su memoria. La última vez que habían hablado, la muchacha se había airado con él con toda la razón y, por más que quisiera, no podía disculparse y poner remedio a su rudeza. Si le cedía un solo milímetro de terreno, ella le desbordaría.

–¡McKan! –gritó la enronquecida voz de Greyson desde más de un kilómetro de distancia, reconociéndole al vuelo–, ¡Ven aquí enseguida, ahora mismo!

Aunque apenas se había dado cuenta de que ya había cruzado gran parte de la distancia que separaba el establo de los cultivos, Josh apretó el paso y casi corrió, esquivando piedrecitas y ramas con las botas, hasta llegar junto a la zona de plantación, donde se había formado un revuelo llamativo que podía oírse medio metro antes de llegar. Resollando, se acercó hasta el viejo encargado, que se apoyaba en un bastón tan desgastado como él mismo y fumaba cansinamente de una pipa arañada.

–¿Qué pasa, maestro Greyson? ¿Qué es todo este alboroto?

–¿Acaso no le tocaba hoy a ese rubiales arrimar los callos a las raíces? –Tosió, dándose distraídos golpecitos en la pierna con el bastón–. Me pareció que eras tú el que venía por el camino... el reuma no me ha quitado ni un ápice de vista, no señor. Le atinaría a un gazapo a cuadra y media, vaya que sí.

Levantando la cabeza por encima del viejo, que tenía la mala costumbre de dar largas a todo cuando tenía la atención de la gente puesta sobre su persona, Josh recorrió la primera hilera de cultivos, apartando de tanto en tanto a los arrendatarios contratados como jornaleros para que le dejaran mirar. Se agachó para ver más de cerca lo ocurrido y se le crisparon los puños en cuanto comprendió lo que pasaba. Ni falta hizo que Greyson se le acercara, con el andar renqueante, para darle la noticia que él ya había descubierto.

–Han estado robando del huerto –dijo el hombre, con gesto grave.

Las señales eran inequívocas. Había pisadas entre las separaciones de las líneas de cultivo, algunas raíces habían sido arrancadas, así como frutos que se habían echado a perder por ser sacados de la tierra antes de lo debido. Tomates a medio crecimiento, dos lechugas completamente quemadas por el sol, y al menos una decena de zanahorias había desaparecido. La tierra estaba escarbada en varias zonas, y ni siquiera se habían molestado en volver a cubrir los agujeros de los que habían extraído los alimentos una vez arrancados de la tierra. La furia se apoderó de él conforme se irguió. Los cuchicheos entre los trabajadores, que lucían gestos tan impresionados como el suyo, se hicieron más audibles. Dándose la vuelta, Josh miró a Greyson, cuyo semblante expresaba gravedad.

–Las señas dejadas no son de animales. –Se adelantó el viejo, respondiendo antes de oír la pregunta–. Esto lo ha hecho un hombre, torpe, pero hombre... y no es la primera vez.

Capítulo 18

Pudieron haber pasado varios minutos, o tal vez apacibles horas en que nada más importó que quedar refugiados en los brazos del otro, pero como todo en la vida, llegó a su final. La abrupta separación de Victoria casi hizo perder el equilibrio a Andrew, que se vio obligado a soltarla al ver el ahínco con que la muchacha forcejeaba, alejándose cojeando hasta volver a tomar apoyo de la mesita auxiliar. Le daba la espalda, pero aun así, Andrew sabía que el sonrojo había inundado su rostro, al igual que sabía que el calor había emanado de él en cuanto la había tenido estrechada contra sí.

–Victoria, escucha...

–Deseo que se marche y me deje sola. –Le cortó, sin volverse siquiera–. Por favor.

–¿Qué? No –Dio dos pasos hacia ella, tomándola con delicadeza del hombro–. Lamento haber sido tan impetuoso pero, en cuanto te explique, comprenderás...

–¡No hay nada que comprender! –bramó–. ¡Y deje de tutearme de ese modo!

Victoria volvió a rechazarle, girándose esta vez para poder mirarle de frente. Su cabeza parecía envuelta en llamas, puesto que su cabello refulgía al compás de las mejillas enrojecidas, dándole un aspecto adorable y peligroso al mismo tiempo. Sus ojos almendrados brillaban y tenía una ligera hinchazón en los labios que Andrew no podía evitar mirar con anhelo. Compuso una sonrisa calmada, apartándose un mechón de pelo de la frente, y cuando le habló, lo hizo en el tono más carismático que pudo encontrar, pese a sus propios nervios.

–Señorita Linton, creo que no es descabellado pretender que... pasemos algo más de tiempo juntos. Podría organizar un paseo por los jardines, por supuesto su madre podría acompañarnos.

–¿Con qué objeto?

–La compañía, en aras del decoro, por supuesto, y el paseo... para poder conocernos más.

Algo estalló dentro de Victoria, algo sin nombre, pero definitivamente no fue un sentimiento agradable. ¿Organizar un paseo con carabina para conocerla mejor? ¿No era acaso eso lo que había hecho Andrew escasas horas antes con Adeline Aldrich? No encontraba motivos lógicos para que un conde acaudalado y de alcurnia intachable, que tenía en esos momentos su hogar colmado de jóvenes casaderas dispuestas a cantar el Salve a las Tropas de la Reina en cualquier escala que él ordenara por el único motivo de ser dignas de recibir una mirada, tuviera razón alguna para querer pasar más tiempo con ella, que definitivamente no entraba dentro de los cánones deseables para ser considerada como una candidata al matrimonio.

¿Acaso tenía dudas sobre Adeline? ¿O era simplemente que Andrew Holt disfrutaba enamorando e ilusionando a las damas para luego abandonarlas con un sinfín de sueños rotos? Tal vez buscaba divertimento en jóvenes a las que desecharía rápidamente en tanto aparecía la mujer indicada para convertirse en su condesa, o quizá... ni siquiera tenía intención alguna de hacer propuesta en firme de

matrimonio, sino que pretendía usar su posición para hacer caer en desgracia a alguna pobre incauta.

Como ella.

Enarcó las cejas y le dedicó una mirada de reproche y profunda decepción. Eso debía ser, sabía Dios que no había explicación alguna salvo esa que pudiera tener lógica. El conde había entrado a su dormitorio, la había besado y luego le había ofrecido un paseo para conocerla mejor, cuando era evidente que ni aunque se abrieran los cielos, ellos dos podrían tener algo que ver. Estirándose cuanto larga era, Victoria compuso la expresión de desdén más creíble que pudo mostrar, ocultando así el dolor que se había apoderado cruelmente de su corazón, que aún no renunciaba a los latidos frenéticos que experimentaba tras el beso.

—No tengo el menor interés en conocer de usted más de lo que ya he visto, milord —escupió con frialdad, dejándole estupefacto.

—Perdón... ¿cómo dice?

Andrew estaba perplejo. No había esperado que Victoria saltara de alegría, pues el orgullo de la joven era algo que ya había probado, e incluso lo encontraba atractivo. Pero desde luego, jamás habría imaginado que ella reaccionaría dándole ese robusto mazazo a su hombría. Frunció el ceño y no la dejó responder a su propia pregunta.

—¿Está rechazando mi invitación?

—Así es, milord. —Se vio forzada a realizar una leve venia, apenas notable—, lo lamento.

—¿Puedo saber qué razones la impulsan? —Andrew se aproximó un paso, olvidando ya la caballerosidad que dictaba que nunca se debía cercar a una dama—. ¿Por qué rechaza mi acercamiento? Le exijo una respuesta que me satisfaga.

—No tengo por qué satisfacerle en ningún sentido, señor conde. Mi respuesta es no.

Oh, sí, maldita fueran ella y todos sus cabellos rojos. ¡Por supuesto que tenía que satisfacerle! Y sabía el diablo que a Andrew se le ocurrían más de una docena de maneras en las que la malcriada señorita Linton estaría demasiado ocupada y extenuada como para mostrar tanto arrojo contra él. Trató de apartar las imágenes íntimas que se le agolparon en su mente, pues era muy consciente de que se encontraban a solas en el dormitorio de la joven, lo que sin duda le daría la oportunidad y la ventaja para hacerla cambiar hábilmente de posición.

De hecho, podría ponerla en tantas posiciones diferentes que, una vez caída la noche, el simple paseo por el jardín sería una nimiedad a considerar.

La furia y el rechazo bullían dentro de él como si todo su cuerpo fuera una enorme cazuela a presión a punto de estallar. Decidió no acercarse, porque si lo hacía acabaría atacándola para calmar las ansias de su virilidad herida. En lugar de eso (que era realmente lo que deseaba hacer), apretó los puños y cogió aire tan fuerte que las aletas de la nariz se le movieron. Clavó la mirada en ella, que seguía allí, con esa apariencia imperturbable, sacándole de quicio, enredándole las entrañas.

—Todo hombre merece la compensación de saber por qué ha sido rechazado —gruñó, sin apenas separar la mandíbula—. Si mis formas le han parecido avasalladoras, le aseguro que...

—No se trata de eso. —La fortaleza de Victoria pugnaba por resquebrajarse. No era fácil mantenerse firme e indiferente cuando por dentro estaba dolida y humillada—, simplemente no deseo ninguna atención por su parte, milord. No me interesa.

Aquel fue el último clavo para el ataúd de la confianza masculina de Andrew Holt.

Y no fue hasta que Victoria le cerró imaginariamente la puerta de acceso a ella cuando se dio cuenta de cuánto deseaba poder cruzar ese umbral. Era inexplicable que le afectara tanto, imposible de entender, ¿cuántas damas mil veces más dispuestas y aceptables dormían bajo su techo? ¿Cuántas de ellas habrían vendido a sus propias madres por unas palabras de él? Victoria Linton no estaba interesada, ni en su compañía, ni en sus galanteos. Incluso aunque él, de forma incoherente, se hubiera hecho ideas sobre ella... sobre ambos, eso nunca iba a ocurrir.

Ajena a las tribulaciones, cada vez más funestas, que llenaban la mente de Andrew, Victoria rezaba a Dios porque él se diera por satisfecho y abandonara la habitación de forma inmediata. Su capacidad de aguante estaba mermada casi en su totalidad. Apenas podía soportar seguir mirándole, tenerle tan cerca con lo que acababa de descubrir. Se le estaba rompiendo el alma, pero alejarle era lo mejor para ella, pues su cuerpo entero había vibrado con la fuerza de ese beso prohibido en que había puesto corazón y alma, mientras que él... solo había querido divertirse con ella, probar hasta dónde podría llegar una joven sin posibles, soltera y sin esperanzas de hallar protección, a cambio de unas migajas de un hombre poderoso que nunca la convertiría en una dama respetable.

Victoria tenía muy claro que pese a la baja cuna de la que provenía, poseía más respeto por sí misma, su madre y su crianza que cualquiera de las mujeres que ahora llenaban la casa Holt. Nunca consentiría convertirse en la burla de Andrew, y se mantendría firme aunque el dolor y la pena provocaran que su corazón dejara de latir.

—De modo que no le intereso, ¿no es eso, señorita Linton?

La voz rasposa de Andrew la hizo dar un saltito, lastimándose el tobillo. Ella se aferró más a la mesita auxiliar, mirando el rostro del hombre, que hasta hacía un momento estaba lleno de calidez y diversión. Ya no era el mismo joven despreocupado que le había entregado el prendedor recuperado del bosque, ni tampoco el que la había sujetado en brazos. Ahora que ella le había denegado todo acercamiento, mostraba otra cara, y esta era cruel.

—Parece que, a pesar de sus pocas posibilidades, tiene una lista de pretendientes esperándola, ¿no es así? —Sonrió de medio lado—. De lo contrario, no se daría el lujo de desechar con tanta facilidad.

—Milord... —Victoria maldijo al notar cuánto le temblaba la voz—. Le ruego que se vaya.

—¿Me ruega? ¡Caramba! Eso es nuevo. —Pero no se movió, y continuó mirándola con irónico desdén—. ¿Acaso la gente se equivoca con usted y, después de todo, ha conseguido algún admirador? ¿Cuántos hay más, aparte de Bernard Chamber?

El golpe verbal fue certero y dio en el blanco, pero aun así, Victoria trató de pasarlo por alto, impidiéndose flaquear.

—Eso no es de su incumbencia, señor conde. Abandone mi habitación en este instante.

Andrew sabía que debía haberlo hecho. No se sentía contento consigo mismo después de haber

usado esas frases tan hirientes contra ella, haciendo especial ahínco, de forma cruel, en el poco éxito que sabía que Victoria tenía. No era un secreto para nadie que su padre les había dejado deudas, ni siquiera contaban con una segunda residencia, y en la que vivían, una modesta casita a las afueras de Surrey, no abundaban el servicio o las actividades sociales. No obstante, estaba ofendido hasta tal punto que la única salida que podía encontrar a su malestar era el desdén.

Apenas pudo controlarse para seguir atacándola, aun cuando en su fuero interno sabía que iba a arrepentirse muy pronto de ello.

—Parece que después de todo mi primera impresión fue la correcta —le escupió en plena cara, mirándola como si no fuese nadie por primera vez desde que se habían conocido—. A pesar de su apariencia angelical, ha resultado usted una mujer que juega con las atenciones masculinas a su antojo.

Inmediatamente después de acabar, una losa cayó sobre el pecho de Andrew, aplastándolo. Abrió la boca y quiso ofrecer una disculpa de forma automática, dispuesto a retractarse de tan vulgares palabras que jamás habría empleado para acusar ni a la más perdida de las mujeres. Desvió la vista para no mirar a Victoria, esperando que se acercara y le abofeteara hasta cruzarle el rostro, casi lo deseaba, pues sería una forma de comenzar a purgar las estupideces que su boca no había sabido callar.

Ese era el premio por dejar tomar las riendas de su cerebro a su masculinidad ofendida. Había faltado gravemente el respeto a la única joven de toda la casa a la que de verdad le interesaba conocer. Él mismo, había dado a Victoria Linton las razones necesarias para mantenerse firme en su rechazo hacia él.

La sintió moverse y esperó la réplica, pero esta no llegó. La joven, muy digna, cojeó hasta cruzar el dormitorio y abrió la puerta de par en par, manteniéndose rígida como una tabla y sin hacer una sola mueca de dolor por el uso del pie dolorido. Allí plantada, con su sencilla falda y camisa de vestir, la trenza cayéndole sobre el hombro izquierdo y el rostro pálido apenas arrebolado, parecía una Inmaculada hecha para ser adorada por el hombre. Su sola imagen hacía sentir impuro a Andrew y, por primera vez, sintió el peso del condado como un yugo sobre la garganta, apartándole de las cosas terrenales verdaderamente importantes, como el afecto de una mujer en la que no podía dejar de pensar.

Vencido, humillado y arrepentido hasta la médula, no tuvo valor para mirarla por segunda vez. Como el cobarde que era, rumiando todavía todas sus ofensas, Andrew Holt llegó a la entrada del aposento en dos zancadas, cruzándola y sintiendo más pesada el alma a cada paso que daba. Apenas había tomado el giro del pasillo que daba hacia las escaleras cuando oyó cerrarse nuevamente la puerta y, con ella, todas las esperanzas que ni siquiera sabía que tenía.

En el interior del dormitorio, perdidas ya todas las fuerzas, Victoria se dejó resbalar por la pared hasta quedar sentada en el suelo, donde dejó por fin salir el llanto que tanto trabajo le había costado contener.

Capítulo 19

Con el corbatín del esmoquin suelto sobre las solapas de la chaqueta y los pies subidos a la superficie pulida de la mesa, Andrew calentaba una copa de coñac, dándole vueltas en la mano con la vista perdida en algún lugar indeterminado del despacho. Paseando la mirada por los anticuados volúmenes ilustrados que se apilaban en los estantes, intercalados con libros de propiedad y cuadernos de cuentas, incrementó el movimiento de sus dedos con el fin de que el licor estuviera listo lo antes posible.

Era (o sería cuando la apurara de un solo trago como tenía previsto) su segunda copa antes de cenar. Aunque las normas de la etiqueta en cuanto al estado de embriaguez de los caballeros se relajaban conforme mayor rango poseían estos, Andrew sabía que no estaría bien visto que se presentara en el salón con aliento a coñac y pasos tambaleantes aunque, en esos momentos, lo relativo a las normas sociales pesaba muy poco en su mente enturbiada, demasiado ocupada en el auto castigo como para centrarse en nada más.

Por supuesto, quedaba la opción de no asistir a la cena, aunque los invitados lo considerarían algo vulgar, una falta de respeto y una afrenta al decoro que difícilmente olvidarían. Mirando ambas perspectivas a través de la superficie ambarina de la copa, Andrew meditó, ¿qué infracción sería más grave? ¿Presentarse en su actual estado o estar ausente? Después de todo, se había vestido mecánicamente, dispuesto a darle prisa al mal paso y actuar según los deseos de su madre, quien había lanzado la casa por la ventana aquella noche. Pero entonces, la buena de Joanna Holt le había comunicado que tras la cena tendría lugar un “pequeño baile”, en honor a las jóvenes huéspedes, facilitando así la tarea de Andrew de conversar y dedicar unos saludables minutos de compañía a todas.

Alzó la mano y se bebió el coñac. Dios bendito, lo que su madre entendía como un pequeño baile podía durar hasta la madrugada. Horas y horas de giros ensayados a la distancia adecuada y conversaciones banales donde no estaba permitido hablar de prácticamente nada. ¿Podía algo ser peor que aquello, dadas las especiales circunstancias que tenía esa noche?

Desde luego que sí.

Tendría que pasar la velada viendo como Victoria Linton se dejaba agasajar por quien fuera que estuviera en su punto de mira. Bailaría, se reiría y mostraría esos encantos ocultos y poco comunes que hacían que él, el anfitrión de la casa y uno de los hombres más poderosos de Londres, con un título que se remontaba a generaciones, estuviera escondido en su propio despacho, bebiendo para olvidar el desprecio al que ella le había sometido.

Aún le costaba asimilar lo que había sucedido entre ambos, aunque era lo bastante sincero para reconocer que las burdas acusaciones que había lanzado contra Victoria seguían frescas en su memoria, haciéndole sentir mezquino y culpable. Ningún caballero, sea cual fuere su rango, si se consideraba tal, debería caer jamás tan bajo. Encarar el rechazo de una mujer con elegancia decía

mucho más de ese hombre que el mostrarse escalado como un gato al que hubieran lanzado agua hirviendo. Pero claro, no era tan fácil acogerse a esas premisas cuando era uno mismo el que recibía la bofetada del desdén.

Mirando a través del cristal opaco de la copa, Andrew suspiró, intentando dilucidar por qué motivo crecía su atracción por Victoria Linton cuanto peor iban las cosas con ella. Tras la negativa de la joven a conocerse y acercarse más el uno al otro, mayor era la sensación que sentía Andrew de que estaban dejando pasar algo que podría ser grande y real. Tenía la dolorosa certeza de que estaba perdiendo un tiempo muy valioso, de que desaprovechaban momentos que podría estar invirtiendo en algo importante.

—Cómo si pudiera considerarla una candidata a esposa... —comentó con sorna, hablando para nadie en particular—. No podría ser menos apropiada ni aunque se esforzara diariamente en ello.

Pero aunque se repetía esa verdad con mucha frecuencia, cada vez le parecía menos convincente.

De modo que ahí estaba, tratando de embriagarse lo suficiente como para verse dispensado de acudir a una cena que no disfrutaría, seguida de un baile que aborrecería durante cada minuto que durara. Detestaba la idea de tener que bailar con todas esas encantadoras jóvenes, a quienes debía mostrarse interesado en conocer, cuando sus únicos pensamientos estarían volando alrededor de Victoria Linton, pensando dónde estaría, con quién... o si la estarían cortejando y ella se mostraría asequible.

Y sabía el diablo que ella sería capaz de prestar atención hasta a los camareros con tal de hacerle saber con mayor exactitud aún lo poco interesada que estaba en él. Tal vez incluso protagonizara alguna escenita tierna con Bernard Chamber, al que estaba claro que prefería por encima de Andrew. Con un gruñido, sujetó con tanta fuerza el pie de la copa que esta crujió.

Era inconcebible que se sintiera tan menospreciado, tan ninguneado y segundón por culpa de esa mujer. Era ella quien tendría que dar gracias a Dios y a todos los santos por haber conseguido su atención, ¡ni siquiera estaba en la casa en calidad de dama potencialmente casadera! La única razón de que se hospedara en la mansión Holt era esa tonta amistad pasada entre Charles Linton y el difunto conde, nada más. El hecho de que Andrew hubiera puesto en ella sus ojos, su mera intención de tratarla, debería hacerla sentir especial, debería lograr que ella danzara a su ritmo, estuviera a sus pies, debería...

Pero Victoria no era esa clase de mujeres que entendían la importancia de una persona a tenor de sus posesiones o rangos. Ese era justamente el motivo por el que a él le fascinaba tanto, porque le hablaba y le trataba como a un igual, porque no se dejaba amedrentar por el condado o la gran casa. Cuando Victoria le miraba, veía al hombre, al joven que había renunciado a la diversión y libertad por ocuparse de unas responsabilidades que, en ocasiones, fueron demasiado para él. Veía al muchacho que había llorado amargamente abrazado al cuello de su perro tras perder a su padre. Ella nunca se dirigía al conde, aunque le llamara por el término formal, cuando tenía algo que decirle, era a él a quien acudía.

Era posible que no comprendiera cuán grande era eso para él, pero precisamente esa forma de ser era lo que le tenía embrujado, haciéndole imposible pensar en cualquier otra mujer cuando ella le

llenaba todos los sentidos.

–Dios mío –se lamentó, dejando la copa vacía y apretándose las sienes con los dedos–, no permitas que esto vaya a más...

Rogó en silencio, aunque sabía que era demasiado tarde.

Su tranquilidad se truncó cuando alguien llamó a la puerta. Rezongando, Andrew se vio obligado a bajar los pies de la mesa y mandar que pasara, empleando el peor tono de voz que pudo encontrar. Lo cierto es que había advertido que quería estar solo, (incluso Harvey se había mantenido fuera del despacho de su amo, huyendo de su genio), pero no era lo suficientemente desconsiderado como para echar a quien estuviera al otro lado de malas formas, pues con toda seguridad se trataría de alguien que nada tenía que ver con su mal humor.

Gilly, el lacayo, hizo su tímida aparición por el quicio de la puerta, manteniendo únicamente la cabeza rubia asomada hasta que Andrew le hizo una seña exasperada con la mano. El joven caminó hacia el interior del despacho, vistiendo la librea color chocolate y portando una caja cuadrada cuidadosamente envuelta en papel marrón de embalar. Si notó el olor a coñac o vio la copa vacía cerca de la mano del conde, no hizo mención alguna al respecto.

–Milord, traigo su encargo del zapatero –explicó con educación, dejando la caja sobre el escritorio pulido.

–Dudo que vaya a serme de utilidad... –graznó Andrew, echando un vistazo al paquete como si quisiera infundirle la culpa de todos sus males –, no creo que lo acepte.

–¿Milord? –Gilly se rascó la cabeza–, ¿Decía usted?

Andrew se dio cuenta de que había estado hablando en tono demasiado bajo, pero pocas ganas tenía de explicar a su empleado el porqué de su locura repentina, de modo que se limitó a negar con la cabeza y agradeció con un gesto simple la diligencia de Gilly. El lacayo le hizo una reverencia y se dio media vuelta, dispuesto a volver a sus quehaceres, sin duda ocupando un lugar cercano a la casa para mantenerse a la vista en caso de ser necesario por algún motivo durante la cena. No obstante, cuando casi había llegado hasta la puerta, recordó algo que le hizo detenerse en seco y volver a mirar al conde, que a duras penas contuvo las ansias de gritarle que quería estar solo.

–Señor... si me disculpa... ocurrió algo mientras estaba en el pueblo efectuando su recado.

–Si realmente crees que es importante que lo sepa... –Andrew suspiró cansadamente–. ¿De qué se trata?

–Vi a Rogers, el lacayo de las señoras Aldrich. Parecía tener prisa por cumplir algunas órdenes... vestía de oscuro, sin dejar ver los colores de su librea. –Se encogió de hombros–. Me pareció raro.

Andrew no diría que aquello fuera raro, aunque sí poco común. Si un empleado era enviado a hacer recados para sus señores, lo más lógico era que lo hiciera vistiendo el uniforme que lo hacía reconocible. A menudo las doncellas o lacayos no llevaban dinero para pagar las cuentas, sino que estas quedaban saldadas de antemano por sus empleadores o eran satisfechas a posteriori, cuando el dueño de la tienda en cuestión enviaba a la casa la factura. Por eso era importante llevar un distintivo familiar, para que el dueño original de la mercancía supiera que estaba entregándola a la persona

correcta.

Sin embargo, en ese momento a Andrew le importaba bastante poco lo que el lacayo de las Aldrich hubiera hecho o la ropa que se hubiera puesto para tal tarea. Sabiendo que Gilly esperaba una respuesta (no se iría nunca en caso contrario) se encogió de hombros, obligando a su cerebro a pensar en otra cosa que no fuera la exasperante Victoria Linton.

—Quizá le surgió ese recado en último momento, o estaba fuera de su horario —dijo sin convicción—. Incluso es posible que estuviera comprando algo para sí mismo, y no para sus patronas.

—¿En una elegante confitería especializada en chocolates exóticos, milord? Dudo que ese hombre tenga gustos tan refinados. Y mucho menos, que pueda costearlos.

—A lo mejor tiene una enamorada a la que desea agasajar —masculló el conde, impaciente por terminar la conversación.

—¿Rogers? —Gilly hizo un sonido de disgusto—. Milord, ni una vaca en sus últimos días de vida se dejaría tocar por ese tipo, es lo más desagradable que...

—De acuerdo, de acuerdo, Gilly. —Andrew alzó la mano, indicando que la conversación había tocado en un punto muerto—. Permanece alerta de cualquier cosa extraña que te parezca ver en las personas ajenas a la casa. Con respeto y discreción.

—A sus órdenes, milord.

Con una venia mucho más entusiasta y claramente orgulloso de su nuevo rol de espía, Gilly por fin abandonó el despacho, dejando al conde sumirse nuevamente en la penumbra de su inquieta soledad. Mientras pensaba si debía ponerse otra copa o dar por terminada su autodestrucción, Andrew se permitió unos instantes de reflexión sobre Adeline Aldrich, pues ella era, junto a Victoria Linton, la única de las huéspedes con las que había tenido un trato más cercano.

De hecho, y para hacer honor a la verdad, le había dedicado más tiempo a Adeline que a nadie más, contando el paseo en carro y las súbitas apariciones de la joven, que siempre parecía saber cuándo era el mejor momento para intentar entablar una conversación con él. A juzgar por lo que dejaba ver, la señorita Aldrich poseía un carácter, una forma de ser, un aplomo y una maneras dignas, sino de una reina, sí de una condesa. Se esforzaba tanto en demostrar la perfección que albergaba su estilizado cuerpo, mostrándose siempre tan sumamente correcta y tan espectacularmente acertada... que Andrew dedujo que quizá seguir dando vueltas incoherentemente sobre el asunto del matrimonio solo serviría para hacerle perder el tiempo.

Era claro que no podía guiarse de sus pretensiones personales, puesto que estas enfocaban hacia Victoria y ella había sido demoledoramente clara sobre su falta de interés. Adeline, al contrario, había expresado casi hasta la grosería lo muy encantada que estaría con que él optara por la opción más obvia. ¿Por qué seguir torturándose entonces? Lo más fácil era cortejar a la señorita Aldrich durante un tiempo prudencial y luego desposarse con ella sin demora. Solo tendría que ser un marido aceptable un par de semanas, para después enfrascarse en las duras negociaciones con los socios de la naviera que partiría a China para exportar especias y telas, entre los que esperaba formar parte.

El matrimonio era una cuestión conveniente, práctica, necesaria. Quizá habría sido más ideal

contar con tiempo para ahondar en esos sentimientos que estaban empezando a calar en su interior, dedicar esfuerzo y dedicación a la tarea de conocer a la dama adecuada, respetarla, ganarse su afecto con vistas a una relación que fuera íntima y profunda... pero tal como estaban las cosas...

—Adeline Aldrich me valdría tan bien como cualquier otra —culminó, poniéndose en pie—. Le propondré matrimonio a ella y acabaré de una vez con todo esto.

Con paso firme pese a las dos copas de coñac, Andrew de Holt se ató el corbatín y tiró del chaleco y la chaqueta para estirarlos, dispuesto a dar su mejor cara en la cena y dejar claras sus intenciones en el baile con la mayor prontitud posible para poder retirarse a sus aposentos en soledad.

Paralelamente, en los establos y ajeno al inicio de la cena que tenía lugar en la casa principal, Josh revisaba minuciosamente los estantes de la zona de aperos y material para el cuidado y la atención de los caballos.

Tras su larga charla con el señor Greyson, ambos habían llegado a la inteligente conclusión de no hacer público su hallazgo hasta no tener más pruebas y pistas de lo ocurrido. Sería una insensatez por parte de los dos hacer correr entre los arrendatarios y trabajadores de campo la voz de que alguien había estado robando de la cosecha desde hacía algunos días, pues estos entrarían en pánico y el temor de perder su trabajo podría incluso impulsarles a empezar a acusarse unos a otros sin motivo.

Lo que Josh no podía asumir era que no se hubieran dado cuenta antes. Era claro que el ladrón había sido astuto y sin duda había cogido hortalizas de aquí y de allá sin seguir un patrón fijo. Probablemente para sí mismo, puesto que si el hurto hubiera sido más llamativo, jamás habría pasado desapercibido. También resultaba obvio que no se trataba de nadie que trabajara para el conde, pues él personalmente, así como el señor Greyson, conocían la situación económica de todas las familias que vivían en los terrenos de los Holt, y ninguna de ellas tenía necesidad de robar para alimentarse o revender la cosecha. La paga era buena, tanto la parte en mesada como la que era en alimentos, y nadie se había quejado aún cuando sabían que sus peticiones siempre eran escuchadas.

Así las cosas, y teniendo en cuenta que la tierra había sido escarbada y algunos frutos a medio crecimiento echados a perder, ahora la cosa empezaba a ponerse más seria. Quien quiera que estuviera tomándose tales libertades con el huerto no lo hacía para callar su hambre.

Josh estaba a punto de tomar cuaderno y tinta para elaborar una lista de desperfectos y faltas en las hileras tres y cuarto del sembrado cuando Gilly entró al establo. Sus pasos eran más que audibles, pero aunque no hubiera sido así, el sonido de los animados silbidos que iba soltando habría sido bastante para reconocerle. Tardó menos de dos minutos en llegar al lateral de los aperos, ya con la librea desabrochada y una tonta sonrisa satisfecha en la cara.

—El conde me ha encargado que mantenga los ojos bien abiertos a cualquier irregularidad —se apresuró a explicar, sin que nadie le hubiera preguntado.

–Ya veo. –Josh despejó el escritorio de madera, cuya superficie desgastada se empeñaba en mantener lo más organizada posible con el objeto de tener siempre a mano cualquier cosa que pudiera hacer falta–. No podrías mantener la boca cerrada ni aunque de eso dependiera tu vida, así que imagino que con los ojos te sucederá lo mismo.

–Ese Rogers no es trigo bien arado, tú mismo te diste cuenta. –Gilly se apoyó en la pared enladrillada, cruzándose de brazos–. Su actitud en el pueblo fue de lo más extraña, y el conde debía saberlo.

–El conde tiene bastantes cosas en la cabeza... y más que le van a venir, como para preocuparse de un criado que compra chocolate.

Las orejas de Gilly, ligeramente puntiagudas, se enrojecieron. Separó la espalda de la pared y se frotó las palmas de las manos en el pantalón, observando a Josh como a la espera de que continuara. Con un bufido de exasperación, el joven lacayo se vio obligado a contarle a su compañero, sin entrar en demasiados detalles, el descubrimiento que habían hecho en el huerto. Durante la breve charla, la boca de Gilly se fue abriendo paulatinamente, y para cuando Joshua acabó, este parecía capaz de tragarse una brida entera de tan forzadas que tenía las mandíbulas.

–¡Hay que decírselo al conde! –exclamó, golpeándose el puño cerrado con la palma de la mano–. ¿Por qué no me dijiste nada antes? Podría habérselo hecho saber cuando estuve en su despacho.

–No puedo decirle nada hasta que no sepa exactamente qué ha estado pasando, cómo y cuánto falta –explicó Josh, perdida ya toda la paciencia–. Si tenemos un ladrón entre nosotros, lo menos que necesita es estar sobre aviso. Cuanta menos gente lo sepa, más opciones de encontrarlo.

–Sí... sí, eso tiene sentido –confirmó Gilly, aunque no demasiado animado–. ¿Cómo es posible que esté pasando esto? Parece increíble que alguien sea capaz de hurtar en las propias tierras de los Holt.

–Sea quien sea... pronto saldrá a la luz.

Gilly se mostró conforme con la actitud segura de Josh, bostezó ruidosamente y le dio una palmada en el abultado bíceps antes de perderse nuevamente bajo el cielo nocturno, a todas luces, rumbo a la habitación donde caería como un fardo en la cama. A su pesar, Josh tuvo que sonreír. Gilly había sido su primer amigo de verdad, y le tenía un sincero y gran aprecio.

Era esa clase de empleado que habría sido capaz de irrumpir en la cena del conde y gritar ante todos sus invitados que alguien había estado robando en el huerto, y no lo habría hecho por afán de protagonismo, ni siquiera para estropear la velada, sino porque tenía un sentido de la lealtad que le llevaba a utilizar los momentos menos oportunos para hacer gala de su recta entrega para con sus patrones.

Dejando de lado sus relaciones con los otros empleados, Joshua tomó papel y tinta y se giró hacia los estantes del anexo que hacía las veces de despacho, buscando una pluma con la que empezar a redactar lo mejor que pudiera todo lo que hasta el momento había descubierto en el sector norte de la plantación. En momentos como aquel, cuando debía llevar algo sólido y comprobado ante el conde, agradecía infinitamente los coscorriones recibidos por su abuela cuando de niño no quería aprender a leer y escribir.

Estiró la mano hasta la caja de plumas cuando algo llamó su atención. En el fondo izquierdo del estante se acumulaban algunos pesticidas y venenos con los que trataban las plagas ocasionales que asolaban tanto a la huerta como a la paja y los establos de los caballos. En un lugar donde había animales, humedad y excrementos, no era suficiente con lavar y rastrillar con agua y jabón, en ocasiones, y con mucho tiento, debían mezclar un poco de líquido ponzoñoso para acabar con las alimañas. Lo que más solían utilizar como pesticida, por su rapidez de actuación, coste mesurado y facilidad para ser rebajado, era arsénico, el cual sulfataban a las plantas y al terreno cuando era necesario y siempre en cantidades que no fueran peligrosas para quienes luego consumieran los frutos de la tierra.

Él, personalmente, llevaba un riguroso control de aquellos elementos, que no eran guardados en la cocina por seguridad, dado que algunas doncellas analfabetas podrían confundir el frasco con especias para la comida y crear una catástrofe. Con el pelo erizado en la nuca, Josh dejó el cuaderno sobre el escritorio y tomó la hoja de registro, revisando las fechas una por una hasta dar con el último uso de arsénico, que había sido dos semanas atrás, sobre las tomateras accidentas que se habían replantado. Se habían usado dos cucharadas soperas en la mezcla y según el informe, quedaba el equivalente a otras tres en la botella del estante.

El problema era que la botella que tenía ante sí estaba vacía.

Soltó velozmente todo cuanto tenía en las manos, más que dispuesto a levantar de los catres a todos los criados y doncellas de la casa e interrogar uno por uno hasta encontrar al que había estado manejando sustancias peligrosas sin informar de ello. Únicamente él y Greyson tenía permitido tomar los pesticidas sin dar cuentas, siempre que se guardara constancia de su utilización para que quedara registrado cuánto duraba cada frasco y cuándo se hacían con uno nuevo. Teniendo en cuenta que podía tratarse del segundo robo que estaba teniendo lugar bajo el techo de Andrew, Josh llegó a la conclusión de que el informe podría esperar. Tenía que informar inmediatamente al conde.

Ya iba a tomar el candil para echar a correr hacia la casa cuando una figura emergió de las sombras, pensando que se trataba nuevamente de Gilly, Josh estuvo a punto de proferir en improperios, pero estos abandonaron su garganta al percatarse de que la intrusa era Claire Ferris, que le miraba desde el corredor que daba a los cubículos de los caballos con semblante decidido. Incluso en un momento como aquel, cuando la prisa y el enfado por haber sido engañado bullían dentro de Josh, no pudo evitar fijarse en lo hermosa que estaba con aquel vestido verde agua y el cabello castaño cubierto de tirabuzones.

—Señorita... no es hora para visitar a los potros. Y tampoco viene vestida apropiadamente para este lugar. —La disuadió, rogando porque se fuera—. ¿No debería estar ya en la cena con su familia?

Claire dio unos pasos hacia él, recogién dose apenas el vestido para no arrastrarlo sobre el suelo cubierto de tierra y restos de paja, dejándole ver las puntas de sus zapatos forrados en satén del mismo tono que el vestido. Cuando le miró, sus ojos castaños parecieron abrirle en canal como el más afilado de los cuchillos, sin darle opción a escapar.

—Debería, sí —coincidió, con voz calmada—, pero antes tengo que hablar contigo.

—Este no es un buen momento señorita Ferris...

–Bueno, ¡menuda sorpresa, Josh! Nunca es un buen momento para que hablemos, porque siempre estás demasiado ocupado rehuyéndome.

–Yo no... –Bufó exasperado, dejando el candil sobre la mesa para evitar la tentación que sentía de arrojarlo al suelo y prender en llamas todo aquel lugar con él dentro–. No la rehúyo... solo actúo con propiedad. Me mantengo en mi sitio.

–¿Y qué sitio es ese? –Le cercó Claire–. ¿El que te impide hablar o ser agradable conmigo? ¿El que provoca que me trates como si no me conocieras? ¿Ese es tu sitio? ¿El que te da la actitud para comportarte conmigo como si te causara repulsión?

–No sabe lo que dice... no tiene idea...

–¡Explícamelo entonces! Porque, Dios me asista, está claro que hago esfuerzos por entenderte, Joshua, pero no lo consigo.

Él la miró como si se hubiera convertido en una quimera, en un hada, en una ninfa de los bosques. Claire Ferris era algún tipo de criatura demasiado mitológica como para que él tuviera la voluntad de ser fuerte y resistirse a ella. Aparecía en los peores momentos, cuando la tensión que soportaba era más dura e imposible de controlar, arrojándole dardos que le dejaban atado de pies y manos, apesado contra la espada y la pared. Había salido indemne demasiadas veces como para no temer que la suerte, un día, se acabaría. Y cuando eso pasara, él haría algo horriblemente estúpido.

–No debería perder el tiempo de esa manera –le espetó, con la mayor frialdad que pudo–. Solo soy un lacayo. Usted no tiene que entenderme, ni que mirarme a la cara siquiera.

–No es cierto. Nunca has podido mentirme. –Claire le miró con decepción, pero muy segura de sí misma–. Si eso fuera cierto entonces no significarías nada para mí, y sabes bien que no es verdad.

–La cuidé cuando era pequeña, eso es todo. El conde me lo ordenó. –El alma se le desgarró otro poco, pero siguió adelante, tenía que hacerlo–. Y usted lo permitió porque era demasiado niña para entender que estaba rebajándose al pasar tiempo con un criado.

–¡Basta, Joshua!

Claire se golpeó las faldas con sus dos minúsculos puños, apretados bajo los guantes de seda que le cubrían los brazos hasta los codos. Sus ojos reflejaban toda la furia que sentía en esos momentos, y el tono airado de su voz hizo que él la mirara. El pecho de la muchacha subía y bajaba con la fuerza de su respiración, haciendo moverse el escote ribeteado de su vestido, convirtiéndola en una tentación demasiado grande en aquel lugar solitario y alejado. Josh cerró las manos hasta que se clavó las uñas en la palma, obligando a todo su cuerpo a no mover un músculo, aunque el esfuerzo le costara la vida.

–No soporto que utilices esa actitud mártir para justificar que no eres capaz de decirme la verdad. Nunca creí que fueras un cobarde, Joshua, pero ahora me doy cuenta de que te comportas exactamente como uno.

–Váyase de aquí, señorita Ferris –rugió él sin apenas separar la mandíbula, haciendo sonar su voz más como un gruñido animal que como palabras humanas–. Hágame caso.

–¿O qué? ¿Te darás la vuelta y pretenderás trabajar como si yo no estuviera aquí? ¿Me harás a un lado sin importarte mis sentimientos? Haces que me sienta despreciada, cuando de niños eras incapaz de separarte de mí.

El calor subió por el cuerpo de Joshua, desde los dedos de sus pies hasta su cuello, cuyas venas marcadas dejaban claro reflejo de lo difícil que le resultaba respirar. Apenas podía creer la ironía de todo aquello. Claire creía que para él era una tarea simple el pretender que ella no estaba allí. Pensaba que fingir que podía mantenerse sereno y calmado cuando la sentía cerca era sencillo para él, cuando la maldita verdad era que luchaba contra sí mismo cada minuto de cada día. Desde hacía años.

Y ahora ella estaba allí, a solas con él. Donde nadie podría oírla, echándole en cara que se sentía desplazada, como si no fuera el principio y fin de todos sus pensamientos racionales, y la protagonista de los que no tenían sentido alguno.

–No permitiré que sigas siendo ajeno conmigo –le dijo con voz suave.

–No tiene idea de lo que está pidiendo. Si solo supiera... si imaginara...

Sus botas dieron un ruidoso paso hacia adelante, arrastrando la paja y las piedrecillas sueltas del suelo a falta de barrer. Y luego, aunque trató de detenerse, dio otro paso más. Las pestañas de Claire aletearon y su boca con forma de corazón, fruncida en un mohín desganado provocó que se le abrieran las grandes palmas de las manos.

–Márchate a la casa ahora mismo, Claire. Hablo en serio –le rugió, tuteándola.

–¡No, no! Solo quiero recuperar la amistad de los niños que fuimos un día, tenerte cerca, para mí, ¿es que no lo entiendes?

–¡Eres tú quien no lo entiende! –Alzó la voz, haciéndole dar un salto–. No comprendes nada y estas ahí parada esperando algo de mí que es imposible –clavó en ella sus ojos furiosos–. Vete ahora. No lo repetiré.

–¡No pienso moverme de aquí hasta que no me expliques qué es lo que pasa! Quiero saber por qué has cambiado.

–No he cambiado, Claire. –Otro paso, y ya casi podía sentir el roce de sus faldas contra los pantalones de trabajo–. Es solo que de niño no tenía los pensamientos que me recorren ahora la mente, torturándome, martirizándome... por eso podía estar cerca de ti, y tocarte... porque existía inocencia en todo lo que hacía. Ahora ya no la hay.

–Josh... –Ella alzó las manos, tratando de posarlas en sus hombros, pero él dio un paso atrás–. Por favor... deja que...

–Si no sales de aquí en este instante, tu honra correrá peligro, ¿es que no lo ves? –Le dirigió una mirada depredadora que hizo que todo su cuerpo entrara en calor, llenándola de una anticipación emocionante como la que nunca había sentido.

–Tampoco mis pensamientos son inocentes cuando se refieren a ti, Josh.

–Maldita sea, Claire... no sabes de lo que hablas.

–Tal vez no. –Le sonrió tímidamente, acercándose hasta que notó la punta de las botas contra sus zapatitos. La respiración de Joshua era tan fuerte que sentía el airecillo llegarle a las mejillas—. Pero seguro que podrías explicármelo...

Josh tenía todos los músculos contraídos, los ojos desorbitados y abría y cerraba los puños como si no supiera qué hacer con las manos. Claire no era tan ingenua como para no reconocer a un hombre al borde de la excitación cuando lo tenía tan cerca y, aunque quizá fuera temerario jugar con Josh cuando estaba en ese estado, no pensaba echarse atrás. Había creído que le repugnaba, si lo que despertaba en él era lo contrario, quería experimentarlo. Lo deseaba más que nada en el mundo.

–Lárgate ya... o te juro que me abalanzaré sobre ti y al diablo con todo.

–Demuéstralo. –Le retó, levantando la cabeza para mirarle a los ojos con la misma furia que brillaba en los de él—. Por primera vez en años deja de actuar como un cobarde y haz algo. ¡Hazlo!

Con un gemido que le brotó de la misma alma, Joshua tomó a Claire de la cintura y la empujó contra la pared enladrillada del establo. Una vez la tuvo apresada contra su cuerpo duro, bajó la cabeza y la besó sin delicadeza alguna, instándola a abrir los labios y aceptar los embates de una lengua que ya se había cansado de amenazar. La muchacha, aunque sin experiencia, se apresuró a responder a las ardientes demandas, enredando las manos en la mata de pelo azabache del joven, deshaciéndole la coleta y tocando sus mechones con deleite, mientras todo su cuerpo se encendía de deseo y sus labios se inflamaban bajo el poder de la boca de él.

Sin darle tregua, el lacayo acomodó la rodilla entre las piernas de Claire, separándolas aún con el peso de las faldas, notando el calor que emanaba de ella. Le recorrió la cara de porcelana con sus manos grandes y ásperas, manteniendo una en su cuello para evitar que le negara la boca, mientras la otra siguió bajando hasta ahuecar uno de los pequeños senos de la muchacha, que se deshizo en un gemido de sorpresa. La hábil mano de Josh presionó gentilmente la delicada protuberancia hasta que el capullo se presionó contra la prenda interior y se endureció. Claire jadeó y él tironeó del delicado pezón a placer. Enardecido, golpeó las caderas contra las de ella, preguntándose si sería capaz de sentir la agónica erección que martilleaba en el centro de su cuerpo.

Con respiración dificultosa, alargó el beso una y otra vez, pero justo cuando estaba a punto de apartar el corpiño y tomar aquella cima rosada directamente entre los dedos, el relincho de uno de los caballos le hizo detenerse en seco.

Claire, con los ojos cerrados, la respiración jadeante y apenas capaz de tenerse en pie, volvió poco a poco a la realidad. Josh se pasó las manos por la cara, apartándose de ella de forma tambaleante. Le temblaban los dedos y las rodillas, y estaba tan excitado que, de no haber recobrado la cordura en ese momento, la habría tomado sobre el montón de paja seca que se acumulaba en una esquina del establo, embistiéndola como si no fuera más que un animal incapaz de dejarse llevar por algo más que sus propios instintos. Apartándose el cabello de la cara, alzó la mano para detenerla cuando ella hizo un intento por aproximarse.

–Sal de aquí.

Esta vez, desmadejada y temblorosa, Claire no fue capaz de imponerse, pues el rictus de la expresión que vio en él la dejó helada, estaba furioso, a punto de cometer una locura.

Ya no parecía el mismo que la había seducido ardientemente hacía solo unos instantes, con unos besos y caricias que se le habían grabado a fuego en la piel. Quiso hablarle, pero no encontró su propia voz, de modo que se dio la vuelta y echó a correr fuera del establo, sin detenerse hasta que el frío aire nocturno abrazó su piel trémula.

Capítulo 20

Colocándose los guantes cubriéndole debidamente los codos, Victoria llegó a la conclusión de que lo mejor que podría hacer para salir del problema en que ella misma se había metido era aceptar a Bernard Chamber como prometido en cuanto él hiciera el más mínimo intento de acercarse. Con un suspiro, miró a los lados del dormitorio, ensayando la sonrisa que utilizaría cuando se lo encontrara, quizá dispuesto a acompañarla al salón de la cena, con su bonachona expresión permanentemente pintada en esa cara bobalicona que le había despertado simpatía desde un principio.

Pero no pasión, ni amor. Incluso dudaba de que el cariño que experimentaba hacia él fuera suficiente para soportar toda una vida siendo su esposa.

Exhaló un aire que no sabía que había estado conteniendo, cabizbaja, ¿qué más podía hacer? Estaba claro que seguir en la residencia Holt después de lo sucedido con Andrew ya no era posible. La situación se volvería aún más incómoda y la sola idea de cruzarse con él, de saberse utilizando sus cosas, comiendo su comida, durmiendo bajo su techo... simplemente era inconcebible para Victoria. Le había dejado claro que no le interesaba en lo absoluto, poniendo escollos de por medio por si acaso él pretendería tomarla como diversión, convertirla en su burla. Ahora solo le quedaba granjearse un futuro lo más digno posible y alejarse definitivamente de él.

Contrariamente a lo que el conde había insinuado con tanta crueldad, Victoria no contaba con ningún pretendiente, de modo que habría de aceptar aquello que parecía haberse arreglado para ella. Se aferraría a las atenciones de Bernard Chamber tan pronto como este le diera indicios de estar interesado en ella, tragaría su orgullo, sus ideas románticas quedarían atrás. Por una vez, actuaría de forma práctica y se agarraría a la única opción de un matrimonio respetable a la que podía optar.

«Deberías estar agradecida, ¿de verdad pensabas que Andrew intentaría acercarse a ti por haber visto algo diferente en tu interior? Bernard es lo más a lo que podrás aspirar. Olvida al conde, solo pensar en él después de lo ocurrido es ridículo»

—Que se lo quede Adeline Aldrich —masculló con los puños apretados—, no me importa... nunca me ha importando. No es más que un... pomposo esnob, un... aristócrata insensible...

Pero su corazón se cuarteó un poco más al imaginarlos juntos, siendo marido y mujer, lo que sin duda ocurriría pronto. Andrew Holt había querido conocerla y, al negarse ella, había expresado que la consideraba una coqueta de la peor calaña que coleccionaba pretendientes a su alrededor. ¿Cómo podía aspirar a algo con un hombre que tenía tal opinión de ella? Debería despreciarle con todas sus fuerzas por las calumnias arrojadas, y sin embargo... el temor se había apoderado de todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Estaba enamorándose de Andrew, y aquel hecho era tan cierto como que el sol salía todas las mañanas, o que él se sentía asqueado de ella.

—Disculpa la tardanza, querida. —Oyó decir a su madre, que salía del aseo del aposento en esos

momentos—. No podía encontrar el broche que me regaló tu padre en la última Navidad, temí tanto haberlo perdido...

Victoria sonrió al ver como su madre tocaba la piedra que llevaba prendida a la solapa de su vestido anaranjado. Tenía tantos recuerdos de sus padres juntos y felices, poderosamente enamorados... puede que Charles Linton hubiera sido demasiado soñador para su propio bien, pero siempre se había conducido como un hombre fiel, correcto y devoto de su esposa. La había querido hasta el final, y eso era algo que ella siempre envidiaría.

—Me temo que habrías sido capaz de pedir a la condesa viuda que pusiera la mansión patas arriba para encontrarlo. —Bromeó la joven, escondiendo un mechón rojo que se le había soltado del recogido tras la oreja.

—No te quepa la menor duda, Vicky. —Eleanor abrió su abanico, sonriéndole—. Joanna sabe perfectamente lo importante que es este broche para mí, y apreciaba lo suficiente a Charlie como para haberme ayudarme a buscarlo de ser necesario.

—Madre... ¿cómo se conocieron padre y los Holt?

—Oh, querida... este no es momento para esa historia. Bajemos a cenar, detestaría que tuvieran que esperarnos.

Victoria abrió la boca para protestar, pero Eleanor fue más rápida y la tomó del brazo, cruzando las puertas del dormitorio para salir al pasillo donde hacía rato que ya no se escuchaba a nadie, prueba inequívoca de que los huéspedes debían haberse apresurado a acudir a la llamada de la cena de gala. Nada más cruzar el vano de la puerta, las dos mujeres Linton se quedaron paradas a mitad de un paso y sus miradas bajaron hasta el suelo, donde una caja envuelta en brillante papel amarillo y cubierta por un lazo, llamó su atención.

—Deben haberse equivocado —musitó la joven.

—Tonterías, ¿quién entrega un obsequio sin fijarse antes dónde debe hacerlo? —Eleanor se agachó y tomó la caja entre las manos, buscando hábilmente una tarjeta. Tras unos segundos, sonrió triunfante— ¡Ajá!. *“Para mi muy apreciada señorita Victoria Linton, un presente tan dulce como su persona”*, ¡Vicky, es para ti, querida!

Sin saber si sentirse contrariada o halagada, Victoria tomó el paquete con recelo y rasgó el papel, encontrando ante ella una exquisita caja de bombones artesanales que sin duda provenían de una de las confiterías más aclamadas del pueblo. Eleanor rompió en exclamaciones de júbilo, comentando que sin duda debía tratarse del regalo de un pretendiente, o quizá de un joven caballero al que la muchacha había subyugado con su inteligencia y personalidad.

Aunque sonrió ante las alabanzas de su madre, la inquietud se apoderó de ella. ¿Habría sido capaz Andrew Holt de enviarle un regalo claramente ofensivo para vengarse del rechazo? ¿Pretendía burlarse nuevamente de ella?

—¿Crees que son del joven señor Chamber? —inquirió Eleanor, volviendo a mirar la tarjeta.

—Es posible, madre. —Eso sin duda le facilitaría las cosas—. Ha demostrado ser cortés...

–Quizá sea su modo de expresar disculpas por no haberte acompañado hasta mí cuando cesó vuestra charla de hace unos días en la terraza. –Arrugó la nariz, abanicándose con suavidad–. No creas que me he olvidado del asunto.

Con una sonrisa que reflejaba poco, Victoria abrió la caja y miró las brillantes esferas de chocolate. Un olorcillo a almendras le llenó las fosas nasales. Solícita, alzó el paquete hasta Eleanor, que rechazó la invitación aduciendo a que no podía tomar dulce antes de cenar o no podría apreciar el sabor de los lujosos platos con que la condesa iba a regalarles el paladar. Ella, por su parte, tomó uno, paladeándolo y dejando que el dulce bombón se le deshiciera en la lengua. Iba a abrir el dormitorio para dejar la caja dentro antes de bajar cuando un suave movimiento a su derecha la hizo erguirse.

Notó aquella extraña respiración que una vez la había sorprendido, ilícitamente echada sobre la alfombra de la sala de retratos. Esta vez, no obstante, no se encontraba en ningún lugar prohibido y a media luz, de modo que la sorpresa que sufrió al ver emerger al dálmata del conde por entre los corredores fue menor.

–¡Dios mío! –exclamó Eleanor, quien tuvo el tiempo justo para apartarse al ver pasar al animal, cuyas patas almohadilladas no omitían sonido alguno sobre el suelo alfombrado–. ¿Es que este perro campa a sus anchas por la mansión?

–Eso parece –contestó Victoria, y se encogió de hombros con gesto indiferente–. Es la mascota predilecta del conde, así que su presencia aquí está mejor recibida que la nuestra. ¿Es esto lo que te ha traído hasta aquí, amiguito?

Volviendo a abrir la caja, Victoria sacó un bombón y lo movió distraídamente ante la cara de Harvey, que inmediatamente empezó a sacudir la cola y emitir suaves gruñidos, con las orejas negras alzadas. Parecía un perro acostumbrado a los dulces, de modo que la joven lo lanzó al aire y casi rió al ver como el animal daba un grácil salto para atraparlo con el hocico. Su lengua rosada degustó la ofrenda con placer y tras asegurarse de que no habría más premios para él, se dio media vuelta y partió por el pasillo meneando sus cuartos traseros.

–Está claro que la presencia de huéspedes no le incomoda en absoluto –comentó Eleanor, que se sintió mucho más tranquila cuando el dálmata se perdió de vista–. Vamos querida, no lleguemos tarde.

Ambas bajaron la gran escalera principal que comunicaba la segunda planta, destinada en su mayoría a los aposentos, con el recibidor, en cuyo lateral izquierdo esperaba la sala grande donde cenarían y disfrutarían posteriormente de un baile. La mayoría de invitados estaba ya abajo, llenando el suelo de mármol con el frufú de vestidos y el suave taconear de los zapatos. Los cuchicheos de las damas cada vez sonaban más audibles y el tono iba aumentando por momentos debido a la expectación que reinaba en el ambiente. Puesto que sería de mala educación pasar a la sala sin la presencia del conde y la condesa viuda, todos aguardaban comentando pormenores, actividades de ese día o cotilleando sobre este o aquel atuendo. Victoria, ataviada con un favorecedor vestido color melocotón, varios tonos más claro que el de su madre y extremadamente sencillo, se preguntó si Andrew sería capaz de negarles la velada por lo sucedido entre ambos.

Intentó sacudirse de la cabeza esos pensamientos, diciéndose que el conde era un caballero y que, probablemente, ni siquiera se acordaría de que ella había hecho oídos sordos a sus intentos. Si se negaba a pasar tiempo con él, encontraría a otra más recomendable y cercana a sus pretensiones. Probablemente ni siquiera quería usarla como entretenimiento, sino fingir en ella un interés educado para subsanar los incómodos hechos acontecidos entre ambos con anterioridad.

«¿Intentas defenderle como caballero cuando parece evidente que intenta utilizarte? Jamás tendría intenciones honestas contigo, estás muy por debajo de su nivel y lo sabes. Te besó a traición y esas ganas de conocerte sin duda esconden intenciones de las que deberías cuidarte»

–¿Vicky? –Eleanor le dio un delicado golpecito en el hombro–. Hija, ¿estás escuchando?

–Disculpa madre... me había... distraído. –Decidida a apartar de su mente tan funestas ideas que solo lograban mortificarla, compuso la sonrisa más creíble que pudo–. ¿Qué me decías?

Eleanor se limitó a señalar. En una esquina y apartado de todo el barullo juvenil se encontraba el duque Ozma, que alzó el mentón en señal de reconocimiento hacia ellas. Era un anciano poco dado a las trivialidades de personas con menos canas que él, pero tras la participación de Victoria en el debate de la cena sobre las mesadas repartidas a los jornaleros (siendo una parte económica y otra alimenticia), parecía haberle ganado cierta estima. Al menos, desde entonces siempre la saludaba, como si aceptara y tomara en cuenta su presencia.

Mientras buscaban un lugar en el que acomodarse, vieron pasar a Arnold Calvin, impecablemente vestido con su chaqué y el cabello rubio primorosamente peinado hacia atrás. Todo en sus gestos era armónico y delicado, como uno de esos personajes que Miguel Ángel diseminaba en sus pinturas. No había rudeza alguna en él, mostrándose más como un agraciado querubín que como un hombre. Parecía esperar a alguien, pues miraba insistentemente hacia la escalera principal para después barrer con la mirada la atestada sala, expectante.

–¿Crees que está cortejando a la señorita Ferris? –preguntó Eleanor, bajando la voz y escondiendo la boca tras el abanico para que nadie pudiera interpretar sus palabras–. Las malas lenguas dicen que pretende cazarla.

–Es curioso que hables de las “malas lenguas” cuando tú estás levantando chismes, madre.

–¡Vicky! –Eleanor irguió la mandíbula, haciendo moverse un desvaído mechón de un rojo apagado en su frente–. Me ofendes. Yo solo me hago eco de lo que oigo, pero no emito juicios de valor.

No tuvo tiempo de contestar, pues las puertas dobles del salón fueron abiertas por los lacayos y los murmullos de exclamación se hicieron aún más audibles cuando la enorme mesa de la cena quedó visible. En el umbral, la condesa viuda, del brazo de su hijo, sonreía ampliamente, invitando a los comensales a pasar, tomar asiento y disfrutar del ágape que sería apertura del baile con el que jóvenes y mayores podrían disfrutar alegremente de la noche. Sintiendo un nudo de nerviosismo alojarse en su garganta, Victoria vio a Andrew saludar con gestos amables de cabeza a todos los huéspedes que traspusieron la sala, sin mostrar ninguna expresión de incomodidad o mal humor, como si lo sucedido entre ellos nunca hubiera tenido lugar.

El duque de Ozma ocupó su lugar en la mesa, y Arnold Calvin pareció cansarse de esperar, pues

también cruzó la entrada sin más demora. El doctor Corentin, que tan gentilmente la había atendido tras golpearse el tobillo, hizo lo propio, hasta que les tocó el turno a ellas. Eleanor y Joanna se tomaron de las manos afectuosamente, compartiendo palabras de cariño. Andrew se demudó y, aunque no giró la cabeza, tampoco hizo gestos de reconocimiento.

Victoria se sintió enrojecer de pura incomodidad, buscando cualquier otra cosa que mirar que no fuera a él. Se preguntó si Bernard Chamber y Adeline Aldrich ya estarían dentro, y esperó que él hiciera cualquier intento de acercamiento hacia ella lo antes posible. Lo menos que deseaba era tener tiempo para pensar o arrepentirse del paso que había decidido dar. Contuvo el aliento hasta que sus manos temblorosas apartaron la silla y estuvo acomodada en su lugar en la mesa, sin atreverse a levantar la cabeza por miedo a que su mirada se cruzara con la de Andrew, que parecía poner el mismo esfuerzo que ella en evitar todo contacto.

La cena resultó tan espectacular como todas las ofrecidas por la condesa viuda, consistente en puré de patatas gratinadas con queso curado, cochinitillo asado con fruta confitada, enormes y gruesos pescados recién salidos del horno y envueltos en cítricos del propio jardín, y una degustación de ensaladas con frutos del mar regadas con una salsa de almendras que causó verdadero furor. A pesar de que había sentido hambre antes de bajar, Victoria era incapaz de probar bocado alguno. Sentía una palpitante punción en las sienes y el estómago se le removía conforme pasaba el tiempo. La conversación fluía a su alrededor sin que ella participara, y ni siquiera era capaz de mostrarse interesada en los comentarios que le hacía su madre, que la miraba con preocupación.

—Estás poniéndote pálida, querida, ¿te sientes bien?

—Solo es jaqueca, se me pasará —respondió ella, vaciando la copa de jugo por segunda vez, pues sentía la boca acartonada y muy seca.

Durante la degustación de las viandas se tocaron temas ligeros que poco entretuvieron a los hombres, mucho más ocupados en llenar los estómagos antes del esfuerzo del baile. A pesar de ello, Andrew se mostró atento a cualquier réplica que pudieran dar, obligándose a permanecer pendiente de todos los comensales, y no solo de Victoria Linton, cuya coronilla roja le era visible a pesar de la distancia. La muy pícara parecía incapaz de levantar la cabeza para darle la cara, lo cual lo complacía más de lo que se atrevía a reconocer. Le gustaba pensar que ella se sentía avergonzada del trato que le había dado, rechazándole de una manera brusca sin siquiera darle ocasión de presentar batalla.

Inesperadamente, el pecho de Andrew se comprimió, ¿estaría la joven tan aturdida porque lo había pensado mejor y deseaba en efecto su compañía? ¿Acaso la negación a tratarle había provenido de la vergüenza o, Dios quisiera, del recato? El sudor frío le bajó por la nuca al recordar sus acusaciones. Bien sabía él que Victoria no contaba con una larga lista de pretendientes, el porqué había lanzado ese ataque contra ella era un misterio, pues la única razón lógica sería que intentara ofenderla por despecho, lo cual era ruin y muy mezquino, comportamiento que él no compartía.

Salvo cuando estaba cegado por los celos, como sabía en su fuero interno que era el caso, nada como el coñac para ver claros sentimientos como aquel, sin duda.

Se sirvieron los postres, pastel de calabaza y gelatina de lima con frambuesas. La mesa estaba

completa y todos los huéspedes repetían los dulces con goloso entusiasmo. Desde su posición apartada, Victoria vio llegar a Adeline Aldrich durante el periodo de tiempo en que las camareras servían el cochinillo, excelentemente fileteado. Asimismo, tenía a unas cuantas sillas de distancia de Bernard Chamber, quien alzaba su copa para saludarla de cuando en cuando, en los momentos en que la joven Linton se esforzaba en levantar la vista para corresponder sus atenciones.

Andrew también se dio cuenta de ese hecho, y apretó un puño bajo la mesa, más que dispuesto a zanjar esa actitud con toda inmediatez. Así las cosas, cuando la cena culminó con el servicio de cafés, té y pastas, dos horas después, el conde se apresuró a salir a la terraza con algunos de los hombres que deseaban un momento de aire fresco para fumar o socializar con sus iguales. Bernard Chamber hizo lo propio, aunque su preferencia hubiera sido la de permanecer junto a las bandejas de dulces que se mantenían sobre las mesas supletorias. Los empleados se apresuraron a retirar mobiliario y vajilla, mientras las damas iban pasando a la parte de la estancia destinada para el baile, y separada del comedor por un ancho arco que hacía las veces de división.

Eleanor se había acomodado en una de las sillas dispersas por la sala y mantenía una conversación animada con unas matronas residentes en Kent con las que había coincidido en los mercados y ferias locales. Victoria, que sudaba profusamente y no veía jugo con el que calmar su sed, no perdía vista de la salida a la terraza. Sentía unas punzadas en las sienes tan fuertes que en ocasiones se oía palpar el corazón, y su estómago cada vez se removía más a causa de los nervios, haciéndole sentir un inicio de náusea que le subía y bajaba por el interior del cuerpo.

Tensa y muy preocupada, se preguntó si Bernard estaría pensando pedirle la mano esa noche. Había salido a pasar un momento con los caballeros, tal como mandaba el protocolo (lo que sin duda su padre le habría aconsejado), y desde su posición le parecía verle hablar con Andrew. Discretamente, dio unos pasos a la derecha, fingiendo interés en un tapiz que no había visto hasta entonces. Desviando la mirada unos centímetros, tuvo una excelente panorámica de la ventana que daba afuera, y en efecto comprobó que ambos hombres mantenían una charla.

¿Estaría Bernard expresando a Andrew sus intenciones? Después de la manera en que el conde le había echado en aquella ocasión, parecía lógico esperar que el hijo del barón quisiera tomar precauciones.

Cada vez más tensa y sintiéndose como si estuviera a punto de desfallecer, Victoria aguardó lo que parecieron horas, hasta que al final Bernard Chamber entró a la sala. Ella se irguió, caminando hacia él todo lo decididamente que pudo, pero el joven, que lucía visiblemente confundido y alterado, apenas le dedicó una mirada antes de perderse por el salón y escaparse a la vista. Victoria se quedó allí, entre las jóvenes que se apresuraban a tomar pareja o prometer bailes, parada en medio de la sala como una figura de yeso que nadie hubiera tenido tiempo de colocar.

Tan perdida en sus pensamientos estaba que apenas se dio cuenta de que alguien le tomaba del codo y empezaba a guiarla hasta la pista, colocándola de frente y haciéndole poner los brazos en posición de vals. Cuando parpadeó, con los ojos levemente velados, vio el rostro contrito de Andrew ante ella. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa y, aunque sonrió, no había pizca de alegría en sus ojos, cuyo tono parecía grisáceo de tan serio como estaba.

—Le recomiendo que se relaje y acepte este baile, señorita Linton —le advirtió con voz seca,

subiendo el tono a medida que la música empezaba a sonar—, o dará más que hablar de lo que ya lo ha hecho parada en medio del salón.

Con esfuerzo, ella asintió, dejando que Andrew llevara el paso y la guiara a través del resto de parejas, que se apartaban discretamente para que el conde pudiera gozar de mayor espacio. Victoria sentía la cabeza palpitante y los labios agrietados. Estaba tan sumida en algún lugar perdido en su propio malestar que no se percató de la furiosa mirada de Adeline Aldrich que, ataviada con un fastuoso vestido verde mar, clavó su mirada en ella como si viera al ser más despreciable del mundo. Tampoco notó como su madre, Eleanor, empezaba a abanicarse tras recibir un codazo informativo de la condesa viuda, que seguía los movimientos de su hijo por el salón con una ceja arqueada en gesto interrogante.

Mirando a los lados con creciente mareo debido a los movimientos circulares del vals, Victoria buscó la robusta presencia de Bernard Chamber, sin éxito. No había vuelto a salir a la terraza y las mesas de bocados y tentempiés estaban prácticamente vacías, pues todos estaban saciados por la cena. Tampoco lo halló junto a los jóvenes solteros que se arremolinaban tratando de decidir a quién sacarían a bailar y, desde luego, no estaba ya compartiendo la danza con ninguna dama. Andrew tiró ligeramente de ella, haciéndole saltarse un paso.

—No está aquí —le gruñó, haciéndola girar con maestría pese a su hosco tono de voz—, yo mismo me encargué de disuadir sus intenciones.

—¿Cómo? —Victoria apenas reconoció su voz, de tan ronca como le salió. Tragó abundante saliva, pero continuó sintiendo sequedad. Sus ojos castaños apenas podían enfocar al conde—. Voy a aceptar su propuesta... en cuanto me haga la petición, yo...

—Eso no va a pasar —respondió él, acercándose unos centímetros más al rostro de la joven—. Me he asegurado de que desista de toda idea que se haya hecho con respecto a ti.

En medio de su creciente inquietud y malestar, Victoria registró aquellas palabras, y la ofensa se abrió paso dentro de ella. ¿Cómo era Andrew capaz de algo así? Bernard Chamber era el único pretendiente que ella tendría, ambos eran muy conscientes de ello, y, no obstante, él se había tomado las libertades de espantarlo antes de que hubieran podido siquiera hablar de la posibilidad de tener un cortejo. ¿Tanto le había ofendido que para vengarse iba a obligarla a vivir en soledad para siempre?

—No tenía ningún derecho —le espetó, tratando en vano de soltarse—, yo había decidido aceptarle, esperaba que comenzara a cortejarme en cualquier momento.

—¿Por qué, Victoria? Él ni siquiera te gusta, tú no le quieres. —Las palabras de Andrew fueron lapidarias—. Incluso si únicamente te guiaras por el deseo de tu madre de verte casada o por el agradecimiento hacia la mía por presentártelo, eso sería insuficiente para atarte toda la vida a un hombre.

—¡Eso no es de su incumbencia! ¡Se trata de mi vida, y no tenía derecho a inmiscuirse! —Deseó poder gritarlo, pero la voz apenas le salía.

—Por supuesto que lo tengo. —La cortó, en tono más bajo y frío—. Soy el conde de Holt, esta es mi casa y tú mi invitada. —Respiró hondo, exhalando con toda la calma que pudo—. Ahora deja de dar un

espectáculo y sigue los pasos.

–No quiero bailar con usted, señor conde. Suéltame en este instante.

–Victoria... escúchame, lamento profundamente mis palabras ofensivas de antes. –Porque lo cierto era que le pesaban como losas, por muy molesto que se sintiera ante la insistencia de ella para con Bernard Chamber. Debía esa disculpa–. Independientemente de mis razones, no debí recurrir a tan bajas calumnias. Pido humildemente tu perdón.

–De acuerdo... nada era cierto, así que... no me importa –mintió ella, sintiendo las manos sudorosas y la vista cada vez más opacada–. Ahora déjeme ir.

–No, hasta que me digas por qué me rechazaste. –Aquello la paralizó hasta tal punto de que Andrew se vio obligado a forzarla a seguir moviéndose. La hizo girar y luego mezclarse entre dos parejas más–. Quiero la verdad.

–Ya la sabes. –Victoria notó la bilis trepar por su estómago, removiéndole la poca cena que había ingerido. La garganta se le cerraba y las sienes iban a explotarle. Ni siquiera fue consciente de estarle tuteando–. No me interesas... no tiene sentido que nos tratemos cuando no... hay posibilidad de...

–¿De qué? ¿De qué no hay posibilidad, Victoria? –Andrew parecía al borde del abismo, todo su cuerpo tenso y la frente perlada de sudor. El vals estaba en sus últimos compases y tendría que soltarla sin dejar concluida la conversación. Había arriesgado mucho para tener ese momento, y no podía desperdiciarlo–. Ni siquiera me diste tiempo de exponer mis intenciones.

–No tiene razón de ser, ¿es que no lo entiendes? Tú debes saberlo más que nadie... no seré... tu entretenimiento, tu pasatiempo mientras encuentras algo mejor. –Los mechones rojos, pegados a la frente húmeda se le movieron con el airecillo que provocaron al girar–. Por eso me besaste... por eso me seguiste por el bosque...

–Ya veo... de modo que eso es lo que crees. –Sonrió, más con desesperación y rabia que con gracia–. Testaruda... si te callaras y me dejaras explicarme sabrías que, pese a mi torpeza para mostrarlo, no pretendo ofenderte, ni faltarte de ninguna manera. Me llevas al borde del abismo y no me dejas...

–No quiero oírte... no me interesa... lo que tengas que decir...

–Eres peor mentirosa que bailarina, Victoria, y quieras o no vas a prestarme atención, estoy harto de este juego, y por Dios que no aceptaré tu rechazo hasta que no me lo des sabiendo cuáles son exactamente mis pretensiones, ¿te queda claro?

El último compás sonó y los aplausos de los huéspedes obligaron a Andrew a alzar la voz. Aunque sabía que debía, no la soltó, aprovechando el momento para acercarse a ella y hacerse oír. La tomó de los codos, ascendiendo las manos por los brazos cubiertos de la joven, cuya respiración era jadeante y parecía perdida en medio de un océano de personas.

–Solo intentas vengarte de mí. –Le dijo, con una voz raspada que le hizo daño en la garganta–. Has apartado al señor Chamber para que esté sola... humillada...

–Cristo... ¿no se te ha ocurrido pensar que tal vez lo hago porque siento celos, chiquilla tonta? – Andrew la zarandeó apenas, sacándole un mechón rojo de tras la oreja—. ¿No se te ha pasado por la cabeza que si le aparté de ti, te besé y te seguí por el bosque es porque, por algún motivo, no soy capaz de...? ¿Victoria?

La joven era incapaz de sostener su propio peso. La tez se le había vuelto amarillenta y apenas podía respirar. Se le había humedecido la frente de sudor, así como el cuello y los brazos y, cuando Andrew trató de sujetarla con más firmeza, se quejó audiblemente, como si sus brazos y manos fueran de mantequilla y el más mínimo contacto le produjera dolor. Se había llevado una mano temblorosa a la boca, y los ojos se le veían acuosos y perdidos.

Sin pararse a pensar en nada más, Andrew la tomó de la cintura y a paso veloz la guio fuera del salón, cruzando una de las puertas laterales que daba al corredor. Andando a trompicones y tropezando con el vestido que era incapaz de recogerse, Victoria se precipitó sobre una vasija de cerámica y vació el contenido de su estómago, que se le contraía en fuertes espasmos. Apenas hubo terminado, se sujetó las sienes, que sentía hinchadas. La cabeza iba a estallarle, estaba segura. Tan fuertes eran los latidos que sentía que apenas escuchaba a Andrew, que la miraba consternado por la preocupación, tocándole las mejillas húmedas y pálidas.

–¿Victoria, te sientes indispuesta? –preguntaba, intentando dilucidar si aquel episodio se debía a algún malestar femenino simple o podía tratarse de algo más—. Avisaré al doctor Coentin, no te muevas...

–Mi cabeza... no puedo...

–¿Vic...? ¡VICTORIA!

Un nuevo espasmo de náusea se apoderó de ella, pero su estómago estaba hueco y el dolor interior fue demasiado intenso como para que pudiera soportarlo. Con un gemido, se derrumbó. Andrew se lanzó al suelo, cayendo de rodillas para sujetarla antes de que su cabeza impactara contra el mármol. La piel de la joven presentaba un color enfermo y su respiración era demasiado irregular como para tratarse de un simple desmayo. Demudado de temor le tomó el pulso con dedos temblorosos, alarmándose aún más. Aterrado, se dejó caer en el suelo con la muchacha acunada en sus brazos y comenzó a gritar:

–¡Un médico! ¡A mí, un médico! ¡Qué alguien me ayude, por favor!

Capítulo 21

Gilly casi se ahogaba en bostezos, los cuales iban siendo cada vez más exagerados conforme se acercaba al dormitorio, donde esperaba lanzarse a la cama y dormir hasta el día siguiente. Se rascó la cabeza y empezó a deshacerse de la librea en cuanto atisbó la puerta de madera, soñando ya con el calor y comodidad de su cama, pero entonces, cuando su mano se disponía a tirar del picaporte, advirtió que la estancia estaba abierta.

—¿Pero qué...?

Al notar una leve luz, entró con precaución. El candil que pendía de la pared revestida de piedra estaba encendido, y lo que quedaba de la consumida mecha le devolvía una imagen de la estancia que le dejó petrificado. El armario de dos puertas estaba abierto de par en par, las camas deshechas, con sus sábanas y mantas tirados por el suelo de cualquier manera. El cajón del escritorio había sido forzado y la mesita de noche estaba volcada. Lleno de ira, Gilly revolvió entre los restos de su destrozada cama, buscando apresuradamente la almohada donde guardaba una media con sus ahorros. Desesperado, anduvo por la habitación hasta dar con el relleno, sin funda. El dinero había desaparecido.

Echando un vistazo más profundo, se dio cuenta de que faltaban todos los efectos personales de Rogers, así como su maleta, que ya no estaba en el altillo del armario. Habían revuelto toda la ropa de Gilly y la suya había desaparecido. Maldiciendo en voz alta, el joven lacayo dio una fuerte patada a la pata inferior derecha de la cama de Rogers y, al instante, algo resonó en el suelo, haciéndole echarse para atrás.

Minutos después y viendo que no parecía haber peligro, se agachó bajo la cama, comprobando que esta había tenido colocada una tabla de madera atravesando el soporte del colchón. El doble fondo yacía ahora en el suelo, como consecuencia de su patada. Reptando hasta meter medio cuerpo bajo el somier, Gilly tanteó con sus manos, hasta encontrar unos fajos de papeles doblados. Conforme más tocaba, más notaba un nauseabundo olor a podrido que se extendía por la habitación. Hizo una mueca de asco al sacar un tomate completamente estropeado de entre los resortes de la cama. Al mirar su mano impregnada de jugo pútrido, casi sintió una arcada.

—Por los calzones de mí... —gruñó, sacando un pañuelo de su bolsillo y limpiando la asquerosa sustancia de entre sus dedos—. ¿Qué diantres es todo este papeleo?

Reparó en que había varias cosas anotadas; en el fajo mayor, al que se le habían ido añadiendo hojas, podía verse una lista de nombres y direcciones, seguida de unas cantidades de dinero y pequeñas marcas que debían significar que los pagos estaban hechos o pendientes. En la lista que iba paralela con los nombres, se anotaba lo que a todas luces eran los pedidos. Gilly comprobó que empezaron siendo cantidades muy pequeñas, sin llegar en ningún caso a los medios kilos, incluso en algunos casos se trataba de piezas únicas, pero era indudable que toda la mercancía que allí se había reflejado procedía del huerto de la mansión Holt, pues coincidía con lo que habían estado hurtando.

El otro papel, doblado y metido en medio del listado de clientes de la comidatrobada, era más pequeño y la letra con la que estaba escrito resaltaba por ser totalmente diferente. Gilly recorrió las escasas palabras que estaban plasmadas en él y el rostro se le demudó. Recorrió la destrozada habitación con la mirada, después, los documentos que tenía entre las manos, incluso el tomate podrido que había sido arrancado de la tierra para ser revendido. Se levantó tambaleante, sosteniéndolo todo entre dedos temblorosos.

—No puede ser... —murmuró, casi esperando que una explicación se materializara ante él—, tengo que... Josh tiene que saber esto.

Sin pararse a pensar en nada más, cruzó la puerta del dormitorio y echó a correr por el pasillo sin luz, tropezando con los escalones que daban a la cocina en cuanto el espacio recto se le acabó. Los subió de dos en dos y recorrió la estancia a tales zancadas que a punto estuvo de hacer volcar una soper a una de las doncellas. Gilly apretó el paso hasta que sintió los pulmones quejarse dentro de su pecho, pero aun así no se detuvo, prosiguió su carrera rumbo a los establos, donde esperaba encontrar a Joshua para contarle todo cuanto había descubierto.

El aludido, por su parte, trasponía sin demora en dirección a la casa, llevando bajo el brazo el seguimiento del uso de las botellas de arsénico que se guardaban en el establo. Había estado dispuesto a preparar un informe sobre los robos de comida en el huerto para presentárselo al conde, pero aquello era, con diferencia, mucho más grave que arrancar de las hileras plantadas algunas lechugas a medio crecer.

Intentando no pensar cómo iba a atravesar la mansión en una noche de baile, cuando todos los invitados, ataviados con sus mejores galas estarían allí presentes, Josh tragó saliva, a pesar de que sentía la boca más seca que un saco de esparto. Todavía le temblaban las manos y sentía en el cuerpo la quemazón insatisfecha que le había producido su encuentro con Claire. Dios del Cielo... ¿en qué había estado pensado? ¿Cómo había podido ceder a los impulsos que llevaba tanto tiempo conteniendo? *«Ella te tentó hasta el límite de la razón, de ninguna manera habrías podido evitarlo»*, le decía su inquieto cerebro, pero el consuelo no era suficiente.

Asumía que, con todo el asunto de los robos que acababa de descubrir, pensar en Claire debería ser la última de sus opciones, pero sabía que incluso aunque estuviera dando sus últimas bocanadas de aire antes de morir, tendría un espacio en su mente para ella. Le acompañaba día y noche, y ahora, después de que había probado la miel de su boca, el tacto de sus labios de seda sobre los de él... cerró el puño, recordando los estremecimientos que le habían recorrido al comprobar la respuesta ansiosa de la muchacha, que había gemido por él cuando la había tocado. Su joven cuerpo inexperto había florecido bajo su toque, la reacción era indudable, no podía negarse.

«Claire me deseó. Aunque solo fuera por un instante y debido a su inexperiencia... me deseó a mí. Solo a mí».

La certeza de ese hecho era un verdadero calvario, pues si ya era difícil vivir con la continua tentación y el miedo de caer en ella, sería aún más duro hacerlo sabiendo que el objeto de sus anhelos se encontraba tan dispuesto como él a cometer esas locuras. No podía permitir que volviera a pasar, sin importar cuánto le costara evitarlo. Tal vez la única solución posible sería poner tierra de por medio, lo que significaba abandonar la casa Holt para siempre.

–¡Josh! –Oyó que gritaban a su espalda–. ¡Josh!

–Estoy ocupado, Gilly. Tengo que hablar con el conde.

–¡Pues prepárate para darle más noticias!

Molesto, Joshua se detuvo, llevándose las manos a las caderas con gesto exasperado. Un Gilly completamente exhausto y sin resuello se paró ante él. El muchacho, cuyo pelo rubio casi escurría de sudor, se dobló sobre sí mismo, frotándose el vientre mientras trataba de recobrar el aliento.

–¿Qué es lo que pasa? –Le espetó Josh–. No tengo tiempo para tus tonterías, he descubierto algo muy grave y debo...

–Rogers se ha largado.

–¿Qué?

Las cejas negras de Josh se fruncieron mientras miraba a su compañero, como retándolo a que dijera algo con sentido para retenerle, pues de lo contrario proseguiría su camino y le dejaría allí mismo. Comprendiendo la muda amenaza, Gilly le entregó el documento donde se habían recogido los nombres de todos los compradores de la fruta y verdura robada en los campos de cultivo. Las pupilas de Joshua recorrieron las hojas a toda velocidad, volviendo atrás y pasando adelante como si comprobara quiénes eran los reincidentes. Sus labios formaron una fina línea de desagrado.

–¡Maldito hijo de perra!

–Se largó destrozando la habitación –explicó Gilly, más recuperado–. Robó los ahorros que escondía en mi almohada, ¡el muy sarnoso! Eso estaba en un doble fondo que le había puesto a la cama.

–¿Sí? Pues no es el único robo que hemos sufrido –gruñó Josh, golpeándose el muslo con la lista y dejándola junto a las pruebas que él mismo había recogido–. El arsénico para sulfatar los campos no está.

–¡Ha sido él! –gritó Gilly–. ¡Ha robado mi dinero, la comida y el arsénico!

–Puede ser... desde luego aquí no está recogido que lo haya revendido, pero... ¿por qué habría desaparecido sino? Debía saber que yo me daría cuenta, sabe que ando por ahí, y además...

Josh se quedó callado unos instantes, haciendo memoria. Gilly aguardó una eternidad hasta que no pudo más y le zarandeó para sacarle del trance. Después de todo, sentía que se encontraban muy cerca de resolver el caso del ladrón y no deseaba perder tiempo ni quedarse aparte en los descubrimientos.

–¿Qué? ¿Qué sabes?

–Hace unos días vino a mirar cómo trabajaba. Estuvo en el establo mientras la señorita Ferris jugaba con el nuevo potro, ¡cómo no me di cuenta!

–Debió ser entonces cuando comprobó que ahí estaba el veneno que le habían pedido conseguir –musitó Gilly, rascándose la pelusilla del mentón.

–¿Qué diantres dices? –Josh le tomó por la pechera con más fuerza de la necesaria–. Giulio, explícate ahora mismo, ¿cómo que el veneno que le habían pedido? ¿Te das cuenta de lo que...?

–¡Eh, eh! Aquí el delincuente es otro, no yo. –Logró zafarse, molesto–. Y no hay ninguna razón para usar mi nombre completo de esa manera...

–¡Habla, demonios!

Mascullando renuencias, Gilly dejó el papel pequeño en las grandes manos de Josh. El joven lacayo lo leyó de prisa e hizo exactamente la misma comprobación de letras que Gilly había efectuado en el dormitorio, acercando el papelito a la lista de nombres de clientes y dándose cuenta de lo evidente en pocos segundos. Muy orgulloso de sí mismo por haber llegado a tal conclusión antes, Gilly se llevó las manos a la espalda en actitud reflexiva, removiendo con la punta de la bota un poco de la hierba del camino donde ambos estaban parados, antes de volver a hablar para ganarse la atención de Josh.

–No es de ninguno de los que compró la mercancía robada –resumió, señalando el pequeño trozo de papel–. La calidad es buena y la letra... parece de caballero, ¿verdad?

–Más bien... parece letra de dama. –Con un suspiro entrecortado y asegurándose de no perder ni una sola prueba, Joshua le dio una palmada en el hombro a Gilly a modo de empujón y echó a correr en dirección a la casa, urgiéndole–, ¡Date prisa, tenemos que contarle todo esto al conde de inmediato!

–¡Pero Rogers se ha escapado! –respondió Gilly a voces, apresurándose a seguir a Josh, cuyas zancadas eran más largas que las suyas–. ¡Jamás lo atraparemos!

–¡El conde lo encontrará, no te quepa duda!

Ambos jóvenes apretaron el paso para cubrir la distancia que los separaba de la mansión, ignorantes de que Andrew vivía su propio viacrucis. Gritaba desesperado por ayuda, sentado en el suelo del pasillo con una Victoria inconsciente, y cada vez más fría, tumbada en sus brazos. No se atrevía a moverse y dejarla sola, e intentaba hacerla despertar con zarandeos sin éxito.

Cuando Joanna salió del salón y le encontró, alertada por los gritos, palideció ante lo que veía. Su hijo, lejos de achantarse, decidió que ya habría un momento mejor para dar explicaciones.

–Haz venir al doctor Corentin inmediatamente, madre –ordenó.

–Pero... está en la salita con los demás hombres, tomando oporto.

–¡Pues que se despeje! –Desvió la vista hacia Victoria, cada vez más nervioso–. La señorita Linton está grave... ¡no tenemos tiempo que perder!

Inmediatamente, la condesa viuda salió a toda prisa, momento que Andrew aprovechó para levantarse llevando a Victoria entre sus brazos. Sin dedicar un solo momento para pensar qué hacía, caminó con zancadas largas cruzando el corredor y subió las escaleras principales que llevaban a los dormitorios. Apenas fue consciente de que giró a la derecha, donde se encontraba su propia alcoba. Con toda la suavidad que pudo, recostó a la joven en su cama. La mujer tenía el rostro completamente pálido y los labios cuarteados y resecos. Con un suspiro de desesperación, Andrew

se apretó las sienes.

–Maldición, Victoria... lo que eres capaz de hacer para evitar escucharme.

Asegurándose de que estaba tan cómoda como era posible, Andrew salió a echar un vistazo al pasillo, jurándose a sí mismo que si Corentin no acudía en dos segundos, lo ensartaría con su abrecartas. Se frotó nerviosamente las manos hasta que por fin oyó voces. Incapaz de aguardar con paciencia, se asomó al barandal para ver el piso inferior, solo para ver a dos doncellas removiéndose alrededor del espacio que quedaba oculto bajo la curva que hacía la escalera antes de subir al segundo piso, y que estaba adornada con unos paragüeros y colgadores para sombreros y abrigos. Parecían observar algo con mucha preocupación. Andrew ya estaba apartándose para volver a gritar por el médico cuando ambas se percataron de su presencia.

–¡Señor conde, es urgente! –dijo una de ellas, con las mejillas cubiertas de pecas y el cabello color pajizo.

–No puedo atender nada en este momento –gruñó Andrew–. ¡Deje lo que sea que esté haciendo y vaya a por el doctor Corentin, por un...!

–Es su perro, milord –adujo la otra doncella, castaña y regordeta, que miraba alternativamente a la zona oscura bajo la escalera y al conde–. Está enfermo.

Con un terrible presentimiento que le provocó una gran inquietud, Andrew echó otro vistazo a Victoria, cuyo estado era invariable, y después bajó los escalones a toda prisa. Las dos doncellas le precedieron, mostrándole el lugar que habían estado mirando. Allí yacía Harvey, tumbado y con las patas flexionadas. Tenía el hocico entreabierto y lanzaba pequeños jadeos en forma de quejidos. Tenía la piel fría y el pelo sudoroso.

–Ey... eh, ¿qué te pasa viejo amigo? –Andrew acarició al animal, sintiendo un nudo en la garganta–. ¿Qué es lo que ha pasado?

–No sabemos, milord –respondió la joven pecosa–. Nos acercamos porque oímos algo... y le vimos así. Al parecer vació su estómago... algo debe haberle sentado mal.

En efecto, había restos de un vómito verdoso a un lado del escondite del perro. Andrew ató cabos. Aunque no tenía ni idea de cómo era posible que ambos casos pudieran encajar, a sus ojos parecía evidente que tanto Victoria como Harvey sufrían el mismo mal. Cargó al dálmata en brazos y volvió a subir la escalera sin demora.

–Limpiad eso, y también el pasillo que da al corredor principal, por la salida lateral del salón donde se ha celebrado el baile –ordenó, apoyando la cabeza del perro sobre su hombro–. Y, por Dios, ¡haced venir a ese médico de una maldita vez!

–¡No es necesario emplear semejante lenguaje!

El doctor Corentin ya recorría el pasillo en dirección a la habitación del conde. Al entrar en ella vio a la mujer en la cama y al perro que estaba acomodando el conde en el cojín del suelo, lo que le hizo soltar el maletín con brusquedad sobre una mesita auxiliar. Andrew dejó a Harvey y se giró para mirar al anciano hombre, que parecía repentinamente desbordado por la situación. A falta de saber por dónde empezar, se limitó a ponerse encima una especie de delantal con bolsillos cosidos en la

pechera y unos protectores sobre las mangas de la camisa. Empezaba a sacar el instrumental cuando decidió que el silencio ya había durado demasiado.

—¿Puede saberse para qué he sido solicitado con tales modos? —le espetó a Andrew, utilizando la confianza que le daba haberle atendido desde niño.

—Se trata de una emergencia, evidentemente. —El hombre se acercó a la cabecera de la cama y tocó la frente de Victoria—. Estábamos hablando y se desmayó. Su piel está fría, tiene los labios completamente resecos y su estómago hace unos fuertes ruidos.

—¿Náuseas? ¿Deposiciones?

Más pisadas apresuradas llegaron desde el pasillo en esos momentos. Joanna, la condesa viuda, traía tomada de la mano a Eleanor Linton, que profirió un grito al ver a Victoria en tal estado, lanzándose dentro de la habitación y sentándose junto a su hija con el rostro desencajado, preguntando en voz alta qué le había pasado.

Andrew explicó cuanto sabía con toda la calma que pudo reunir, que no era demasiada. Era muy consciente de las graves implicaciones morales que tendría para esas damas el hecho de que él estuviera dando un informe tan... escatológico sobre el estado de Victoria, pero en aquellos momentos, lo único que tenía importancia para él era que el doctor Corentin tuviera todos los datos posibles con el fin de hacer un diagnóstico lo más acertado que pudiera. Porque tenía que salvarla, sin importar qué medios utilizara para ello.

—Harvey también padece el mismo mal, con exactos síntomas —explicó, señalando al animal—, de modo que cuando encuentre usted el remedio, sanará dos vidas, en lugar de una.

—¡Con todo respeto, señor conde! —Corentin se irguió en su escasa estatura, visiblemente ofendido—. ¡Ni soy un carnicero de pueblo, ni un sacamuelas, ni mucho menos un abridor de vacas! ¡Pedirme que atienda a un animal es altamente irregular y de ningún modo...!

—Será altamente recompensado por sufrir tales irregularidades, doctor —le cortó Andrew, perdida ya toda la paciencia—. Ese animal, como usted lo llama, ha sido mi fiel amigo y compañero desde la muerte de mi padre y valoro más su salud que la de muchos seres humanos.

—¡Andrew! —La condesa viuda intercambió una mirada con su hijo, pero al ver su expresión, inmediatamente cambió de parecer. Con todo su porte, se dirigió al médico, seria—. Ocúpese de los enfermos, doctor. Sin excepción.

Puede que Corentin no estuviera de acuerdo, y las reticencias que sentía fueron evidentes en su expresión, pero de ningún modo contradijo a la condesa. Asintió con la cabeza, efectuando una leve reverencia de sumisión.

Durante unos minutos que parecieron horas, el doctor Corentin examinó las constantes vitales de Victoria y Harvey, sometiéndolos a diversas pruebas para descartar posibles males. Aunque comenzó de mala gana, pronto el caso se ganó su atención, pues dedicó los mismos esfuerzos en el análisis de la mujer que en el del perro. Tras extraer sangre a ambos y analizarla con un complejo aparato, se frotó el bigote, perdido en sus cavilaciones. Eleanor Linton, que le veía pasearse de un lado a otro sin hacer despertar a Victoria, perdió la paciencia.

–¿Ya sabe algo? ¿Qué es lo que tiene mi hija, por amor de Dios? –La mujer estalló en sollozos, dejando que Joanna la consolara—. Le pagaré lo que sea, buscaré el modo de...

–Eso no será necesario, Eleanor, querida. –Joanna la instó a que la acompañara fuera para que tomara el aire—. Vamos a la salita privada de Andrew, esperaremos allí. Acompáñame, eso es, tranquila, tranquila...

–No, no... quiero quedarme, estar junto a mi hija por si... ¡oh, Dios mío! Victoria... mi pequeña, lo único que tengo...

–Doctor Corentin –Andrew sentía palpitar las sienes, lo que le hizo recordar un detalle que se le había pasado por alto—. Antes de desvanecerse, Victoria se quejaba de un fuerte dolor de cabeza, apenas podía enfocar la vista y comenzaba a doblarse sobre sí misma, como si...

–Debía sufrir atroces dolores estomacales, a tenor del aspecto del vómito que me dijeron que habían encontrado –interrumpió el médico—. A juzgar por lo que he observado... me atrevo a decir que tanto la dama como el can han sufrido un caso de envenenamiento.

Todos, incluso la sollozante Eleanor guardaron silencio ante tales palabras. No parecía tener sentido ni conexión alguna que Victoria y Harvey hubieran sido víctimas de la misma enfermedad, y aún parecía menos probable todavía que se tratara de algo tan grave como el haber tomado veneno. ¿Cómo era posible que los dos, tan dispares y sin compartir patrones comunes presentaran los mismos síntomas? Al ver esa pregunta en el rostro del conde, el doctor Corentin se apresuró a dejar ver todas sus indagaciones.

–Mi opinión es que ambos enfermos debieron ingerir algo que estaba fuertemente contaminado –explicó, para aturdimiento del resto–, presumiblemente el mismo alimento o bebida.

–Eso es imposible –adujo Joanna, ofendida—. La señorita Linton ha cenado en el salón con el resto de huéspedes y con nosotros mismos, ¡nadie más ha enfermado! Nuestra comida jamás estaría adulterada.

–Y Harvey tiene su propio menú, el cual no es compartido por ningún humano, se lo aseguro –añadió Andrew.

–Las pruebas médicas no mienten, señores. La dama y el perro fueron envenenados con algo ingerido, si bien no estaba en la cena, como yo mismo puedo dar fe. –Hizo una leve inclinación hacia Joanna—. No cabe duda de que debieron tomar cualquier cosa diferente al resto de nosotros, probablemente, rato antes de cenar, si tenemos en cuenta la fase de envenenamiento en que se encuentran.

Las miradas del médico, la condesa viuda y su hijo se posaron sobre la muy atribulada Eleanor, que se frotaba las manos, tanteando los bolsillos internos de la falda anaranjada que llevaba en busca de su inseparable abanico. Trémula, se tocó la frente, dándose suaves golpecitos que hicieran trabajar su memoria para poder ayudar a mejorar el estado de su hija.

–Encontramos... una caja de bombones en la puerta de nuestro dormitorio –explicó con pesadumbre—. Pensamos que era el regalo de un admirador... Vicky me invitó pero yo... no puedo tomar dulces antes de comer o pierdo totalmente la capacidad de distinguir sabores... ella... ella...

¡oh, debía ser yo!

Joanna la abrazó, acallándola suavemente para evitar que la mujer se proclamara culpable de algo que parecía alejarse sospechosamente de ser un hecho accidental. Con el ceño fruncido, Andrew la miró, sin dejar que las lágrimas de la señora Linton le apartaran de los cabos que aún debían atar.

—Si Victoria no tiene alergia al chocolate y eso fue lo único que tomó de diferente al resto, ¿cómo se explica que Harvey...?

—Le vimos en el pasillo, delante de nosotras —dijo la mujer, cada vez más nerviosa—. Yo me asusté pero Victoria dijo que... que era un miembro de la familia más. Le dio un bombón.

A Andrew se le encendieron todas las alarmas y el pulso le latió frenéticamente en las venas.

—Señora Linton, vaya inmediatamente a su habitación a por esa caja de bombones, tenemos que descubrir qué es lo que tienen. —Se giró en redondo, encarando al doctor—. Ya sabe lo que ha sido... ahora sálvelos a los dos.

—Me temo que eso no es tan fácil, milord... incluso teniendo el instrumental de análisis necesario necesitaría bastante tiempo para separar los componentes de los chocolates del componente añadido por el veneno para saber cuál es. —Se encogió de hombros, inmóvil—. No puedo establecer un antídoto sin saber a qué han sido expuestos.

—Arsénico.

Cuatro pares de ojos miraron hacia la puerta abierta del dormitorio. Josh y Gilly estaban allí, sudorosos y prácticamente sin aliento. Sin perder un momento en formalidades, McKan entregó a Andrew los papeles que llevaba bajo el brazo. Ambos intercambiaron una mirada significativa, seguida de un asentimiento por parte de Josh. El conde se volvió nuevamente al médico y, con voz segura, le ordenó.

—Ya lo ha oído. Ese es el veneno que han ingerido, ahora sabe cómo actuar.

—¡Esto es inaudito, milord! —exclamó el hombre, cuya capacidad para ofenderse rayaba en lo absurdo—. ¿Cómo espera que tome en serio la palabra de dos empleados sin ninguna capacitación? ¡No puedo intervenir con un antídoto por una mera corazonada!

—No es ninguna corazonada —respondió Josh, sin dejarse amedrentar en lo más mínimo—. Se ha robado una botella del arsénico que utilizamos para sulfatar los cultivos, y ese ha sido el veneno con que se ha impregnado... lo que sea que hayan comido la señorita y... Harvey.

Las dos mujeres miraron al lacayo sin salir de su asombro. El doctor Corentin, por su parte, sonrió irónicamente, alzando el bigote unos pocos centímetros, como si todo aquello le hiciera muchísima gracia. Cuando habló, su voz calmada destilaba compasión por aquel joven ignorante, algo que molestó muchísimo a Andrew.

—Joven... agradecemos su intento de ayuda, pero si supiera algo del arsénico y sus usos, sería consciente de que, de haberlo tomado mezclado en algo con compuestos tan pequeños como tiene un minúsculo bombón, sus efectos habrían sido mortales. —Su sonrisa se ensanchó—. Y a la vista está que no ha sido así.

–Eso es porque la botella robada había sido rebajada –contestó Josh sin cambiar un ápice el tono de su voz. Miró a Andrew, a quien consideraba más digno de explicaciones que a aquel matasanos–. Suavizamos el arsénico dividiendo el frasco en dos y rellenamos el resto con agua destilada y otros elementos naturales para que sus efectos sean menos nocivos en el huerto. Así se evitan accidentes como... aspirar los vapores o el roce con la piel.

–¿Estás completamente seguro de lo que dices?

–Totalmente, milord –afirmó con la cabeza–. He traído el registro que guardamos en el establo. Cada vez que la botella es tocada se anota. Solo el señor Greyson y yo tenemos acceso al armario donde se guarda.

Andrew revisó aquellas notas, comprobando en efecto que el arsénico era tomado muy en serio entre sus empleados, una mirada suya le bastó al doctor Corentin para empezar a mezclar elementos de su maletín, sin dejar de comentar en voz baja y apenas audible que él solo podría haber descubierto perfectamente el mal sufrido por los enfermos, sin necesidad de ayuda por parte de meros lacayos. Sus estudios e investigaciones le respaldaban, murmuraba sin que nadie pusiera atención para escucharle.

–Señor... hay una cosa más. –Gilly carraspeó, mirando de soslayo a las mujeres presentes–. Quizá... pudiera darnos unos minutos en privado. Es importante.

Joshua asintió y Andrew dejó salir el aire que había estado conteniendo. Miró a Victoria, que estaba siendo atendida por el doctor Corentin y sintió que algo dentro de él se resquebrajaba. Deseaba quedarse a su lado, sostener su mano fría y verla abrir los ojos antes que ningún otro. Habría dado todo cuanto poseía, su propia salud, si con ello hubiera logrado volver a oírla hablarle en aquel tono orgulloso y seguro que tanto le gustaba.

Percibiendo su inquietud, Joanna, que había dejado a Eleanor sentada en una silla junto a la acama, se le acercó. Le tocó el hombro, asintiendo con la cabeza en respuesta a sus tribulaciones privadas, aún desconocidas para ella.

–Yo me quedaré al pendiente. Los dos estarán bien ahora que sabemos cómo proceder –dijo con voz suave–. Ve con ellos y soluciona esto, hijo.

Andrew asintió y precedió a sus dos lacayos de confianza fuera del dormitorio, llevándoles al estudio que estaba en esa misma planta, al final del pasillo. Abrió la puerta y los tres entraron en la sala. El conde dio la luz y no se molestó si quiera en tomar asiento. Extendió la mano y tomó la documentación mientras Josh le explicaba lo más ordenadamente posible todos los hechos. Le contó el descubrimiento por parte del señor Greyson de que alguien había estado hurtando en el huerto, así como la naturaleza de la lista de clientes que se habían ido anotando en aquel cuaderno donde figuraban cronológicamente todos los pequeños robos efectuados.

–Pero eso no es todo, milord...

–Encontré ese cuaderno, así como un tomate podrido en un doble fondo de la cama de mi compañero de aposento, señor –interrumpió Gilly–. Se había llevado todas sus cosas y revuelto la habitación para robar mis ahorros, que escondía en una media en la funda de mi almohada.

–También se halló esta nota. –Joshua le entregó el papel–. Las instrucciones son claras... y dan explicación al asunto del arsénico.

Andrew desdobló el papel con sumo cuidado a pesar de que la ira llenaba todos los poros de su piel. Allí, con letra estilizada y elegante podía leerse «*Mezclar el veneno con el dulce. Que no huela a nada, ni tenga color. No seas visto al comprarlo*». Analizó las palabras unas cuantas veces, antes de dejar el papel sobre el escritorio y hacer lo mismo que ambos lacayos, comprobó la letra con las del cuaderno de pedidos. Entonces, de pronto, la luz del raciocinio se abrió paso entre su mente cargada de furia y miedo, levantó la vista hacia los dos hombres, con la mandíbula tensa y la ira nublándole el semblante.

–¿Cómo se llama el ladrón? –rugió–. El que se llevó sus cosas y anotó estos nombres, el que ha estado robando en mi casa la comida de mis empleados, ¿quién es?

–Rogers, señor –contestó Josh sin titubeo–. El lacayo privado de las señoras Aldrich.

–Y yo le vi entrando en esa tienda de dulces para damas, ¿recuerda, señor? Cuando fui al zapatero a recoger su pedido. ¡Sabía que me resultaba sospechoso que comprara ahí, ese asno jamás tendría el paladar para disfrutar de semejantes delicias! Y ni siquiera con mis ahorros robados habría podido...

–También revoloteaba por el establo. –Andrew miró a Josh, comenzando a encontrarle sentido a todo lo ocurrido conforme iban acercándose cada vez más a la verdad–. Parecía ir para vigilar que hiciera bien mi trabajo, pero quizá...

–Utilizó esas visitas para saber si había algo ahí que pudiera utilizar para cumplir este encargo –culminó el conde por él–. Esta letra, ¿a quién pertenece?

–Creemos que a una dama, señor. Es muy fina y desde luego... no se parece a la de Rogers.

Andrew dobló el papel y lo metió en su bolsillo. Dejó dentro del cajón los registros de venta de alimentos robados, custodiados bajo llave. Decidió apartar a Victoria de sus pensamientos unos instantes, incluso el estado de Harvey, su querido amigo, quedó en un segundo plano. Lo que en ese momento necesitaba, lo que era imperioso conseguir para su estado de ira se encontraba fuera de esos muros. No podría vivir tranquilo, ni seguir adelante con los planes que había empezado a trazar hasta que no encontrara justicia al terrible acto criminal que se había perpetrado en su propia casa.

–¿Cuánto hace que esa rata se ha ido? –bramó, mirando a Gilly.

–Pues, ah... una... una media hora, quizá más, milord.

–Joshua... –La voz de Andrew fue fría y cortante–. Prepara los caballos más veloces que tengamos en el establo; Gilly, tú manda un mensaje al alguacil del pueblo. Advértele de que se dé prisa, o no quedará nada de ese criminal para que pueda arrestarlo después de que yo me haga con él.

Cruzó la estancia, dejando atrás a los dos hombres y se precipitó fuera de la casa con una única idea fija en su mente: Rogers no daría un paso más sin decirle quién le había mandado envenenar a Victoria y por qué; en cuanto tuviera un nombre... que Dios encontrara piedad para el alma del culpable, porque él no pensaba tener ninguna compasión.

Capítulo 22

Era noche cerrada y empezaba a caer una suave llovizna conforme Andrew aseguraba las cinchas de su semental. El espectacular andaluz cuyo nombre, Whitish, le venía dado por el extraño tono de blanco que le cubría de la testa a la cola. Era con diferencia el caballo más rápido con que contaban en los establos, utilizado solo por su amo cuando debía recorrer grandes distancias en las que el animal pudiera galopar tan raudo como quisiera. Mientras colocaba la silla, apartándose el flequillo que se le iba humedeciendo de la frente, Andrew vio aproximarse dos figuras por el camino, recogándose las faldas y apretando el paso conforme se daban cuenta de que el tiempo apremiaba.

Joshua y Gilly, que ensillaban a un castrado castaño, levantaron la cabeza hacia el conde, esperando indicaciones sobre cómo proceder. El primero le acompañaría por el bosque para buscar al prófugo, en tanto que el segundo estaría en la casa cuidando de los enfermos y de las mujeres, atento a cualquier movimiento sospechoso que pudiera notar conforme los invitados a la cena y el baile empezaran a retirarse. El culpable intelectual del envenenamiento podía estar en cualquier lugar, por lo que debía mantenerse alerta.

—¡Andrew, hijo!

Con los zapatos y el bajo de las faldas del vestido de fiesta manchadas de barro, Joanna alzó los brazos en el momento que el joven conde se disponía a saltar sobre el lomo de Whitish. Eleanor llegó después, resollando y sin apenas aire en los pulmones. Los peinados de ambas estaban parcialmente deshechos a causa de la carrera y los efectos de la lluvia. Con un suspiro, Andrew se giró hacia ellas, tratando de contener la brusquedad que sabía que resonaría en su voz.

—Josh y yo vamos a salir inmediatamente, madre —explicó—. Gilly os acompañará a casa, tanto a la señora Linton como a ti. Permaneced junto a Victoria y esperad noticias.

—¿Qué es lo que sabes? ¿A qué viene toda esta prisa? —Joanna clavó sus ojos azules en él, consternada—. Santo Dios... ¿es más grave aún de lo que pensábamos?

—Ahora mismo no tengo tiempo para entrar en detalles, madre, vuelve a la casa, cuando regrese, hablaremos.

—¡No te atrevas a darme la espalda, Andrew Ferris! —rugió la mujer, estirándose a pesar de su baja estatura—. Todavía soy la condesa viuda, además de tu madre. Si algo está pasando en mi casa, tengo que saberlo.

Andrew miró al cielo, exasperado, Joshua tomó las riendas del castrado y emprendió el paso para salir del cercado, pues no deseaba escuchar conversaciones privadas de los señores de la casa. Gilly hizo lo propio, pensando que era un momento tan bueno como cualquier otro para acercarse a la entrada y esperar la llegada del alguacil. Decidido a no perder más tiempo del que fuera necesario, el conde decidió contar lo que había descubierto de la forma más resumida posible.

—El hombre es Rogers Vallard —dijo. Se trata del lacayo personal que acompañó a la señora y a la

señorita Aldrich cuando acudieron a tu invitación. Ha estado hurtando comida del huerto y revendiéndola para enriquecerse, además de destrozar cultivos que estaban a medio crecer. –Vio a su madre taparse la boca con impresión, anonadada.

–Milord... ¿tiene ese hombre alguna relación con lo ocurrido a mi hija? –cuestionó Eleanor, cuyos ojos abiertos se asemejaban a los de una lechuza somnolienta.

–Me temo que sí. Encontramos una nota con instrucciones sobre cómo envenenar una caja de chocolates y ofrecerlas como presente –resopló, aún le costaba creer que aquello hubiera sucedido–. Gilly vio a ese hombre adquirir los dulces y solo él tuvo acceso al arsénico, pues había vigilado a Joshua y sabía dónde estaba.

–Santo Dios... –Eleanor se persignó–. Ese hombre pudo haber causado decenas de muertes... si hubiera envenenado esas verduras robadas... o distribuido los bombones en la cena...

–En mi propia casa... ¡bajo mi techo, impunemente, robando y causando mal a mis huéspedes! –La ira de Joanna era palpable, las arrugas de las sienes se le habían reflejado en la cara–. ¡Me aseguraré personalmente de que todo el peso de la ley caiga sobre ese hombre, sin la mínima consideración!

Andrew vio que aquel era el momento adecuado para dar por finalizadas las explicaciones. Con agilidad, saltó sobre el lomo de Whitish y tomó las riendas, orientándolo hacia las dos mujeres para despedirse.

–Para ello antes tenemos que atraparlo, lo que me dispongo a hacer en este momento. –Miró a Eleanor desde su altura, componiendo una expresión seria y muy segura–. Señora, pongo en su conocimiento que en cuanto todo esto pase y el estado de salud de Victoria mejore, pienso cortejarla formalmente y ofrecerle matrimonio.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada de sorpresa, aunque hubo un brillo repentino en la expresión de Joanna que dejó entrever que aquella era una resolución que no distaba mucho de sus deseos. La señora Linton, por su parte, abrió la boca e intentó decir algo, pero acabó boqueando, absolutamente perdida. Andrew no lo había dudado, pero si lo hubiera hecho, ese gesto acabó por confirmarle que la madre de Victoria nunca había albergado intenciones con respecto a él, instando a su hija o forzándola. La admiró un poco más de lo que ya lo hacía, y se lo demostró con una venia llena de respeto.

–Milord... tengo entendido que Victoria había resuelto darle el sí al señor Chamber –musitó Eleanor, confundida.

–Confío en poder convencer a esa testaruda para que me acepte –añadió él, permitiéndose una sonrisa franca a pesar de la circunstancia, aunque no duró mucho–. El que le ha hecho esto, lo pagará.

Sin decir más, espoleó a Whitish y salió a galope, seguido por Josh, adentrándose ambos en la espesura del jardín y bifurcándose fuera del camino hacia la abertura del bosque. Deberían cubrir varios kilómetros de densa espesura hasta llegar a la propiedad vecina. Ambos terrenos estaban delimitados por vallas que los separaban de esa zona inadecuada para el trasiego diario, pues los árboles y ramas crecían salvajes, el suelo no estaba preparado para el paseo y el lugar era tan tupido que la luz del día apenas penetraba. Aguzaron la vista, guiándose en la oscuridad.

La belleza salvaje de la zona arbolada situada entre sus tierras y las de Stony Cross era un excelente lugar para escapar. Andrew lo reconocía, pero tenían a su favor el hecho de que Rogers no conocía el lugar tan bien como ellos, puesto que de niño se había escondido infinidad de veces por aquellos lugares, y aún gustaba de recorrer la linde cuando deseaba soledad para pensar en sus asuntos, lo que últimamente solía ocurrirle a menudo. Josh, por su parte, vivía prácticamente todo el año en Kent y se movía por aquel lugar sin señal alguna como si estuviera guiándose por algún poder oculto.

—Nos lleva ventaja —murmuró el lacayo—. Gilly afirma que ya debe hacer más o menos una hora que emprendió la huida.

—Es cierto, pero sabemos que no se ha apoderado de ningún caballo. —Era lo primero que habían comprobado—. Y ninguna carreta o carro han sido vistos. Por no hablar de que se mueve a oscuras, un candil le habría delatado.

—Ir a pie por este bosque es una locura o un acierto muy inteligente, milord. —Josh aguzó la vista, entrecerrando los ojos—. Los animales rompen ramas y dejan huellas que son fáciles de seguir.

—Pero ir en montura nos ayudará a cubrir el perímetro más rápidamente y además —Andrew tiró de las riendas para esquivar una piedra, guiando a Whitish y apartando ramas con los brazos—, ese tipo no sabe adónde va. Por bien que se esconda... daremos con él.

Prosiguieron unos metros en silencio, siendo audibles solo las pisadas de los caballos, que iban al paso o trotaban conforme la zona del bosque que recorrían perdía densidad. Mientras atisbaba cada rama y todos los salientes de las rocas, los grosores de los árboles y las acumulaciones de arbustos, Andrew pensó en Victoria, y en las palabras que había dedicado a Eleanor. Deseaba casarse con la muchacha, lo había comprendido hacía días, quizá lo había sabido desde el mismo momento en que la había conocido, cuando el barro lo cubría y ella aguardaba ser recibida por su madre al pie de la escalera.

El cómo había ocurrido no lo sabía, pero conforme el tiempo pasaba se sorprendía a sí mismo observándola, permaneciendo atento a todos sus movimientos y palabras. A veces ella parecía totalmente fuera de lugar, perdida en un plano que no controlaba y en el que no deseaba estar, pero otras, como aquella noche en la cena, cuando había respondido al duque Ozma y a él mismo con aquella madurez y sensibilidad, cargando sus palabras de inteligencia y humanidad, le había fascinado. Todo en ella le fascinaba, desde su forma de ser a su carácter, pasando por su bello rostro cincelado, sus pensamientos y creencias, su aceptación de las virtudes que poseía y agradecimiento por su situación a pesar de que muchas otras damas la consideraran inferior por ello. Y su pelo, desde luego. Andrew soñaba con pasar el resto de su vida despertando con aquel cabello rojo fuego enredado en sus dedos.

Lo cierto era que no había mantenido conversaciones íntimas con Victoria y apenas había estado a solas con ella, pero los escasos momentos compartidos habían sido una delicia para todos sus sentidos. Con ella podía sentirse diferente, más que un conde que buscara una esposa aceptable para formar una familia y dedicarse a seguir sus obligaciones. Ella le trataba como a un igual de alguna manera diferente que le trastocaba. ¿Cómo podía a la vez exponer tanta distancia entre ambos y luego hacer que se sintieran tan cercanos?

Había comenzado a abrirle su corazón en el baile, justo antes de que ella cayera inerte en sus brazos. La muy inocente creía que Andrew solo se le acercaba para humillarla, que sus besos e intenciones eran los de un mujeriego que deseara encontrar entretenimiento pasando por encima de una dama inferior. A su pesar, tuvo que sonreír. Qué ironía, pensó, la señorita Linton apartándose para mostrarle que poseía altos valores morales y él, mientras, actuando como un tonto que solo era capaz de ofenderla con su torpeza por no saber mostrarle de un modo adecuado que lo volvía loco con solo moverse.

En cuanto todo eso pasara, el peligro no fuera un obstáculo y la joven se encontrara sana, Andrew pensaba obligarla a escucharlo de principio a fin. Así tuviera que atarla a la cama (lo cual le parecía algo sumamente práctico), y después... había aprendido a conocerla lo suficiente para saber que haría uso de toda su artillería para rechazarle, pero a menos que en sus palabras de negación hubiera alguna relacionada con los sentimientos, no pensaba aceptarlas. Él había estado ahí en los besos compartidos, sosteniéndola contra su pecho y absorbiendo el calor creciente de su piel. Una mujer no se daba en tal modo si el caballero en cuestión no le despertaba sensaciones, de eso estaba totalmente convencido.

En cuanto a las diferencias sociales y la supuesta falta de adecuación de Victoria para asumir el rol de condesa... Dado que él, como conde, debía compartir su vida y crear su familia junto a una mujer que debía ser su apoyo y comprensión en momentos de fatiga, a la que le unieran el respeto y el afecto, con la que pudiera contar, cuyas opiniones le fuera posible valorar y con una inteligencia y valía que pudieran sumarse a la suya, Andrew no concebía a otra mejor que ella.

Con respecto a que la unión estuviera fundada en el amor... el corazón le dio un salto en el pecho, pareciendo hundírsele entre las costillas. No dudaba de que, por su parte, dicho sentimiento estaba abriéndose paso más y más aprisa conforme pasaban los días. Era más que probable que para cuando volviera junto a ella estuviera perdidamente enamorado. Y sabía que podría hacer que ella lo amara también.

–Milord. –Josh le sacó de sus pensamientos, indicándole con la cabeza hacia la izquierda–. Un rastro.

A paso ligero pero tratando de hacer el menor ruido posible, cambiaron de dirección sobre sus monturas, adentrándose en una zona de arbustos bajos que dificultaba el acceso de los animales. La lluvia seguía cayendo inexorablemente, empapando las ropas de los jinetes y haciéndoles difícil el observar el terreno. Tras unos dos metros siguiendo el camino, oyeron el sonido de unas ramas que se partían y una respiración jadeante se hizo audible. Con una mirada de entendimiento, Andrew y Josh pusieron al trote a los caballos, en tanto que Rogers, sabiéndose descubierto, echó a correr perdiendo el factor sorpresa que había mantenido mientras permanecía oculto.

Al ir a pie, saltaba con agilidad sobre las piedras salientes y zigzagueaba alrededor de los árboles, mirando atrás de cuando en cuando y aprovechando cada tropezón y atraso de los caballos, que relinchaban molestos cada vez que algo se les enredaba en las patas. Rogers se golpeó al caer al suelo y perdió un zapato, pero se levantó rápidamente y siguió corriendo, con un hatillo cargado al hombro y gruñendo por el esfuerzo.

–¡No tienes adonde ir, ladrón! –le gritó Josh, cuyo pelo negro se había soltado de la coleta a causa

de la lluvia, dándole la apariencia de ser un piel roja en plena persecución—. ¡Dondequiera que vayas, te atraparemos!

Andrew también quiso gritarle amenazas, pero consideró más importante guardar el aliento. Guió a Whitish a través de un sendero cubierto de ramas que el animal saltó sin dificultad gracias a su entrenamiento con las vallas altas. Sujetando las riendas con una sola mano, el conde calibró la distancia a la que estaba de Rogers y, en un momento dado, cuando le pareció que el ángulo era el correcto y la velocidad del animal llevaba impulso suficiente, se precipitó de la montura, lanzándose contra el delincuente y provocando que ambos cayeran contra el suelo duro y cubierto de rocas y ramas. El hombro derecho de Andrew se llevó toda la fuerza del golpe, provocándole un dolor atroz que le atravesó el pecho de costado a costado. Sujetó a Rogers contra el suelo, ignorando el pinchazo molesto que sentía en el brazo y lo inmovilizó bajo su peso.

Josh saltó de su castrado y corrió para acercarse, haciendo sonidos con la boca que provocaron que ambos caballos dejaran de correr y permanecieran quietos, a la espera.

—¡Vas a decirme ahora mismo quién te envió a envenenar a Victoria Linton! —farfullaba Andrew, volviendo hacia arriba a Rogers y esquivando sus puñetazos e intentos de escape—. ¡Dime quién te pagó!

Joshua desenvainó el cuchillo que llevaba en la cintura del pantalón y se arrodilló junto a la cabeza de Rogers, sujetándole el pelo mojado con una mano y colocando la afilada hoja del arma bajo su cuello. Al instante, este dejó de forcejar, dando un respiro al brazo de Andrew, que cada vez tenía menos fuerzas. El conde le vació el hatillo, encontrando un saquito con dinero y la añorada media hurtada a Gilly con todos sus ahorros. Miró al lacayo inmóvil con un gesto de sumo desprecio.

—Has robado bajo mi propio techo, privando de parte de sus alimentos a mis empleados, quienes trabajan duramente por ellos. —Le lanzó el hatillo vacío sobre el pecho—. Y no contento con eso... has atentado contra la vida, te exijo que me des ahora mismo el nombre de la persona que urdió este plan, ¡habla!

Pese a la situación en que se encontraba, Rogers se permitió sonreír, mientras saboreaba su propia sangre, que manaba de una herida en el labio que Andrew le había hecho al lanzarle al suelo.

—¿Qué importa ya? Esa zorra pelirroja ya estará pudriéndose gracias al arsénico.

Andrew le propinó un puñetazo en el estómago que hizo que Rogers se doblara de dolor durante el único segundo que Joshua se lo permitió. El joven lacayo, con el cabello largo empapado, lucía una expresión tan sombría que el propio conde se le quedó mirando con inquietud. Volvió a acercar la hoja del cuchillo al cuello de Rogers, esta vez haciendo una ligera presión que a punto estuvo de romper en un hilillo de sangre. Cuando le habló, lo hizo en una voz tan sumamente calmada que más pareció estar explicando el compuesto alimenticio que preparaba para los caballos.

—No tienes idea de a qué me dedicaba antes de trabajar aquí, ¿verdad? Despellejarte no me costaría nada. Y lo disfrutaría. —Se apartó el pelo de la cara con un movimiento de la cabeza—. Dile lo que quiere saber, y quizá el alguacil se te lleve de una pieza.

—¿Quién te pagó para que compraras los bombones y los envenenaras? —Con dedos temblorosos y un gesto de dolor, Andrew sacó el papel que llevaba al bolsillo—. ¿De quién es esta letra?

Rogers hizo una mueca, pero la retiró conforme Joshua volvió a tomarle del flequillo, levantándole la cara para que el cuchillo acariciara suavemente su garganta. El ladrón tragó saliva, muy consciente de que no habría escapatoria posible. Su patrona no daría la cara por él, caería con todo su peso, pero tal vez podría darse la satisfacción de llevársela consigo. Después de todo, y aunque él hubiera sido el brazo ejecutor, no había tenido la idea.

–Di el maldito nombre –gruñó Josh–, o empezarás a perder dedos, ¡habla!

–¿Quién te mandó? –urgió Andrew.

–Aldrich –masculló Rogers, que apenas podía hablar por la cercanía del cuchillo. El conde se dio cuenta y ordenó a Joshua que lo bajara unos centímetros con una mirada–. Adeline Aldrich. Ella quería matar a Victoria Linton. Me pagó para que le diera los bombones con veneno.

Andrew abrió mucho los ojos, completamente impresionado ante lo que oía. Estuvo a punto de volver a golpear a Rogers, a pesar de que la fractura de su hombro casi le había minado las fuerzas, para ordenarle que dijera la verdad, pero entonces se dio cuenta de que aquella tenía que serlo. No le costaba encontrarle sentido si se paraba a pensarlo con frialdad. Había sido consciente de los intensos intentos de Adeline Aldrich para llamar su atención y mostrarse perfecta ante sus ojos, los peinados, el color de los vestidos, la forma de comportarse en su presencia... todo en ella era un grito atronador que dejaba claro que era la elección más obvia para convertirse en condesa.

De algún modo debía haber percibido que Victoria, cuyas pretensiones eran nulas y que carecía de fortuna, título e intención alguna para con él, era quien se llevaba toda su atención. Era evidente que Adeline deseaba un marido de posición, no como las otras damas, quienes esperaban encontrar lo mejor que pudieran, para ella era realmente vital, se consideraba superior, tenía claro que merecía algo muy por encima de cualquier expectativa. Y al parecer, no contaba con escrúpulos para allanarse el camino. Tal vez incluso su madre la había instado a que tomara cartas en el asunto al percibir que Andrew no parecía tener prisa por hacer pública una petición.

Recordó el día del paseo en coche, como los ojos de Gertrude se posaban sobre él como un ave rapaz, esperando cualquier señal a la que agarrarse. Pero él no había dado el paso, pues la atracción por Victoria le hacía renuente a tomar lo que, aun siendo lo más aceptable y correcto para su situación, no le hacía lo suficientemente feliz como para plantearse una atadura de por vida con una mujer tan frívola y calculadora como Adeline. Por lo visto ella había optado por apartar de su camino las distracciones que él pudiera tener, con vistas a ser su única elección posible.

De repente, allí tirado en el suelo del bosque, empapado hasta los huesos, cubierto de suciedad y con el hombro palpitando de dolor mientras mantenía inmovilizado al hombre que había hecho efectivos tan macabros planes, Andrew tuvo consciencia de algo que hizo que la sangre se le helara. Con el pánico pintado en la mirada, se puso en pie de un salto, corriendo en pos de su caballo y dejando a Josh perplejo.

–¿Milord?

–¡Quédate custodiándolo, espera al alguacil! –ordenó mientras tiraba de las riendas de Whitish y saltaba a su grupa usando solo el lado sano de su torso, emitiendo un gruñido de dolor que le

atravesó—. ¡Ella está en la casa!

Con una fuerte patada, el semental se puso al galope, atravesando arbustos y ramas a toda velocidad, como un destello blanco que se perdía en el horizonte, mientras Andrew lo espoleaba más y más, sintiendo en cada salto del animal como el dolor le carcomía por dentro, obligándole a doblarse sobre la silla. Mantuvo la mente clara y la vista al frente, rezando por llegar a la casa antes de que Adeline descubriera que su plan había fallado y su víctima seguía viva.

Victoria se sentía como si una calesa para cuatro caballos con conductor y pasajeros hubiera subido desde el centro de su cuerpo hasta llegarle a la garganta, para luego precipitarse hacia afuera provocándole dolorosos espasmos. Apenas tenía voz a causa de la abrasiva mezcla que el doctor Corentin le había dado para que volviera a vaciar su estómago, a pesar de que nada podía quedar en este tras la primera vez. Nada más recobrar parcialmente el aliento había precipitado aquel brebaje por su boca, el resto había ocurrido en cuestión de pocos minutos. Ahora que estaba despierta, se sentía muy dolorida, con la boca seca y almidonada, la garganta le ardía y la sed que sentía parecía imposible de saciarse. Pero estaba despierta, como se empeñaba en decir su madre cada vez que le ahuecaba las almohadas.

Victoria había escuchado, atónita, mientras se tomaba un amargo té de hierbas, que sus malestares y posterior desvanecimiento habían sido causados por el arsénico que se había impregnado en los bombones que habían dejado ante su puerta. Por fortuna solo había tomado uno y, para más suerte, el veneno había sido diluido. En caso contrario estaría muerta, y era una certeza que no había dudado, aunque Eleanor se había cuidado mucho de no mencionar palabra alguna al respecto. Su madre se veía poderosamente nerviosa, moviéndose de un lado para otro y dándole vagas explicaciones a todo lo que ella preguntaba. Por lo visto, la señora Linton parecía esperar a que alguien superior aclarara las cosas para que luego esa persona hablara con Victoria, pero aunque quedaban cabos sueltos que alguien más tendría que atar, ella era lo bastante inteligente para haber deducido lo esencial.

—Alguien ha intentado matarme, ¿no es así? —murmuró con la voz aún ronca—. Quien fuera que dejara los bombones en mi puerta... y por mi causa, casi logra acabar también con la mascota del conde.

—¡No pienses así, querida! —Eleanor le tomó la mano, dándole unas palmaditas—. Gracias al cielo y a todos los santos esa... persona monstruosa no podía saber que el veneno no era puro.

—Pero podría haberlo sido.

—Ni siquiera lo menciones —la mujer negó, haciendo que los mechones sueltos de su peinado se removieran—. Me esfuerzo mucho para apartar esa idea de mi mente.

—¿Crees que Bernard Chamber...? —Le recorrió un escalofrío al pensar en la posibilidad. ¿Sería capaz un hombre ofendido por haber sido apartado de sus intentos de cortejo de tomar medidas tan drásticas?

–No, querida. El conde ya ha hecho sus averiguaciones... aunque de momento solo sabemos que la persona que lo hizo actuó siguiendo órdenes de otra. Los encontrarán a ambos, no te quepa duda.

Y Eleanor había estado lo suficientemente preocupada por su salud como para dejar en segundo plano las pistas que habían salido a la luz. Victoria dio otro sorbo al té, mirando a su alrededor. Estaba en el dormitorio de Andrew, metida en su cama. El perro también estaba allí, en un enorme cojín, dormitando tranquilamente tras casi haber perecido por causa de su afán goloso, pero eso era comprensible, pues era un amigo querido para el conde. ¿Pero ella? Podrían muy bien haberla acomodado en su propia habitación de huéspedes en lugar de meterla literalmente entre las sábanas del conde, algo que, sin duda, llenaría más conversaciones que el hecho mismo de que alguien hubiera intentado acabar con su vida.

De hecho, incluso ella misma le daba más vueltas a ese asunto que a la identidad de su asesino, lo cual la mortificaba mucho, aunque dedujo que quizá se trataba de autopreservación. Siempre era mucho mejor ocupar la mente en algo más liviano que en cosas realmente preocupantes. Si se dedicara a pensar exclusivamente que existía alguien, terroríficamente cercano y certero a ella que había estado cerca de matarla... quizá un ataque de nervios acabaría consiguiendo lo que no pudieron los bombones.

–Madre... quisiera que me ayudaras a trasladarme a mi dormitorio –susurró, dejando la taza y moviéndose apenas–. Me sentiría más cómoda.

–Vicky, estás muy débil, apenas puedes estirarte sin sentir dolores a causa del veneno. –Eleanor le peinó el cabello rojo, sujeto con un trozo de seda, que caía en cascada por un lado de la almohada–. Deberías dormir y tratar de no pensar en nada.

–¡Estoy en el aposento del conde! –exclamó, exasperada–. ¿Es que no pudo dejarme en otra cama, en cualquiera? ¿Te imaginas lo que se dirá?

–¿A quién le importa eso ahora? Francamente, no entiendo esa aversión que te empuja a estar en contra del conde cuando él está ahora mismo ahí fuera, persiguiendo al culpable de todo esto y dispuesto a arrancarle el nombre de la persona que lo planeó, por ti.

Aquello enmudeció a Victoria, que levantó los ojos, aún vidriosos hacia su madre. Andrew había vuelto a protegerla. Recordaba vagamente haber estado hablando con él antes de sentir que moría, que el dolor era insoportable. Se había desmallado después de vomitar (esperaba de todo corazón que no hubiera sido sobre él o jamás podría volver a mirarlo). Parecía que el mismo Andrew la había cuidado después de eso y la llevó al mejor lugar de la casa para su recuperación, su propio dormitorio, alejado de los invitados, los ruidos y las molestias. Y no contento con eso...

–¿Dices que ha salido a perseguir...?

–Sí, querida. –Eleanor asintió con firmeza–. Ese lacayo huyó y Andrew salió con uno de sus empleados, ese muchacho tan fuerte de los establos. Lo atraparán y descubrirán quién le pagó para dañarte.

–Pero... ¡madre, si esa persona fue capaz de intentar matarme puede hacer lo mismo con Andrew! –Victoria se incorporó en la almohada, sintiendo los pinchazos en su vientre conforme se flexionaba–. ¡Alguien debe ir en su ayuda, podría estar en peligro!

–Tranquilízate cielo, vamos, calma, calma... –Eleanor la tumbó otra vez, acariciándole la frente–. Vaya, hace un minuto querías huir de este dormitorio por miedo al qué dirán y ahora tiembles al pensar que el conde pueda sufrir algún daño.

–No es eso... –Pero lo era, desde luego. Las mejillas de la joven se sonrojaron y se le humedecieron los ojos de preocupación–. No quiero que pueda pasarle nada por mi causa, ¿no te imaginas cuántos problemas le he causado! Por mi culpa ha estado a punto de morir su perro y... por mucho que sea su huésped no es necesario que se arriesgue así por mí.

–Mi querida niña... –La sonrisa maternal se reflejó en la mirada de Eleanor–. Si algo mueve al señor Ferris a correr peligro para defenderte no es la obligación, eso puedo asegurártelo. –La besó delicadamente en la frente–. Ya lo entenderás. Ahora descansa.

–Pero él... alguien debería ir en su ayuda, servirle de protección...

–No está solo en el bosque, Vicky, y seguro que puede cuidarse muy bien. –Le palmeó la mano con delicadeza–. Responderá todas tus preguntas cuando vuelva, y el peligro habrá pasado.

Victoria no estaba demasiado segura, y sentía la intranquilidad correrle por las venas del mismo modo que lo hacían el malestar y el agotamiento. Aquella había sido una noche muy larga, y pronto despuntaría el alba sin que hubiera podido descansar.

Así pues, cedió a los deseos de su madre y se recostó dejando que la arrojara como hacía cuando era una niña. Victoria cerró los ojos y Eleanor corrió los cortinajes del dormitorio del conde para que la luz del amanecer no la incomodara. Cuando salió de la habitación y la dejó sola, la joven pelirroja se encontró rogando por la seguridad de Andrew, deseando con más fervor del que creía tener que volviera con bien. Si algo le pasara por haber intentado ayudarla, por buscar protegerla, jamás podría perdonárselo. Sin querer, una sonrisa ilusionada se dibujó en su rostro adormecido al imaginarlo defendiéndola, esforzándose por asegurar su bienestar, anteponiéndola a todo a pesar de que existían tantas diferencias sociales entre ellos, hechos que les separarían para siempre sin remedio.

Le pareció que llevaba dormida apenas unos minutos cuando la puerta chirrió y un leve haz de luz procedente del pasillo arremetió en la estancia. Victoria movió la cabeza a los lados, negándose a salir del sopor que evitaba que pensara en intentos de asesinato y bombones envenenados. Los pasos se acercaban a la cama, seguidos por el frufú de las faldas al rozar contra las piernas. Suspiró, rindiéndose a lo evidente y decidiendo abrir los ojos.

–Madre... me habrían venido bien unos minutos más de sueño –susurró, probando el estado de su voz, que proseguía enronquecida.

–La idea, querida, era que no volvieras a despertar.

Súbitamente, Victoria se incorporó, notando la protesta de dolor de todo su cuerpo. Con los ojos muy abiertos, recorrió la figura semioculta en las sombras de Adeline Aldrich, cuyo aspecto desaliñado le dejaba entrever que aquella tampoco había sido una noche tranquila para ella. Su elegante vestido de baile compuesto por falda verde jade y corpiño beige estaba arrugado y sucio de barro en los bordes de las faldas, el peinado, siempre impecable, se sostenía precariamente con los

pasadores del pelo. Los rizos se le habían alisado y el maquillaje estaba desaparecido. La tez de la mujer, siempre de porcelana, se veía ahora surcada de arrugas nerviosas y terribles ojeras. Tenía las manos a la espalda, y se balanceaba sin apartar la mirada de ella.

Sonreía, pero su rostro mostraba tal expresión de agotamiento y fastidio que Victoria, instintivamente, se apoyó en los brazos para mantenerse incorporada y miró a su alrededor. Harvey, el dalmata de Andrew, había levantado las orejas y entreabierto un ojo, casi como si valorara lo que ocurría, prestando atención a la situación.

—¿Qué haces aquí, Adeline? —cuestionó Victoria con voz pastosa.

—No ha sido fácil encontrarla, señorita Linton —respondió la aludida, sonriendo aún más—. Cabía esperar que estuviera siendo trasladada a algún lugar más... apropiado a su estado, pero ¡qué sorpresa la mía! Al descubrir que se estaba... recuperando —negó con la cabeza—, recuperando... ¡qué impensable!

Adeline dio un paso hacia adelante, y luego otro, quedando más cerca del lateral de la cama de Victoria de lo que ella consideraba adecuado. Por alguna razón, algo en su instinto la instaba a mantenerse lo más apartada posible de la joven Aldrich, una especie de pinchazo de supervivencia. En otra ocasión, cuando se había lastimado el tobillo, había recibido una visita parecida a esa, y ya en aquel momento había sentido que las cosas no iban demasiado bien. Ahora tenía la certeza, la sentía palpitándole en las sienes.

—¿Cómo has entrado? —inquirió, decidiendo que tal vez sería inteligente darle conversación e intentar descubrir lo que quería.

—He animado a tus centinelas a retirarse de la puerta —contestó ella sin más, dando otro leve paso—. ¿Sabes? Eres un auténtico estorbo, querida, y ni siquiera cuando uno intenta, de la forma más elegante posible, librarse de ti, consientes en dejarte morir con toda simpleza.

Victoria notó el sudor frío recorrerle la espalda, y el entendimiento llegó a ella de forma inmediata. Harvey se incorporó sobre dos patas, emitiendo un leve aullido que hizo a Adeline girar la cabeza unos momentos. Vicky pensó en huir, pero estaba demasiado débil y jamás llegaría a la puerta a tiempo.

—Qué encantador... no solo te recuperas en el dormitorio del conde, sino que su fiel chucho se queda para velarte. —La sonrisa desapareció, dando paso a una mueca que hizo que el semblante de Adeline se descompusiera—. ¡Solo tenías que comerte los malditos bombones, Victoria, entonces todo habría acabado! ¿Es que no lo entiendes? ¿No te das cuenta de que eres una molestia para mis planes?

—Tú intentaste envenenarme —susurró la joven Linton, petrificada en la cama, sintiéndose enferma y cansada, allí echada en camisón sin nada con lo que poder defenderse—. Tú... pagaste a ese hombre para preparar el veneno... quisiste...

—Sí, sí, sí, ¡yo lo hice, yo! —Adeline sacó una mano de su espalda y se golpeó el pecho rítmicamente—. ¿Y sabes? Si todo hubiera salido como debía ahora tú estarías en una caja de pino y yo, en esa cama. Me corresponde. Soy perfecta para el papel de condesa, yo, yo, ¡no tú!

–Tienes... tienes razón, Adeline. –Victoria tragó saliva con fuerza, apartándose hasta el borde opuesto del colchón conforme su agresora se acercaba–. Deberías convertirte en condesa, te lo mereces... yo me iré ¿está bien? Llamaremos a los empleados y recogeré todas mis cosas...

–No, querida. Me temo que es demasiado tarde para eso. –Su mirada desquiciada se centró en Victoria, aunque parecía que apenas podía verla, pues miraba al vacío, perdida en sí misma–. Ese imbécil de Andrew Holt no para de rondarte... hasta te ha metido en su cama. –Suspiró, dejando caer los hombros–. Está claro que si quieres las cosas bien hechas, tienes que hacerlas tú misma. Mi madre siempre lo dice, ¿sabes? Y es muy sabia.

Adeline sonrió y acercó su otra mano al frente. Llevaba un abrecartas muy afilado sujeto entre los dedos. Victoria se paralizó un instante, antes de arrodillarse en la cama y negar con la cabeza, buscando frenéticamente algo con lo que protegerse, sin hallar nada más que mantas y almohadones. Harvey se levantó también, gruñendo y ladrando con todas sus fuerzas, pero Adeline parecía no escucharle, ni prestar atención a nada que no estuviera dentro de su cabeza. Con una sonrisa petulante pintada en la cara, se aproximó hasta sujetar con una fría mano las sábanas de la cama, conforme acercaba el abrecartas hacia la pálida Victoria.

–Lo primero que haré será cortar esos horrendos cabellos rojos que tanto gustan a Andrew –susurró, rompiendo en carcajadas repentinamente–. Me haré un cojín con ellos, serán un relleno maravilloso.

–Adeline por favor... no tienes que hacer esto... no cometas una locura...

Lanzándose sobre la cama, la joven Aldrich dio un empujón a Victoria que la hizo golpearse contra el cabecero. Sin darle tiempo a recuperarse, la agarró por un tobillo, tratando de inmovilizarla mientras alzaba el abrecartas amenazadoramente, con la mente totalmente perdida y la desesperación brillándole en el rostro enloquecido.

–Te contaré un pequeño secreto –susurró Adeline, riendo descontroladamente–. Detesto el color verde.

Capítulo 23

A Andrew le parecía increíble lo larga que se volvía una distancia conforme más apremiante era atravesarla. Con las fuerzas que le quedaban, espoleó a Whitish a todo galope cuando empezó a vislumbrar la fachada de la casa, notando como el hombro le palpitaba de dolor. Sentía la mano derecha entumecida y el brazo completamente bloqueado, a esas alturas, cuando cada pequeño bote sobre la montura era una tortura indescriptible, tenía más que claro que debía haberse desencajado el hombro con la caída, pero antes de pensar en una venda inmovilizadora y algún remedio calmante potente, debía asegurarse de que Victoria estaba a salvo.

El miedo hacía más mella en él que el dolor al saber que Adeline Aldrich estaba en la casa, al acecho. Probablemente había pasado la cena y el baile aguardando ver caer a Victoria en un mar de estertores previos a la muerte. Era cuestión de tiempo que se diera cuenta de que el arsénico rebajado no había actuado como ella esperaba. No le cabía duda de que volvería a intentarlo, pues una persona que se había arriesgado de ese modo para tratar de matar a otra no daba marcha atrás. Sobre todo porque dejarla viva implicaba ser descubierta.

Los cascos de Whitish resonaban en el camino llano que daba a la casa, ante la cual estaba inmovilizado un carruaje negro de forma cuadrada y aspecto lúgubre. Los cuatro lados estaban reforzados por acero y las ventanas tapiadas con rejas. Un lacayo aguardaba, con las riendas de los caballos flojas en las manos, en tanto que un hombre alto y muy delgado, con levita oscura y sombrero de ala corta paseaba de un lado a otro. Se detuvo al ver al conde aproximarse, consultando su reloj de bolsillo. Al parecer, el alguacil Frederik Conor tenía prisa por terminar su labor en la mansión Holt y volver a su despacho.

Como Andrew tampoco deseaba perder tiempo, bajó del semental, entregándolo a uno de los mozos que pasaban por allí y se acercó al hombre que lo aguardaba, prácticamente cojeando a causa del dolor y desesperado por encontrar a Victoria. El alguacil dio varios pasos hacia él, quitándose el sombrero como gesto de respeto.

—Milord, un tal Giulio me ha hecho venir a toda prisa —bramó, con aquella voz ronca que tanto detestaban los criminales—. Se ha identificado como empleado suyo y me ha hablado de una situación completamente inverosímil...

—Vaya a la linde del bosque, señor Conor, allí otro de mis lacayos de confianza mantiene retenido a Rogers Vallard, empleado de la casa Aldrich, que ha sido sorprendido robando y revendiendo artículos de mi propiedad. —Andrew tragó saliva al subir el primer escalón, tenía el rostro ceniciento y empapado en sudor. Siguió hablando sin el menor titubeo—. Fue pagado por su patrona, la señorita Adeline Aldrich, para envenenar una caja de chocolates para damas y asesinar así a mi prometida, Victoria Linton.

El alguacil palideció solo durante un segundo. Las espesas puntas de su bigote se alzaron y soltó una maldición de tal calibre que Andrew estuvo tentado de sonreír. Sacó un silbato plateado de su

bolsillo y, tan pronto como sonó, dos agentes que habían aguardado dentro del carro salieron raudos hacia él. En pocas palabras y sin tiempo que perder, los dos hombres montaron en los caballos que habían tirado del carro y emprendieron galope en dirección al bosque donde, a buen seguro, se ocuparían de Rogers sin el menor problema. Una vez estuvieron solos, Conor se giró hacia el conde, dispuesto a esclarecer con más cuidado el aspecto más delicado.

—Imagino que todo este asunto de la señorita de la aristocracia en tratos con delincuentes deben ser el motivo de que ese joven, Giulio, me exigiera máxima discreción al venir —murmuró, rascándose la frente bajo el ala del sombrero que había vuelto a ponerse.

—Mi casa está llena de huéspedes inocentes, no nos preocupa tanto el escándalo como la seguridad de todos. —Andrew acabó de subir la escalinata, había perdido ya demasiado tiempo y la vida de Victoria estaba en riesgo—. No permita que ese hombre se escape.

—No tiene la más mínima posibilidad, señor conde.

—La señorita Aldrich sigue en la casa —gritó Andrew, sin detenerse para hablar—. ¡Es cuestión de tiempo que descubra que Victoria Linton aún vive, si es que no lo sabe ya!

—Mis hombres no tardarán más de cinco minutos en regresar con el criminal, milord, ¡aguarde! En cuanto quede bajo custodia yo mismo me encargaré de la dama.

Pero Andrew ya se había ido, precipitándose a todo correr en el recibidor de entrada a su casa. Ignoraba lo que debía hacer y cómo actuar, imaginaba que el alguacil Conor, que había dado con todo tipo de delincuentes, desde los de baja calaña que robaban entre la podredumbre de la ciudad, aquellos que mendigaban un mendrugo de pan en el pueblo, hasta los que cometían fraude y extorsión, sabría cómo proceder ante alguien como Adeline Aldrich. No obstante, en aquellos momentos de nerviosa incertidumbre, a Andrew le importaba muy poco si debían sacarla esposada de la casa, como a una vulgar ratera, o si se la escoltarían amablemente y cubierta por una capa a las oficinas del magistrado para ser interrogada y posteriormente puesta bajo custodia de algún familiar remoto.

En su estado de ira rubicunda, le satisfacía más la opción de una humillación pública, debía reconocerlo, pero por respeto a su madre y todos los demás invitados, se obligó a mantener la mente fría.

Sujetándose el brazo derecho pegado al cuerpo para evitar que se bamboleara, Andrew recorrió toda la planta baja tratando de no ser visto por las empleadas, doncellas y camareras que se afanaban en limpiar y recoger los restos de la cena y el baile de la noche anterior, que parecía haber durado hasta altas horas de la noche. Aunque apenas podía oírlas, captó algún cuchicheo que no pudo determinar, aunque imaginó que el hecho de haber hospedado a Victoria en su aposento habría hecho un gran servicio a los chismes que ya debían discurrir por la casa. Milagrosamente, no fue advertido y emprendió el ascenso por la escalera en el mismo momento que un pinchazo atroz le recorrió el torso, nublándole la vista. La mano se le había agarrotado por completo y apenas le quedaban fuerzas.

Casi iba a dejarse vencer por el agotamiento y el dolor cuando oyó un grito agudo procedente del piso de arriba. Las voces se intensificaron y el correr de pasos y golpes le alertaron. Sacudió la cabeza, subiéndose otro peldaño mientras apretaba los dientes hasta forzar la mandíbula. Entonces,

llegaron los ladridos, fuertes, rabiosos. Pasase lo que pasase en el dormitorio, Harvey estaba tratando de defenderlo.

Aquello dio renovadas fuerzas a Andrew, que lanzó un gemido de dolor y echó a correr hasta alcanzar el segundo piso, ignorando completamente su padecer.

Anduvo por el pasillo a zancadas irregulares hasta llegar a su dormitorio, donde encontró una estampa que le paralizó. Adeline Aldrich tenía sujeta a Victoria y la amenazaba con un abrecartas orientado hacia su pecho. Su expresión estaba tan completamente fuera de sí que pareció no verle aparecer, algo que sí notó la joven pelirroja, cuya mirada consternada y salpicada de miedo se posó en él, recorriéndole entero, desde el cabello sudoroso y el rostro gris, hasta la camisa sucia y el hombro caído. Él alzó la mano sana apenas, indicándole que no se moviera, o quizá que estuviera tranquila. No debía hacer ningún movimiento brusco o la hoja del abrecartas se le hundiría en el corazón.

Andrew intentó pensar, pero la situación era tan extrema que apenas podía hilar sus pensamientos. Del saloncito situado frente al dormitorio provenían gritos y golpes exasperados. Le pareció oír a su madre clamando por ayuda, pero no podía apartarse de las mujeres que ocupaban su habitación. Adeline hablaba sola y su tono era exasperado e impaciente. Resultaba evidente que intentaba abandonar la casa llevándose a Victoria como rehén, pero Harvey estaba parado ante ella, con el pelo completamente erizado y ladrando amenazadoramente.

—Adeline. —La llamó, alzando la voz a pesar de lo mucho que eso le dolía. Ella por fin le vio, y pareció encantada—. Suelta ese abrecartas... tenemos que hablar.

La muchacha, cuyos cabellos castaños caían desordenados sobre sus hombros, esbozó una sonrisa maquiavélica y deslizó el punzante abrecartas por encima del camisón de Victoria, obligándola a dar un paso atrás. La joven Linton obedeció, y su incomodidad fue evidente cuando se movió. Todavía estaba pálida y era claro que no se había recuperado del todo de su intento de envenenamiento. Andrew quiso gritar por ella, lanzarse a protegerla con su cuerpo, pero estaba claro que todo gesto suyo de preferencia hacia Victoria haría arder los celos en Adeline, y los resultados podrían ser desastrosos.

—Enciértrate en el saloncito con los demás —le ordenó Adeline—. ¡Voy a llevármela... donde nadie pueda encontrarla jamás!

—No voy a hacer eso, Adeline. —Santo Dios, ¿tenía encerradas a su madre y a más personas?—. Tienes que tranquilizarte... porque si no, vas a cometer una locura y empeorarás aún más las cosas.

—¿Tranquilizarme? —Hizo un aspaviento, alejando el abrecartas unos segundos de Victoria—. ¡Yo solo quería hacer más cómodo el camino, que todo fuera más fácil! Me esforcé, lo sabes muy bien... ¡me esforcé porque notaras que yo era perfecta, que estaba hecha para ser condesa! —Volvió a apuntarla, con el rostro demudado por el desprecio—. Pero entonces tuviste que fijarte en esta... pobretona insulsa, ¡en una mujercuela barata con ese pelo rojo y vulgar!

Harvey se lanzó contra ella, mordiendo los bajos de la falda, lo que hizo que Adeline perdiera parcialmente el equilibrio y orientara sus amenazas hacia el animal, pretendiendo cortarle con el abrecartas para apartarlo de ella. Andrew se acercó con cautela, temiendo dar un paso en falso que

provocara que la ya creciente ira de Adeline, que sostenía a Victoria por un mechón de pelo mientras trataba de apartar al dalmata, fuera funesta.

Intercambió una mirada agónica con Victoria, cuyos ojos le miraban con miedo, pero también con seguridad. Andrew se pasó la mano por la cara, alzando los brazos con un quejido de dolor y ordenó a Harvey que se apartara, orden que el animal apenas fue capaz de cumplir, instigado por los gritos procedentes de la salita, donde la señora Linton y la condesa viuda clamaban por ser liberadas.

—Adeline... tienes razón —dijo el conde a su pesar, desesperado por ganar tiempo—. Es evidente que he estado equivocado... y deberíamos hablar de todo esto... de tu esfuerzo, de... tus cualidades...

—Oh milord... ya es muy tarde para eso. —Se enderezó, digna como una reina a pesar de su precario estado—. Has metido a esta bruja en tu dormitorio... ¡en tu cama! No pienso vivir con las habladurías... con los chismes de la gente diciendo que he sido un segundo plato... ¡yo soy Adeline Aldrich, y no hay ninguna mujer que merezca tener algo si he de tenerlo yo!

Su mirada fría pasó de Victoria a Andrew, y disfrutó tirándole más del pelo para verles a ambos sufrir por el destino incierto que les aguardaba. Esbozó una sonrisa delicada, casi tierna, que apenas tenía nada que ver con la monstruosidad que se reflejaba en sus ojos. Levantó el abrecartas, como si pretendiera coger impulso, pero luego se lo pensó mejor y lo dirigió hacia Andrew, encogiéndose de hombros teatralmente.

—Me temo que tendré que convertirme en condesa, milord... y después, para mantener limpia mi reputación y evitar que pases la vida recordando a la malograda señorita Linton... tendré que matarte también.

—¡No!

El grito de Victoria desconcentró a Adeline, que se giró hacia ella el medio segundo que la muchacha pelirroja necesitó para enterrarle el codo en las costillas, haciéndola doblarse de dolor sobre sí misma y soltarla como acto reflejo, cayendo al suelo entre toses de dolor. Andrew dio dos pasos al frente, apartó el abrecartas de una patada, y tiró de las manos de Victoria, estrellándola contra su pecho y abrazándola duramente contra sí, al verla por fin libre de las manos de su captora. La joven le envolvió también, aunque se apresuró a soltarle al notar la mueca de dolor de Andrew, que estaba tan pálido como la cera.

—¿Estás bien? —preguntaba él sin cesar, acariciándole el rostro y los cabellos sueltos—. Dios mío, Victoria... por un momento creí...

—Andrew, estás herido. —Ella le rozó el hombro y él se encogió, haciéndola comprender, sin apenas fuerzas, caminó hacia atrás, hasta apoyarse en la pared junto a la puerta—. Está dislocado, necesitas que te lo coloquen, inmovilizarlo...

—No, no importa. —El conde sonrió, una sonrisa franca a pesar de que se sentía a punto de caer en un abismo de dolor. Victoria estaba allí, plena y sana, junto a sus brazos—. Me has defendido... has... actuado cuando ella ha amenazado mi vida.

La joven se ruborizó, sintiendo que su pecho se expandía conforme Andrew acariciaba sus

mejillas, manteniéndola abrazada por la cintura con el brazo sano.

–Alguien tiene que hacerlo –dijo, haciéndole sonreír, hasta que de pronto ella se tensó–. ¡Andrew! ¡Las tiene encerradas, quería llevarme a la fuerza y las obligó a...!

El conde no tuvo tiempo de darse la vuelta para dejar salir a su madre y a Eleanor Linton, pues Adeline se recuperó del golpe asestado por Victoria y se irguió, lanzándose a recuperar el abrecartas que yacía en un rincón de la habitación y mirándoles a ambos con la destrucción pintada en el rostro.

–Siento estropear una estampa tan bonita –graznó–, pero no pienso irme de esta casa sin antes acabar con ella... –Dio un paso tambaleante, apuntando a Victoria–. Te odio, maldita... y jamás serás feliz con Andrew... porque aunque no pueda matarte... destrozaré esa cara para que nunca pueda quererte.

Levantó el brazo y se dispuso a lanzarse contra ellos, pero fue inesperadamente interceptada por un hombre alto y fuerte, de cabello negro suelto, que la desarmó sin ninguna dificultad, inmovilizando sus brazos tras la espalda y sujetándola cuando empezó a patallar y maldecir. Josh McKan no se dejó intimidar por ninguna de sus palabras, ni tampoco por su condición de mujer de la alta sociedad. Sus manos morenas, como garras, la apresaron sin apenas esfuerzo.

El alguacil Frederick Conor se personó en la habitación segundos después, sosteniendo las esposas en una mano y recorriendo la estancia con una mirada curiosa que no se molestó en disimular. Se percató de la mujer en camión en brazos del conde, de la dama con el arma ya en el suelo y del estado de desorden y caos que reinaba en el ambiente, empezando por los gritos y golpes desesperados que provenían de la estancia de frente, y terminando por los muebles volcados y las sábanas raídas que se veían en esa misma habitación. Con un carraspeo, entró hasta el centro del aposento.

–Buen trabajo, hijo –le dijo a Josh apreciativamente–. Es impresionante lo rápido que corres por esos bosques, ahora, sino te importa, harías bien en sacar a esas damas de su cautiverio mientras yo me encargo de la delincuente Aldrich.

El lacayo no parecía convencido de soltarla, pero cedió al ver que uno de los agentes que le había alcanzado en el bosque acababa de llegar. El otro debía haberse quedado custodiando a Rogers, que había sido esposado y llevado al carruaje hacía solo cinco minutos. Josh miró a Andrew y este asintió con un movimiento de cabeza, por lo que el joven cedió, soltó a Adeline con un empujón nada caballeroso y salió de la habitación sin decir una sola palabra a nadie, dispuesto a cumplir con lo que se le había pedido.

El alguacil hizo un gesto al agente que había llegado y este inmovilizó a Adeline Aldrich, esposándola delante de Andrew y Victoria. La mujer profirió en gritos y amenazas de muerte contra todos los presentes, intentando dar puñetazos y patadas contra el entrenado agente, que no tardó más de dos minutos en dejarla completamente inmóvil.

–Le recomiendo que guarde silencio, señora, cada palabra que dice empeora su situación, que ya de por sí es muy difícil –le ordenó el alguacil, con una voz atronadora–. Señorita Adeline Aldrich, queda puesta bajo mi custodia por el intento de homicidio en contra de la prometida del conde Andrew de Holt, aquí presente, y por añadidura, de su perro.

Victoria giró la cabeza rojiza en dirección a Andrew, pero él se limitó a mostrar una expresión de plena seguridad, indicándole con un gesto que luego le daría explicaciones. Adeline, por su parte, pareció enloquecer ante esas palabras, y sus gritos retumbaron por la casa cuando el agente la condujo escaleras abajo, en dirección al carro que la trasladaría, junto a Rogers, a las oficinas penales.

–Procuraré tener consideración a su estatus social –le dijo Conor a Andrew–. Pero ha sido hallada con el arma en la mano y existen abundantes testigos de sus amenazas. Debo llevármela y someterla a un interrogatorio por sus acciones.

–Haga lo que deba –respondió Andrew.

Frederick Conor saludó con su sombrero y se perdió de vista. Los gritos del pasillo dejaron de oírse y solo las patas de Harvey raspando la puerta tras la que estaban las damas confinadas eran audibles desde la habitación de Andrew. Joshua estaba encargándose de eso y era cuestión de segundos que las cosas empezaran a calmarse. Ignoraba qué explicaciones daría a su madre, o el estado de nervios en que ella y las otras debían encontrarse, pero en esos momentos, cuando sabía a Victoria completamente a salvo y podía sentirla junto a su pecho, todo pensamiento coherente simplemente se le escapó.

–Todo ha pasado –susurró, notando que las piernas no le sostenían–. Ya estás bien, ¿verdad? Ha terminado... se ha terminado, ahora tenemos que hablar, hay tantas cosas que quiero... decirte... –suspiró, entrecerrando los ojos–, pero creo que eso va a tener que esperar.

El dolor se abrió paso a través de todas sus terminaciones nerviosas, apoderándose inexorablemente de él, obligándole a rendirse y, entonces, Andrew se desmayó.

Capítulo 24

No costó demasiado abrir la puerta del salón de la segunda planta donde Adeline Aldrich había mantenido atrapadas a Joanna y Eleanor como rehenes, una vez que Josh logró que ambas mujeres dejaran de golpear el picaporte para que él pudiera sacarlas. Nada más cruzar el umbral, las dos damas profirieron en gritos sofocados y la histeria se apoderó de ellas, no en vano, habían estado encerradas sin saber lo que ocurría a su alrededor, de modo que era comprensible su nerviosismo.

Josh explicó a grandes rasgos lo que había pasado, mientras lanzaba miradas de soslayo al salón, esperando ver salir a Claire. ¿Dónde estaría? Era casi mediodía y la fiesta había terminado a muy altas horas de la madrugada. No la había visto desde su salida impetuosa de la casa en pos de Rogers, y tampoco en el tiempo transcurrido tras su llegada.

Mientras su cabeza daba vueltas a todas las posibilidades, Eleanor Linton casi corrió por el pasillo en dirección al dormitorio de su hija Victoria, que también estaba presa de los nervios. El conde se había desmayado de dolor debido al esfuerzo que había hecho con el hombro dislocado y yacía tirado en el suelo de su propio aposento, entre un revuelo de faldas de doncellas y criadas que se habían apresurado a subir al escuchar los gritos. Harvey corría de un lado a otro, sin saber si permanecer junto a Joanna o tumbarse al lado de su amo. El fiel dálmata, reaccionando al tratamiento por el envenenamiento con arsénico, parecía haber recuperado la vitalidad de forma inmediata, para alegría de todos los que, ya acostumbrados a su presencia, parecían incapaces de concebir la casa Holt sin él.

Con un suspiro resignado, la condesa viuda irguió los hombros y miró a Joshua con agradecimiento y cansancio. Se la veía regia a pesar del vestido de fiesta arrugado y el peinado malogrado. Las señas de agotamiento en su cara eran muy visibles y las ojeras marcaban la parte baja de sus ojos como consecuencia de una noche de pesadilla que tardaría mucho en poder olvidar.

–Avisaré al doctor Corentin para que revise el hombro al conde. –Se ofreció el joven, deseoso de poder hacer algo útil que le impidiera pensar–. Tal vez se lo haya fracturado cuando se lanzó contra ese... el... lacayo de las Aldrich.

Joanna sonrió, tocando cariñosamente el brazo de aquel muchacho al que había visto crecer, y que permanecía siempre junto a Andrew sin necesidad de que nadie le llamara.

–Estoy segura de que merece el nombre que fueras a darle. –Entonces su semblante se tornó más serio–. Voy a tener que dar una explicación a los invitados de todo lo sucedido... pero antes... ¿qué ha pasado con Adeline?

–El alguacil Conor se la ha llevado, junto al ladrón. –Josh se encogió de hombros, sin mostrar ninguna comprensión o lástima en su expresión–. Me quedé en el bosque reteniendo a Rogers mientras el conde venía a proteger a la señorita Linton. Después subí con el alguacil para ayudarle en la otra detención.

–Dios mío... ¿se llevó a Adeline esposada?

–Estaba amenazando de muerte al conde con un abrecartas cuando entramos a la habitación, y también a la señorita Victoria. El alguacil dijo que no podía darle un trato caballeroso teniendo en cuenta todos los testigos que había de lo ocurrido.

–Imagino que las palabras que Adeline decía no valieron de mucho en su defensa –suspiró, muy decepcionada. Normalmente calaba bien a la gente, pero en esta ocasión no había podido ver la terrible oscuridad que albergaba el corazón de esa muchacha–. Asegúrate de que el doctor se encargue de Andrew, Josh, después tómate un merecido descanso y deja que Josephine te alimente como es debido.

El joven hizo una venia a la condesa viuda, que se perdió por el pasillo a toda prisa. Josh ignoraba lo que pensaba hacer, pero sin duda parecía algo de vital importancia, pues apenas se asomó unos minutos al dormitorio donde acababan de trasladar a su hijo para asegurarse de que, pese al desmayo y la tensión vivida, estaba relativamente bien. Después, se perdió de vista por los pasillos de la planta alta, en dirección a las habitaciones de los huéspedes.

Deseoso por cumplir la orden de comer algo y descansar, Joshua bajó las escaleras principales, mirando cada rostro con el que se tropezaba y a través de cada puerta entreabierta, sintiendo más apretado el nudo en su estómago conforme pasaba el tiempo sin dar con Claire. Se dijo que quizá era lo mejor, puesto que tener noticias de ella normalmente siempre llevaba a una situación incómoda para ambos, porque las cosas nunca se quedaban en un plano normal en el que pudiera sentirse cómodo (no tenía más que recordar el episodio del establo), pero por otro lado, si solo pudiera saber que se encontraba bien...

–¡Josh!

Se dio media vuelta, con el pecho latiéndole furiosamente contra las costillas. Allí estaba ella, preciosa con un vestido de día muy sencillo y el cabello recogido en una cinta. Parecía haberse cambiado, a diferencia del resto de protagonistas de aquella noche infernal, lo que debía significar que ella no había estado presente en todos los sucesos ocurridos, ni cerca del ascenso a la locura de Adeline Aldrich. Joshua se sintió tan agradecido de saber que no había estado en peligro que casi sonrió.

El impulso se desvaneció al darse cuenta de que en la salita de la que había salido Claire permanecían dos personas más, Edith Calvin y su hijo Arnold, con aquel pelo rubio perfecto y su porte de príncipe de novela medieval. El hombre se levantó del sofá abrochándose la chaqueta e hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza en dirección a Josh, aunque no se acercó, permaneciendo respetuosamente junto al vano de la entrada a la salita, sin poder escuchar la conversación que iba a tener lugar, pero tampoco otorgando excesiva intimidad. Aquel evidente gesto de posesión sobre Claire irritó a Josh profundamente.

–Cuánto me alegro de que esté bien, señorita –susurró, bajando la cabeza para mirarla cuando ella se le puso enfrente. Su mirada se movía a toda velocidad a través de él, reparando en las manchas de barro de su ropa, el pelo suelto y los rasguños de los brazos y manos–. No podía encontrarla por ningún lado y temí...

—Mi madre se dio mucha prisa en alejarme de todo lo que estaba pasando en cuanto terminó la fiesta —explicó la muchacha, con pesadumbre—. He tenido que asearme y cambiarme aquí abajo, pues me había prohibido terminantemente subir a la segunda planta. He permanecido bajo la tutela de la señora Calvin desde anoche.

Por supuesto, pensó Josh, qué conveniente para las pretensiones de Arnold el que su madre fuera una dama respetable de plena confianza para la condesa viuda. Había tenido horas para pasar con Claire, en una compañía respetable y en un entorno seguro. Probablemente había aprovechado todo ese tiempo para conocerla, hablar con ella y ofrecerle su hombro, su apoyo y su protección en momentos tan difíciles para ella.

Él también podría haberlo hecho, y mil veces mejor, porque la conocía, porque la entendía. Pero claro, no estaba a su misma altura.

—¿Es verdad lo que se oye por los pasillos, Josh? —Claire dio un paso más acercándose a él, tapándole las punteras desgastadas de las botas con sus faldas. Su mirada se había vuelto asustadiza—. ¿Es cierto que han atentado contra la señorita Linton y que mi hermano fue a buscar al culpable?

—¿Qué le ha dicho su madre?

—¿Mi madre? Pues en un principio, que Victoria Linton se había sentido indispuesta durante el baile y Andrew había tenido la gentileza de llevarla arriba para que el doctor la atendiera. Después, que parecía haber ingerido algo en mal estado, y para terminar... que era posible que su intoxicación hubiera sido un accidente. —Esta vez, su mirada echaba chispas de frustración—. ¿Acaso no merezco saber la verdad de lo que ha ocurrido? ¡Se trata de mi familia, de mi casa, ya no soy una niña!

—No... no eres una niña. —Su voz se enronqueció y ella le miró con algo que oscilaba entre la ternura y el agradecimiento—. Solo intentan mantenerte a salvo.

—A salvo no es lo mismo que ignorante. —Claire suspiró de tal forma que él supo que no tenía escapatoria—. Dime la verdad, Josh, ¿han tratado de matar a la señorita Victoria?

Él asintió y, porque ella lo merecía, le contó todo lo que sabía, desde los robos en el huerto hasta el arsénico desaparecido, el perro y la joven envenenados, la persecución por el bosque, la lesión de Andrew y la detención de los culpables. No se guardó ningún detalle y, conforme avanzaba, iba viendo como demudaba el rostro de Claire, que pasaba de la sorpresa a la ira, y después al miedo y a la incertidumbre. Él sabía bien cómo debía sentirse, en gran medida. Para una joven como ella, el verse apartada mientras los demás intentaban solucionar problemas no era plato de buen gusto. Cuando terminó, la muchacha parecía descolocada, pero tragaba la información sin dejarse llevar por el pánico.

—¿Qué va a pasar con las Aldrich? —cuestionó su voz fría.

—La hija ya está en manos del alguacil, y la madre... imagino que la condesa viuda ordenará al respecto. —Se encogió de hombros, pues aquel era un asunto en el que él también había pensado—. Supongo que es posible que tenga algo que ver.

—Dios mío... con la casa llena de gente... prácticamente un miembro de cada familia influyente de

Londres y Kent está hospedado aquí.

–Estoy seguro de que tu madre frenará el escándalo.

–¡No me refiero a eso, Joshua! –La muchacha le miró, ofendida–. ¿Tienes idea de lo que podría haber ocurrido si esa mujer hubiera hecho uso de su arma? ¿O mayor cantidad de veneno? ¡Hay niños y ancianos aquí!

–Tranquila... no debes pensar en eso, no ahora que ha terminado. Además... no creo que intentara hacer una masacre, su objetivo parecía muy claro. Lo de Harvey fue un total accidente, no iba contra él.

Los ojos azulados de Claire, enmarcados en aquel bello rostro nacarado parpadearon unos instantes, soñadores, inteligentes... dos pozos de sabiduría, de ternura, que no habían cambiado desde que era una niña que jugaba a meter los pies en el riachuelo del bosque. Se toqueteó nerviosamente un mechón de pelo castaño que caía de su recogido, y cuando habló su voz sonó aterciopelada y llena de comprensión.

–¿Crees que trató de matar a Victoria porque mi hermano alberga sentimientos por ella?

Joshua carraspeó, incómodo. Detestaba hablar de sentimientos y le era aún más difícil hacerlo cuando el origen de prácticamente todos los suyos era cuando ella le miraba de esa manera.

–El alguacil se refirió a ella como su prometida. –Volvió a encogerse de hombros–. El conde debe habérselo hecho saber de esa manera.

–Me gusta Victoria... apenas he cruzado alguna palabra con ella pero... es la clase de mujer que haría más humano a un conde. –Sonrió–. Ojalá la predicción de Andrew llegue a buen puerto.

–Bueno... él ha hecho todo esto para protegerla. Eso tiene que contar algo.

Claire rió suavemente. Qué simple era Joshua para algunos aspectos, pensó, especialmente para los que se referían a las cosas del corazón. Se guardaba tan celosamente, que cuando algo se le escapaba de control erupcionaba a su alrededor como un volcán. Así lo había sentido ella apenas unas horas antes, y todavía se estremecía de la cabeza a los pies ante el recuerdo. ¿Cómo era posible que la vida pudiera cambiar en un lapso tan corto de tiempo? Pasar de los brazos de Josh a estar confinada en una salita mientras en su casa tenían lugar los más horrendos crímenes...

Ella había estado a salvo de todo mal, ¿pero y él? Resultaba evidente que Joshua había tomado partido en todo lo ocurrido, colaborando con el alguacil y ayudando a su hermano a detener la huida del ladrón. También había inmovilizado a Adeline, quien estaba armada y amenazando con dañar gravemente a alguien, con la razón completamente perdida. En las últimas horas, Josh se había expuesto a muchos peligros por su familia, y a ella le dolía el corazón al pensar que, si algo hubiera salido mal, nunca habría podido hablarle de lo que sentía por él.

Con un paso seguro, le cogió la mano entre las suyas, acariciándole los rasguños que las plantas y ramas del bosque le habían provocado en su galope contra Rogers. El gesto fue inocente y poco visible, pues estaban en mitad del pasillo, pero bastó para que todas las alarmas de Josh se pusieran en marcha. Levantó la cabeza brevemente y vio a Arnold observar con una mueca de desagrado. Sintió un placer indescriptible al verle así, al hacerle comprender que había algo más entre él y

Claire de lo que podía decirse o verse a simple vista. Pero el gusto tan solo le duró el segundo que tardó en darse cuenta de que aquel era un camino que no podía tomar.

Volvió a mirar a Arnold y notó un nuevo desgarró que se abría paso en su pecho. Su presencia le daba la oportunidad de hacer lo que debía... pero hacerlo iba a costarle parte de su humanidad.

–Con todo lo que ha pasado... ¿se ha interesado alguien porque tú estés bien? –susurró la muchacha, acariciando con sus dedos suaves la mano áspera de Josh–. ¿Te han herido?

Él se limitó a negar y, con un solo tirón, la apartó de él.

–No me ha pasado nada. Solo tengo que comer y dormir algunas horas, eso es todo.

–Yo podría acompañarte a la cocina, si quieres. –Esta vez su sonrisa fue solo a medias, cautelosa–. Estoy segura de que Josephine apreciará que la dejen descansar un poco más.

–Ese no es su lugar, señorita. Ni atenderme su deber.

–No consideraría un deber ofrecerte algo de comer, y acompañarte mientras descansas. –Alzó la mano, pero él la rechazó–. Josh... no empieces a...

–Señorita Ferris... mejor... haga lo que su madre le ha pedido, ¿de acuerdo? Permanezca al cuidado de la señora Calvin y no estorbe, será lo mejor para todos.

Fue cuestión de un segundo, pero surtió efecto. El aguijonazo de la ofensa penetró en Claire, haciendo que su mirada se tornara más fría y dejara de lado el cariño y la ternura que estaba derrochando con Josh. El muchacho se sintió como un cerdo, se asqueó de sí mismo por tener que recurrir a aquello para apartarla de sí, pero era lo mejor que podía hacer, era por su bien. Le había dado alas sin querer, cediendo a aquel estúpido impulso en el establo, dejándose llevar por el que seguramente sería uno de los pocos momentos de total y exquisita felicidad que viviría en toda su vida, y ahora debía pagar el precio.

Tenía que arrancarle a Claire las ilusiones que le había dado sin pretenderlo, porque aquello simplemente no podía ocurrir, de ninguna manera. Ella era demasiado valiosa, demasiado importante, incluso sin contar la posición social y la educación, existía algo en su interior que él, nunca, podría tocar. La conocía lo suficiente para saber que no aceptaría las palabras para rendirse y dejarle de lado, así pues... solo podía obligarla a despreciarle. Aunque la sola idea le matara por dentro.

–Joshua... no me importa que intentes fingir que nada ha pasado, porque ambos sabemos que no es así –resopló, llena de tensión–. Tenemos que hablar... lo que pasó...

–Ya hemos hablado de lo que pasó, señorita. Le he contado todo lo ocurrido. Ahora su familia está a salvo, el peligro ha pasado y yo debo volver a mis quehaceres. –Dio un paso atrás–. Ya he perdido una noche de sueño, no desearía perder también el día.

–¿Y qué hay de lo que ocurrió en el establo, eh? –Le encaró, haciendo que su pequeña estatura pareciera el doble conforme su voz se hacía más ruda–. ¿Vas a decirme que soñé con esos besos, con las caricias? Ambos estábamos allí... los dos lo deseábamos y permitimos que ocurriera, no podemos hacer como si...

–Yo no lo deseaba.

Arnold estaba cruzado de brazos, apoyado en el vano de la puerta, impidiendo así a su madre la visión de la escena pero sin perder él ni un solo detalle de la misma. Josh subió un segundo la vista, porque por desagradable que fuera, prefería mirarle a él que ver el espanto y la decepción que sus últimas palabras habían provocado en Claire. La joven tardó varios minutos en asimilarlo, pero en cuanto lo hizo, comenzó a negar vehementemente con la cabeza, mientras sonreía de puros nervios, sin pizca de humor.

–Mientes –le dijo, aunque sonó como si suplicara–. Solo dices eso porque piensas que no debió pasar.

–Es que no debió pasar.

–¡Eso no importa! Yo sé que lo deseabas, y tú también lo sabes. –Se enfurecía más y más conforme más impertérrito se mostraba Josh–. Yo estaba ahí... lo viví... ¡sé lo que sentiste, lo noté!

–Temía que me despidiera si me negaba.

–¿De qué estás...?

–Dejé que pasara para que no me echara de aquí, señorita, pero no lo disfruté. Me gustan las mujeres más maduras, más... experimentadas. –La miró directamente a los ojos, dispuesto a lanzar el golpe de gracia definitivo–. Simplemente supuse que a las muchachas de su clase les gustaban ese tipo de juegos, ¿no? Tener un... capricho con uno de los criados, así que...

Tuvo el tiempo justo de apretar la mandíbula cuando la mano sedosa de Claire impactó contra él, girándole la cara como consecuencia de la fuerza del bofetón. Joshua apretó los puños y se obligó a bloquear el corazón, pues la tentación de arrodillarse a mendigarle perdón por sus sucias mentiras hirientes era demasiado fuerte como para resistirlo. La muchacha clavó en él sus ojos grandes, veteados de lágrimas, tan solo un minuto, después echó a correr.

Todavía con las manos apretadas, Josh sintió pasos que se acercaban hacia él. Levantó apenas la vista, con la cortina de pelo negro que aún no se había atado y le caía sobre el rostro. Vio aproximarse a Arnold Calvin, que asintió apreciativamente en dirección a él. Su primer instinto fue darse media vuelta y esconderse en cualquier rincón de la casa donde no tuviera que ver ni oír a nadie, pero el aristócrata rubio fue más rápido y le interceptó.

–Eso ha sido muy valiente por su parte, muchacho –le dijo con su voz almibarada de barítono–. No he podido escuchar la totalidad de la conversación pero me hago una idea por el contexto.

–No tiene ni idea de lo que habla –gruñó Josh con la mandíbula apretada.

–Puede ser. –Calvin sonrió, con los brazos cruzados elegantemente a la espalda–. Pero lo que sí tengo claro es que su aprecio por la señorita Claire debe ser sincero para que haya sido capaz de alejarla por su propio beneficio.

–Ahora usted podrá ir a consolarla, ¿verdad?

Arnold sonrió un instante ante la grosería de aquel lacayo, pero no lo subestimó, después de todo, si una dama como Claire Ferris había sido capaz de tomarlo de la mano y abofetearle en público

debía ser porque el joven significaba algo para ella. O lo había significado, antes de que él diera carpetazo a tales pensamientos con lo que fuera que le había dicho.

–Aprovecharé la ventaja que me ha dado, desde luego –reconoció, con un ligero movimiento de cabeza. –Ambos sabemos que ha hecho lo más correcto, tanto para usted como para la reputación de la señorita.

–Si ha terminado de decir obviedades... –Joshua se dio la vuelta, pero apenas había dado dos pasos cuando decidió volverse otra vez–. Que la haya apartado no quiere decir que no vaya a estar pendiente de ella. Y de usted.

–Contaba con ello.

Josh asintió con la cabeza y, por fin, se perdió en la oscuridad del pasillo, consciente en su interior de que era muy probable que hubiera empujado a la única mujer que podría querer en su vida a los brazos de otro hombre.

Capítulo 25

Cuando Joanna entró por fin al dormitorio de Andrew, parecía haber envejecido al menos dos años más en comparación con el principio de la velada. Suspirando, cerró la puerta a sus espaldas y se quedó mirando a su hijo, quien estaba apoyado contra el cabecero de la cama llevando el brazo sujeto con un cabestrillo. Sobre la mesilla había un frasco de láudano sin tocar. A su pesar, la condesa viuda sonrió al apreciar que Andrew había puesto las botas sucias sobre la colcha, sin molestarse en quitárselas para evitar dejar un cerco de barro en la superficie de tejido azulón.

–Me preguntaba cuándo me tocaría a mí –murmuró el joven, mirando a su madre–. Parece que habéis estado ocupada, señora.

–Y aunque me gustaría decir que ya he acabado... –Joanna se sentó en la silla estilo Luis XIV que aguardaba junto a su hijo–. ¿Qué tal tu hombro? ¿La fractura es de cuidado?

El conde negó con la cabeza, flexionando los dedos de la mano inmovilizada para evitar que se le durmieran por el desuso. Su madre tenía un aspecto francamente horrible, con aquel vestido arrugado y el peinado apenas recogido en un moño que era más propio de una matrona que de una mujer de su posición.

–El doctor Corentin amenaza con cobrarnos todo el instrumental que se ha visto obligado a emplear desde que está hospedado aquí, pero salvo eso... –se encogió de hombros–, mi hombro ya está en su sitio, sanará.

–Quizá debas tomar un poco de láudano y dormir.

Andrew negó inmediatamente.

–Como usted, aún me quedan algunas cosas de las que ocuparme y querría estar sereno para ello. –Se acomodó en los almohadones, tratando de no mover el brazo–. ¿Cómo están las cosas?

–He logrado calmar las suspicacias entre los invitados... la marcha de Adeline Aldrich en plena noche y en un carruaje desconocido se ha debido al hecho de que un pariente ha enfermado gravemente en Essex. Partió sin demora.

–Ya veo... la ha mandado a la zona más alejada posible de Kent. –La mirada de Andrew se tornó seria y sus cejas se juntaron–. ¿Qué hay de la señora Aldrich? ¿Podemos demostrar que estuviera al tanto de las maquinaciones enfermizas de su hija?

–Me temo que no, Andrew, pero desde luego, ha abandonado la propiedad tan pronto tuvo tiempo de recoger todas sus pertenencias. –Alzó la mano al ver que el joven estaba dispuesto a interrumpirla–. Aunque las cosas hayan sucedido así, me considero lo bastante piadosa como para permitirle llevarse sus cosas.

–Es demasiado considerada, madre. Yo no habría tenido ese detalle. –Aunque quizá se hubiera dejado disuadir, después de todo, Gertrude podía ser inocente, aunque sus instigaciones hubieran

llevado a Adeline a lo peor—. ¿Qué va a pasar con ellas?

Joanna relató lo poco que sabía, puesto que el alguacil Conor era poco dado a ventilar sus pensamientos en voz alta, especialmente en lo que se refería a casos que aún estaban abiertos. No obstante, dado que finalmente Adeline no había matado a nadie y procedía de una familia de aristocracia alta, no acabaría tras las rejas en una prisión de mujeres, sino recluida en una propiedad de campo de su familia, teniendo prohibido acudir tanto a Kent como a Londres. En otras palabras, su vida social había acabado y estaba bajo la tutela de su madre hasta que su padre retornara de sus negocios, cuando el propio alguacil le informaría de lo ocurrido para asegurarse de que se tomaran las medidas pertinentes.

Andrew escuchó el relato sintiéndose insatisfecho, le habría gustado una sanción más dura para Adeline, pues había tenido en sus manos acabar con dos de las personas más importantes que tenía en su vida (tal era su consideración por Harvey, más amigo que mascota), pero imaginó que en cuanto el padre de la muchacha supiera de lo ocurrido, sería mucho más inflexible de lo que las propias autoridades se habían mostrado. Incluso no dudaba de que Adeline terminara sus días dentro de un convento, expiando sus pecados y alejada de la opulencia y coqueteo que tanto había disfrutado. No podía decir que lo lamentara.

—¿Todo ha vuelto a la normalidad, entonces?

—Bueno, dentro de lo que es posible. —Joanna volvió a suspirar, al límite de sus fuerzas—. El servicio sabe todo lo ocurrido, naturalmente, y se han entregado a la tarea de mimar a Harvey hasta la extenuación. Deberías bajar a las cocinas, le tratan a cuerpo de rey.

—Sabe Dios que se lo merece. —Andrew sonrió—. Aún no se había recuperado y ya estaba en pos de defenderme contra Adeline.

—Siempre ha sido un gran amigo para ti, todo un apoyo, sobre todo cuando te sobrevino toda la responsabilidad del condado. —La mujer sacudió la cabeza, pues no quería perderse en un mar de recuerdos que la atacarían más ferozmente debido a su agotamiento—. En cuanto a los huéspedes, Eleanor Linton, bendita sea, ha dejado correr convenientemente el chisme de que todo el revuelo montado aquí arriba fue por su causa, pues creía haber perdido el broche que el difunto Charles le había regalado por su aniversario.

—Caramba... —Andrew carraspeó, preguntándose cómo era posible que existieran personas como Eleanor, que se daban al resto sin importarles lo que eso pudiera significar para ellas—. Espero que nadie la critique por ese supuesto arranque que ha fingido.

—Me encargaré personalmente de ello, es lo menos que puedo hacer ante una persona que me ha mostrado semejante respeto y lealtad. —A pesar de su expresión agotada, Joanna fue firme en sus palabras, y así lo demostró su mirada—. A propósito, querido, ¿cómo sigue la joven Victoria? Todavía no he tenido tiempo de mostrar el adecuado interés.

—Ha empezado a tomar caldo y parece que su estómago lo acepta bien, aunque tardará aún unos pocos días en eliminar los restos del veneno por completo.

—Me alegro... imagino que se encuentra con su madre, es evidente que tienen mucho que decirse tras lo que habría podido ser una tragedia. —Le tocó cariñosamente la rodilla a Andrew, sonriéndole

suavemente—. Confiamos en que se recupere con prontitud.

—Parece estar bastante bien... a juzgar por la prisa que se ha dado en marcharse a su dormitorio.

El mohín de disgusto de Andrew no pasó desapercibido para Joanna, que contuvo la sonrisa tanto como pudo, teniendo incluso que girar la cara para que el conde no se diera cuenta de que su turbación le hacía gracia. Se veía muy ofendido ahí tumbado, con el brazo en cabestrillo y la ropa en pésimo estado, lamentándose únicamente de que la muchacha que se había recuperado en su propia cama hubiera volado tan pronto él había cruzado el umbral.

—Hijo... estoy convencida de que Victoria necesitaba aclararse tras lo ocurrido, reflexionar... y, sobre todo, calmarse.

—¿Y no podría haber hecho eso aquí, donde estaba cómodamente instalada?

—¿Y compartir el lecho contigo mientras el doctor Corentin se ocupaba de tu hombro? —Joanna replicó en su mismo tono, olvidando esconder la sonrisa al verle enrojecer—. Andrew... ¿hablabas en serio cuando le dijiste al alguacil Conor que Victoria era tu prometida?

El conde levantó los ojos hacia su madre, buscando en ellos oposición, enfado o cualquier sentimiento contra el que pudiera rebelarse, mas no encontró nada más que la duda que había reflejado con la pregunta que acababa de hacerle. Con cierta inquietud, Andrew notó que, a pesar de todo lo que había pasado en las horas previas, el tener que abrir su corazón ante su madre y darle explicaciones sobre sus sentimientos le parecía aún más incómodo y atemorizante que ser objeto de amenaza de una mujer con la razón perdida. Especialmente, se dijo, porque aún no había tenido la ocasión de hablar de nada de aquello con Victoria, que era la protagonista de toda aquella escena.

De hecho, el pronóstico no pintaba nada bien teniendo en cuenta que ella había vuelto a rehuirle tan pronto como el peligro había pasado. Suspiró, mirando a Joanna e intentando mostrar parte de la templanza que se reflejaba en ella.

—¿Te molestaría si así fuera? ¿Sería algo inaceptable para ti?

—Es de muy mal gusto responder a una pregunta con otra, Andrew.

—Necesito saber qué piensas antes de desvelar mis cartas, madre. —Se encogió de hombros, algo que lamentó inmediatamente—. ¿Te opondrías a mis deseos?

—Victoria no pertenece a nuestra misma clase, no es de la nobleza, ni de la aristocracia, ni siquiera posee una residencia en Londres, con lo que sus círculos de trato se ven bastante mermados en comparación con aquellos en los que debes moverte tú.

—Nada de eso ha impedido que su madre y tú tengáis una relación cercana —masculló el joven, empezando a molestarse—, y ha quedado muy claro que las jóvenes de la aristocracia no son mentalmente aptas para tenerlas en cuenta.

—¡Andrew! Esa ha sido una generalización completamente fuera de lugar.

—Al igual que tu desprecio hacia Victoria, no puedo creer que la consideres inferior por circunstancias de las que no tiene la culpa. Esperaba que tú, más que nadie, vería más allá de los títulos, las propiedades o las cantidades de sirvientes que se poseen, eso no da valor a las personas.

–Suficiente, Andrew –Joanna alzó la mano, contrita–, para empezar, yo no desprecio a ninguna persona sea cual sea su condición. Únicamente he enumerado algunas de las diferencias obvias existentes entre la joven y tú, lo cual dista mucho de ser mi opinión personal al respecto.

–¿Ah, no? –Repentinamente, se sintió otra vez como aquel muchacho al que a menudo cazaban cometiendo alguna travesura–. ¿No te parece Victoria inaceptable por ser de un rango inferior a nosotros?

–Por supuesto que no. Yo valoro a las personas por cómo son, por cómo se desenvuelven en la vida según las oportunidades que han tenido. –Se irguió, muy digna, antes de continuar–. Pareces olvidar que mi título proviene de tu padre, puesto que mi familia nunca ostentó ninguno. Mi abuelo fue un comerciante, y ni siquiera viví en este país hasta la adolescencia.

–Pero padre supo ver la dignidad y porte regio nada más conocerte. –Su madre sonrió, agradeciendo el halago–. Eso, entre otras cosas, es lo que yo veo en Victoria. Cuando me mira, me habla... incluso cuando me desafía y huye de mí, lo hace mirando al hombre, no al conde. Para ella soy un ser humano, despojado de todo título.

Cuán importante era aquel sentimiento, Joanna lo sabía bien. No había nada que una madre quisiera más para su hijo que el hecho de que encontrara a alguien a su altura, confiable y cariñoso. Andrew jamás sería feliz con una mujer que pronunciara los votos pensando solamente en ser condesa, sin importarle lo más mínimo él, como hombre y persona. Viviría una vida vacía, como algunos de sus antepasados antes que él. Como su mismo padre habría tenido que hacer de no haberse rebelado para poder desposarla a ella, la simple hija y nieta de comerciantes extranjeros.

–Amas a esa muchacha, ¿no es así?

–Me temo que no es tan fácil como admitir eso en voz alta, madre. –Pero sonrió con un leve asentimiento–. Victoria Linton es más terca que una mula, y probablemente muera prematuramente y me llene de canas si me desposo con ella. A menudo es intratable e imposible de gobernar.

–Vaya... eso suena a unos profundos cimientos en los cuales trabajar. –Joanna le devolvió la sonrisa, reconociendo el amor al instante–. ¿Qué vas a hacer al respecto?

–No darle ninguna opción.

La mujer rió, dejando escapar una carcajada que tomó por sorpresa a Andrew, quien solo pudo sonreír, compadeciéndose de sí mismo ante la dura prueba que aún le quedaba por superar. No iba a ser fácil plantearle el asunto a Victoria, especialmente cuando sus sentimientos por él eran tan celosamente guardados que incluso él dudaba a veces de que existieran. Debía mantenerse lo más positivo posible para no rendirse sin haber presentado antes la batalla.

Si lo que había sentido al besarla y estrecharla entre sus brazos no había sido solo producto de su mente, Victoria albergaba en su interior algo por él, y por Dios que la obligaría a hacerle frente a esos sentimientos, incluso si ella no quería.

–Me parece que es una opción sabia. –Joanna le sacó de sus pensamientos–. Es evidente que esa muchacha posee todas las virtudes que importan para ser una excelente condesa. Espero de corazón que tu cortejo llegue a buen fin.

–Yo también lo espero, madre, y agradezco tus palabras. –Andrew tragó saliva, dejando pasar el momento incómodo lo mejor que pudo.

–¿Sabes, hijo? Creo que tal vez este es un buen momento para que te cuente la historia de cómo el padre de Victoria, Charles Linton, llegó a ser para tu padre uno de sus amigos más queridos.

Dos horas después de mudarse a su dormitorio, y tras haber dormido a trompicones, desvelándose continuamente como consecuencia de las pesadillas, Victoria por fin se había aseado y puesto un vestido suelto de día. Su madre le había trenzado el pelo, animándola a tomarse el caldo de pollo con el mejor semblante posible, a pesar de que su garganta protestara con todo lo que se llevaba a la boca. Reconoció más tarde que el alimento había caído bien en su estómago, aunque todavía le subía un acceso de náusea de cuando en cuando que la hacía correr al aseo por temor a devolver.

–En unos días estarás completamente recuperada –le decía Eleanor cada vez que la joven contraía el rostro ante una nueva arcada–. El aire del campo te sentará bien, y los remedios de ese doctor han sido providenciales.

La joven se limitaba a asentir, dejándose abrazar y consentir por su madre, que estaba con los nervios de punta por mucho que tratara de aparentar lo contrario. Probaba antes que ella todo cuanto le llevaban al dormitorio, incluida el agua, y se negaba a dejarla a solas, mirando por la ventana de cuando en cuando y frotándose las manos con nerviosismo.

Durante el tiempo en que habían estado a solas poniéndose al día, Victoria se había enterado de todo lo ocurrido con detalles. Sabía que Adeline y su madre se habían marchado, y que era muy poco probable que volviera a verla, lo que la alegraba profundamente. Era consciente, también, de que la joven había sido apartada de la sociedad y que probablemente la acusarían de falta de salud mental, o de trastorno nervioso para explicar sus futuras ausencias. La aristocracia tapparía la gravedad de lo ocurrido transformándolo en algo que pudieran aceptar en sociedad, algo que no pusiera en entredicho que eran seres superiores por poseer apellidos elegantes.

–No debes mortificarte en absoluto por el destino de esa mujercita –le decía su madre–. Sea lo que sea que inventen para dejarla en mejor lugar, su reinado ha terminado para siempre. Yo trataré de compadecerla por su locura... aunque no sé si Dios me dará la fuerza para perdonarla.

Tampoco Victoria lo sabía, pues había estado a punto de perder la vida por algo que no era cierto. Ella no pretendía a Andrew, incluso se había hecho ya a la idea de que jamás podría volver a verlo después de los encontronazos que ambos habían protagonizado en aquellas semanas compartidas en la casa solariega. Él se casaría y ella aceptaría lo que le deparara la vida sin oponerse. El hecho de que Adeline Aldrich la hubiera considerado una rival dejaba en clara evidencia lo mal que se encontraba de salud.

–¡Ya voy, un momento!

Sacudiendo la cabeza, Victoria se dio cuenta de que había estado absorta en sus pensamientos demasiado tiempo, pues no había prestado atención al sonido de los nudillos que golpeaban la puerta. Se irguió en la silla, quedando parcialmente muda al ver aparecer a Andrew por el umbral,

sosteniendo una caja envuelta en papel marrón con la mano que no estaba sujeta al cabestrillo. Se le encogió el estómago y algo que no tenía nada que ver con las náuseas le subió por la garganta.

—Milord, que honor recibirle. —Eleanor rápidamente se hizo a un lado—. ¿Cómo se encuentra? ¿En qué estado está su hombro?

—Sanará pronto —declaró, dedicándole una venia ligera en señal de cortesía—. Afortunadamente solo se salió de su sitio, el hueso está sano y el dolor del golpe pasará.

—Ni siquiera sé por dónde empezar a agradecerle lo que ha hecho por mi hija, el arriesgar su vida... no solo ante ese lacayo, sino también frente a la señorita Aldrich... no tengo cómo pagarle.

—No existe tal deuda, señora mía. —Andrew sonrió a la buena mujer, cuyo rostro redondeado y bonachón había empezado a gustarle—. Usted defendió a mi madre ante los cuchicheos de los invitados, y le sirvió de apoyo cuando estuvieron encerradas, de modo que estamos en paz.

—Era lo menos que podía hacer por una amiga, desde luego. —Sacó el abanico, dándose golpecitos en el pecho rítmicamente—. Milord, debo insistir, la vida de mi hija... si existiera algo que yo pudiera hacer...

—En realidad, lo hay, señora Linton. —Andrew usó su sonrisa más encantadora—. ¿Podría concederme unos minutos a solas con Victoria? Solo será un momento, quisiera tener unas palabras con ella, por favor.

La joven pelirroja se puso en pie repentinamente al oír su nombre, aunque no se movió del sitio, atenta en todo momento a la contestación de su madre, quien, para su sorpresa, ni siquiera lo dudó antes de tomar el chal que reposaba en la mesita auxiliar, mirarla con una sonrisa radiante y salir del aposento sin oposición alguna.

Apenas se habían quedado solos, Andrew se acercó lo suficiente como para dejar sobre la mesita la caja envuelta en papel marrón que había estado cargando hacía unos instantes. Era la misma que llevaba algunos días esperando, guardada en su despacho, a ser entregada. Victoria pensó en quedarse donde estaba, a una saludable distancia de seguridad, pero la curiosidad fue mucho más fuerte que ella, y la obligó a aproximarse como una polilla tentada por la luz de un farol de jardín.

Caminó a pasos cortos hacia el conde, pero sin mirarlo más que de soslayo, tan solo le dedicó una mirada completa cuando sus dedos rozaron el papel de embalar, preguntándole con su expresión qué debía hacer. Él la animó, divertido, y disfrutó viendo a la muchacha rasgar el envoltorio y sacando el misterioso contenido de la caja.

—Son... unas botas... unas botas de paseo —masculló, examinándolas.

Eran realmente magníficas, de piel y cuero, ligeras pero reforzadas con algún material extremadamente duro que unía la caña con la suela para evitar que se separaran. El tacón y la parte baja estaban lustrados y pulidos, y los cordones entrecruzados entre sí como dos serpientes de cascabel. Saltaba a la vista que la calidad era muy superior a aquellas que Victoria había conservado durante tantos años, y posteriormente perdido en el accidente del bosquecillo de secuoyas. Esas eran unas botas dignas de una dama de posición.

Levantó la cabeza hacia Andrew, sosteniendo aún la bota derecha entre los dedos, con la

incertidumbre pintada en la cara y la negación en la punta de la lengua, no obstante, él no le dio ocasión de expresarse.

–Considéralas un regalo de compromiso.

–Se ha vuelto loco. –Fue la respuesta que obtuvo de la joven, que dejó la bota en la caja como si le hubiera quemado–. ¿Cuánto láudano ha tomado para ese hombro?

–Ni una gota, necesitaba estar fresco para imponerme a tus majaderías.

–¿Majaderías? –Las mejillas de Victoria hicieron juego con su pelo–. ¡Y lo dice la persona que predica insensateces!

–Solo planeo los hechos, señora mía, puede ser cierto que me haya vuelto loco, de hecho, la posibilidad es más que amplia puesto que no he sido yo mismo desde el preciso día que usted cruzó la puerta de mi casa.

Victoria lo miró con una delicada ceja enarcada. Las comisuras de la boca de Andrew estaban alzadas, como en una medio sonrisa que la sacaba de quicio, a pesar del tamborileo incesante de su corazón, que apenas podía soportar su propia emoción.

–Está usted demente, milord.

–Estamos de acuerdo, señorita Linton. Y dado que es su culpa, sería honorable por su parte hacerse cargo de sus responsabilidades y cargar conmigo en el estado en que me ha dejado. Durante el resto de su vida.

–No puedo aceptar las botas –dijo simplemente–. Ni... su petición tampoco. Lo lamento.

–Ya lo creo que va a lamentarlo. –Se aproximó a ella–. Y por si no se ha dado cuenta, en ningún momento le he pedido nada.

–Oh, desde luego que me he dado cuenta, ha sido usted rudo y grosero intentando imponerse por las malas, sin siquiera mostrar un atisbo de sensibilidad.

–Perdí toda mi sensibilidad en el bosque, señorita, cuando casi me rompo el hombro y parte del brazo por usted.

–¿Y ahora me echa en cara su heroicidad?

–¡Le aseguro que sí! Usaré todo método a mi alcance, por mezquino que sea, para tumbar sus negativas, se lo aseguro.

Victoria tropezó con la pata de la cama, viendo su huida truncada, intentó rodearla, pero él la detuvo, tomándola de la mano con gentileza pero aplicando la fuerza suficiente para no permitir que se fuera. Ella miró a los lados, haciendo moverse su trenza, incluso se planteó gritar llamando a alguien, quien fuera, pero por alguna razón sus fuerzas mermaban a cada segundo que pasaba en compañía de Andrew, cuya mirada penetrante la hacía derretirse como un terrón de azúcar sumergido en el té caliente de la tarde.

–Basta de huir de mí, Victoria –sentenció.

–No puede estar hablando en serio, simplemente no tiene ningún sentido, y resulta cruel que intente...

–Por Dios, no trato de ofenderte ni burlarme de ti, jamás ha sido esa mi intención. –Con la mano sana, la hizo mirarle–. Mi petición es sincera. Deseo casarme contigo, esa es mi voluntad, sin ningún trasfondo.

–Yo... no puedo.

–Exijo una razón. –Andrew no se inmutó, pues se había preparado a consciencia para tumbar todas sus defensas–. ¿Te ha hecho Bernard Chamber una petición oficial? ¿O sientes aprecio por otro caballero y es por eso que rehúsas?

–¡No!, es decir... no se trata de nada de eso. Yo no deseo ser la esposa de nadie, valoro mi independencia y es mi deseo conservarla.

La vehemente negativa de Victoria ante la posibilidad de que hubiera otro hombre en su vida le hizo sonreír. Era dura, pero no dejaba de ser una mujer, y si algo había aprendido él en todos sus años de trato con ellas era que siempre son fieles a sus sentimientos. Si ella quisiera a otro, habría usado ese argumento como una bandera, sin reprimirse.

–Mentirosa –la acusó, haciendo que le mirara con sorpresa–. Me decepcionas, Victoria, te tenía por una mujer fuerte y valiente, y no me das más que razones sin sustancia porque no te atreves a asumir lo que de verdad quiere tu corazón. Eres una cobarde.

Tal como él esperaba, aquella pólvora explotó sin esfuerzo.

–¡Tú, aristócrata pomposo, engreído! ¿Cómo te atreves a llamarme mentirosa y cobarde? No sabes nada de mí, todo cuanto he tenido que luchar, que defenderme... –Trataba de desasirse, pero cuanto más tiraba, más la sujetaba él–. ¡No quiero nada de ti, no me intereses, ni me importas, ni siquiera...!

Soltando el brazo del cabestrillo, Andrew usó ambas manos para rodear las mejillas de Victoria y alzarla hasta su rostro. La besó con ímpetu, dándole varios besos cortos y profundos que la joven en ningún momento intentó rechazar. El dolor aguijoneó su hombro, pero lo ignoró por completo, demasiado embebido en aquel sabor dulce y embriagante del que quería disfrutar durante el resto de su vida.

Cuando al fin la soltó, la mirada de la muchacha era apesadumbrada, parecía derrotada tras una ardua batalla en la que no había tenido la más mínima posibilidad de salir vencedora.

–Dime la verdad, querida mía –susurró Andrew, con la voz impregnada de dulzura, acariciando la punta de la trenza–. Ambos sabemos que no es desprecio lo que existe entre los dos... ¿qué te aparta de mí?

Dado que las diferencias eran tantas que Victoria no sabía cómo empezar a enumerarlas, su corazón dolorido, atacado de muerte ante las palabras de Andrew, solo pudo dejar salir la única idea que la había estado rondando desde hacía semanas, algo que la había acosado incluso en sueños, que era donde se permitía soñar con cosas que no estaban destinadas a pasarle a ella.

–Jamás formaré parte de la sala de retratos –musitó, con los ojos anegados–. Nunca podré pertenecer a ese lugar.

Enternecido hasta más allá de la razón, Andrew tiró de ella, recostándola en su pecho y acariciándole la coronilla roja, conteniendo las carcajadas que pugnaban por escaparse de entre sus labios. Cristo... ¿aquello era todo? ¿Ese era el gran problema que debía solventar para obtener el premio de una vida junto a ella? Estuvo a punto de desvanecerse de puro alivio.

–Querida... eso es lo más absurdo que he oído jamás –le respondió, riendo finalmente al verla separarse de él, ofendida.

–¿Cómo puedes decir algo así? ¿Te has parado a mirar esa sala con detenimiento?

–Muchas veces, en realidad.

–¿Y? –Echaba chispas y eso solo lo divertía más–. Esos colores... los cabellos, los vestidos... todos esos ilustres... yo nunca podría encajar en ese lugar, y no solo porque mis orígenes sean inferiores, mi propia apariencia es un grito de protesta, todo el mundo se daría cuenta de que...

–¿De qué? ¿De qué soy el orgulloso esposo de una mujer que defiende a su madre y a sí misma del qué dirán sin perder la compostura? ¿De qué he desposado a una joven fuerte y capaz que entiende la importancia del trato justo con los empleados? –La miró, férreo–. ¿O quizá se darán cuenta de que estoy unido a una dama inteligente y digna que posee todo mi respeto y de cuyo brazo me mostraré orgulloso?

–Andrew... –La voz de Victoria tembló de emoción. Cuando negó con la cabeza, apenas tuvo convencimiento–. Incluso aunque pudiera aprender...

–Aunque se te eduque toda una vida para algo, uno nunca está preparado para los designios de la vida, Victoria. –Le acarició el rostro–. No me cabe duda de que serías una condesa maravillosa si decidieras intentarlo. No hay nada que no puedas conseguir.

–Pero la sala de retratos...

–¡Tumbaré con mis propias manos esa estancia piedra a piedra si es preciso! –Su vehemencia la hizo sonreír, y pronto él también lo hizo, albergando esperanzas–. La pintaré de rojo fuego de ser necesario para que de ese modo sean ellos lo que no encajen.

–Esa, es la cosa más absurda que jamás he oído.

–Bien... ¿qué te parece esto? –Andrew se tocó la barbilla con dos dedos–. Cásate conmigo y dame muchos hijos, las próximas generaciones de condes y condesas de Holt serán todos pelirrojos. Pronto esa sala quedará equilibrada.

El delicado rubor que cubrió las mejillas de Victoria solo hizo resplandecer más su sonrisa. Andrew acarició su cabello y luego su cuello y mejillas. La piel cremosa, suave, reaccionó bajo sus dedos y los párpados de la muchacha temblaron cuando él unió sus frentes, compartiendo con ella el aliento que ambos exhalaban, perdidos el uno en el otro.

–Sé mi esposa, Victoria Linton, porque te amo, de forma incomprensible, y es algo de lo que quiero disfrutar el resto de mi vida.

–¿Incluso aunque sea la peor elección posible? –murmuró ella, ahuecando en su pequeña mano los rebeldes mechones castaños de aquel hombre que había anidado en su corazón incluso a pesar de su oposición–. Y... ¿a pesar de que te saque de quicio, vaya a replicarte constantemente y jamás acepte darte la razón sin discutir?

–Será un calvario –suspiró él, haciéndola sonreír. Tembló bajo sus caricias–. Estoy impaciente, mi amor, realmente impaciente.

–¿Y qué hay del incidente de tu perro? –Victoria hizo un mohín de vergüenza y sus mejillas se colorearon–. Si no le hubiera dado ese bombón...

–Estoy seguro de que Harvey sabrá perdonarte y entenderá que no fue tu intención. –Sonrió, dejando salir un suspiro de anticipación–. Incluso se mostrará cariñoso contigo si sabe que me haces feliz... dame una respuesta, Victoria.

–Tengo una condición.

El resoplido de Andrew le movió los rizos rojizos que le caían de la frente.

–No me sorprende. –La miró un instante, viendo en los ojos de aquella joven un cariño y una ternura que hasta entonces ella no le había mostrado–. ¿Qué pides a cambio?

Victoria se puso de puntillas y una sonrisa sincera adornó su rostro, curvando sus labios de forma apetitosa hacia arriba. Rodeó el cuello de Andrew con los brazos, mirándole despojada ya de todo miedo y duda. Iba a entregarse a aquel hombre, pensó, cometiendo seguramente la mayor locura de su vida, pero ¡oh!, cuántas ganas tenía de dejarse llevar por él y entregarse a aquella felicidad que galopaba dentro de su pecho a toda velocidad.

–Digamos que fui yo quien te convenció –sentenció, risueña.

Con una carcajada nacida de lo más hondo de su corazón, Andrew asintió con la cabeza, alzándola con el brazo sano hasta que los pies de la joven se levantaron unos palmos del suelo, sintiendo como ella acariciaba su pelo y apoyaba la mejilla suave contra la suya, ligeramente áspera por la falta de afeitado. Ni siquiera el leve tirón que sintió en el hombro empañó aquel momento de júbilo, aunque bastó para que dejara a Victoria en el suelo. La miró intensamente, haciéndole un ruego mudo que la joven comprendió y decidió satisfacer.

–Te amo, Andrew –le dijo en un susurro que sonó como una liberación–. Debo estar loca pero te amo... y me casaré contigo.

–Entonces, trato hecho, señorita Linton.

Y se apresuró a besarla para que no hubiera ni una palabra más.

Capítulo 26

El compromiso entre Andrew Ferris, vigésimo conde de Holt, y la señorita Victoria Linton se anunció con toda naturalidad y alegría durante la última cena formal con los huéspedes que se llevó a cabo en la casa solariega, apenas unos días después de que la pareja hubiera dado la noticia a la familia.

Victoria jamás olvidaría el temblor de sus manos, que sudaban tanto que amenazaban con empapar el par de guantes que se había puesto nada más salir de su dormitorio. Recordaría el vestido nuevo, el elaborado peinado, los ojos llorosos de su madre, quien se mostraba más orgullosa por el hecho de que alguien hubiera visto aquella luz cegadora que brillaba en su hija, que porque fuera a casarse con un conde. Tampoco le sería fácil borrar de su mente las caras asombradas de todos los invitados, las serenas felicitaciones de los caballeros y los gestos de incredulidad y celos por parte de las damas, que la miraban con un renovado interés, mal disimulando, que jamás la habían visto como una opción a tener en cuenta.

Pero sin duda, lo que se le quedaría grabado para siempre sería la sonrisa de Andrew. Durante los muchos años de vida que pasarían juntos siempre guardaría en su corazón aquella sonrisa, el gesto ufano y la risa contagiosa que había derrochado durante toda la noche de celebración del compromiso. Él estaba contento, feliz, exultante. Era un hombre completo que había alcanzado todas las cimas propuestas en su vida, por el hecho de tenerla a ella. El saber que iban a estar juntos, a formar una unión y una familia le provocaba a él tal sensación de plenitud, que provocaba que el amor que Victoria sentía se multiplicara hasta amenazar con hacerle explotar el corazón.

No obstante, ninguno de esos bonitos pensamientos eliminaba los nervios que sentía.

Los invitados habían empezado a marcharse al día siguiente de la cena, y en esos momentos, tres días después, apenas quedaba nadie más que ambas familias en la residencia Holt, lo que les resultaba tremendamente conveniente a Joanna y Eleanor, que podían dar rienda suelta al millar de preparativos que se les venían encima. A menudo arrastraban a Victoria durante una tarde entera al saloncito rosa, de uso exclusivo para la familia, donde departían durante horas y horas sobre telas, vajillas, ajuares y cambios. Muchos cambios.

Aunque intentaba prestar atención, Victoria tendía a dejarse llevar por el pánico cuando los asuntos de la boda, fijada en un lapso de apenas tres meses, se escapaban claramente de las manos. Era algo que no ocurría cuando se hundía en la mirada cálida de su prometido, le tomaba de la mano o gozaba de pequeños y vigilados momentos donde podían estar relativamente a solas. El verse inmersa en las instrucciones de su madre y futura suegra solía producirle un profundo dolor de cabeza, y grandes cantidades de incertidumbre al comprobar las muchas maneras en que podría cometer un paso en falso sin percatarse.

—No te preocupes tanto—le dijo Claire una tarde en que ambas tomaban té con pastas, ajenas a la charla de las dos mujeres mayores, que tomaban notas apresuradamente en dos listas al mismo

tiempo—. Nadie sabe nada sobre ser condesa hasta que no le toca empezar a serlo, por mucho que intenten prepararte, no te sentirás segura hasta que no des tus propios pasos.

—Eso pienso... pero el problema es que algunos de esos pasos pueden convertirse en tropezones.

—Bueno... si alguien puede tropezar, esa tiene que ser sin duda la condesa, ¿no? —La joven sonrió, toda dulzura y amabilidad—. Apuesto a que si te derramas una copa de ponche sobre el vestido, Andrew obligará a que se convierta en tradición para dejarte en buen lugar.

Resultaba increíblemente reconfortante el gran apoyo que había demostrado ser Claire para Victoria, inmediatamente después de saber que iban a convertirse en cuñadas. La hermana de Andrew no la había dejado sola en ningún momento, y aunque parecía estar afrontando sus propios demonios y pasando por momentos amargos, no compartió esto con nadie, centrándose únicamente en ser un soporte para Victoria, conocerla y llegar a ser considerada como su amiga, lo que consiguió en muy poco tiempo.

Era usual ver a ambas mujeres pasear por el jardín, pasar horas charlando o riendo en el invernadero, e incluso ir juntas al pueblo para visitar a la modista que estaba creando el nuevo guardarropa que Andrew se había empeñado en encargarse para su prometida, lo que provocó la primera desavenencia importante tras el anuncio del compromiso.

Victoria amenazó con no aceptar una sola enagua que no hubiese costado ella, y le dejó muy claro a Andrew que iba a intentar que su nueva situación no cambiara la forma en que había vivido, comedido y sin grandes lujos.

—Eso es ridículo y lo sabes. —Había espetado él, apoyándose en la columnata del porche, que era el lugar más lejano al que les dejaban ir a solas—. Vas a ser una condesa, Victoria, nadie espera que uses nada del estilo de esas botas de paseo que tenías.

—Que vaya a ser tu esposa no significa que esté dispuesta a despilfarrar tu herencia y las ganancias que has obtenido con las horas que has dedicado a estudiar las posibilidades contables de tus propiedades.

—Dios mío... Victoria, cualquier mujer en tu situación simplemente encargaría a la modista vestidos hasta poder ponerse tres diferentes al día, sin replicar —rezongó, mirándola—. ¿Por qué simplemente no me besas para agradecérmelo y cerramos el asunto?

—Bueno, puedo besarte si es lo que quieres, ese no es el punto. Simplemente se trata de que no quiero aprovecharme de las comodidades y lujos que conlleva ser tu esposa.

—Pues, para tu información, querida, se espera tácitamente que hagas exactamente eso, y sin dilación. Es más, si no aceptas todos los excéntricos regalos que quiero hacerte, así como una cuenta en todas las tiendas desde aquí hasta Londres y una asignación mensual para tus gastos, me dejarás en una situación profundamente incómoda ante el resto de aristócratas.

Ella enarcó la ceja, pero Andrew se limitó a encogerse de hombros y ratificarle que así es como funcionaban las cosas, y que ellos no eran nadie para cambiar años de tradición por el hecho de que Victoria fuera poco dada al mercantilismo.

—Personalmente no me importa si en el interior de nuestra casa usas el vestido más raído que

tengas, siempre que aceptes tener a mano todo lo demás.

La joven suspiró y dejó que él le cogiera la mano y se dedicara a besarle amorosamente la palma y cada uno de los dedos, acabando inmediatamente con toda réplica que a ella se le pudiera haber ocurrido, como pasaba siempre que la tocaba. Ahogando una exclamación de placer, Victoria acabó por ceder.

—Entonces... solo lo haría para no dejarte en mal lugar.

—Así es, mi vida. —Le sonrió Andrew, sabiendo que había ganado—. Lo harás solamente por mí.

De modo que Victoria aceptó vestidos, zapatos, cintas de pelo, enaguas, camisones, ropa interior nueva, juegos de sábanas de hilo, juegos enteros de botellitas de cristal con costosos perfumes, batas de batista, zapatillas de satén recubiertas de algodón... El desfile de doncellas que cargaban las nuevas posesiones de la futura condesa fue épico.

Como acordaron que los recién casados vivirían en la casa de Kent durante un tiempo que considerarían su luna de miel, todas las cosas necesarias para hacer la casa acogedora fueron preparándose. Se abasteció la despensa tras el vaciado que habían hecho los huéspedes, las habitaciones fueron aseadas y la decoración de la alcoba principal cambiada completamente. Andrew había dejado de ocuparla, y juró no cruzar el umbral hasta que pudiera hacerlo con Victoria como su esposa.

Dado que ambos no podían vivir bajo el mismo techo sin estar desposados, en cuanto los preparativos más urgentes estuvieron listos, y cuando la última familia de invitados se retiró, Victoria y Eleanor volvieron a Surrey, a ocupar su casita. Nada más entrar se dieron cuenta de que Andrew también había hecho llegar allí sus afiladas garras, puesto que el papel pintado y los cortinajes eran nuevos, había contratado un servicio de doncellas que ayudarían a la cocinera, un lacayo y un ama de llaves cuyos sueldos saldrían de su bolsillo, algunos muebles estaban totalmente renovados y había hecho preparar la instalación eléctrica en toda la vivienda, de modo que ahora las Linton contaban con agua corriente que podían calentar para darse largos baños.

Eleanor se sintió sobrecogida, y aunque Victoria temió que se viera subyugada por tanta generosidad, la mujer aceptó de buen grado las mejoras que iba a tener su vida a partir de aquel momento. Estaba decidida a continuar viviendo en su pequeño hogar, si bien se permitiría el lujo, ahora que poseía un lacayo y un carruaje completamente nuevo y confortable, de visitar a su hija en la casa Holt siempre que lo desease. La separación iba a ser lastimera para ambas, pero Eleanor había pasado por ese trance con su propia madre, y comprendía lo vital que iba a ser para Victoria soltarse de sus faldas y aprender a ser la señora de su propia casa. Joanna la había apoyado completamente, y ella misma había dispuesto todo para regresar a Londres tan pronto pasara el día de la boda.

De forma que, muy pronto, Andrew y Victoria se quedarían a solas para disfrutar de su matrimonio, hecho que cruzaba por la mente de la joven continuamente y cada vez con más frecuencia conforme pasaban los días. El anhelo que sentía por conocerle como marido y compañero se mezclaba con las dudas y el nerviosismo que le provocaba no estar a la altura. Temía mucho no saber qué hacer en alguna situación, ofender a Andrew o hacerle arrepentirse de su decisión.

–Tenéis algo que no muchas parejas consiguen –le había dicho Eleanor una tarde en que la notó particularmente nerviosa–. Estáis enamorados, querida. Todo fluirá sin problemas porque el corazón tomará el mando. Eso es lo que pasa cuando hay amor, las cosas jamás salen mal si la pareja se quiere.

Así las cosas, entre visitas de Andrew, encargos en el pueblo, pruebas con la modista y clases de protocolo impartidas por Joanna, el día en que Victoria Linton se convertiría en una mujer casada llegó. El sol brillaba en el cielo mientras las doncellas y su propia madre la ayudaban a trenzarse el profuso cabello rojo para luego crear una corona con él alrededor de su cabeza. Sin poder dejar de mirar su reflejo en el alto espejo de cuerpo entero, Victoria se contempló, ataviada con aquel bellissimo vestido de novia color marfil, cubierto de seda china y ribeteado con pequeñas perlas y una fina banda de diamantes en el escote y las mangas.

Llevó el mismo tocado que su madre, sujeto al cabello por unos pasadores de oro que habían pertenecido a la familia Linton desde hacía generaciones.

–Parecen desvaídos y con poco lustre en comparación con los pendientes que te ha regalado Andrew –se lamentó Eleanor, secándose los ojos con un pañuelo. Estaba impecable con un vestido malva sujeto con un fajín color mantequilla–. No tienes por qué llevarlos.

–Madre... –Victoria le tomó las manos, apretándolas suavemente–. No me casaré si no me colocas esos pasadores en el pelo.

Una vez estuvo lista y calzada, una de las doncellas le entregó el ramo de novia. Toda la servidumbre bullía de excitación al estar atendiendo a la futura condesa y se deshacía en halagos, recomendaciones y buenos deseos que ambas mujeres, poco acostumbradas a contar con tal despliegue de ayuda, agradecieron con sinceridad. A las diez en punto, Gilly apareció en el umbral de la casita, llevando las riendas de dos corceles blancos de paseo que tiraban del carruaje de gala cubierto con el emblema de los Holt. Sonriente, se apeó y sacudió las mangas de su librea antes de abrirle la puerta a Victoria y Eleanor

Estaba claro que el muchacho gozaba de popularidad suficiente como para que se le encomendara una tarea tan importante como escoltar a la futura condesa de Holt y a su madre, hecho que sin duda tendría mucho que ver con sus hazañas en contra de Adeline Aldrich y Rogers Vallard.

Andrew y Victoria se casaron sin escuchar una sola de las sentidas palabras que el párroco ofició en la ermita de la casa Holt. De hecho, apenas se dieron cuenta de las miradas, gestos y murmuraciones de los cientos de invitados que llenaban el templo y todos los alrededores del jardín, pues en cuanto la joven cruzó las sagradas puertas y los ojos de ambos se encontraron, ya nada más importó. Se juraron amor, apoyo, lealtad, respeto y compromiso, aceptando pertenecerse y obedecer los dictados de su corazón para llevar una vida basada en la felicidad y la riqueza de espíritu. Andrew colocó un anillo en el dedo de Victoria y la besó modestamente en los labios bajo la atenta y emocionada mirada de las madres de ambos. Al separarse, él sonrió conmovido y secó con su dedo pulgar una rebelde lágrima que corría libre por la mejilla de Victoria.

–Estás tan hermosa que no puedes ser real –le susurró, olvidando donde estaban.

–Pero qué has hecho –musitó la joven, dejando escapar una sonrisa que armonizaba con sus

lágrimas de emoción.

—Convertirte en mi esposa por fin, gracias a Dios. —Con una pose muy regia, Andrew le ofreció su brazo, haciéndola girar rumbo a la salida, donde la aristocracia más importante y los jornaleros más humildes esperaban por ellos—. ¿Vamos, condesa?

Juntos salieron de la ermita, recorriendo el pasillo alfombrado en dirección al soleado exterior. Una lluvia de pétalos cayó sobre ellos, en tanto que aplausos, felicitaciones y cánticos les envolvieron como una manta cálida en una noche de invierno. Incapaces de dejar de mirarse, Victoria y Andrew solo fueron vagamente conscientes de las innumerables implicaciones que tenía lo que ambos acababan de consentir. Eran marido y mujer ahora, uno solo, por siempre y para siempre, ante los ojos de Dios y con todas las personas que habitaban entre Kent y Londres como testigos.

Eran uno solo y el resto no importaba. Desde ese momento, ya nada ni nadie los podría separar.

Se organizó un gran almuerzo en la mansión para todos los invitados, al que también asistieron los trabajadores de los campos con sus familias. Victoria traspuso las puertas del salón por primera vez como condesa, llevada del brazo de Andrew. Esta vez, se sentó en la cabecera, honor que su madre compartió con ella.

Durante las horas que duró el ágape, la joven recién casada recibió halagos y buenos deseos por parte de todos los invitados, su mano fue besada en incontables ocasiones, y tuvo que repartir su tiempo para atender con esmero a todos los invitados, hablando personalmente con ellos, aceptando futuras invitaciones para el té o acordando paseos y reuniones que formarían parte de su nueva vida social. Se entretuvo especialmente con el duque Ozma, cuyo poblado bigote se movía graciosamente a cada palabra que pronunciaba. Arnold Calvin también estaba presente, acompañado de su familia y ataviado con tales galas que parecía prácticamente un príncipe.

Y por supuesto, Bernard Chamber, a quien Andrew no dudó en estrechar afectuosamente la mano, para sorpresa del barón Ilhan Chamber y padre de Bernard, que jamás habría imaginado que su segundo hijo pudiera haberse relacionado con alguien como el conde de Holt, motivo por el cual solía despreciarle públicamente y hacerle de menos en comparación con su hermano. Pocas eran las veces en que se les veía juntos y si habían acudido a la boda había sido por invitación expresa.

—Espero que todas las rencillas queden en el pasado, señor Chamber —expresó Andrew a Bernard, que no salía de su asombro—. Tengo muy presente que un movimiento por parte suya podría haber bastado para que este enlace no se hubiera celebrado.

A partir de aquel momento, Ilhan no perdía ocasión de decir que su hijo había aceptado deportivamente no luchar por el corazón de Victoria Linton, dejando que esta y el conde vivieran su amor. Y empezó a dejarse ver públicamente con Bernard mucho más a menudo desde ese día.

Las horas pasaron y la casa volvió a teñirse de silencio conforme la oscuridad dominaba el día. A solas en su nuevo aposento, Victoria dejaba que una doncella la ayudase a deshacerse el peinado mientras miraba su reflejo en el gran espejo ovalado del tocador. Ataviada con un níveo camisón de batista y seda acompañado por una bata de encaje atada en el pecho, hacía repaso de todos los cambios que habían tenido lugar en su vida desde que había llegado a esa casa en calidad de invitada de la condesa viuda.

Ni siquiera se la había tenido en cuenta como posible candidata y ahí estaba ahora, esperando con nerviosismo e ilusión la primera visita conyugal de Andrew, que les sellaría para siempre como marido y mujer.

La tarde había sido muy intensa, y el día que quedaba por venir prometía la misma cantidad de actividad. Joanna y Eleanor desayunarían con la pareja antes de partir, una a Londres y la otra a la casita de Surrey; en cuanto a Claire, estaba ya a medio camino de su residencia, pues se había marchado nada más tomar el almuerzo nupcial. Al parecer, su amiga Betina Hildegard iba a ofrecer una celebración de cumpleaños y requería de Claire para organizar los preparativos. La joven había dado eso como motivo y nadie había puesto en duda sus palabras, pero resultaba evidente que la joven Ferris escapaba de algo, o de alguien. Marchó sin apenas despedirse.

Victoria se ató la trenza y despidió a la doncella, que le hizo una reverencia impecable y la dejó a solas con sus bulliciosos pensamientos. La puerta que comunicaba los dormitorios del conde y la condesa se abrió para dejar pasar a Andrew, quien ya había asegurado que únicamente sería fiel a la tradición esa primera noche, puesto que tenía intención de compartir lecho con su esposa desde esa noche y hasta la última de su vida. Sus miradas se encontraron en el espejo y los suspiros que emitieron se mezclaron en el silencio del aposento.

—Harvey ya está acomodado, parece que no echa de menos este dormitorio, después de todo.

—Espero que no me odie por haberle desplazado de tu lado por las noches —murmuró Victoria, poniéndose en pie y acercándose—. Siempre podríamos reconsiderar dejar que se quede con nosotros.

—No quiero testigos de lo que pienso hacer con usted, milady.

La joven arrugó la nariz y Andrew rompió en carcajadas. Acabando con la distancia que los separaba, la tomó de las mejillas, besándola dulcemente para después abrazarla con pasión contra su cuerpo. La sentía menuda y muy cálida sin todas aquellas protocolarias capas de ropa que siempre les separaban. Y suya. Sobre todo suya. Apenas podía esperar para mostrarle cuán grande era su amor, con todas las fuerzas que albergaba su cuerpo.

Se enredó la trenza roja en la mano y tiró levemente hacia atrás para mirar el rostro de Victoria. Ella le sonrió y el corazón de Andrew galopó ferozmente en el interior de su pecho.

—¿Llegó a contarte tu madre como fue que se conocieron nuestros padres?

—Siempre había algo que la interrumpía cuando quería hacerlo. —Se encogió de hombros, posando su mano pequeña en la mejilla de Andrew, rozando su textura áspera—. ¿Tú conoces la historia?

El joven asintió y la guió hasta la cama, donde tomó asiento. Una vez estuvo acomodado, la instó a ella a colocarse sobre su regazo, de modo que pudiera rodearle la esbelta cintura con los brazos y sentirla cerca mientras hablaba. Victoria apoyó la mejilla en la cabeza de su marido, aspirando el aroma de su pelo aún mojado, dejándose llevar por su voz varonil conforme él iba narrándole aquel insólito acontecimiento.

—Mi padre apenas conocía a Charles Linton, pues se movían en ambientes muy diferentes, pero un día cualquiera en que salió a cabalgar estando aquí, en Kent, sufrió un accidente. —Paró un instante para tomar la mano de Victoria y besarla—. El caballo perdió el equilibrio con unas piedras sueltas y

se precipitó al suelo, rompiéndose una pata y lanzando a mi padre varios metros hacia adelante.

—¿Estaba dentro de la propiedad? ¿En alguna parte del bosquecillo?

—Entre el bosque y Stony Cross —respondió él—, de modo que esperar por ayuda era inconcebible. Estaba anocheciendo, mi padre herido y su caballo favorito, el que había criado desde potro, gimiendo lastimosamente, moribundo de dolor y totalmente echado a perder. —Suspiró, tragando saliva—. Papá había tenido a Antílope desde mucho antes de convertirse en conde y aquella pata rota le destrozó el corazón. Entonces apareció Charles Linton, que estaba cruzando Stony Cross con su carruaje y se apeó para ayudarlo. Curó las heridas de mi padre y le auxilió sin preguntarle si quiera quién era.

—¿Qué ocurrió con Antílope? —Victoria se acomodó más sobre el regazo de Andrew, sintiéndose conformada en sus brazos, asumiendo las palabras que escuchaba y entendiendo de alguna forma muy emocional lo importante que había sido aquel suceso—. Imagino que, con la pata rota, poco se podía hacer por él.

—Únicamente una cosa. Lo más piadoso que puede dársele a un animal al que te sientes unido cuando sufre miserablemente. —Volvió a tragar saliva, como si viviera aquel momento al mismo tiempo que lo contaba—. Solo que mi padre no se atrevió, simplemente no podía hacerlo.

—Pero el mío sí.

Victoria suspiró al ver a Andrew asentir. Le envolvió en sus brazos menudos, apretándose ambos en un abrazo que unía nuevamente dos generaciones que ya habían sido conectadas en el pasado.

—Charles Linton sacrificó al caballo de mi padre, después le acompañó a su carruaje y cuando estuvo sentado dentro, volvió al bosque. Cavó durante dos horas para enterrar a Antílope. Mi padre jamás olvidó aquel gesto, nunca, y desde ese momento, consideró a Charles uno de sus amigos más queridos, porque había sido el único que le había demostrado cercanía y humildad sin saber que era el conde de todo aquel territorio.

—Amistad eterna a un hombre de posición mucho más baja. ¿No es demasiado agradecimiento por un acto de humanidad?

Andrew sonrió, recorriendo la forma de los labios de Victoria con la yema de su dedo índice.

—No todo el mundo muestra humanidad, mi amor. —Sus ojos brillaron—. Para mi padre, Antílope era un amigo fiel, leal, un escape a sus responsabilidades, a una vida que le iba a condicionar para siempre a ser mirado y tratado de forma distinta. Tu padre mostró respeto y dio a ese amigo una muerte honorable. Pudo dejar allí al animal o simplemente intentar saber si sacaría algo a cambio de su acción, pero no lo hizo.

—Así se convirtió en una persona fiel y leal para tu padre —acabó ella, viéndole asentir—, como lo es Harvey es para ti.

—En efecto. Harvey apareció en mi vida cuando esta dejó de pertenecerme y en él me he apoyado para superar los peores y más duros trances de mi vida. La pérdida de mi padre, el hacerme cargo de mi madre y mi hermana, asumir el título y todo lo que conlleva... me sentí solo, herido y perdido en algún lugar de ese parque, hasta que, como Charles Linton, apareciste para rescatarme.

–La diferencia es que yo sabía que eras el conde.

–Y no desaprovechaste una sola oportunidad de dejar claro lo poco que te importaba. –Rio él–. Tú me mirabas como hombre, Victoria. Me hablabas como un igual y nunca intentaste sacar provecho de mí. Te me metiste en la piel, simplemente porque me dejaste acercarme a ti siendo solo Andrew. Me has dado el regalo máspreciado que podría tener, la posibilidad de ser yo mismo.

–Y pienso pasar el resto de mi vida haciéndolo. –La muchacha apoyó la frente en la de él, cerrando fuertemente los ojos, sobrecogida, con el pecho lleno de amor y ansiedad por demostrarlo–. Seré tu apoyo y no permitiré que olvides quien eres.

–Oh, es espero, querida. –Las manos masculinas, delicadas y suaves, soltaron los lazos de la bata de Victoria–. Soy tu marido, y ese es un título que te aseguro que ostentaré con mucho orgullo.

–Te amo, Andrew... te amo porque pudiste ver ese sentimiento dentro de mí, cuando incluso yo misma negaba su existencia.

–Cuidaremos de él, pequeña, para que siempre sea una realidad entre los dedos. –Con una mano en su nuca, la acercó despacio, hasta que sus labios se rozaron–. Yo también te amo, Victoria, con todo mi corazón. Confía en mí, deja que te muestre la fuerza de mi amor.

Solo recibió de ella el suspiro de rendición que indicaba que estaba dispuesta a entregarle su alma, su cuerpo y su misma capacidad de razonar. Andrew la recostó delicadamente en la cama y se dedicó a adorarla, centímetro a centímetro, rozando su piel suave y blanca por encima del camisón, sin prisa, saboreando cada pequeño descubrimiento, cada montículo, curva y llanura de aquel cuerpo amado en el que ahora por fin podía refugiarse.

Se tomó su tiempo para recorrer a Victoria, para reconocer su cuerpo y memorizar las sensaciones que le causaban más placer. Cerró las manos sobre sus pechos, turgentes y suaves, dando calor a los erguidos picos con besos y roces de su lengua que estremecieron a su joven esposa. Con una sonrisa pícara, Andrew intensificó sus atenciones, mientras dejaba resbalar su mano por entre los muslos flexionados de Victoria. Cuando las yemas de los dedos alcanzaron el nido de rizos, abriendo poco a poco los pliegues húmedos para perderse en su interior, deslizándose juguetonamente y prodigándole caricias prohibidas, Victoria se entregó por completo a los placeres del lecho conyugal.

No hubo temor ni tampoco dudas cuando ambos amantes estuvieron abrazados, sin más cobertura para sus cuerpos que los brazos y suspiros del otro, entregados a un baile en el que las reglas iban naciendo del instinto y el corazón. Victoria mantuvo los ojos abiertos en todo momento, con la piel perlada de sensaciones y el pecho lleno de pasión, descubrió por primera vez lo que era sentirse deseada, inflamada en lugares que desconocía poseer. Recorrió a Andrew con sus manos y se abrió para él cuando sintió que su mismo interior ardía en un vacío que solo ese hombre podría llenar.

Juntos hallaron cobijo de la forma más antigua y sagrada conocida por el hombre. Cuando el deseo empezó a hacerse más poderoso, la mujer se arqueó presa de sus sensaciones, apretando a Andrew contra ella y manteniéndole preso en una cárcel de caricias y cabellos rojos que le hicieron perder el sentido y nublaron todas sus intenciones caballerosas. Tomó a Victoria como un preso privado de libertad saborea el aire que roza su tez a través de los barrotes, como un ciego que ve por primera vez, cabalgando sobre su cuerpo rumbo a un destino de brillantes colores donde solo habría

amor y felicidad.

La llevó de la mano al límite de la cordura y allí la lanzó, aferrado a su cuerpo, haciéndola estremecerse en un clímax que la atravesó por completo. Exhausto y lleno de paz, Andrew se derramó en un océano de sensaciones, sintiéndose devorado y colmado más allá de lo que su misma mente hubiera podido imaginar.

Tiempo después, con Victoria cálidamente recostada en su pecho y disfrutando del aroma salado de la humedad que impregnaba su bello pelo, la besó en la coronilla, mirando sin ver la oscuridad nocturna que se colaba por las cortinas a medio echar. Subiendo la sábana delicadamente por su hombro pálido, la estrechó con mimo contra él, protegiéndola de cualquier cosa que pudiera perturbar su descanso. La muchacha, arrebolada y con una sonrisa dulce en los labios, alzó la cara para mirarle.

–Si así ha empezado nuestro matrimonio –le susurró, con voz ahogada–, creo que va a irnos muy bien.

–Esto no es más que el comienzo –le respondió Andrew, adorándola con sus caricias–, te aseguro que lo mejor, aún está por venir.

Y pasó el resto de la noche demostrando que sus palabras no iban a ser en vano.

Epílogo

Kent, 1851

Aquel domingo otoñal, cubierto de nubes y con un airecillo frío que invitaba a quedarse cómodamente abrigado junto a la chimenea con un buen libro, Victoria se sentía más dinámica que nunca, incapaz de permanecer quieta un solo momento y bullendo de actividad a pesar de que su capacidad de movimiento estaba claramente mermada por su estado.

Se había levantado muy temprano, sabiendo que ese era el esperado día en que Andrew regresaría a casa después de haber viajado a Londres, dos semanas antes, para encargarse de supervisar el atraque del barco de vapor proveniente de Oriente del que había conseguido hacerse socio algunos meses antes. Ahora que su vuelta era un hecho casi consumado y la tranquilidad volvía al hogar de Kent, Victoria recordaba lo muy preocupada que había estado cuando su marido le había contado sus planes de expansión.

—Será una oportunidad incomparable para nosotros, mi vida —le había dicho, entusiasmado—. No solo para ampliar las posibilidades del condado, sino para abrirnos nuevos horizontes, mercados completamente desconocidos que pueden traernos fortuna y prosperidad. Imagina el sosiego de los arrendatarios cuando sepan que si tenemos una mala cosecha habrá ingresos procedentes de las telas y especias venidas de más allá del vasto océano. No habrá más hambre y las penurias habrán terminado.

Victoria ratificó que Andrew era un gran hombre, próspero, inteligente y muy sagaz. Siempre pensaba en el bienestar de todas las personas que tenía bajo su techo, pero aún así había pasado días preocupada, recordando los naufragios de las empresas que su padre había querido sacar adelante, todos aquellos barcos en que invirtiera lo poco que tenían y de los que nunca sacaba más que decepción y pérdida. Había sufrido pesadillas viendo derrumbarse todo cuanto Andrew y sus antepasados habían construido, viéndole caer en la ruina más absoluta y perderlo todo injustamente.

Por fortuna, su marido era un hombre prudente y tardó más tiempo del esperado en formar parte de la asociación naviera que habría de hacer los viajes a China, puesto que nunca comprometió todos los bienes que tenía pensado arriesgar de una sola vez. Aguardó a que el negocio fuera próspero y rentable, momento en que se decidió por fin a invertir fuertemente en él.

Por las cartas que Victoria había recibido, que eran muchas y contaban toda clase de detalles con referencia a cualquier cosa que Andrew quisiera comunicarle, cuando le recibiera en el hogar, sería un poco más rico que en el momento de irse. Ella se sentía orgullosa, pero aunque hubiera vuelto sin un solo penique, le aguardaría con el mismo entusiasmo.

Dos semanas sin verle, sin sentir su respiración y el contacto suave de sus manos, sin apreciar su sonrisa por la mañana, sin compartir con él momentos y discusiones... estaba convencida de que si aguardaba un día más, escuchando los consejos de su madre, que la instaba a no obsesionarse demasiado con permanecer continuamente pegada a las perneras de su marido, iba a volverse loca.

De modo que por eso no paraba ni un segundo. Y en ese momento se encontraba parada en el mismo centro de la sala de los retratos, fielmente escoltada por Harvey, que no se separaba de ella ni un solo instante del día, contemplando la pared, redecorada en color burdeos, sobre la que descansaban los retratos de los condes y condesas de Holt, todos con sus cabellos castaños y sus blasones adornados en verde, el color distintivo de la familia.

Al día siguiente, muy temprano, un carpintero y el arquitecto que había elaborado algunos cambios en la casa acudirían junto al decorador que Victoria había contratado, para colocar sobre la superficie vacía de la pared los retratos que ella y Andrew se habían hecho apenas un mes después de casarse. Todavía le causaba risa recordar la cantidad de horas en que había posado, intentando mantenerse quieta, mientras un anciano pintor, que se vanagloriaba de la cantidad de Holt a los que había inmortalizado, sacaba de ella un compendio de luz, serenidad, estoicismo y magnificencia que Victoria jamás había creído poseer. Imaginaba que con lo que Andrew pagaba a aquel hombre, bien podría haberla retratado con una corona de diamantes y hacerla parecer humilde al mismo tiempo.

–Haz especial hincapié en su cabellos D’Angelo –había comentado Andrew, paseándose tras el artista y sonriendo con malevolencia–. Quiero que parezca a punto de arder en llamas incluso estando pintando.

–Creí que habíamos quedado en mantenerlo lo más disimulado posible –masculló Victoria, tentada de moverse y hacerle un gesto nada propio de su nueva condición–. Tal vez llevando un velo...

–Quiero un fondo totalmente iluminado en un tono lo bastante claro para que el rojo no pase desapercibido en lo más mínimo –contradijo Andrew, disfrutando plenamente.

En última instancia, Victoria solo había podido suspirar y dejarse llevar, aunque reconocía que el resultado final había sido espléndido. El retrato la captaba tal como su esposo la veía, vivaz, espontánea y, sobre todo, querida. Había cambiado el color de las paredes de la sala para que su imagen resultara más confortada entre el resto de condes allí presentes y el blasón que ella lucía en la pintura estaba añadido a un broche beige con pequeñas motas de verde. La tradición había sido levemente retocada, algo que según Andrew, Victoria tenía el pleno derecho de hacer, puesto que en su seno crecería el futuro de aquel condado.

Dibujando en sus labios una sonrisa dulce, la joven se llevó las manos al abultado vientre donde su hijo se removía inquieto, casi listo para nacer. Apenas podía creer lo poco que faltaba para el alumbramiento, y se encontraba a sí misma siendo más precavida y cuidadosa de lo que jamás se habría esperado. El instinto maternal se había apoderado de su ser, y deseaba de todo corazón que el tiempo pasara volando para poder abrazar contra su pecho al fruto del amor entre su marido y ella. El hijo de Andrew, un perfecto pedacito creado por los dos.

Harvey emitió un leve gemido, sentado sobre sus cuartos traseros y Victoria bajó la mano derecha para acariciarle la cabeza.

–¿Supervisando los futuros cambios, condesa?

El animal ladró y echó a correr hacia la entrada, Victoria, mucho más lenta debido a su estado, giró sobre sí misma y sonrió al ver a Andrew acodado en la puerta, de brazos cruzados y con aquella

mirada arrogante que siempre ponía cuando la recorría de arriba abajo con sus ojos de pícaro enamorado.

–Has vuelto temprano –le dijo Victoria, acercándose a él mientras las faldas color mantequilla de su vestido de día se arremolinaban–. Arrugado y lleno de polvo del camino.

–Vos en cambio, milady, estáis inmensamente devastadora. Y enorme.

Andrew le tocó el vientre con reverencia, hincándose para besarlo, después se irguió y estrechó a su esposa amorosamente entre sus brazos, ahogando un suspiro de alivio que los atravesó a ambos.

–Temía que no llegaras a tiempo –susurró ella, acariciándole el rostro y viendo en él rastros de fatiga y agotamiento.

–Hemos cabalgado toda la noche, sin parar en ninguna posada –explicó Andrew–. Muero de hambre y no he dormido en dos días, pero de ningún modo me perdería el nacimiento de nuestro hijo.

–O hija –puntualizó Victoria, como hacía siempre–, no olvides que es posible que sea una chica.

–Si se parece solo un poco a su madre envejeceré prematuramente. –Sonrió, besándola de nuevo–. Cuánto te he echado de menos... ¿qué haces en esta parte de la casa? Deberías estar descansando, ¿está el doctor Corentin hospedado en la propiedad?

–Desde luego que no, vendrá cuando sea preciso. No empieces, Andrew, nunca he sido capaz de permanecer ociosa y no voy a hacerlo ahora, cuando queda tanto por organizar.

Victoria empezó a hacer aspavientos, moviéndose de un lado para otro bajo la atenta mirada de su preocupado marido y el fiel Harvey, que optó por salir discretamente de la sala, dejando a la testaruda condesa bajo el cuidado de Andrew.

–Tu madre llegará esta misma tarde y mañana el carpintero y el decorador colocarán las pinturas en la sala. Debemos preparar alojamientos y organizar la cena de bienvenida y...

–Y todo eso puede esperar. Mi madre no precisa de ningún tratamiento especial, no viene como invitada sino como futura abuela. Debes descansar, Victoria, podrías dar a luz en cualquier momento.

–¡Oh, no seas tonto! –Se tocó el vientre con una sonrisa–. Estas cosas llevan su tiempo, probablemente me retrasaré cuatro o cinco días más. Estoy segura.

Andrew asintió con la cabeza, dejándole creer que pese a ser su primer embarazo, como mujer sabía de aquellas cosas más que él.

No obstante, la inexperta condesa se equivocó por un amplio margen.

Charles Anthony Linton, vigésimo primer conde de Holt, nació esa misma madrugada, tras solo ocho horas de parto, lo que en opinión del doctor Corentin y su asistente comadrona era un alumbramiento cómodo y completamente agradable para la madre. Victoria no estuvo de acuerdo en absoluto, y demostró su incomodidad profiriendo todos los gritos que quiso y muchos más.

No obstante, todos estuvieron de acuerdo en que se había comportado de forma fuerte y estoica, soportando los fuertes dolores y trayendo al mundo a su primer hijo, un orgulloso varón grande y despierto que rompió a llorar tan pronto como fue extraído de las cálidas entrañas de su madre.

Mientras era atendida y su doncella la ayudaba a lavarse y cambiarse el camisón, Victoria podía oír las expresiones de gozo de su madre y suegra, a quienes les habían llevado al bebé para que le conocieran. Aunque se sentía rendida, una inmensa plenitud se apoderó de ella, no tanto porque la criatura hubiera sido un varón, aunque aquello era importante, sino porque había nacido sano y muy fuerte. Su corazón rebotó de amor y deseó que las amantísimas abuelas se lo devolvieran pronto.

Una vez estuvo aseada y el doctor Corentin acabó de revisarla, Victoria vio entrar al dormitorio a un muy sonriente Andrew, que traía consigo el pequeño bulto envuelto en sábanas, arropado entre los brazos. Se sonrieron y el conde besó la pequeña cabecita antes de dejarlo en los brazos de Victoria.

—He ganado —dijo Andrew, al sentarse junto a ella, destapando orgullosamente al niño y exhalando una carcajada—. Pelirrojo.

—Es muy posible que cambie cuando empiece a crecer.

—De eso nada, mi amor. —Le tomó la barbilla y la besó—. Hicimos una apuesta, Victoria, tienes que aprender a perder.

—Ha sido un varón, tu linaje está asegurado, ¿no te vale con eso? —Se enfurruñó la joven madre, apretando a su preciada carga contra su pecho—. Sinceramente, no esperaba esta falta de sensibilidad por tu parte, acabo de dar a luz...

—Y eso no cambia los patrones de la apuesta que fijamos —cortó él, solemne—. Ha sido pelirrojo, tal como yo vaticiné. Ahora debes cumplir tu parte.

—Muy bien —masculló Victoria—, me atenderé al dichoso trato. Tú, aristócrata pomposo...

Andrew rompió en carcajadas, acomodándose en la cama y envolviendo a su pequeña familia entre los brazos, colmando de besos y atenciones a la mujer que había cambiado su vida y al pequeño que había llegado para endulzar aún más la felicidad que ya disfrutaba. Tomó la delicada manita y sus ojos se cruzaron con los de Victoria, narrándole sin palabra alguna cuánto la amaba y lo muy importante que era para él.

—Sabes bien que no te resultará tan malo como quieres hacerme creer —le dijo en un susurro cargado de cariño—. Es más, me atrevería a decir que casi deseabas perder esta vez.

—Quizá podamos redefinir las condiciones del pacto, ¿no crees?

Andrew negó, deslizándole la yema del dedo por la mejilla suave, perdido en su mirada como lo había estado desde la primera vez que sus ojos se encontraron.

—Un trato es un trato, querida. —La besó en la nariz, mirándola con peligrosa malicia—. Me encargaré personalmente de ayudarte a cumplir tu parte... juntos llenaremos esa sala de retratos con media docena más de hijos pelirrojos.

—Muy bien —dijo ella con solemnidad, dejando que su rostro cansado se adornara con una sonrisa de pura satisfacción—, todo sea porque no me acusen de no cumplir con mis promesas.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, de corazón, a todas aquellas personas que de alguna manera han hecho posible y real que este sueño en forma de libro vea la luz.

Gracias a mi madre, que siempre me aconseja, me escucha y está pendiente de hacerme encontrar los mejores caminos para llegar a los destinos que quiero conseguir.

Gracias a mi padre, que se preocupa de que haga las cosas bien, de que siempre cuide los detalles, dándome su experiencia y su consejo.

A mis hermanos, José Pablo, Samuel y David, para que estén orgullosos, y tengan algo de mí cuando sean mayores.

Gracias a toda mi familia Miranda, y a la familia Naranjo. A mis dos abuelas, a mi abuelo, tíos, tías, primos y primas. Por ser tantos, por estar unidos. Por arroparme.

A mis amigos, los de toda la vida y los que llegaron después, a los que tengo cerca y los que viven lejos.

A mis compañeras de los foros, mis primeras lectoras, quienes con su apoyo y ánimos continuos se alegran de mi éxito tanto como si fuera de ellas. Gracias a todas.

A Laura Maqueda. Gracias por el “tú puedes”, por empujarme y por creer en mí incluso cuando yo no lo hacía. Eres la mejor amiga que se puede tener.

A mi abuelo, que cuando se despedía me dio el mejor consejo que he recibido nunca. Este libro, va para ti.

“Los cobardes no entran en la historia”

José Miranda Moreno (1939-2010)

Otros títulos de la editorial
SECRETOS EN LA NOCHE
ROWYN OLIVER



Elisabeth Holmes parece una simple debutante, pero lo que nadie sabe es que tras su delicada apariencia se esconde un detective privado que trabaja para las damas de la alta sociedad londinense.

Su último encargo es Edward Sinclair, conde de Carlyle, un hombre frío y distante que como ella esconde sus secretos en las sombras de la noche.

Ambos descubrirán que ninguno es lo que realmente aparenta, aunque ya será tarde para esconder el deseo que despiertan el uno en el otro.

NADIE ME OFENDE IMPUNEMENTE

ELIZABETH URIAN



Ayla y Cadha Singht viven aisladas por voluntad propia en una remota isla escocesa, lejos de bailes, fiestas y del bullicio que impera en la ciudad. A las dos indómitas hermanas parece importarles únicamente sus tierras: son lo único que desean y piensan que nada ni nadie podrá arrebatárselas.

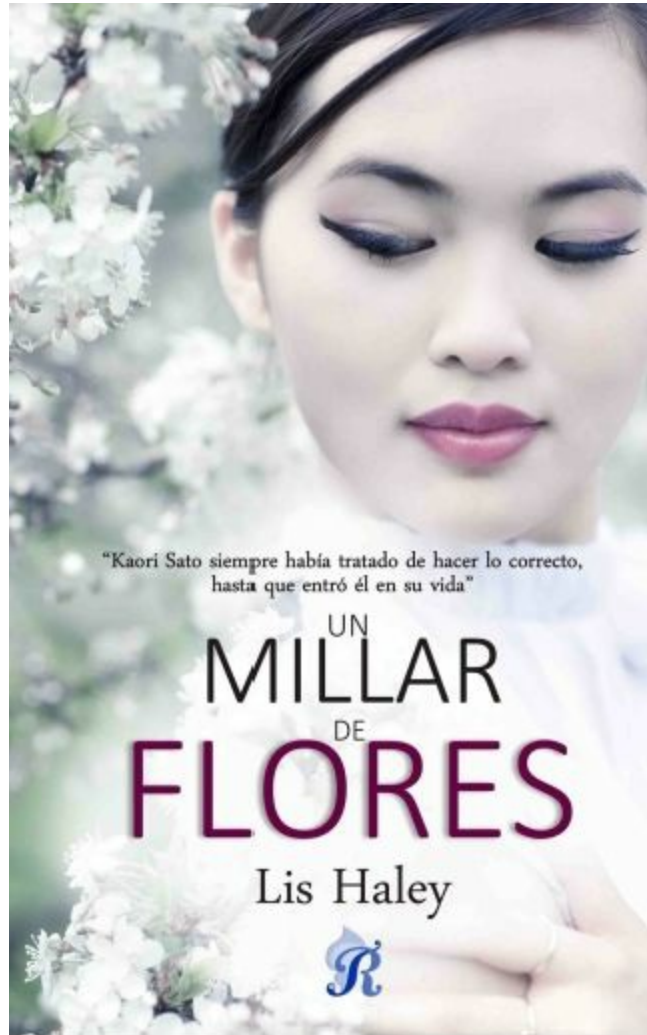
Sin embargo, su padre tiene otros planes, y con la llegada de Rob Cunningham, un misterioso invitado, y Michael Campbell, el nuevo administrador, se verá amenazada la relativa paz que las dos jóvenes han disfrutado hasta ese momento.

¿Podrán hallar Ayla y Cadha la felicidad y el amor que la vida parece negarles? O... ¿Acaso existen valores y secretos más poderosos que sus auténticos deseos?

Una vez más, Elizabeth Urian vuelve a sorprendernos con dos historias que evolucionan como una sola, y que reflejan la habilidad de esta autora para crear novelas envolventes llenas de pasión y ternura.

UN MILLAR DE FLORES

LIS HALEY



Kaori jamás se mete en líos; tiene la vida que quería y una empresa de arreglos florales que cada día marcha mejor. Sin embargo, no ha tenido demasiada suerte con los hombres. Prueba de ello, sus tres últimas relaciones, a las que incluso ha puesto nombre:

Jhoss el, "Me corto las uñas y las dejo por todas partes";

Curtis el, "No puedo parar de tocarme los genitales",

o Timothy el, "Ni se te ocurra subir en mi coche con tus tacones de aguja".

Por ello, en el instante que conoce a Víctor Tilman no se sorprende de la atracción que siente hacia el magnate del negocio inmobiliario; si hay un tío con problemas a un kilómetro a la redonda, probablemente acabará saliendo con él.

Y Tilman tiene un problema; uno muy grande: está a punto de casarse con una rubia de piernas kilométricas y una cuenta bancaria con tantos ceros como la de su prometido.

Kaori sabe que esa atracción no le llevará a ninguna parte.

Aunque, a veces, las cosas no son lo que parecen...